Abre los ojos,
tu vida está a punto de cambiar.

VOLUMEN 1. DESCENSO AL ABISMO

HELHEIM

MAITE MOSCONI

Abre los ojos,
tu vida está a punto de cambiar.

VOLUMEN 1. DESCENSO AL ABISMO

HELHEIM

MAITE MOSCONI


Abre los ojos,
tu vida está a punto de cambiar.
VOLUMEN 1. DESCENSO AL ABISMO
HELHEIM
MAITE MOSCONI

Primera edición: junio 2023

Diseño de la colección: Valen Bailon Corrección morfosintáctica y estilística: Editorial Vanir De la imagen de la cubierta y la contracubierta: Laura Mahía Del diseño de las imágenes interior: Laura Mahía y Maite Mosconi Del texto: Maite Mosconi, 2023
www.editorialvanir.com
De esta edición: Editorial Vanir, 2023

Editorial Vanir
www.editorialvanir.com
valenbailon@editorialvanir.com Barcelona

Gracias a Adif de A Coruña por permitirnos hacer las fotos que han servido de ambientación para la portada.

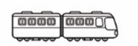
Índice

«El mundo es un lugar peligroso, regido por una naturaleza sin
sentimientos y poblado por gente que a menudo es malvada.
Ocultar a los niños que si pasean por el monte puede devorarlos un
oso es ponerlos indefensos a merced del verdugo.
Y nunca hubo tanto verdugo suelto e impune como ahora».
A. P. R.

«Colocaron una tapa hermética sobre la realidad y dejaron que abajo
fermentara un caldo atroz, juntando tanta presión
que cuando estallara no habría máquinas de guerra ni soldados
suficientes para controlarlo».
I. A.

Apaga el móvil, deja de leer la prensa y sal a la calle.

En realidad, somos la suma de nuestras heridas…



#1: Luces y tinieblas

Syn era incapaz de mover un solo dedo.

El cristal se zarandeaba ante sus ojos, de un lado a otro, y captaba por completo su atención.

Zig-zag. Zig-zag. Se balanceó rápido.

Ziiig-zaaag. Ziiig-zaaag. A continuación, lento.

Un escalofrío le recorrió la espalda y cierta evocación amarga nació en su paladar.

Tal vez fuera la forma en rombo o el color morado, pero había algo en ese colgante que le impedía apartar la mirada.

—Syn. —La llamaron desde algún lugar lejano. Reconoció la voz de su padre, Corey Einar, pero no le hizo caso. No podía. El objeto requería de toda su atención.

Un rayo de sol entró por la ventana del vagón y rebotó en el cristal, proyectando un destello brillante que le oprimió el pecho.

—Syn —insistieron. Una mano se dejó caer sobre su hombro y la sacó de su ensoñación. Su hermano Eivor le sonrió, marcándosele los dos hoyuelos en las mejillas—. ¿Qué miras?

Se tambaleó debido al traqueteo del tren y se sujetó a la manilla que colgaba junto a ella.

—A mamá —contestó, echándole el último vistazo al collar que pendía del cuello de su progenitora.

Liv dibujó una expresión encantadora a la que correspondió; la sensación desagradable desapareció de su boca y dejó paso a otra suave y dulce.

Su madre, de cabello tan blanquecino como la nieve que cubría la ciudad, poseía una melena única que refulgió con la luz del vagón. Tanto Eivor como ella, de pelo negro, se asemejaban a su padre.

Iban de camino al centro de Tuskay. La línea B19 los dejaba en la estación de Yggdrasil, cerca de los cines Garm.

Desde hacía semanas, Liv les había insistido para que la acompañaran a ver el último film de Fram Pickuty, *Sin retorno*. Syn, a la que también le encantaba el aclamado director, sugirió ir ese sábado por la mañana, para alegría de su progenitora.

Corey, que en ese momento besaba en la frente a su mujer, mientras le hacía un guiño cómplice a la par que cariñoso a su hija, no había podido negarse ante la insistencia de las dos.

Eivor se arrimó por atrás y, en una rápida maniobra, tiró de su oreja, despeinándola, metiéndose con ella como era su costumbre. Syn se acomodó su corta melena negra con evidente fastidio antes de asestarle una torta del revés para que se estuviese quieto.

Ambos tenían dieciocho años y se seguían chinchando como cuando eran críos, para desesperación de sus padres. Por suerte, su hermano siempre regresaba para pedir disculpas y, en compensación por su travesura, depositó un sonoro beso en su mejilla, que ella se encargó de borrar con la manga del jersey.

Su madre los vigilaba, alegre, desde un segundo plano, para que la sangre no llegara al río. Los atrapó a los dos en un abrazo y selló la paz.

La muchacha reparó en la gente.

Había un anciano que ojeaba *El boletín del pueblo* con unas gafas de pasta gruesas. Dos adolescentes, de pie junto a las puertas, se abrazaban con cariño. Otra joven madre mecía a su bebé en el carrito.

A lo lejos, en el resto de vehículos, distinguió otras estampas parecidas.

El tren se sumergió en el túnel y, durante un instante, la oscuridad fue total.

En medio de la penumbra, creyó percibir un cosquilleo en la nuca que la obligó a girarse en busca de algo o de alguien.

Las luces bailaron, titilantes, y se frotó los ojos, pues el incómodo parpadeo nublaba su visión.

Cuando abandonaron el pasillo subterráneo y logró ver mejor, una imagen la sobresaltó.

Tres altas figuras habían aparecido al final del vagón.

¡Eran exactamente iguales! De tez pálida, vestían con trajes oscuros de rayas grises y unos zapatos relucientes que nunca había visto. En las cabezas, llevaban un bombín.

Destellos de distintas representaciones aparecieron ante sus ojos. Sacudió la cabeza para hacerlas desaparecer y concentrarse en ellos, en esos extravagantes sujetos.

Nadie reparó en aquellos individuos, pero Syn, aunque estaban lejos, pudo apreciar que cada uno de ellos portaba un reloj de bolsillo que estudiaba con entusiasmo.

Un nuevo estremecimiento la sacudió y notó un horrible olor, un

regusto a alimento podrido que le provocó dolor de cabeza y malestar general. Se frotó la nariz con repugnancia, intentando obviar ese asqueroso hedor. Le resultó imposible.

Comenzó a marearse y tragó saliva. La traslación de las agujas dentro de las esferas la taladró con un ruido sordo y se tapó los oídos.

Corey Einar, al que no se le escapaba detalle, se dio la vuelta en busca de lo que había causado semejante reacción en su hija.

Las tres figuras toscas y sin gracia levantaron la vista hacia ellos.

Su padre de repente se puso serio.

—Nos bajamos en esta parada —anunció Corey, que parecía preocupado.

Algo no iba bien.

—¿Por qué? —quiso saber.

Su madre, que hasta entonces no se había enterado de nada, al divisar a las tres figuras trajeadas, agarró a su hermano y a Syn con diligencia y, tirándoles de los brazos, los apremió a que caminaran para, en la siguiente parada, apearse del tren.

Fue inútil. El anciano se levantó, se apartaron para esquivarlo, con tan mala suerte que chocaron con la joven pareja, y, cuando iban a poner un pie fuera del vagón, la puerta se cerró en sus narices y les taponó la salida.

Corey maldijo y Liv se revolvió, nerviosa.

Tanto ella como Eivor se mostraron inquietos. ¿Quiénes eran aquellos sujetos y por qué alteraban a sus padres?

Tic-tac. Resonaron las manillas. Tic-tac.

El martilleo de los relojes le resultó atronador y el sabor acerbo le revolvió el estómago, impidiéndole respirar.

Cuando pensaba que ya no lo soportaría, el golpeteo de las agujas y la sacudida amarga se detuvieron. Quietos. En un profundo silencio.

Y, de repente, todo se vino abajo.

Las ventanas estallaron con un gran estruendo y los asientos saltaron por los aires. El humo los envolvió y se los tragó. Syn, su familia y quienes estaban en el tren, junto con un montón de objetos y escombros, fueron lanzados contra la pared.

Se aferró a sus padres, a su hermano, pero la espiral los echó a cada uno de ellos en direcciones opuestas. Dio tumbos. La vorágine de esquirlas de los cristales se clavó en su ropa, en su piel, mientras volaban en medio de un huracán de humo y llamas.

Chilló, clamó por ellos. Los fragmentos que flotaban en aquella catástrofe se introdujeron en su boca y acallaron sus alaridos.

Se dio con algo, o contra alguien. Apretó los párpados con fuerza. Contuvo la respiración.

Al cabo de unos minutos, o quizá fueron en realidad solo unos

segundos, se vio arrastrada hacia abajo, hasta el suelo y, con un brusco choque, impactó contra el pavimento.

Sombras, cenizas, horror.

Un destello de luz. Otra vez el reloj.

Espesura, silencio, confusión.

Después, solo hubo dolor.

Un olor agradable se coló por sus fosas nasales y la sacó de aquel trance de oscura penumbra.

Vainilla. A Syn le encantaba la vainilla. Era uno de sus sabores favoritos, y giró el cuello para descubrir qué era lo que provocaba esa emoción en ella. Fue complicado. Su cuerpo parecía cargar con un peso enorme que le impedía realizar cualquier movimiento, pero, tras luchar un rato consigo misma, con un esfuerzo sobrehumano, abrió los párpados.

Oyó una pisada cerca de donde se encontraba.

Alguien se aproximaba.

—¿Continúa viva? —dijeron, y una bota negra con punta de acero se colocó a la altura de su cabeza.

Levantó la mirada y se llenó de miedo.

Ante ella aparecieron los ojos ocres más brillantes que jamás había contemplado. Pero en el rostro en que se enmarcaban había una expresión arisca que dotaba al color de un regustillo salado. Y Syn se preguntó cómo algo tan hermoso podía pertenecer a alguien tan seco y adusto.

—Parece que sí —respondió el de la vainilla con voz profunda, grave.

—¿Crees que fue ella? —preguntó otra persona.

—Es posible. —Ahora, en el ocre nació un tono verdoso que invadió lo tostado.

—¿Y qué harás? —inquirió la primera voz.

Hubo un silencio de duda, como si estuviera analizando la situación. Al terminar con su examen, levantó una ceja y entreabrió los labios con evidente sorpresa.

—Ella nos ve —dijo con desconcierto, y una exclamación general en el grupo lo acompañó—. Tendremos que llevarla con nosotros.

Entró en pánico y se removió, horrorizada.

Pero, antes de lograr decir nada, antes siquiera de lanzar una protesta, la bota se alzó sobre su cabeza, impactó con violencia contra

ella y la sumió en las tinieblas.



#2: La celda

Las horas, los días transcurrían en aquella celda que la sumían en un estado de completa desorientación.

Se había quedado a solas con su torturador.

El tipo rio y aquel sonido espeluznante retumbó en las paredes.

Se burlaba de ella, de su congoja, y una sacudida le atenazó el espíritu al pensar en lo que vendría a continuación.

—¿Crees que tu silencio te ayudará, idiota? —dijo él, y su aliento, con olor a dentífrico de menta, chocó contra las fosas nasales de Syn. Fue como masticar hielo o sorber un granizado. El mismo corte frío—. Será mejor que me digas quién eres y por qué conoces el mundo de Niflheim.

Su tono era bajo, no obstante, su voz no ocultaba el mensaje terrorífico de sus palabras.

—¿Pusiste o no la bomba en el tren?

No respondió. Lo había intentado antes y la verdad no había dado un resultado beneficioso para su integridad.

Trató de darse la vuelta, anteponerse al castigo que recibiría a cambio, pero no logró evitar la trompada que le propinó en la mejilla.

Aún dolorida por la explosión, el choque fue como un martillazo que la derribó al suelo medio inconsciente.

Un pitido agudo nació en su sien, y se arrastró por la superficie, buscando un lugar en el que guarecerse.

Fue inútil. No había dónde ponerse a salvo. Solo había piedra lisa en aquella condenada prisión.

Él se acercó otra vez y la joven percibió de nuevo la pasta mentolada de su aliento.

—¿Quién te acompañaba? —exigió saber su verdugo que, cómodo en su papel, le propinó una coz en el costado—. ¿Fue un plan de los thralls?

Seguía sin entender de qué le hablaba y permaneció callada.

—Terminarás por contármelo —aseveró, seguro de su amenaza —. Lamentarás haber matado a esa gente.

Y, levantando el pie, lo hundió en su estómago para rematar la faena.

Se dobló, la joven creyó que se partiría en dos por culpa del dolor. El sabor metálico que advirtió la instó a escupir sangre.

Arañó el piso con desesperación, se deslizó hacia una esquina de la celda. Allí se hizo un ovillo y esperó a que aquel tipo se alejara y la dejara sola.

Tras unos segundos eternos, escuchó su andar inequívoco, el cerrojo que la aprisionaba, su marcha y, abatida, rezó una plegaria a los dioses de Asgard para que se llevaran su alma.

Cuatro paredes, un agujero que hacía de retrete, una pequeña ventana.

Suelo de piedra, un vidrio roto y un camastro sin ropa de cama.

Había pensado en quitarse la vida. Incluso lo había intentado, pero, en cuanto ponía la punta del cristal en su muñeca, se sentía desfallecer.

Revivió el olor de la piel calcinada.

A carbón, a gasolina, a chamusco.

La pena punzante de la muerte de sus padres, de su hermano.

El desconsuelo por no volver a verlos. La pérdida que la destrozaba. El dolor por no tenerlos.

No se puede vivir algo así y seguir siendo la misma persona. Era imposible. Y ella nunca volvería a serlo.

Si escapaba de esta, no descansaría hasta encontrar a los culpables, se prometió mientras la ansiedad dominaba su mente, y gimoteó con desánimo en medio de la oscuridad al repetir la frase como una letanía.

La noche lúgubre le había abierto las puertas para su descenso al abismo y traerle al demonio que terminaría con ella y, pese a todo, se obligó a no caer en la desesperación.

Unos pasos resonaron en el exterior. No eran los de su verdugo; las zancadas de este las distinguía a la perfección; tembló mientras aguardaba la llegada de aquel nuevo huésped.

El portón se abrió. La claridad del pasillo inundó la estancia, cegándola.

Reconoció la figura imponente que se dibujó en el umbral, la sombra que se aproximó y se agachó a su lado. Con la poca luz

existente en ese agujero, sus ojos ocres relucieron con curiosidad cuando se posaron en ella y la vainilla impregnó la estancia, y el resto de sus sentidos.

Se movió para esconderse. No deseaba que él la viera humillada y hundida.

—Te traigo agua —indicó su secuestrador, y dejó una botella cerca—. La poca que me han permitido.

Estudió su cuerpo tendido y Syn, por el rabillo del ojo, espió su atractivo aspecto.

—Diles lo que buscan —susurró él—. Te dejarían en paz.

Quiso reír sin ganas. Era irónico y macabro que la acusaran de cometer el atentado que había acabado con la vida de sus padres y de su hermano.

¿Cómo explicarle que no tenía esa respuesta? ¡Si hasta él, que había estado allí, la consideraba culpable! ¿Cómo podía defenderse?

Quería largarse de aquel infierno de frío y piedra.

Soportó su presencia con rabia, a la espera de que se marchara.

Pero él alzó el brazo, extendió una mano y le apartó el pelo de la cara para, acto seguido, atrapar un mechón y acariciarlo con extrema delicadeza entre sus dedos.

Un estremecimiento ascendió por la espalda de Syn, que permanecía quieta y ni siquiera se atrevía a respirar.

Aquel gesto le resultó agradable y se odió a sí misma por apreciarlo de esa forma.

Sopesó atravesar la garganta de aquel tipo con el cristal, pero algo la detuvo.

—Cuéntales lo que pasó —insistió él en un murmullo apenas perceptible; y se levantó con sigilo para irse.

Cuando el delicioso olor a vainilla desapareció por completo de su nariz, de su lengua, de su celda, apretó el cristal roto en su mano y, sintiéndose una cobarde, dejó que las lágrimas descendieran, libres, por sus mejillas.

Esa vez no se sobresaltó cuando introdujeron la llave en la cerradura y se abrió el portón.

La silueta entró de forma modesta y se acuclilló con docilidad a su lado.

Unas manos la recorrieron y comprobaron sus extremidades, su estómago; con un gemido de angustia, magullada y sin ánimo, se dejó hacer.

—Animales… —Escuchó que decía—. ¿Cómo han podido lastimarte? ¿Cómo pueden creer que una muchacha como tú ha matado a esa gente?

El tono de la voz y el significado de sus palabras fueron Edda poética para sus oídos. El alma se le encogió de pura emoción.

La joven doctora —o eso dedujo por el examen exhaustivo que acababa de realizarle—, inspeccionó sus heridas.

—¡¿Qué te has hecho?! —exclamó la sanadora con un grito—. ¡Te has rasurado el pelo!

Le costó tragar y entreabrir los labios.

—No quería que volviera a tocarlo —logró articular y, aún presa del dolor, Syn sonrió.

—¿Quién?

—El de los ojos ocres como el helado. —No, no lo había olvidado—. El que me trajo a esta maldita celda.

La visitante se quedó callada durante un rato.

—Te refieres a Markku.

¿Ese era su nombre? No le importó. Por ella como si se llamaba Modgud o incluso Níðhöggr, pues bien podía ser ese lugar el infierno y él uno de sus guardianes.

La médica acarició su cabello mal cortado. A continuación, agarró sus muñecas con delicadeza: primero la izquierda y después la derecha. Syn se estremeció. De esa última mano, sacó el punzante cristal.

—¡Te rapaste y de paso te cortaste los dedos y la cabeza! —indicó y, con disgusto, arrojó el trozo de vidrio lejos de ella.

Se encontraba sin fuerzas; cerró los ojos para desplomarse y descansar un poco. La nueva visitante la zarandeó.

—¡Despierta!

Lo hizo, pese a que la orden le llegó difusa, como si procediera de muy lejos.

La mujer la sacudió de nuevo, con ganas.

—¡Escúchame!

Abrir los párpados le supuso un esfuerzo titánico. Cuando logró fijarse en ella, un perfume a tarta de chocolate con frambuesa la inundó de forma cálida y agradable.

Era una joven de belleza elegante. Apenas tendría unos años más que ella. Su pelo era rizado y del mismo color que el rojo eléctrico de las señales de tráfico de la ciudad de Tuskay, y el contraste de su piel oscura y los ojos marrones evocó ese postre que le gustaba y que su padre solía prepararle los domingos para desayunar. Al recordar esa época familiar, cerró los ojos para contener las lágrimas.

—Están organizando un juicio contra ti —le advirtió.

¿Por qué, si no había hecho nada?

—Por favor, sácame de aquí —suplicó con un gemido de horror—. Yo no fui la que puso la bomba en ese tren.

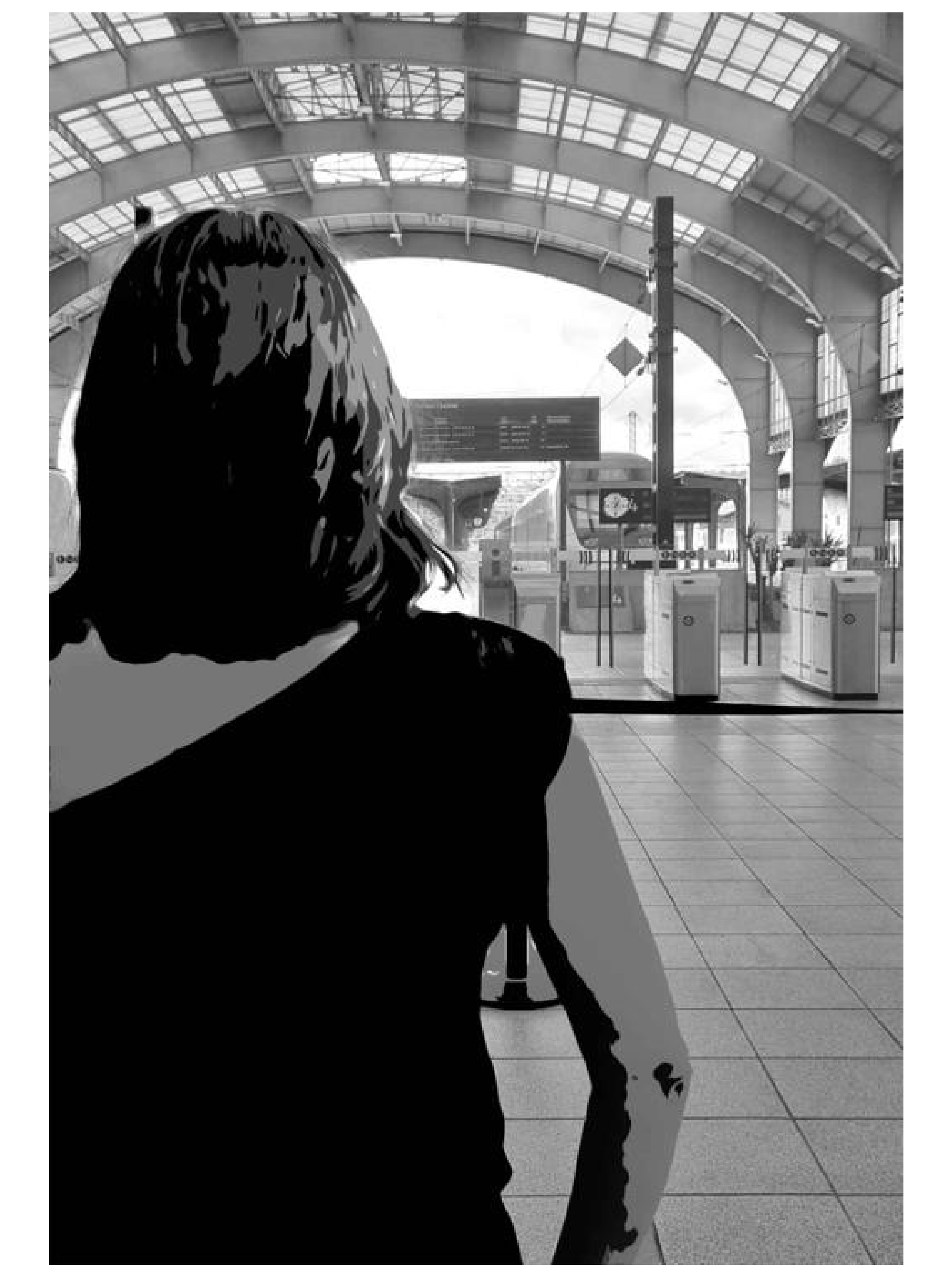
—Ojalá pudiera, pero no lograríamos ni cruzar la puerta. —La expresión de la pelirroja fue de frustración y lástima—. Por eso debes hacer lo que te diga.

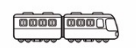
En esa ocasión, Syn sí puso toda su atención en ella, y los ojos de la otra relucieron al comprobar la silenciosa respuesta.

—Pase lo que pase, durante el proceso, no admitas, bajo ninguna circunstancia, que cometiste el atentado, ¿de acuerdo? —esperó a que entendiera su mensaje, antes de añadir—. O te matarán.

Tembló de miedo. Se había imaginado que algo así sucedería tarde o temprano, pero que alguien se lo confirmara fue como estamparse de lleno contra la realidad. Su boca se abrió, pero tampoco consiguió pronunciar nada. ¿Qué decir en una situación como esa?

—No lo olvides —repitió la de cabello rojo, antes de levantarse y dirigirse hacia la salida—: Prepárate, pronto vendrán a por ti.





#3: El juicio

La luz caía sobre ella desde un agujero del techo que le impedía distinguir a sus enemigos.

No apreciaba nada más que las sombras de las figuras que se ocultaban tras el círculo. Hacía tanto tiempo que no sentía ese calor que disfrutó de él mientras, de rodillas, con los brazos extendidos y maniatada, aguardaba a que decidieran su final.

No podía verlos, pero sí los oía. Hablaban sobre ella sin ningún tipo de compasión, y la joven, que desconocía lo que le tenían preparado, se angustió al pensar en su destino.

Él también estaba, percibía su vainilla, le embebía la lengua. Permanecía escondido en alguna parte.

Sus muñecas estaban en carne viva a causa de la cuerda que las ceñía. Tenía varias uñas rotas y un corte profundo en la palma derecha que el frío había devorado, poco a poco, hasta convertirlo en llaga.

Al escuchar unos pasos, sus manos temblaron y tragó saliva.

—¿Qué hacías en ese tren?

Sabía a quién pertenecía esa voz. La diferenciaría entre mil, y se negó a contestar.

Su mutismo generó un murmullo que se volvió en un eco ensordecedor en la estancia.

Los pasos, seguros, elegantes, se detuvieron cuando estuvieron ante ella.

Él se agachó y el halo de luz los cubrió a los dos, mostrándole así su rostro. Nariz afilada, ojos rasgados de color azul claro. El mentón le sobresalía en sintonía con el resto de la cara y el pelo, castaño, liso, pulcramente peinado, lo recogía en una cola alta.

Ahí estaba, su verdugo. Por fin podía dejar de imaginarlo; por fin podía descargar hacia alguien real el odio que le había causado ese

daño injustificado.

—¿Por qué estabas en aquel vagón? —repitió, amenazador.

Agachó la cabeza y permaneció en silencio.

—¡Que me contestes! —la instigó él, empujándola con violencia —, o, si no, te sacaré la verdad a trompazos.

Tambaleándose, se sostuvo como pudo. Le entraron ganas de rendirse, pero se acordó de lo que le había dicho la chica en la celda y selló sus labios.

Él levantó la mano y, cuando la estampó contra su oído, Syn cayó derrumbada. El pitido que la había acompañado desde la explosión del tren se acentuó. Si conseguía escapar de esa desgracia, estaba convencida de que nunca volvería a escuchar bien.

—¡Habla! —Colérico, la aporreó en los brazos, en las piernas, en el estómago.

Mientras las magulladuras que le había hecho a la pobre muchacha en la celda se reabrieron y empezaron a sangrar, Syn se juró que, algún día, le devolvería a ese miserable cada uno de sus agravios.

—Niña idiota —rio él, disfrutando. Le tiró de la oreja, del pelo, y gritó—, ¡te voy a moler a patadas!

Cuando el tipo dibujó una burla cruel, no lo aguantó. Llena de rabia, carraspeó y, con el poco arrojo que todavía le quedaba, le escupió.

El salivazo cayó de pleno en la tez grisácea de su verdugo que, furioso, se limpió con el antebrazo, antes de abalanzarse sobre ella para agarrarla del cuello y apretar con fuerza.

Los dedos rodearon su garganta y empezaron a estrangularla. Pateó, desesperada, intentando soltarse. Le resultó imposible.

—¡Déjala! —Una mano apareció y tiró del brazo de su torturador para que la soltara. Fue una tarea inútil. Él no hizo caso; ella se removió y el otro ordenó con tono firme—: ¡He dicho que la sueltes!

Se resistió a obedecer y apretó su cuello con ahínco; y, cuando la joven estaba a punto de desvanecerse, justo cuando creía que se ahogaría sin que nadie alcanzara a salvarla, con un aspaviento, el tipo, furioso, cedió y la dejó libre.

Cayó de forma estrepitosa contra el suelo. Tosió en busca del oxígeno con el que llenar los pulmones. Se arrastró lejos de él. Lejos de todo.

—Como predije —apuntó la tercera figura en discordia—, tus métodos, Jostein, no sirven para nada.

«Jostein», se llamaba. Por fin lo sabía. Por fin tenía la información que necesitaba y con la que, cuando estuviera ante a los dioses de Asgard, reclamaría venganza. Y, mientras se levantaba, no

sin dificultad, ocultó una sonrisa. En la lengua antigua, *Jostein* significaba *caballo* y, en verdad, representaba el animal al que referenciaba.

El hombre que la había rescatado se plantó frente a ella dentro del círculo de luz. De cabello cano, de labios anchos y gruesos, escondidos bajo una barba gris, metió la mano en el bolsillo y extrajo una navaja. Cuando la abrió y acercó la hoja a ella, esta se asustó y retrocedió.

—Tranquila, no te haré daño —dijo. Pero ella hizo el amago de apartarse; el viejo la apresó del brazo y, con un movimiento sorprendentemente ágil, cortó la atadura que rodeaba sus muñecas—. ¿Quién eres?

La pregunta del anciano fue amable. Su forma de hablar, rítmica y musical, cercana. Hasta el paladar le llegó la esencia a dulce de leche muy parecida a la de su padre y, al rememorar esa sensación, a duras penas contuvo el llanto.

A él sí le daría una respuesta.

—Me llamo Syn —dijo, mientras se frotaba las muñecas doloridas, dirigiéndose a él y a las figuras que se ocultaban tras la oscuridad—, y soy la hija de Liv y Corey Einar.

Se produjo un murmullo a su alrededor. Se sorprendió, pero, tras lo que le había sucedido, ya no temía a nada ni a nadie, por lo que no se amedrentó.

—Soy Syn —repitió, con orgullo, a pesar de que una mezcla de tristeza y rabia le atoró la garganta—, descendiente de Liv y Corey Einar, a quienes los dioses de Asgard bendijeron con dos hijos mellizos. —Levantó un dedo—. Eivor —se tocó el pecho—, y Syn Einar.

Sus palabras causaron un efecto en los presentes que no esperaba y, cuando se produjo un alboroto general, el que la había liberado, se aproximó a ella.

—Muchacha —el anciano parecía desconcertado—, ¿estás segura de lo que dices?

—¡Pues claro que lo estoy! —soltó, ofendida, para que la escucharan en medio del rebumbio—. ¡Me llamo Syn y soy hija de Liv y Corey Einar! A quienes vosotros habéis matado en ese tren.

Ambos, Jostein y el anciano, la miraron como si el cielo se hubiera abierto y ante ellos acabara de presentarse la mismísima diosa madre.

—Lo que afirmas es una locura —Jostein se alejó dos pasos, señalándola—. No puede ser verdad…

Ella sonrió con desgana.

—Yo nunca miento.

El barullo de la sala no paró; al contrario, era altísimo. El

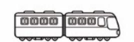
anciano sostuvo sus manos, acarició sus nudillos. Había un brillo especial y el regusto a confite se intensificó en su paladar.

—Si lo que nos explicas es cierto —la tanteó con cuidado, sopesando sus palabras antes de pronunciarlas—, conocíamos a tus padres.

Syn se soltó y reculó. Abrió los ojos, con el rictus desencajado. ¿A qué se refería? ¡Sus padres nunca le habían hablado de esa gente! ¡Eso era imposible!

Al apreciar su turbación, intentó atraparla. Ella retrocedió, rehusando su cercanía. Y el anciano añadió para su estupefacción:

—Tus padres pertenecían a nuestra realidad.



#4: La huida

El incesante goteo la sacó de su plácido sueño.

Notaba el cuerpo molido y la sola idea de parpadear se le antojó una labor fastidiosa. El ansia por saber dónde se encontraba fue mayor que su fatiga, y decidió espabilarse.

La habitación era amplia y luminosa; dos hileras de camas vacías y sábanas blancas e impolutas ocupaban la estancia bajo un techo abovedado, con un claristorio de ventanales y paredes altas, de vidrieras que representaban figuras de caballería y vasallaje. El ocre predominaba en el rosetón de la ventana que había frente a su litera y, alrededor de esta, la figura se adornaba con círculos pequeños que rodeaban escenas épicas de alguna batalla digna de mención.

En algún momento, se había desmayado y la habían trasladado aquí.

La reminiscencia la invadió con imágenes que asaltaron su mente, sucediéndose una tras otra, a gran velocidad y de forma consecutiva, como instantáneas de una mala película, impregnadas de un amargor que le perforó las entrañas.

La explosión, la celda, el juicio. La revelación del anciano. Sus padres, su hermano, el dolor. Cada una de ellas arrastró consigo un olor, un sabor, una emoción que la instó a agarrarse con fuerza al camastro, y que convirtió cada vivencia en un recuerdo único y nefasto que quedaría grabado para siempre en su mente.

Estaba viva, sí. Pero mantenerse con vida era otra cosa bien distinta.

Tenía que escapar y averiguar quiénes habían puesto la bomba en el tren.

Se incorporó con malestar y, cuando consiguió sentarse en la cama, se examinó a sí misma.

Vestía un pijama de hospital que no ocultaba los moretones en sus piernas, en sus brazos y supuso que en su vientre.

Debía largarse de allí. Cuanto antes. Y, aún con las heridas lacerantes en su mano, agarró las vías que la unían a la bolsa de suero, tiró de ellas y se las arrancó del brazo.

Tambaleándose, se puso en pie. Al notar la losa del suelo, fría, encogió las piernas. Cuando se acostumbró a ella, se levantó y empezó a renquear, arrastrándose hasta la puerta. Estaba abierta y, torpemente, accedió al pasillo.

Le dio la impresión de que se encontraba en un edificio rehabilitado y el olor a incienso y piedra se adentró en sus fosas nasales, como una esencia nostálgica que se entremezcló con su aprensión y le evocó otra época.

Aunque solo reinaba el silencio, puso especial atención.

El pitido agudo que había nacido en sus oídos tras la explosión volvió y le comprimió la sien. Se mordió el labio para contener un gemido mientras avanzaba a tientas por el corredor.

Al final de este, vislumbró una luz.

Se dirigió hacia allí y, mientras se acercaba, recitó una plegaria a los dioses en su afán de que aquella fuera la vía de escape con la que alcanzar su libertad.

Al cruzar la puerta, maldijo para sus adentros.

Tras ella había un nuevo habitáculo de objetos raros y particulares que no reconoció.

Llena de curiosidad, accedió al interior.

Enormes láminas rectangulares aparecieron colgadas a distintas alturas a lo largo de la estancia. Eran pinturas sobre lienzo y las ojeó con extrañeza. En una se mostraba a una mujer desnuda sobre una concha gigante. En otra, el líder de un ejército hacía entrega de un objeto al cabecilla del bando contrario, en señal de rendición. En una tercera, se perfilaba la figura de un hombre que, de espaldas y subido a una roca, veía la inmensidad del mar. Pero el que sin duda le resultó inquietante fue el retrato de una mujer que, mientras deambulaba por el salón, Syn habría jurado que la perseguía con la mirada. Esa pintura debía de tener algún tipo de truco o magia.

Los detalles de los personajes, como el de los paisajes, la dejaron verdaderamente fascinada. Nunca había visto nada igual.

Cerca de una chimenea, había dos estanterías repletas con cuadernos de diferentes tamaños, grosores y tapas.

Fue hasta allí y, con gran interés, ojeó uno.

Sus hojas estaban cubiertas con líneas y líneas de signos hechos a máquina en un trazo definido y preciso. Ella no logró interpretarlos, no obstante, supuso que tendrían algún tipo de significado y, con la yema de los dedos, acarició la grafía con cuidado.

Una mezcla de tinta, celulosa y lignina la envolvió al tocar las páginas del volumen, e impregnó su nariz y su lengua con un toque a

almendra dulce. A su alrededor, bailaron un par de imágenes que se desvanecieron rápidamente, al escuchar que alguien se acercaba. Dejó con rapidez el objeto en su sitio y, corriendo, cogió el atizador que había junto a la chimenea. Con el alma en un puño, blandió la barra de hierro y aguardó, expectante.

Los segundos se dilataron, angustiosos, mientras esperaba a que ese alguien entrase.

No sucedió nada y, calmando los latidos galopantes de su pecho, con el arma en la mano, por si acaso, se dirigió hacia la otra esquina del salón.

Junto a una mesa de caoba sobre la que reposaban varios utensilios de trabajo, había colgado un viejo y raído plano, y lo miró con curiosidad. Parpadeó, confusa, y sacudió la cabeza. No era actual, aunque se asemejaba bastante al de ahora: en él aparecía la región de Tuskay, pero en torno a esta, en la cartografía se mostraban también otros territorios que, para Syn y su mundo, ¡simplemente no existían! ¡¿Cómo era eso posible?!

—Este era el planeta antes de que las Nieves asolaran Midgard —le explicó una voz.

Sobrecogida, la joven se volvió hacia ella.

Cuando unos ojos, hoy marrones con astillas verdes, la observaron antes de dejar escapar un suspiro prejuicioso, un escalofrío de temor y anhelo la recorrió, advirtiendo a su captor casi antes de verlo. Syn levantó la vara, en señal de defensa, y se apartó, tratando de alejarse lo máximo posible de él.

—Eso no puede ser —objetó, con un tono que goteaba rabia en cada sílaba—. Nadie sabe lo que pasó por aquel entonces.

Markku, recordó su nombre, ladeó la cabeza como si la estuviera midiendo. Tenía el pelo castaño lacio y un porte elegante, soldadesco, como si nunca hubiese roto un plato.

—Nosotros, sí —acompañó su respuesta con un breve ademán con el que señaló la sala y lo que había en torno a ellos—. Estos son algunos de los objetos que rescatamos y que pertenecían a la *Anterior Era*, de antes de la Guerra.

Su información la dejó traspuesta. ¿Guerra? ¿Qué guerra?

Él comenzó a andar, poniendo sigilo en cada zancada.

Ella reaccionó, haciendo un medio círculo, trató de alcanzar la puerta que se encontraba en el otro lado de la sala.

—No lo hagas —le indicó Markku, adivinando sus intenciones.

—Pues tú quédate ahí, quieto —contraatacó, deteniéndose para empuñar bien el estoque.

Él se detuvo y esperó.

—No te vayas.

—Pues no intentes atraparme. —Miró a qué distancia quedaba la

salida.

Markku extendió un brazo para darle caza, pero la joven se alejó de sus garras.

—Debes quedarte —subrayó él.

—¡No podrás obligarme! —exclamó, pues le resultaba insoportable la idea de seguir permanecer allí—. ¡Yo no llevé a cabo el atentado!

Él no dijo ni expresó nada, pero sintió su aliento avainillado en su piel, en el aire que los rodeaba.

Estaba muy cerca de la puerta. Era ahora o nunca. Sin bajar el arma, lo esquivó, echó a correr y, con la velocidad que le permitieron sus fatigadas piernas, se lanzó hacia ella.

Había llegado sin que él la hubiese atrapado. Y, justo cuando iba a cruzar el umbral, alguien se interpuso entre ella y su libertad.

Era él, su torturador, y ahogó un grito al percibir la menta fresca que atravesó su pecho hasta sus pulmones. Reculó con espanto en la otra dirección.

—¡Markku, detenla! —ordenó Jostein, yendo detrás de ella.

—¡No! —Escapó por los pelos del soldado y balanceó el hierro frente a ellos—. ¡Quiero largarme de aquí! —indicó con la vara a uno, luego al otro—. Y perderte de vista. ¡También a ti!

La fulminó con su dulce acanelado. Lo había molestado con su comentario. O eso sintió por cada rincón de su piel, en cada papila gustativa.

—No puedes irte. —Jostein quiso destruir sus planes de fuga—. Este es tu mundo.

—¡No, no lo es! —dijo, fuera de sí.

Se posicionó frente a ella con una expresión de ternura. Quizás, incluso de… ¿culpabilidad?

—Este es el sitio al que perteneces.

—¡Cállate! —prorrumpió, cambiando su peso, de un pie a otro. Él trataba de engañarla, y ella solo deseaba lanzarle el hierro a la cabeza.

—Debes quedarte. —Jostein se humedeció los labios, pronunciando con cuidado—. Hay algo importante que te ata a este sitio.

—¡No pienso escucharte! —gritó, tragando, intentando suavizar la ansiedad de su garganta. Podría aparentar pena, preocupación por ella. Pero no caería en sus artimañas.

Jostein, con las manos en alto, se agachó para mirarla de reojo. Una gota de sudor nació en su frente y le resbaló hasta el mentón. Inspiró con fuerza y susurró:

—Corey Einar era mi hermano.

Se había esperado cualquier chantaje, cualquier treta o engaño,

menos eso.

—¡Mientes! —replicó con rabia. Eso no podía ser cierto. No lo era—: ¡Estás mintiendo!

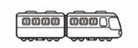
Markku, que se posicionó a su lado como si fuera el perfecto reflejo de la compasión, asintió.

Jostein dio un paso. Y otro. Ya no parecía amenazante, sino cordial.

—Yo soy tu tío.

Las palabras entraron por sus oídos y estallaron en su cabeza como un eco angustioso y cruel. El tiempo se detuvo. Regresaron la presión y el vacío en su interior y, mientras el ánimo se desvanecía de su alma, se apoyó contra la pared, el atizador resbaló de entre los dedos para rebotar contra la superficie de baldosas y, dejándose caer, rompió a llorar.





#5: La duda

El sufrimiento tenía sabor.

Y olor.

El alma podía convertir el recuerdo en una angustia lacerante, imposible de mitigar.

La claridad que entraba por la vidriera de la habitación hizo que Syn, todavía convaleciente, pestañease, antes de poder abrir los ojos y apreciar, a través del cristal, la capa gruesa de nubes que cubría el cielo de Tuskay.

En esa ocasión, no estaba sola.

A su izquierda, en una silla que había junto a la litera, con los codos sobre las rodillas, se encontraba el anciano.

Hasta ella llegó el dulce de leche que lo envolvía, tan parecido al de su progenitor que consiguió despejar a la joven y hacerla volver en sí.

Tras incorporarse y restregarse los ojos, depositó su atención en las representaciones de los ventanales y dejó que su mente rebobinara atrás en el tiempo.

Regresó a aquel fatídico día, a aquella mañana en la que era una chica normal y corriente que había convencido a su familia para ir al cine a ver una película de Fram Pickuty. Lo que había pasado después, el abismo, la celda, el juicio, su intento de huida habían sido tan solo un mal sueño, una horrible pesadilla que olvidaría en cuanto su madre la despertara, como cada domingo, para ir a tomar la tarta que su padre les preparaba a los cuatro para desayunar.

Pero el presente la devolvió a la realidad. Sintió el hormigueo de la anticipación a la angustia. El tormento que, con un espasmo espeluznante, se extendió desde el pecho por su cuerpo, atizándole el alma.

La sinestesia era un trastorno que dotaba a todas y cada una de

sus experiencias de una impresión única. Por eso, a Syn le era imposible olvidar. Y, cuando el olor a humo, podredumbre y ceniza, junto con las imágenes de lo acontecido, resurgieron en su memoria, el dolor la atravesó de un modo atroz.

Había que enfrentarse a lo sucedido y, aunque las circunstancias lastimasen, haciendo acopio de valor, se recostó contra la almohada y lo miró de reojo.

—¿Quién eres?

Su pregunta no mostró ningún atisbo de simpatía de su parte.

El hombre se inclinó y la estudió con detalle.

—Me llamo Balder —indicó al cabo de un rato—, Balder Bishop.

—Así que eres Balder Bishop —repitió Syn, dándose cuenta de algo—. ¿Fuiste tú el que en su día dibujó ese panfleto en *El Boletín del Pueblo* contra los sistemas de vigilancia y seguridad?

La gaceta, noticiero de la comunidad, informaba a través de viñetas sobre los acontecimientos que tenían lugar a lo largo de la semana en Tuskay.

—Eso fue hace algún tiempo. —Él dejó salir el aire por la nariz, con un bufido alegre—. De aquella era ingenuo y confiado. —Señaló las paredes del edificio—. Ahora, simplemente soy profesor.

—¡Vaya! —repuso, dejando caer la cabeza contra el respaldo de la cama—. Creía que eras joven —manifestó, sincera.

Sin muestras de sentirse ofendido, él lanzó una sonora carcajada.

—¡Tuskay entera lo piensa!

Con su risa, un estallido de flashes cruzó su mente con una serie de nítidas imágenes, como una película surrealista, en la que ella era la protagonista desdichada: el paisaje nevado de la ciudad mientas iba en el tren, la explosión, la muerte de su familia, el juicio. El vacío y su desolación; la falta enorme de pertenencia.

—¿De qué conocías a mis padres? —soltó a bocajarro.

—Fue hace mucho… —manifestó Balder, con un aprecio, que hizo desaparecer las escenas y virarse hacia él.

—Entonces, ¿por qué no dejas que me vaya? —No fue una consulta, sino una queja, e inspiró despacio para calmar el profundo tormento que le había atravesado el alma. Se miraron en silencio mientras su demanda quedaba suspendida entre los dos. Finalmente, conteniendo las lágrimas, dijo—: ¿Qué hago aquí?

Respirando profundamente, el profesor se recolocó las gafas.

—La explosión te trajo, Syn —expuso, misterioso.

—No digas estupideces, viejo —injurió sin poder contenerse. Había soportado bastante como para seguir con aquella comedia.

Él ni se inmutó; simplemente, con un sutil a la par que cortés ademán, se levantó de la silla y avanzó hasta la cama. La seguridad en su rostro, ese brillo en la mirada, hizo que se removiera bajo las

mantas, inquieta.

—Contempla este sitio —le sugirió, y la joven frunció el ceño. Él hizo lo que decía y revisó la habitación—. Fíjate en sus paredes, en su ambiente, en sus objetos. Descubrirás que Liv y Corey estuvieron aquí.

Le entraron unas ganas terribles de incorporarse y empujarlo. ¿Cuánto tiempo tendría que seguir soportando las patrañas de aquella gentuza?

—¿De qué hablas! —Apretó los labios con enfado—. No sé a qué te refieres. ¡Será mejor que dejes de mentir y hables claro!

—¡No te miento! —refutó él, como si poseyera una verdad innegable—. Sabes perfectamente a qué me refiero. Solo tienes que estudiar el lugar —detuvo su discurso, bajó el tono de voz para susurrar—, olerlo.

Sintió un escalofrío que la hizo contener la respiración.

Balder se colocó en el borde de la cama, junto a ella.

—Fíjate en estas vidrieras, Syn, la sala —le propinó un toquecito en la frente como si la estuviese obligando a despertarse—, que la humedad de la piedra, la claridad al rebotar contra ellas y la madera antigua te permitan percibir a qué huele, a qué sabe. —La observó fijamente, a escasos milímetros de su cara—. Deja que estos te provoquen una emoción y que te ayuden a reconocerlos.

—No voy a escuchar tus desvaríos —lo esquivó, negándose a ceder a sus locuras.

—¡No lo son! —dijo él, y, levantando un dedo índice frente a su nariz, le dio un toquecito en la punta—. Tú tienes la capacidad de percibir las cosas.

El estómago de la joven dio un vuelco y, bajo los ojos del anciano que la auscultaban con ese centelleo especial, empezó a notar cómo los latidos del corazón galopan fuerte contra sus costillas.

—Sí, tengo sinestesia, ¿y qué? —declaró con brusquedad. No era nada extraño, el 2% de la población presentaba algún tipo de peculiaridad en ese sentido. Al parecer, el suyo, era bastante insólito, le habían diagnosticado los médicos. Aunque Syn no lo creía en absoluto.

—¡Pues a mí también me sucede! —dijo el profesor para su sorpresa, y añadió a media voz—. Y a tu madre también le ocurría.

Si una bola de demolición hubiera entrado para arrasar con el edificio y llevársela por delante, ni se habría inmutado; seguiría allí, inmóvil, atenta a sus palabras.

Sus padres nunca le habían contado nada, y en casa siempre habían tratado su característica sensorial como una enfermedad, sin comentar que a Liv le hubiera pasado. ¿Por qué iba a creerle?

Bishop levantó una ceja.

—¿Acaso me vas a negar que esa percepción no te previene de

algunos sujetos?

Le hirvió la sangre. Abrió los ojos con auténtico desconcierto. ¿¡Cómo estaba enterado de *eso*?! Porque sí, era cierto. Ella, a través de la impresión que alguien le daba al verlo, podía intuir las intenciones y cuidarse de ellos. Porque a través de esa percepción subjetiva, en ocasiones era capaz de vislumbrar destellos de una realidad que rodeaba al individuo. Eran como teselas de un mosaico inconexo, de piezas que nunca lograba juntar, retales de algo fugaz que no conseguían unirse y que se reproducían borrosas. Desaparecían casi antes de comenzar, pero proyectaban una imagen que dejaban una huella imborrable sobre esa persona, en su cabeza.

Pero eso no la volvía especial. Limitaba su vida y le producía migrañas. Pero ¿cómo era posible que él apreciara su peculiaridad?

—¿Qué hago aquí? —repitió, con ganas de saltar de la cama y, si hubiera podido, de correr bien lejos.

Balder cruzó los brazos sobre su pecho y soltó el aire, despacio.

—Esa no es la cuestión.

—¿Cómo? —dijo, frunciendo el ceño.

—Para saber la verdad —recalcó él—, debes hacerme la pregunta correcta. Házmela, Syn, y responderé a tus dudas.

—No te entiendo. —O, mejor dicho, prefería no hacerlo.

Balder se acercó al cabecero de su cama y la observó desde arriba con ese castaño intenso. La joven notó un leve cosquilleo en su piel y algo vibró dentro de ella. Su corazón latió deprisa, le sudaron las manos. Se frotó la frente cuando una emoción espontánea avivó sus sentidos y activó su mente para obligarla, sin pretenderlo, a salir del letargo y descifrar lo que la rodeaba.

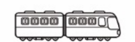
Le entraron unas ganas horribles de hablar, pero se contuvo, reacia.

—Házmela, Syn —insistió el anciano de una manera que la hizo estremecer—. ¡Dímelo!

Las palabras se le atoraron en medio de la garganta. Lo miró, a él, luego a las paredes, a las vidrieras. Querían salir, a pesar de sellar sus labios, de su resistencia. No iba a poder frenarlas. Finalmente, notó la necesidad de vomitarlas y, sin poder contenerse, preguntó:

—¿Qué es Midgard?

Y Balder sonrió, satisfecho.



#6: La Realidad

«Midgard».

De pie, frente a aquella pared, Syn contempló el tapiz con cierta expectación.

Si lo que Markku había dicho era cierto, les habían estado mintiendo. A ella y al resto de ciudadanos.

Al igual que en el teatro, aquel plano era un telón que dividía la vida de la ilusión. Sobre el escenario, se representaba un artificio que te conmocionaba, que te confundía y en el que acababas depositando tu confianza en las sombras e imágenes que se proyectaban. Sin esa separación, sin esa tela, una se introducía por completo en la obra, dejando a un lado la realidad y la razón, dándoles la espalda.

Ser consciente de ese engaño la indignó sobremanera.

Tuskay era el único lugar habitable hoy en día después de que las Nieves asolaran el planeta; o eso era lo que le habían asegurado a lo largo de su vida.

Entonces, se repitió para sí misma: «¿Qué era Midgard y qué significaba?».

En su religión, «Midgard» era un continente creado por los dioses para las personas que se salvaron de las Nieves, o la gran Tempestad.

«Gard» significaba «patio», «granja» o «residencia aislada»; el lugar protegía al grupo de los diez millones de habitantes que se habían salvado del clima inhóspito y aciago que reinaba en el resto del planeta. O eso era lo que a ella, a su hermano y al resto de la humanidad les habían enseñado.

Pero en ese telón se vislumbraba otra realidad muy distinta.

Por lo que podía apreciar, en la historia del mundo hubo hasta seis continentes que desconocía por completo: Asia, África, América, Europa (donde supuestamente estaba Midgard y la ciudad principal, Tuskay), Antártida y Oceanía.

Nunca había visto nada igual.

—¿Qué es Midgard? —incidió, en voz alta, molesta con lo que había descubierto.

Escuchó unos pasos, el retumbar de unos los zapatos contra la baldosa, de una manera agradable, que le agudizó sus sentidos.

—¿Lo habías visto antes? —Balder se aproximó con una pequeña sonrisa.

—¿El qué?

—El mapamundi. —Hizo una seña para que se fijara en el tapiz.

—¿Por qué lo llamas de ese modo?

—Porque era como denominaban antiguamente a la representación geográfica de la superficie terrestre.

Llegó junto a ella y, metiendo las manos en los bolsillos, estudió la enorme tela pintarrajeada.

—¿Es cierto? —lo observó de reojo—, ¿así es en verdad el mundo?

—Lo era —asintió el viejo mentor, levantando la cabeza para apreciar mejor la pintura—, hace años, al menos. Antes de la guerra y de que la nieve cubriera el cielo y la tierra.

—¿A qué te refieres?

—Al conflicto que tuvo lugar hace muchísimos años y que acabó con medio planeta, que destruyó los distintos territorios y lo convirtió en lo que es hoy —explicó él.

Syn sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Y por qué nadie nos habla de ella? —preguntó con evidente enfado.

Balder chascó la lengua con reprobación.

—Porque no conviene.

—¿A quién? —insistió ella, alzando la voz sin querer.

Al abrir la boca para responderle, la menta tapó los otros olores y se adueñó de forma invasiva en el espacio.

—A la población, al sistema que la protege —dijo Jostein, en lugar de Bishop, cruzando la sala—. No queremos que pase otra desgracia. Ya nos bastó con la última. Tenemos trabajo de sobra con protegeros del clima inhóspito y los desperfectos provocados por los ciudadanos y sus rebeldes.

Para su irritación, la joven no vio ninguna emoción en su discurso. Ni pena ni remordimiento por los que se dejaron atrás o por las mentiras. Nada. La sorprendió descubrir esa falta de comprensión no solo hacia ella, si no también hacia la población que supuestamente supervisaba y que mantenía en la ignorancia.

Balder resopló, como si no estuviera muy de acuerdo con esa opinión, intuyó, y Jostein se posicionó tras ellos, con su traje y camisa negros, que contrastaban con su tez blanquecina, lo que lo hacía

parecer desvaído.

—Por suerte, para eso existimos los Guardianes. —Con los brazos cruzados, contempló el mapa—. Miramos por el bienestar y el destino de los ciudadanos.

Con cada palabra y con cada frase, Syn intentaba apaciguar su furia. Inspiró hondo para replicar con lógica.

—Si un pueblo no recuerda sus errores, ¿cómo puede cuidarse de no volver a cometerlos?

—Eres joven e ilusa —comentó él, y su condescendencia le sonó a insulto—. Nosotros cuidamos de que el sistema siga su curso y nada malo ocurra.

—A cambio de nuestra confianza ciega —no pudo evitar decir, y Balder se rio por lo bajín. Tomó aire para añadir—: Pobre del pueblo que subordine la libertad para un bien mayor, debido al miedo o al peligro.

Jostein apoyó los codos en la mesa y, entrecruzando los dedos, reposó la barbilla en ellos.

—¿Cómo tuvo lugar la explosión? —la interrogó de repente.

Syn se toqueteó las manos, rascándose alrededor de las uñas, mientras distintos destellos trascurrían ante sus ojos como fotografías de una tragedia que le habían pasado a otro, y no a ella. Las sensaciones agridulces volvieron; el trago amargo del caos, el rastro ácido de la muerte. Las imágenes de aquella masacre asaltaron a su mente y se sucedieron una tras otra, frente a su mirada.

—Era un sábado normal —contó, con las lágrimas amenazando con desbordarse—. La gente en el vagón, la nieve fuera, mi familia y yo, de camino al cine. Hasta que aparecieron esos hombres.

—¿Quiénes? —quiso saber Balder y Jostein también prestó atención.

—Los del bombín y traje oscuro a rayas —explicó, colocando la mano sobre la cabeza para hacer referencia al sombrero—. Eran unos tipos muy delgados, pálidos, con un comportamiento extraño.

—¿Observadores? —El viejo mentor se dirigió a Jostein con asombro—. ¿Qué hacían allí?

Este, sin dejar de prestar atención a su sobrina, se encogió de hombros con indiferencia.

Ella no dijo nada, guardándose la opinión para sí misma de que aquellos hombres bien podían ser los culpables de la muerte de su familia.

—Continúa —la instó Jostein a seguir hablando.

Había llegado al punto clave de su relato y le temblaron las manos. Se las agarró para intentar mitigar su agitación y aguantar las ganas de llorar. No pudo y, cuando estas resbalaron por sus mejillas, se las secó de un manotazo.

—Mi padre se dio cuenta de su presencia y se puso nervioso, quiso que nos bajáramos en la siguiente estación. —Se mordisqueó el labio al notar el grano seco que la transportaba al trance funesto—. Nos apremió hacia la salida.

Se le cortó la voz.

Balder pasó un brazo por encima de sus hombros, arropándola.

—Pero no nos dio tiempo. —En ese punto de la historia, las lágrimas le brotaban sin contención—. Y entonces el tren explotó…

No pudo continuar y se echó a llorar. Había pretendido ser fuerte. Lo había intentado. Pero las circunstancias la superaron.

Balder puso ante ella un pañuelo de tela, blanco, con la letra B bordada en una de sus esquinas. Rechazó el ofrecimiento, se secó con la manga de su pijama de hospital.

—Quiero saber quién mató a mi familia —sentenció, con rabia e impotencia.

Jostein dejó que se apaciguara y, al cabo de unos segundos, tosió para llamar su atención. Bajó la cabeza, se frotó la frente. Inspiró con fuerza.

—¿En verdad eres quien dices? —preguntó, pasando un dedo por el surco de la nariz.

—¿Y tú? —escupió, molesta con sus reticencias—, ¿eres mi tío?

Pensar en la posibilidad de que ese hombre fuera parte de su familia le provocó náuseas.

—Jostein, solo nosotros y los observadores aprendemos el nombre único de los guardianes —dijo el mentor, yendo hasta la mesa —. Si no fuera su hija, sería improbable que ella supiera quienes son Liv y Corey Einar.

—¿Y cómo es que los observadores no tenían en el registro a sus padres, al igual que el resto de las personas de Midgard? —insistió el otro, indeciso.

—No lo sé… —vaciló Bishop—. No tengo ni idea, tendrás que preguntárselo a ellos.

Jostein levantó el índice derecho.

—A no ser que nos esté mintiendo y sea una thrall —sus cejas se levantaron con un arco de desconfianza y reticencia—, que quiera información con la que acabar con nosotros.

Syn rechinó los dientes, enfadada con él, con sus comentarios.

—Con lo que me habéis hecho —le reprochó, apretando los puños—, estaría en mi derecho, ¿no crees?

Balder la sujetó por el codo, por si acaso se atrevía a ir a por él y aporrearlo. Se contuvo, aunque ganas no le faltaron.

—Los thralls ignoran nuestra identidad —expuso el anciano—, por lo que solo cabe la posibilidad de que ella sí sea quién dice, Syn Einar.

La joven se soltó con brusquedad y los miró. Estaba tan cansada de que hablasen de temas de los que no estaba enterada, y que la incumbían.

—¿Qué es un thrall?, ¿qué es un guardián? —demandó, abriendo los brazos con impotencia—. ¡¿Quiénes sois?!

El anciano trató de transmitirle calma.

—Las respuestas, poco a poco.

Jostein dejó caer las manos con un golpe y Syn se sobresaltó.

—Entonces, ¿es cierto? —dijo, levantándose de la silla. La observó con un azul peculiar, un destello que le resultó familiar y que suavizó un poco su frialdad, dándole un toque edulcorado que, de algún modo y para su desgracia, la hizo recordar a su padre.

Cuando eso ocurrió, cuando cató el azúcar, tragó saliva.

No, no podía ser cierto, pensó, arrugando la nariz. Ese hombre que la había encerrado, denigrado y hasta torturado, no podía ser su tío. ¡Ese ser despreciable no podía ser de su sangre! ¡No quería! ¡Porque lo odiaba con toda su alma!

Jostein rodeó la mesa y, en dos pasos, llegó hasta ella para sujetarla sin cuidado.

—¡Di! —le exigió de malas maneras—, ¿sientes mi olor, mi sabor?

Pretendió soltarse, pero la retenía con fuerza y, sin escapatoria posible, asintió, desconcertada.

¿Por qué motivo su peculiaridad no les sorprendía?

—¿Hasta qué punto? —El ansia de Jostein y su presión asustaron a Syn, que forzó una separación entre los dos.

No lo consiguió. Fue Balder quién, interponiéndose entre ellos, los alejó.

—No miente, es hija de Liv —le aseguró el profesor a su tío, con voz ronca y con los ojos vidriosos—. Creíamos que estaban muertos.

—Ahora lo están —matizó, con el dolor cruzándole el pecho.

Jostein regresó a su asiento.

—Como desde este momento, yo soy tu tutor legal —le informó, acomodándose tras el escritorio, adueñándose de ese espacio, sofocándola—, te establecerás con nosotros.

—No quiero estar aquí —protestó, sincera. Solo deseaba marcharse a su casa.

—¿Tienes algún otro lugar adónde ir en el que te protejan? —Su pregunta era retórica y eso la enojó.

Seguía sin gustarle, recelaba de él. Su dulce le era familiar, sí, pero su menta era cruda, gélida; invadía sus pulmones y, así como en ocasiones despejaba su nariz, en otras sentía que cortaba igual que el filo de una guadaña que segaba la hierba con escarcha.

—Mis padres huyeron de esta realidad, como vosotros la llamáis

—les recordó con retintín—, ¿por qué debería quedarme?

—Es una muy buena pregunta —anotó Balder, comprendiendo su situación, aprobando su osadía.

—Porque no tienes a nadie, solo a mí —respondió él, rasgando su corazón y arañando su coraza—. No soy un tío cariñoso, pero, al menos, cuidaré de ti.

Se clavó las uñas en las palmas, impotente.

Sí, era cierto; sus padres habían muerto, también su hermano. No le quedaba a quién recurrir que pudiera acogerla o ampararla. Pero si Liv y Corey habían escapado de ese sitio, había sido por algún motivo importante.

—Además, ignoramos quién está detrás del golpe y qué pretenderá cuando se entere de que sigues con vida.

El tufo a quemado reapareció y sus temores resurgieron. Los miró con detenimiento. En su cabeza, nació una posible solución. Si tenía que quedarse, sería por una razón que, por supuesto, no admitiría ni ante su tío ni ante nadie. Aunque tuviera que soportar la compañía de ciertos sujetos en los que no confiaba, como Jostein, o entre personas que no había visto en su vida; pese a esa desgana, en ese instante, ¿qué era lo que más ansiaba en el mundo? La respuesta asaltó su pecho, surgió en su cabeza, sin atisbo de duda: descubrir al culpable o a los causantes de los asesinatos de los suyos y exigir justicia.

—Está bien, me quedo —claudicó, fingiendo una mueca compungida, surcada por la pena. No pudo evitar añadir—: aunque no será para siempre.





#7: La Central

—¡Bienvenida a La Central! —dijo Balder, como si la recibiera, por primera vez, con una calurosa acogida.

El amplio recibidor, al que se accedía por las enormes escalinatas de la entrada, estaba ocupado por un mostrador de madera, con marcos y zócalos de mármol, tras el que sentaba un conserje.

—¿Qué es este sitio? —preguntó, examinando la estructura del edificio. El lugar le transmitía una evocación a madera y a piedra antiguas, y estuvo esperando a que, de un momento a otro, los espíritus de seres pasados atravesaran las paredes haciendo su aparición.

—La academia y sede donde entrenamos y formamos a los Guardianes —explicó el profesor, rascándose la barba. La repasó de los pies a la cabeza—. ¿Te queda bien el uniforme?

Syn se fijó en el traje ajustado de camiseta y pantalón oscuro que le habían dado. En la parte de arriba, una manga corta (antes de entregársela, le habían preguntado si era zurda o diestra), cubría su hombro derecho. Sobre su pecho, había cosido un símbolo matemático cuadrado, en ocre, que supuso era la insignia distintiva de la facción.

—Creo que sí. —Con cuidado, se palpó, comprobando que todo estaba en su sitio. Tenía las costillas cubiertas de arriba abajo por unas manchas azules y púrpura. Dolían al tocarlas, pero al menos no se había roto nada.

Se había cambiado de ropa en la que, habían dicho, a partir de entonces, sería su habitación. Un cuarto austero y pequeño con una cama, un armario y una coqueta, en la quinta planta del edificio principal.

—Te mostraré las instalaciones —dijo el anciano mentor, volviéndose para asegurarse de que lo seguía antes de empezar con la

ruta—. En su día, la Central fue un hospital y solo se conserva la parte antigua de la construcción; la nueva había sido derrumbada para edificar comercios y viviendas. Cuando el proyecto se paralizó por falta de presupuesto, la facción lo compró y lo rehabilitó para su uso.

Él le mostraba la parte bonita del edificio, pero ella mejor que nadie sabía de sus mazmorras. Caminaron por el pasillo ancho que Syn ya había recorrido días antes, y se detuvieron ante una puerta. Curiosa, se puso de puntillas para apreciar lo que había dentro. Estaba ocupado por varias mesas con sillas metálicas. Al fondo, contaba con una barra de cafetería y comidas.

—En la planta baja —prosiguió Bishop—, están la sala de rehabilitación en la que te recuperaste, el salón principal, el comedor y el despacho del director, que es la dependencia del mapa.

—¿Jostein es el director del centro? —dedujo, alarmada.

—Sí —afirmó Bishop, para su desgracia, metiendo una mano en el bolsillo mientras que, con la otra, se ajustaba las gafas—. Desde hace aproximadamente unos quince años.

Continuaron por un lateral y se metieron a la derecha. Parecía que los pasillos estaban conectados entre sí. Iba a tener que memorizar el plano para no perderse.

Subieron por las escaleras hacia la primera planta.

—Disponemos de ascensores, pero te llevo por aquí para mostrarte los espacios —explicó, y ella asintió. Llegaron a un nuevo pasillo, algo estrecho con respecto al de la planta baja, pero con, al menos, cinco puertas—. Estas son las aulas, donde damos clase.

—¿De qué?

—Cultura general y Antigua, Historia y Tradición, Lenguaje y Origen…

—¿Origen?

—De las palabras. —Balder levantó tres dedos, como si estuviera llevando la cuenta; alzó un cuarto—. Deducción lógica y Matemática; Salud y Entrenamientos físicos y mentales se enseñan en las instalaciones de arriba.

Se le ocurrió la idea de que, ya que él era mentor (y como durante su convalecencia le había comentado algo al respecto), si de casualidad habría tenido entre sus alumnos a sus progenitores.

—¿Les diste clase a mis padres, aquí, en La Central? —Se atrevió a preguntar.

Se fijó en la sonrisa genuina que él dibujó bajo la espesa barba. Bishop asintió.

—¿Y eran Guardianes? —insistió ella.

—Corey tenía talento para el ejercicio físico y las leyes —levantó la cabeza como si estuviera visualizando algún recuerdo lejano con añoranza—. Liv, gracias a su sinestesia, poseía un don único y era una

gran apasionada de la historia.

Como se había referido a ellos con aprecio, decidió insistir en sus pesquisas.

—¿Cómo eran? —Le costó plantear la cuestión. Las lágrimas contenidas le secaron y le arañaron la garganta.

En esta ocasión, en los ojos del viejo hubo un brillo de nostalgia.

—Liv era una de mis mejores alumnas, muy inteligente y curiosa, interesada en la guerra, recopilando información sobre lo que había ocurrido a lo largo de la historia. —Se rascó la nariz, como si pensara en algo—. Siempre me quedé con la incertidumbre de si al final había calmado sus ansias por desvelarlo…

No entendió bien a qué se refería.

—¿Por qué nos ocultaron a Eivor y a mí esta realidad paralela? —Al plantear esta consulta en voz alta, notó un gran alivio, aunque dudó que fuera a obtener algo en claro—. ¿Cómo es que no nos contaron nada?

—Puedes aprovechar tu estancia en la academia para averiguarlo —dijo él de forma amable, pero intrigante.

Se mordió una uña, compungida. Lo que había deducido hasta entonces la confundía. Habían sido demasiados infortunios, demasiada información y una gran pérdida, que no había ni tenido tiempo de asimilar y que se acuñaba con un vacío en su pecho. Dejó vagar sus pensamientos y, al cabo de un rato, recayó de algo.

—Hay una cosa que no comprendo. —Se fijó en el edificio, como si en algún rincón de aquel centro cupiese la posibilidad de que se escondieran sus respuestas—. ¿Es cosa mía o este lugar y en el que viví hasta el día del atentado al tren son como dos caras de una misma moneda?

—Tus suposiciones no van desencaminadas. —Él se enderezó, como si estuviera ante una clase de doscientos oyentes y hubiese reparado ella—. El mundo que habitamos se llama Midgard. En Midgard está tu ficción o entorno, en la que has crecido, cerca de la ciudad de Tuskay. Luego está la nuestra, en la que habitamos los guardianes, los observadores, las matemáticas y los thralls; es decir, las facciones que estamos instruidos en el pasado y en lo que acontece, y que, junto al Relojero, mantenemos el orden: nos referimos a ella como Niflheim.

—Pero estamos en el mismo espacio —razonó con los pocos datos que contaba—, quiero decir, ¿no tienen separación alguna?

—A Niflheim y los que habitamos en él nos cubre un velo invisible a ojos de los civiles de Midgard —le confirmó, dejándola traspuesta—, es como un tapiz que proyecta distintas imágenes o realidades. Por eso te trajeron los guardianes, porque les resultó curioso que pudieses verlos. Ambas coexisten, pero la tuya es

Midgard, y la nuestra, Niflheim.

—Hablas del Relojero, de los guardianes, observadores, *thre*…—No supo repetir el nombre. Con tantos acontecimientos, la información daba triples mortales en su cabeza y se rascó la línea que dividía su frente de la zona donde crecía el cabello—Creo que me va a estallar la cabeza…

Él la abrazó con cariño.

—Basta de lecciones por hoy. —Acarició su espalda para tranquilizarla y Syn casi se atragantó con el dulce de leche. Pestañeó, para aguantar, estoica, su aprecio, mientras la acompañaba a la planta superior—. Voy a presentarte a tus compañeros. Seguro que ellos te animarán.

Ojalá fuese cierto, porque al contrario de lo que él pensaba, no las tenía todas consigo y no creía que fueran a recibirla con los brazos abiertos.



#8: La fraternidad

—Te veo bien. —Con un dedo, Markku se rozó por encima de la ceja derecha, haciendo referencia a la patada que le había propinado en el túnel, antes de llevarla a La Central.

Syn, en un acto impulsivo, se tocó la costra de la herida, que le raspó la yema de sus dedos con un ligero regustillo a vainilla.

—Tú y tu gente necesitáis algo más que un porrazo en la cabeza para acabar conmigo.

Él caminó por encima del tatami, jugando con un *bō*.

—Dicen que vamos a tenerte por aquí una larga temporada.

Ella se levantó y lo imitó, andando en círculos, uno frente al otro.

Balder la había dejado en el salón de ejercicio, donde estaban entrenando los guardianes, para que se relacionara con los que, durante su estancia en La Central, iban a ser sus compañeros.

Le presentó al grupo, e intimidada por la forma en la que la estudiaban, la muchacha escapó y deambuló por la estancia, observando a los combatientes, los adiestramientos individuales y en pareja, las armas, hasta que, en su paseo, se encontró con el tapiz de pelea. En casa habían tenido un pequeño gimnasio. Este, en cambio, era un enorme cuadrado acolchado de tela roja, delimitado con una línea negra y amarilla. Sin pensárselo dos veces, se había subido para sentarse y ser ella quién contemplase al resto. El olor del tejido de paja le había traído gratos recuerdos.

Y él había aparecido a su lado.

Markku era de esa clase de personas que parecían inalcanzables, elegantes, apuestas, que no se esforzaban en serlo. Vestía de una manera clásica, correcta, como si pretendiera pasar desapercibido. Esa actitud, era justo lo que la desquiciaba y lo que le atraía de él. Esa sensualidad misteriosa, ese deseo escondido. Lo prohibido.

Omitió ese sentimiento y se concentró en su disgusto.

Por fin estaban frente a frente, en guardia. Esa vez no iba a permitir que adquiriera ventaja y la viera arrastrada por los suelos.

—Qué rápido vuelan las noticias en este lugar —utilizó el sarcasmo a propósito y él levantó una ceja, suspicaz—. Con la misma celeridad con la que acusáis a alguien y lo tacháis de culpable.

—No otorgamos clemencia —le confesó, serio, hincando la punta del palo en el suelo del tatami y apoyándose en ella—. Solo estamos para que se cumpla la ley.

—¿Dónde queda la presunción de inocencia? —apostilló.

—No comprendo…

—Sí, ¿qué ocurre si, como yo, alguien resulta inocente de los cargos que le imputáis? —preguntó, puntillosa—. ¿No les dais la oportunidad de defender su exención?

Se quedó pensativo, como si nunca hubiera ocurrido ni tampoco hubiese reflexionado sobre el asunto.

—No ha pasado antes, tú eres la primera divergencia —admitió, serio, sin ninguna otra expresión o seña que la formalidad que abanderaba. Giró la vara entre sus manos—. Nosotros protegemos a los que son como tú, a los de tu mundo, para que no les suceda lo que les ocurrió a tus parientes.

Al escucharlo hablar de los suyos con tanta confianza, la recorrió un latigazo de enfado.

—¿Salvarlos de qué? Si ni siquiera sabéis qué ha causado esa explosión —apuntó con rabia y, al comprobar que él apretaba la mandíbula, adivinó que había dado en el clavo.

—¿A qué te refieres?

—A que no conseguisteis salvarnos —respondió, alzando el tono —, no protegisteis ni a mi familia ni a la gente que iba en ese tren. Podría decirse que, en esta ocasión, habéis fallado.

Se produjo un silencio tenso entre los dos. Él no contestó, pero se detuvo, impasible, apretando el palo hasta que se le pusieron los nudillos blancos, mirándola de una manera que su vainilla se metió por su garganta y hasta su pecho, invadiéndola y dejándola paralizada. Incluso había un toque a canela de culpabilidad, lo percibió a la perfección. A Syn no le importó demasiado. La cruda realidad había tenido lugar de una manera y ya no se podía volver atrás.

—Puede que no lleguemos a ser amigos —comentó él, como si lamentara lo ocurrido—, en cambio, como compañero, siempre podrás contar conmigo.

La mirada de él, compungida, la atenazó y le encogió el corazón. No obstante, dijo en su lugar:

—Yo no confío en quien me ha hecho daño —masculló sin ningún tipo de condescendencia.

Syn no podía, no quería fiarse de él, pues había sido quien la encarcelara. Además, era peligroso para ella. Porque, para su sorpresa, había descubierto que su olor la atraía y la enojaba por igual. Porque al verlo tan apenado, había florecido un deseo desmedido de acercarse y abrazarlo, de calmar su amargura; pero la rabia de que la hubiese traído a La Central, a ese maldito lugar y en contra de su voluntad, hacía que le provocaran unas ganas enormes de apalearlo con todas sus fuerzas. Porque le encantaba la vainilla, era uno de sus helados favoritos, pero, así como dulcificaba y la enganchaba, también podía ocultar y camuflar un regusto amargo.

Él torció el gesto en una mueca de tribulación.

—Basta de cháchara. —Markku le hizo una seña a uno de sus compañeros que estaba junto a las armas. Este asió otra vara y la arrojó sobre el tatami, que aterrizó a los pies de la joven. Le indicó que la cogiera—. Muéstrame qué sabes hacer.

Iba a ponerla a prueba, a tantear sus capacidades y, en esa ocasión, Syn no iba a permitirle que acabara por encima de ella.

Cuando recogió el arma, se hizo la despistada, dejó que resbalara de sus manos y le cayera sobre un pie.

Escuchó murmullos y burlas de fondo y, ocultando una sonrisa, se puso en posición.

Había público, el cuerpo de guardianes se habían acercado a curiosear.

Él se colocó en posición defensiva.

—Te espero —le concedió ventaja; dio dos toquecitos en el suelo, para marcar el inicio del combate.

Syn analizó su situación y pensó en una estrategia.

«Recuerda que eres menuda, no tendrás la misma fuerza que tu adversario —solía aconsejarle su padre—, por eso, sé inteligente, recurre a tu destreza, y sorprenderlo».

Y eso hizo, examinar sus posibilidades.

No debía subestimarlo, él era alto y, aunque delgado, estaba musculado, por lo que era obvio que entrenaba con frecuencia; su manera de caminar por la plataforma, su altivez y el modo de mover el largo bastón lo evidenciaban, demostrando que estaba acostumbrado a luchar.

Debía potenciaría su agilidad y obligarlo a caer en la torpeza.

Markku, al verla paralizada, sin hacer nada, se mostró confiado y, creyendo que estaba a su merced, bajó un poco la guardia.

Eso era lo que pretendía y, con un salto, alzó la vara por encima de su cabeza y arremetió fuertemente contra él.

Se le echó encima y él abrió los ojos con asombro, contando con el tiempo justo para reaccionar. La detuvo en el aire, en el último segundo, tal como cabía esperar —Syn no creía en absoluto que lo

fuera a dejar tan rápido fuera de combate— y, antes de que él pudiera recomponerse, ladeó el palo, lo sujetó con ambas manos y, empuñándolo como una espada, le clavó el extremo entre las costillas.

La muchacha percibió su desconcierto cuando se dobló debido a la intensidad del impacto, y tuvo que concederle un rato para coger aliento. Se hizo la sorprendida para que su representación resultara creíble, como si el porrazo que le había asestado hubiera sido casual y no a propósito, tal como había ocurrido.

Y se alejó dos pasos.

Confundido, su adversario volvió a su lugar sin soltar el arma y ella, escondiendo un gesto de triunfo, lo imitó.

Esa vez fue Markku quien atacó. Marchó a por ella y Syn detuvo su asalto por el flanco derecho, inclinando la vara, de forma que la protegiera desde la cabeza hasta los pies, evitando el bastonazo en su costado.

Para algo le tenía que servir ser menuda, y, con el palo, que era bastante largo, atajó el revés, usándolo como un arma defensiva que la cubría a cualquier altura, con solo inclinarlo o ladearlo.

Pero él no se quedó ahí y, haciendo una vuelta, dobló el brazo y le propinó un codazo en la mejilla.

Dolió, fue como si alguien la hiriera con una piedra en la frente y la dejara casi inconsciente.

Se apartó, se encogió y, con la punta de la vara y una rodilla en el suelo, se apoyó y escupió. El tatami se cubrió con un pequeño charco de sangre.

Se habían convertido en el centro de atención y la fraternidad entera de La Central estaba contemplando el espectáculo.

—Bonita manera de hacer amigos —comentó mientras se limpiaba la boca.

Él se encogió de hombros.

—Solo estoy comprobando qué sabes hacer.

Se irguió, sin dejar de mirarlo.

—¡Ya es suficiente! —dijo, y lanzó un chasquido—. ¿Ahora podemos tomárnoslo en serio?

Él levantó una ceja, asombrado con su reacción, y elevó la comisura del labio en un amago de expresión de regocijo.

De improviso, se lanzó a por ella con un par de bastonazos en el pecho y por el lateral izquierdo.

El primero, lo detuvo sin problema; del siguiente, escapó por los pelos. Para algo habían servido las clases de entrenamiento con su padre, dos días por semana, en el garaje de su casa. Su agilidad fue, precisamente, la que la hizo salir ilesa del ataque.

Markku decidió agacharse, levantar la pierna y patearla.

Syn alcanzó su tobillo en el momento justo en el que casi

consigue abatirla, para sujetarlo y, con una acrobacia, desequilibrarlo y derribarlo sobre el tatami.

Confundido, él retrocedió a rastras, por el tapiz, y fue ella, en esa ocasión, quien sonrió.

—¿Es lo único que sabes hacer? —escupió con gozo.

Escuchó una risa desde el público y el aroma a tarta de chocolate y frambuesa llegó hasta ella. No logró atisbarla, ni siquiera de reojo, pero entre la gente, estaba la sanadora y, de alguna manera se sintió arropada y amparada por alguien.

Se hartó de la situación; dejó que se recompusiera para, sobre el pie derecho, tomar impulso, realizar una pirueta y, con la vara, atizarle en la cabeza.

—Esto va por mi familia —gritó.

Markku, enfadado, trastabilló, aunque no cayó desplomado. Increíblemente, se mantuvo y, tras pestañear y sacudir la cabeza, marchó hacia ella.

Syn también lo hizo y sus palos chocaron. Aguantó su empuje, él se inclinó. La muchacha giró la vara para desestabilizarlo. Al no lograr lo esperado, recurrió a un golpe bajo y le clavó la rodilla en la cadera.

El guardián se dobló, gimió por el daño y cayó.

Se acercó a él y susurró en su oído:

—Y esto, por traerme a este espantoso lugar.

Él, con un movimiento enérgico de cabeza, como si se la estuviera sacudiendo para reavivarse, se levantó y le sonrió con pillería.

—¿No te das cuenta de que esa es la manera en que te he salvado?

Su comentario fue la chispa que prendió la llama de su cerilla y que había mantenido apagada hasta entonces en su interior.

Ese fue su error, ese fue el instante en que debió contenerse y no ceder a sus agravios. Perdiendo la racionalidad, avanzó para atestarle otra golpiza y rematarlo.

Markku se encogió, no por el malestar, sino para, alargando el palo, atacar y darle con todas sus fuerzas en las rodillas.

La punzada le atravesó las piernas e, incapaz de seguir manteniéndose en pie, se dejó ir.

Maldijo para sus adentros al comprobar que había vuelto a ceder a las injurias, a perder la compostura y, como le había dicho su padre siempre, cuando lo olvidas, el enemigo gana.

Cuando quiso reaccionar, estaba con la espalda contra el suelo y él se había movido rápido para sentársele encima, aplastándole el pecho. Le propinó un puñetazo en las costillas, otro en el estómago. La sujetó por las muñecas y se las colocó a ambos lados de la cabeza.

Furiosa, se retorció para soltarse.

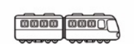
Fue inútil. No lo consiguió. La aplastaba y le costaba respirar. Mantuvo la cabeza altiva, aunque el dolor la atravesaba hasta las entrañas.

Intentó coger aire, pero el perfume avainillado le inundó los pulmones, adueñándose de su oxígeno.

Con un destello cruzando su iris ocre, Markku aproximó a ella con la misma solemnidad que si se dispusiera a revelarle el mayor secreto de la humanidad. Su barba incipiente le rozó la mejilla y Syn contuvo el aliento.

—Primer consejo de tu superior —pronunció contra sus labios, estremeciéndola—: Tus cicatrices deben fortalecerte, no debilitarte.

La estudió desde arriba, sonrió, arrogante. Y, levantándose con aires de superioridad, bajó del tapiz entre aplausos, dejándola magullada sobre el tatami.



#9: La amistad

La dulce caricia fue miel para sus heridas. Calmaron su frente, en un roce candente, suave, antes de palparla con el algodón. El alcohol y a cacao con frambuesa se mezclaron en un perfume embriagador.

Se quejó cuando el antiséptico tocó la herida y parpadeó. Con los ojos entreabiertos, vio cómo la sanadora esbozaba una mueca traviesa que le erizó la piel, a pesar de la golpiza que le había propinado el guardián.

—Te va a quedar un buen chichón —dijo, asiéndola del mentón y revisándole con detalle la herida, sus mejillas y, por último, los ojos. Ahí se detuvo—. Es lo que tiene pelear contra uno de los mejores guardianes en ejercicio físico de la Central. Que pueden machacarte.

Syn, aunque lo había intuido, ignoraba el dato y parpadeó, confundida.

—Aunque tú te defendiste bastante bien —matizó la médica, empapando el algodón con el líquido desinfectante y reanudando la tarea—. Pero él tenía la obligación de vencerte o quedaría en evidencia ante la fraternidad entera.

Mientras terminaba con la cura, Syn la miró con detalle. Emanaba un olor y un sabor muy apetitosos para ella, la chica tenía unos ojos marrón caramelo que la hacían salivar y encogérsele el estómago cuando se posaban con curiosidad en ella.

Se acercó para comprobar el resultado de su trabajo y ella se puso tensa. Tras asentir, satisfecha, puso el bote de alcohol y la borla peluda encima de una bandeja.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la pelirroja, frotándose las manos contra la bata. Luego, recogió los utensilios y los depositó junto a los otros.

—S-Syn —tartamudeó, algo nerviosa, echando de menos la suavidad del contacto de sus dedos sobre su piel. Dejó a un lado ese efecto. Demasiados golpes recibidos en su cabeza—. ¿Y tú?

—Eira —contestó con desparpajo; se quitó la bata blanca y la dejó en el respaldo de una de las sillas.

Syn sonrió. Ese nombre significaba «Euforia» y, al igual que la diosa que se encargaba de mantener contentas las almas de las otras deidades, le pareció que la médica poseía unas manos prodigiosas para la curación y una sonrisa que levantaba el ánimo a cualquiera, en especial, a ella.

—Gracias por atenderme ahora y en la celda —le agradeció, sincera. Tragó saliva y rio por lo bajo—. ¿Te relataron mi historia?

Eira dijo que no con la cabeza y, con ella, sus rizos.

—No estuve en el juicio, me niego a ir a ese tipo de actos —añadió, arrugando la nariz—. Además, ¿para qué? ¡Si tú vas a contármela!

Se sentó a su lado, en la camilla, a la espera de que la pusiera al día.

—Eres la única que ha tratado de conocerme —dijo, bajando la mirada a sus manos.

Eira se las estrechó y una ola de calor recorrió su espalda hasta la punta de los dedos que la sanadora había atrapado con aprecio.

—Entre tantas cosas malas que he oído de ti —comentó esta con un chascarrillo—, a ver si puedo encontrar alguno bueno.

Ambas rompieron a reír con sonoras carcajadas.

Con lo que le había pasado y con la gente mentirosa que la rodeaba, le pareció increíble que pudiese existir alguien con un carácter tan verdadero y auténtico.

—No sé qué nos deparará el destino —bromeó, y levantó una mano, como si fueran a sellar un trato importante—, pero prometo empezar siendo una fiel compañera, ¿te parece bien?

Eira levantó una ceja y la miró, y la joven, para su sorpresa, no distinguió ningún rastro impreciso que nublara sus percepciones. Al contrario, era completamente transparente, sin atisbo de esencia superflua que la confundiese.

La de rizos estrechó su mano, con seguridad, y ambas se estudiaron. La fragancia que antes había percibido en ella regresó, de forma intensa y deliciosa, transportándola hasta ese color, nadando entre esas aguas, ahogándose en ellas.

La puerta se abrió y, separándose lejos una de la otra, se pusieron en pie.

El director de La Central hizo su aparición, rodeado por ese azul menta que invadió y heló la estancia.

—¡Eira! —dijo con voz de mando—, tú y Markku iréis hasta el túnel donde tuvo lugar la explosión para tratar de hallar alguna pista sobre los culpables del atentado.

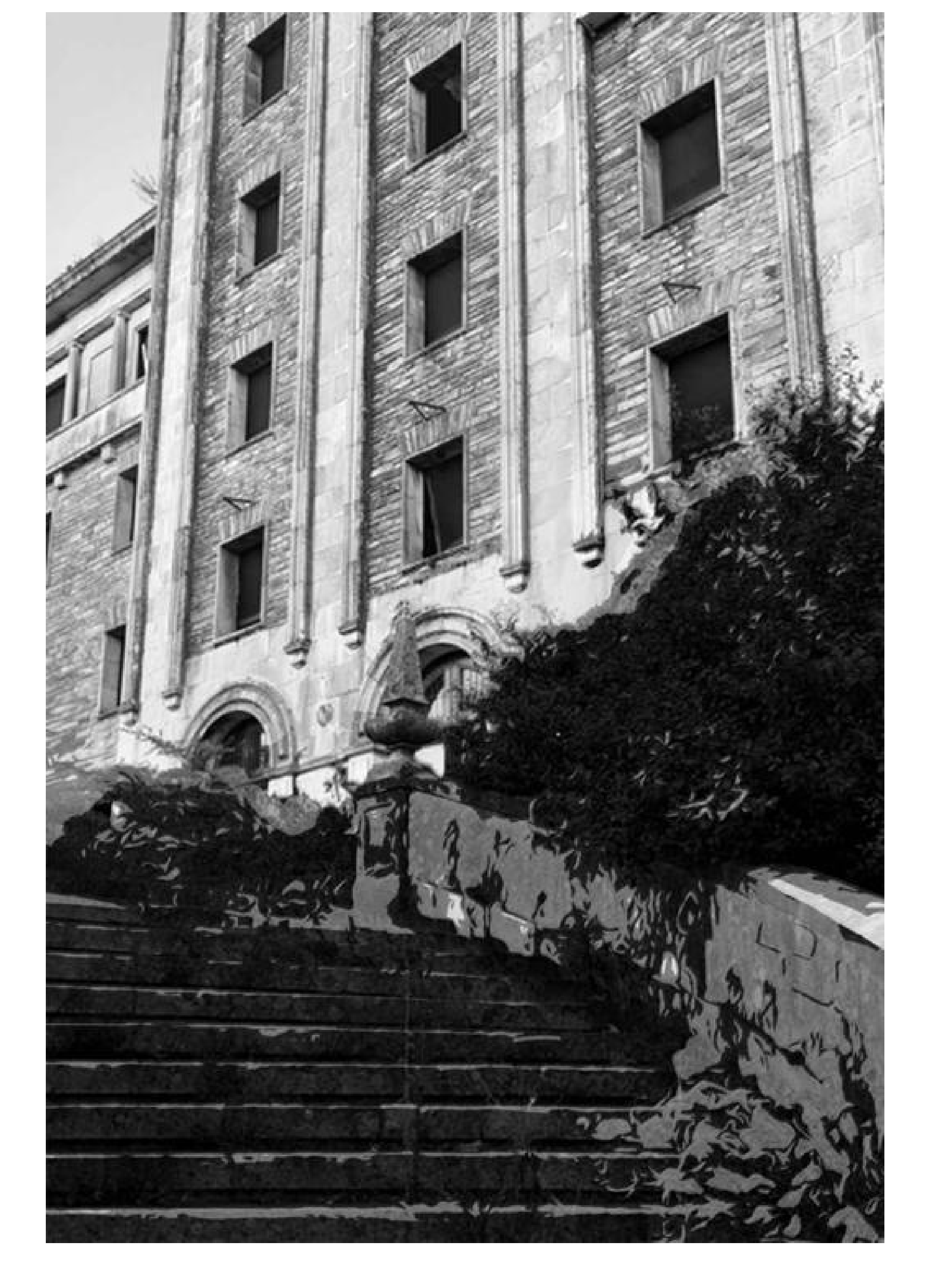
—¡Yo también voy! —exclamó ella, apartándose de la camilla.

Eira la sujetó por el codo y la retuvo a su lado.

—Señor, creo que sería buena idea que ella viniese —propuso la sanadora, pellizcándola a escondidas para recomendarle que se calmara—. ¿No cree que, reconstruyendo los hechos, nos ayudaría a encontrar alguna evidencia?

Jostein frunció el ceño, sopesando la idea. No parecía muy convencido.

—Está bien, que os acompañe —asintió al cabo de un rato—. Estará bajo vuestra supervisión y responsabilidad. No dejéis que cometa ninguna imprudencia.





#10: La misión

La explosión había sepultado el andén.

Los escombros ocupaban la estación con la chatarra, cristales rotos y enseres que habían pertenecido a un grupo de viajeros que, creyéndose felices y protegidos, habían subido el tren aquella mañana de sábado, normal y corriente, cuyo único propósito era el disfrute tranquilo de un fin de semana cualquiera, sin otra pretensión que verse con sus familias y amigos, pasear por el centro de Tuskay o ir al cine a ver una película de acción.

Con el corazón encogido y las lágrimas amenazando con rodar por sus mejillas, saltó de la plataforma y anduvo por el túnel, reviviendo el atentado en su mente con detalle.

Al menos, habían retirado los cadáveres.

Eira y Markku fueron detrás de ella, seguidos de cerca por otros dos guardianes que los escoltaba como refuerzo.

—¿Veis algo? —quiso saber él, que se detuvo a esperarlos.

—Nada todavía —contestó Silver, de melena castaña y un tufillo rancio, con unos pies enormes.

Ellos, quizá, no veían nada; Syn, en cambio, lo veía todo.

La angustia. El miedo. La explosión, los gritos, el fuego. Se le contrajo el estómago cuando distinguió un carrito de bebé entre la arenisca y, escarbando entre las cenizas, desesperada, buscó algún indicio de que ella y su familia habían estado allí.

Sheila, la otra compañera, con aspecto de perro apaleado y esencia a piña, se puso a su lado.

—¿Te vas a echar a llorar? —le dijo, a media voz, para que solo ella lo escuchara.

—¿Perdona? —Se viró con una mezcla de contrariedad y desconcierto.

—Sí, que si vas a soltar la lágrima o vas a espabilarte y

ayudarnos a encontrar alguna pista —la provocó, sin compasión ni vergüenza—. A lo mejor hallamos a tu familia a trocitos…

Se quedó muda. No dio crédito. No fue capaz de comprender a qué había venido ese comentario venenoso e hiriente.

—¿Por qué no haces algo útil y sigues indagando, imbécil? —respondió, sin poder contenerse.

Sin esperar una respuesta, echó a andar, dejándola atrás, mientras apretaba la mandíbula y deambulaba sola un largo trecho, quedándose con las ganas de haberle partido la cara a esa infeliz.

Markku, cerca de las vías, se agachó para desenterrar un trozo de papel.

—¿Qué es eso? —se interesó la sanadora, de cuclillas, junto a él.

—*El boletín del pueblo* —repuso el jefe guardián, ojeándolo con cuidado.

Sheila se reunió con ellos.

—¿El Relojero y los Observadores siguen donando el 5 % de los impuestos de Midgard al periódico nacional?

—Sí, con la entrada en vigor de la Ley de Financiación de la Radio, Prensa y Televisión Públicas —dijo, desplegando el folleto partido en dos, escrutando el diario con ansiosa curiosidad.

Syn se aproximó a Eira, que se irguió al verla.

—¿Ellos financian los noticiarios? —le susurró al oído.

Así que trabajaban juntos en el funcionamiento de Midgard, dedujo.

—Sí —confirmó su compañera—, desde que se publicó la viñeta de *La vigilancia insegura*.

—¿Esa no es la que hizo Bishop? —cayó en la cuenta.

—Pusieron su nombre, pero no fue él quien la dibujó —expuso la sanadora, cubriendo la boca con una mano para decir por lo bajo—: La autora fue una chica que, por la osadía, recibió un duro castigo.

Levantó una ceja, extrañada, pues no le había dado esa impresión cuando lo había hablado con el profesor. Aunque era cierto que no habían entrado en detalles.

—Por esa razón —prosiguió, interpretando su silencio como un signo de curiosidad por el tema—, la organización pasó, además de prevenirnos contra las disonancias, a ocuparse de la seguridad permanente del pueblo y evitar el espionaje.

Movió la cabeza con reproche.

—¡Qué manera de ganarse el beneplácito de la gente! —replicó, sarcástica.

—¿A qué te refieres? —Su amiga parecía no tener ni idea de lo que pretendía decir.

—Pues a que de ese modo el Relojero y los observadores filtran la información que recibimos con su propia versión de los hechos.

¿Hasta dónde llegaba la manipulación por parte de los que manejaban el mecanismo de Tuskay, y que se hacían llamar a sí mismos «gestores»? Lo había ignorado, pero, ahora, empezaba a vislumbrarlo.

—Lo hacen por nuestro bienestar, para la tranquilidad del pueblo y su confianza —comentó la sanadora sin pretensión alguna, creyendo firmemente en lo que predicaba—, eliminan discursos individualistas y discriminatorios que crean discrepancias o discordancias, borrando ejemplos de comportamientos incorrectos que alterarían nuestro carácter o convivencia.

Syn se cruzó de brazos, perpleja. A medida que se iba enterando de cosas, su indignación escalaba. Y que alguien tan inteligente como la médica, confiara a pies juntillas en lo que ellos predicaban, la exacerbó.

—¿No ves que así redirigen las noticias, manteniendo al margen la posibilidad de la discusión o debate, para que, a la hora de tomar decisiones, no haya críticas contra ellos?

—¿Cómo? —La de rizos la escudriñó con los labios ligeramente entreabiertos y sacudiendo levemente la cabeza, como si no acabara de comprenderla.

Inspiró con fuerza antes de contestar, pensando bien la respuesta.

—Nos están dando masticado lo que debemos opinar o pensar —apostilló con rabia—. Pagando a los medios de comunicación, ejercen un poder sobre lo que se publica y sobre lo que se informa, dirigiendo las noticias, otorgándole visibilidad a lo que les interesa, consiguiendo modular nuestra opinión sobre ellas. Crean una ley para dar impulso a la información crítica, pero al financiarlo, ¡la están comprando!

Normal que Markku viese el diario con semejante atención. Las noticias de su mundo debían parecerle intrigantes, si no cómicas.

Sospechaba de los Observadores desde que los había visto en el vagón justo antes de la explosión y, conforme escuchaba sobre ellos y sobre el Relojero, más recelaba.

Molesta, echó a andar. La mezcla del explosivo con la gravilla le rascó la lengua cuando los acontecimientos pasados la embistieron brutalmente, arrollándola con el recuerdo horripilante de aquel día infernal.

Cerró los ojos para que el terror no se adueñara de su espíritu. Contuvo la respiración y, apaciguando su odio, los abrió y regresó sobre sus pasos.

Estaba a punto de subirse al andén cuando notó cierto un regustillo a manzana, con la pulpa caramelizada, jugosa y aromática, que la obligó a detenerse, presa de su esencia.

Apabullada por esa huella familiar, examinó el lugar como una

loca, cada posible recoveco, haciendo que su estado alterado no fuera evidente. Tropezó con la vía, intentando retroceder. Cerca del muro, volvió a percibirlo, fuerte, intenso, y un escalofrío le recorrió la parte de atrás del cuello.

Dio una vuelta, se acercó al sitio de donde creía que procedía, ¡pero no había nadie! Resoplando, disgustada, maldijo entre dientes. ¿Se lo estaría imaginando?

—¡Syn! —Eira apareció, corriendo a su lado. Al apreciar su palidez, le preguntó—: ¿Estás bien?

—¿Hueles eso? —La tomó del codo, levantó la nariz, aspirando varias veces, para no perderlo.

—¿El qué? —La sanadora, no comprendió de qué le hablaba.

Frustrada, la soltó y fue hasta el interior del túnel subterráneo.

—¡No te separes de nosotros! —la previno.

El jefe guardián, al escuchar el aviso, apareció en escena.

—¿A dónde vas?

Pero ella los esquivó y se adentró en la negrura, a por la persona dueña de ese aroma. Porque no, no podía ser, ese olor… ¡Era muy similar al de su hermano!

Lo rastreó, intentando encontrar alguna otra pista.

—¡Ven aquí! —le reprochó él.

Sus pies no respondieron a la orden y continuó con su búsqueda.

—¡No te vayas, por favor! —suplicó Eira, persiguiéndola. Markku también fue detrás.

Ella solo oía a su corazón, sus latidos desbocados, el pitido en la sien, y siguió adelante, pensado que lo tocaría. Y en el instante en que se confió, justo cuando creyó que lo alcanzaría, el aroma se debilitó, se envolvió en una corriente y desapareció.

Miró hacia un lado, hacia el otro, pero solo la oscuridad poblaba ese cementerio negruzco de ladrillo, gravilla y amasijos de hierro. Enfadada, pateó el suelo, con tan mala suerte que las piedras se removieron y levantaron una polvareda que la hizo toser.

Se cubrió con las manos para que las partículas no se le introdujeran en los ojos y, cuando la nube se deshizo, se miró las botas y, muda de asombro, distinguió algo. Allí, en el suelo, a sus pies. Un brillo, un destello malva bajo el cascajo e, intrigada, se agachó para recogerlo y comprobar qué era.

Cuando lo sostuvo y lo pudo revisar bien, cerró los ojos, apretó los labios, los puños, y ahogó un grito.

Eira llegó junto a ella, preocupada.

—¿Qué te ocurre?

Markku llegó al trote y esperó por la respuesta.

Tuvo que apaciguar su ánimo para mostrarles el objeto.

—Era el… —consiguió pronunciar entre hipos, abrió la mano—.

Es el colgante de mi madre.

Eira, aturdida, la arropó con un abrazo. La mirada del líder guardián se tornó menos clara, pasando del ocre al marrón. La vainilla y el chocolate con la frambuesa se mezclaron, envolviéndola con un halo calmo que, con reparos, aceptó y la reconfortó en gran medida.

—Vámonos —decidió el jefe guardián, al cabo de un rato, al advertir que sus colegas venían a por ellos—, será mejor que nos larguemos de este agujero.

Resguardada por ambos, se puso el colgante al cuello y se dejó guiar por el túnel hacia el exterior.

Estaban llegando al andén cuando Eira, de repente, se detuvo y, encorvándose, recogió algo de entre la gravilla.

—¿Y esto? —dijo, como si ellos pudieran adivinarlo—. ¡No puede ser!

Al escuchar su chillido, el grupo la rodeó para averiguar qué era.

—¿Qué has encontrado? —¿Sería otra pista sobre sus padres? ¿Sobre su hermano?

La pelirroja, sin dar crédito a lo que veía, se lo mostró.

El objeto todavía mantenía la leontina dorada que con la que lo sujetaba al bolsillo de su patrón. La esfera, cubierta con una tapa de oro, se abrió ante sus ojos y les mostró la platina blanca con los números y agujas de relieve castaño. Seguía funcionando, Syn lo escuchó a la perfección, con esa exactitud, como aquella mañana, con la que marcaba el tiempo con precisión.

Los tres levantaron la cabeza y la miraron, estupefactos.

Era uno de los relojes de los observadores.



#11: El Tiempo

—¡No se lo entregues! —suplicaba, colgada de su brazo, arrastrando los pies, en un intento por retenerlo—. ¡Por favor, no se lo des!

—Tengo que hacerlo. —Markku no parecía muy contento, pero prosiguió su camino con ella colgada por el codo.

—Investigaremos lo que sucedió por nuestra cuenta —sugirió, asiéndolo, tratando de pararlo. No lo logró. Avanzó con ella enganchada, mientras que Eira, a su vez, la agarraba de la cintura, para separarlos.

Si no fuera por la situación, la escena de ellos tres por los pasillos de La Central resultaría hasta cómica.

—Syn, déjalo ir—le pidió la pelirroja, tirando de ella con insistencia—. Es lo mejor.

No le hizo caso.

—Por favor, no lo hagas —solicitó, desesperada, casi de rodillas —. ¡Jostein no es de fiar!

Él se paró a dos pasos de la puerta.

—¿Qué dices, Syn? —prorrumpió, con el ceño fruncido—. Es mi supervisor, el director de la academia y nuestro superior, con años de profesionalidad y rigor —hizo una pausa para remarcar—: y tu tío.

Derrotada, bajó las manos y, con desilusión, lo dejó. Eira respiró aliviada.

—Aunque por aquel entonces no supiese que era su sobrina, —admitió, con aflicción—, me torturó. Y obedece a los Observadores.

Lo vio apretar los labios, contener las palabras. La sostuvo por los codos para que lo escuchara con atención.

—Pero ahora sí es consciente —le dijo, contenido—. Lo siento, pero es mi deber.

Y, dejándola libre, dio tres toques en la puerta y entró.

Cuando esta se cerró tras él, Syn la pateó con rabia.

Eira, la enganchó de la muñeca y la arrastró en dirección a los

baños.

Desconcertada, se dejó llevar hasta el final del pasillo. Una vez dentro, la condujo hacia uno de los retretes y, tras asegurarse de que no había nadie, se introdujo con ella en el cubículo y las encerró de un portazo.

El interior era minúsculo y las dos quedaron separadas por escasos centímetros de distancia.

—¿Tú entiendes la dimensión que ha tomado este asunto? —señaló Eira.

Su comentario la desconcertó. No había pensado en ello, y, si no estuviera encajada entre la sanadora y el inodoro, habría retrocedido para adquirir una mejor perspectiva de las circunstancias y deducirlo.

La esencia de la pelirroja se hizo presente entre esas cuatro paredes, despistándola, y al observar sus labios, empezó a pensar en otras cosas.

—¿Puedes explicármelo? —dijo mientras en su cabeza surgía la duda de si estos sabrían igual que el olor que la rodeaba.

Eira sacudió la cabeza y habló en susurros, por si alguien entraba y las escuchaba.

—Con la ayuda de las Matemáticas, y bajo supervisión del Relojero, los observadores generan probabilidades e impiden que tenga lugar una rotura o insurrección en el sistema.

—Entonces, las Matemáticas existen… —quiso confirmar, sentándose en el váter, desechando las emociones confusas para concentrarse.

Según las leyendas que le habían contado de niña, eran semidiosas que habían desaparecido con las Nieves o, mejor dicho, al acabar la Guerra.

—Sí, claro. —Eira asintió y su cabello formó una elipse de ondas rojas—. En cualquier caso, a lo que iba —se sentó en el suelo y se rascó el triángulo del cuello con gracia—, con sus predicciones y su visión profética, los observadores realizan estadísticas y, cuando hay una confirmación o un alto porcentaje de que un acontecimiento va a dañar a alguien o al mecanismo de Midgard, son los encargados de avisarnos para impedir el incidente y evitar ese cataclismo.

—¿Desde cuándo tienen ese cometido? —preguntó, con cierto escepticismo.

—Nadie lo sabe —Eira se frotó la mejilla—, supuestamente, están para que no ocurra ninguna anomalía. Su tarea es la de protegernos cotejando datos. —Se detuvo para apartarse un mechón de la frente con un suspiro—. De ahí que sea incongruente que se hayan ido antes de la explosión y que no hayan protegido a los civiles. Pensábamos que se les había pasado por alto.

—Porque lo han hecho estallar —añadió ella, casi convencida.

—Eso no lo sabemos a ciencia cierta. —Su amiga se levantó, llamando a la prudencia sobre el asunto.

—¡Hemos encontrado uno de sus relojes! —Ella también se puso en pie—. Piénsalo de este modo: ¿por qué si no habrían aparecido antes de la explosión?

—Pero nos habían dado el aviso… —La sanadora seguía apostando por las buenas intenciones de la facción.

—Para no levantar sospechas y que no los cargaran con la culpa —dijo, a modo de explicación—. ¡Lástima que no os hubieran comunicado bien la hora!

Esto último había sido un chascarrillo, pero Eira se quedó paralizada.

—¡Es inconcebible que lo hicieran!

—Si ellos manejan nuestras vidas, como has dicho, pueden hacer lo que quieran y ni nos enteraríamos.

—¡Pero sus hipótesis sirven, precisamente, para evitar que ocurra algo irreparable y dañino! —Eira se mostró contrariada.

—Sí. —Syn soltó una carcajada histriónica—. Con esa excusa dirigen Midgard según sus intereses.

Eira reposó contra la pared, como si nada de aquello tuviera sentido.

Syn se compadeció de ella. Era difícil romper con los esquemas morales que te han enseñado y darte cuenta de que son incorrectos. No obstante, las evidencias estaban ahí. Ella era una prueba de que así era.

—Somos tan simples y estamos tan centrados en nuestras necesidades que el que quiera engañarnos encontrará con facilidad una mentira con la que enredarnos. Y lo que es peor, siempre habrá alguien que se deje manipular —alegó, fijándose en uno de los tirabuzones de la pelirroja. Se obligó a centrarse—. ¿Quién no te dice que son ellos mismos los que generan los problemas para que luego los solucionéis a su conveniencia? Así, siempre quedarían como unos héroes.

El semblante de la sanadora se contrajo con completo pasmo.

—Si estaban antes que nosotros, sabiendo lo que iba a ocurrir, y no hicieron nada —prosiguió; a esas alturas de la historia, ya no se iba a quedar callada—, habría algún interés por el cuál querían destruir ese tren.

—¿¡Cómo es eso posible!? —se escandalizó Eira.

—Y si no, ¿cómo es que tampoco avisaron a los pasajeros? —exclamó, resaltando lo que le parecía obvio—. Pudieron habernos dicho que bajáramos en la siguiente estación y salvarnos. Y mi familia seguiría viva.

—¡Dioses de Asgard!

—El reloj demuestra que sí han estado allí, que no nos informaron de nada —lanzó un hondo suspiro de pesar—, y Markku le ha entregado a mi tío la única prueba con la que contábamos.

Maldijo para sus adentros debido a la evidencia que habían perdido, y se mordisqueó una uña.

Eira dejó caer la mano sobre la de ella y, con el pulgar, dibujó círculos en su muñeca. Su chocolate la calmó, diluyendo su frustración y sustituyéndola por un cosquilleo que nunca antes había sentido y que la hacía visualizar imágenes que nunca antes había deseado.

—Necesito ir a mi casa —murmuró, decaída.

—¿Para qué?

—Tengo que descubrir si mis padres guardaban algo: objetos, una foto, documentos de su vida anterior, de cuando estaban en Niflheim. —Quería respuestas y pronto—. ¿Por qué escaparon y, al parecer, fingieron su muerte?

Le sonrió, y la joven, nerviosa, retiró su mano con cuidado.

—Vale, está bien —claudicó Eira, levantando el dedo índice y apuntó a su nariz, lo que provocó que el hormigueo que había notado antes, se concentrara en ese punto—. Te ayudaré, pero tendrá que ser de noche y debes prometerme que, por la mañana, estarás de regreso.

Fue como si el baño se iluminara con un fogonazo y aparecieran de pronto el salón de un palacio. Le hizo recuperar la esperanza.

Se emocionó. Eira, de esa manera, le estaba concediendo una prueba de lealtad y cariño. Un acto de auténtica generosidad. Y esa demostración, en una situación tan devastadora y engañosa como esa, la hizo sentirse como la persona más afortunada y bendecida del mundo.



#12: La familia

Hacía frío. Un frío mortal. La cellisca hacía que el aire entrara por la garganta como un helor doloroso, cortante, afilado. El viento le azotaba los ojos, le revolvía la ropa, le arrancaba el aliento. La nieve fundida mojaba las agujas de pino y la humedad aplastaba su corto pelo contra el cráneo.

Eira le había prestado un abrigo —con la insignia de Los Guardianes bordado en la solapa, forrado por dentro y que la cubría hasta las rodillas— para hacer frente al clima gélido.

Escondida tras los matorrales, salvaguardada por la oscuridad, contempló la casa que, durante dieciocho años, había sido su hogar.

De tejas onduladas y pared blanca, con garaje, bajo las farolas de la calle, el porche de madera le dio igualmente la bienvenida con aromas y sensaciones de sobra reconocidos para su paladar.

Quiso retroceder en el tiempo, volver a la mañana de aquel sábado atroz y que, en vez de ir al cine, le hubiera pedido a su familia quedarse y desayunar juntos, como otros muchos fines de semana, la tarta de chocolate que a su padre, Corey, tanto le gustaba cocinar.

El olor del sabroso desayuno recién hecho llegó hasta ella y se empachó con los recuerdos que avasallaron su memoria. Con mucho esfuerzo, tragó saliva y, respirando pesadamente, atravesó la calle, rumbo a la vivienda.

No entró por la puerta principal, sino por la de atrás. Su padre siempre dejaba una copia de las llaves en la maceta que colgaba en la terraza que daba al jardín, pues su hermano, que era un despiste con patas, se olvidaba cada dos por tres de las suyas.

Sonrió cuando, de puntillas, estiró el brazo para alcanzar el tiesto y, escarbando superficialmente, la encontró entre la tierra. La limpió y, tras dirigirse hacia la entrada trasera, la introdujo en la cerradura.

Dos giros y un clic después, se abrió y, nerviosa, se coló en el

interior.

Ya dentro, tuvo una sacudida de reminiscencias. Fuera, podía ser invierno eternamente, pero allí dentro, era y sería siempre un sábado de primavera, apacible, despejado de nubes y de pena.

Sintió como si una presencia rondara cerca de ella y miró a su alrededor.

No había rastro de nadie, y continuó adelante.

Dejó la cocina a un lado, el baño pequeño al otro y caminó de puntillas hasta el salón.

El sofá con forma de ele, un aparador y el piano de su hermano la acogieron bajo la luz tenue de la luna. Con melancolía, acarició las teclas mientras el goteo de la lluvia contra los cristales la hacía rememorar ciertas melodías que este componía allí sentado.

Reparó en la imagen de la pared y se mordió la lengua para evitar que un gemido brotase de entre sus labios. En ella, Eivor la estaba chinchando, tirándole del pelo. Su padre, Corey, observaba a su madre, Liv, mientras esta reía a carcajadas al comprobar las travesuras de sus hijos.

Demasiado amor en esa captura como para afrontar el haberlos perdido en el atentado y, con la quemazón del café rasgando su garganta, se clavó los dedos en la palma de la mano.

—Malditos observadores —murmuró, frente al único retrato que quedaba de ellos cuatro, porque su intuición le advertía que eran los que estaban encubriendo los hechos. O los culpables, recordó, pensando en el reloj que encontraran y en el día de la explosión. Nadie le quitaría esa idea. Esa incertidumbre era lo que todavía la mantenía con vida—. ¡Me las pagaréis!

—Te advertí que no huyeras.

La vainilla fría hizo acto de presencia y, sobresaltada, advirtió a un Markku relajado que, desde el resquicio de la puerta, la veía con una sonrisa presuntuosa, vanagloriándose de haberla encontrado.

¿Cómo se había enterado de su marcha?

—Al salir de dirección, os vi a ti y a Eira, marchando a hurtadillas, hasta la enfermería —le contestó, como si hubiese interpretase sus pensamientos.

—Voy a volver —informó, tajante, para evitarle problemas a su compañera—. Solo vine a por un par de cosas.

Él se recompuso y echó a andar. Se detuvo a escasos centímetros de ella.

—¿Qué cosas?

La miró desde arriba, con un ocre tan inquisitivo que la puso nerviosa, rodeándola de dulce y dejándola sin respiración. Hastiada de su actitud, de sus comentarios y de lo que estos provocaban en ella, anduvo hacia las escaleras. De camino, lo empujó, a propósito, para

apartarlo.

Aunque era de noche y no había ninguna luz encendida, se conocía la casa de memoria, y ascendió sin problemas. Él, en cambio, tropezó y tuvo que sujetarse al pasamanos, para regocijo de ella.

La primera habitación a la izquierda era la de Eivor. Seguía desordenada, tal y como él la había dejado el día del atentado, y se fijó en la ropa desperdigada, mientras la textura a manzana, típica de su hermano, le llegaba de refilón, edulcorando la tristeza que la embargó. Lo echaba muchísimo de menos.

Hizo acopio de toda su fortaleza para pasar a la suya.

El guardián la siguió.

Se detuvo en el umbral.

Acceder al interior del que había sido su espacio, su templo y su resguardo iba a resultar una tarea ardua y difícil.

Fue Markku quién, sin pedir permiso, la sobrepasó y se coló en el interior.

—¿¡Qué haces!? —gritó, perdiendo los estribos, intentando atraparlo, sin éxito.

Se adentró en la estancia, hasta llegar a los pies de la cama, y examinó, con un inaudito esmero, las paredes llenas de pósteres de películas y grupos de música, fotos de ella, de sus padres y de colegas de la infancia.

Paseó la vista por sus cosas, como si la estuviera conociendo de nuevo y comparara a la Syn de antes con la de ese momento. Reparó en la coqueta, en el escritorio y se fijó en el bloc con una viñeta a medio hacer.

—Te gusta dibujar.

—A veces —expresó, esquiva, sin mucho entusiasmo.

—Se te daba bien —comentó el guardián, y su halago fue como una caricia que activó sus sentidos gustativo y olfativo.

No había tocado nada, pero su aroma inundaba el espacio y se le erizó la piel.

Exhaló, turbada, y se dispuso a salir de la habitación, cuando algo llamó su atención.

Encima de la mesilla, abandonado sobre la repisa, había un cuaderno de tapas doradas con relieve en azul cobalto con esbozos del origen de Asgard.

Confusa, parpadeó.

No era suyo. Le pertenecía a su madre y no entendía qué hacía allí.

Markku, al que no se le escapaba nada, siguió la dirección de sus ojos.

—¿Es tu memorial? —preguntó, cruzándose de brazos.

Tardó unos segundos en contestar.

¿Hasta qué punto podía fiarse de él? No había dado la voz de alarma al enterarse de su «excursión», cierto; aunque, unas horas antes, le había entregado a su tío, con quién ella no comulgaba, la única prueba que la eximía del atentado en el que había muerto su familia y que implicaba a otros como posibles culpables.

Finalmente, recogió el diario personal de dibujos de Liv.

—Me lo llevo —dijo, guardándoselo en el bolsillo interior de la chaqueta, a buen recaudo. No le gustaba mentir, pero no le quedó otro remedio que omitir la verdad.

Él, sin decir nada, asintió y se aproximó a ella. Lo hizo lentamente, en dos pasos en vez de uno, como si pretendiese acercarse, pero sin avasallarla.

Syn se le contrajo el estómago, la cabeza le dio vueltas, se intoxicó por completo con su olor. Fue como prenderle fuego de forma espontánea.

—¿Por qué te fuiste sin avisar? —pronunció muy cerca, como si le suplicase una respuesta. La revisó entera, parándose con parsimonia, en sus cejas, en sus mejillas, en sus labios. Como si la analizara y a la vez se deleitase con el estudio.

—Ya te lo dije, vine a por un par de cosas. —Su aliento chocó contra su nariz, su mirada se detuvo en la de ella. Se le puso la piel de gallina.

—¿Por qué no me pediste que te acompañase?

Percibió su decepción, la saboreó. También el deseo que se levantó entre ellos. Se le secó la boca, se humedeció los labios para hablar.

—Si te lo hubiese propuesto, ¿habrías aceptado?

Lo vio titubear, como expresando que habría querido interceder por ella. Pero no contestó ni dijo nada.

De pronto, retrocedió, atribulado, dejándole espacio.

—¿Nos vamos? —demandó, con urgencia.

Syn asintió y fue al pasillo, escapando de él, de lo que le producía y del deseo que despertaba en ella. De camino, reparó en el dormitorio de sus padres y, con corazón encogido, pasó de largo.

—¿No quieres echar un último vistazo? —le propuso él, frente a la estancia.

Por el resquicio de la puerta, vio un jersey de su madre, colgado de una percha; las lágrimas se le agolparon en las pestañas.

—No —Y repitió en un susurro—: Mejor que no.

Y se dispuso a bajar. Pero Markku, la agarró por el brazo y la giró hacia él.

La escudriñó desde su posición, serio, como si navegara entre el enfado o la preocupación y, para su sorpresa, en una conducta inaudita, la rodeó con cuidado, y la estrechó contra su pecho.

No supo muy bien qué sucedió. No podría explicárselo ni a sí misma, aunque lo pretendiera. Fue una especie de choque de sentimientos, de esos que no puedes descomponer ni analizar, especialmente porque se baten de frente unos contra otros, confusos, de manera violenta y furiosa, tan espontánea que hubo de agarrarse a su camiseta y enterrar la nariz para hundirse en sus recuerdos.

El olor de Markku la envolvió en una nube de amarillo fresco, de textura suave. Fue como tocar algo que se le escurría y que perdía, al igual que había perdido a sus padres, como algo inalcanzable.

Él rozó su espalda, la envolvió, dándole esa serenidad, ese desahogo que le hacía falta y, cuando se calmó, se limpió los restos de su llanto contra su camiseta. Reposando las manos en el antebrazo del guardián, levantó la cabeza hacia él para darle las gracias.

Pero no fue capaz. La profundidad de su ocre se fundió como un delicioso y fascinante postre, y cuando la miró de esa manera intensa, una explosión de vainilla con canela en polvo cosquilleó su paladar, en una oleada sensual que la dejó paralizada y sin habla.

Markku entreabrió los labios y tomó aire.

Syn no se pudo apartar.

Su aliento le rozó las mejillas e, inclinándose levemente la cabeza, esperó su llegada.

Sin darse cuenta, acercó su cuerpo a él para captar mejor la esencia que desprendía y que parecía haber guardado, cauteloso, bajo su capa gélida.

Deseó probarlo, incluso salivó, y un escalofrío de anhelo recorrió su nuca, su espalda, su cuerpo.

Lo demás desapareció, a la espera de que él la alcanzara en un arrebato que los incitó a ambos a abandonarse a esas sensaciones, a ese magnetismo y a ese deseo. Hubo un instante en que quiso primar su razón sobre el hambre y las ganas de acariciarlo, pero el guardián eliminó esa pequeña pero a la vez tan larga distancia y, con otro arrebato impropio en él, capturó su boca con ansia.

Colisionó, el helado de vainilla con la canela estalló en una oleada sabrosa que rebotó en cada rincón de Syn. Su lengua, ávida de necesidad, rozó la de Markku en un baile erótico que la volvió loca.

Nunca la habían besado y, torpe, patosa al principio, la caricia fue caótica. Pero dejó de lado la preocupación de si a él le estaría gustando y se abandonó al apetito, permitiendo que este guiara sus pasos. El guardián colocó una mano en su cadera y, con la otra, sujetó su nuca para profundizar la caricia. Syn dio rienda suelta al fuego que prendía dentro de ella y que la recorría sin contemplación, quemándola, haciéndola arder de gusto.

Pero una voz resonó en su interior, recordándole quién era él, qué le había hecho y adónde la había llevado. No quería hacerle caso,

pero al escucharla, reaccionó apartándolo de ella, alejándose de ese deseo febril, de su halago; con la respiración entrecortada, los labios hinchados y el cuerpo todavía en tensión, nublada por la pasión, levantó una mano y lo separó a la fuerza.

Había perdido los papeles de pura rabia visceral, y la miró como si estuviese ida.

—¡¿Por qué me empujas?! —protestó Markku, escandalizado.

La muchacha respiró, a grandes bocanadas, intentando aplacar su enfado.

—Si crees que, a la primera de cambio, voy a caer rendida a tus pies, estás muy equivocado —le reprochó, todavía mareada por el interludio que acababan de compartir—. Antes, gánate mi confianza.

Y, sin esperar réplica alguna de su parte, bajó por las escaleras.

Él, perplejo, la adelantó enfadado.

Ella se lo permitió y lo siguió.

Su corazón latía a cien kilómetros por hora y se concentró en la figura del guardián, evitando pensar en aquel beso que la había mareado y la hacía desear otros.

Había que mantener la cabeza sobria y el corazón a cuidado.

De repente, escucharon un ruido y se quedaron quietos.

—¿Qué…? —Dejó la pregunta suspendida, a medias, para bajar el último tramo de escaleras y dirigirse a la cocina, que era de dónde creía que había procedido el ruido, corriendo.

De haber tenido tiempo, se habría defendido o, al menos, habría gritado para que el guardián hubiese reaccionado. Pero todo pasó muy rápido. Una sombra se abalanzó sobre ella, tirándola al suelo para, a continuación, propinarle una patada que la hizo encogerse.

Acto seguido, también golpeó a Markku, con dos puñetazos, uno tras otro, en el pecho, antes de asestarle el tercero en el estómago.

El agresor no era corpulento, pero les había cogido desprevenidos. Respiraba con fuerza y, mientras Syn se reincorporaba, con un intenso dolor de cabeza debido a la golpiza o a la situación, le dio otro codazo en el vientre que la tumbó.

Markku se debatió con violencia. Alzando un pie, intentando hacerle la zancadilla, pero el otro, incluso trastabillando, lo sacó de encima a patadas y, sobreponiéndose, huyó hacia la puerta.

Dispuesta a ir tras él, Syn se detuvo al notar algo y, olisqueando, dijo:

—¿Hueles eso?

El guardián, machacado, renunció también a la persecución; inspiró y soltó el aire.

—¿El qué?

El tufo procedía de algún rincón de la cocina y, en la cabeza de Syn, se proyectó la imagen naranja de una bombona de butano.

—¡Es gas! —gritó.

Él reaccionó sin miramientos por los dos y, aferrándola por la cintura, la porteó a trompicones hasta el rellano. Al llegar, la soltó y, asiendo el pomo, intentó abrir la maldita puerta.

No lo consiguió.

—¡Por Yggdrasil! —maldijo, moviendo la manilla, sin éxito.

El guardián, alto y ancho de espaldas, la aporreó con el hombro mientras ella la movía de manera insistente, con las dos manos, para comprobar si cedía.

Tampoco sirvió de nada.

Se les acababa el tiempo. El olor cobró intensidad y comenzaron a toser. Perdiendo la paciencia, la apartó y pateó la madera, con fuerza, machacando la cerradura y, tras varios golpes, por fin lograron romperla.

La abrió y, apremiándola, la azuzó, tiró de ella. Y, justo cuando el tufo era insoportable y se ahogaban, escucharon un clic, hubo un pitido y la bomba explotó, engullendo la casa.

La onda expansiva les hizo caer sobre los setos cuando el lugar se consumió en llamas.


QUARTZ



#13: Encrucijadas

—¿A qué fuisteis a su casa? —Jostein, apuntaba a Syn con un dedo mientras se inclinaba sobre un Markku impasible, interrogándolo de forma implacable.

Ambos pretendían mantener la calma, pero el ambiente se percibía tirante, como un hilo invisible que de un momento a otro podía ceder y romper.

—Habéis salido a hurtadillas. ¡Me han enviado el aviso de que os hallabais en su casa sin mi permiso! —le riñó, con una vena del cuello hinchada y los labios apretados en un mohín de menta ácida—. ¿Acaso tengo que explicarte la política correcta de comportamiento?

Había alzado la voz en la pregunta, y Syn hizo el amago de rascarse la frente para echar un vistazo, de manera disimulada, a su compañero.

Tanto Markku como ella presentaban signos de haber cruzado una llamarada. Desaliñados, magullados y con manchones, no podían disimular el olor a humo.

Él, sin embargo, se mantenía en su puesto con la espalda recta, sin mostrar ninguna emoción o desaire.

—Fuimos a por sus pertenencias —dijo este, sin dar detalles.

Jostein, que había aguantado las formas de mala manera, al escucharle, pareció tranquilizarse un poco.

—¿Cuáles? —preguntó, entonces—. ¿Qué os habéis traído?

¿No le interesaba su bienestar? ¿Ni siquiera les iba a preguntar si estaban bien o cómo se habían salvado? Inconscientemente, Syn apretó contra ella el memorial, oculto en el bolsillo interior de su chaqueta.

Antes de tener que entregárselo a su tío, prefería quemarlo.

El jefe guardián acudió a por ella y la joven retrocedió un paso, cubriéndose la barriga. ¿Qué pretendía? ¿Iba a delatarla o no?

Para su desconcierto, le guiñó un ojo y no supo qué interpretar. Lo vio levantar el brazo y rozarle la garganta. Bajo un estremecimiento azucarado, le apartó la solapa de la chaqueta y tomó con sutileza la cadena para mostrársela a Jostein.

—Quería recoger el colgante de su madre —explicó Markku a su tío, saltándose el reglamento de comportamiento, en un gesto que significó mucho para ella—. Pero percibimos el gas y echamos a correr para ponernos a cubierto fuera de la casa

El director de La Central la observó y la muchacha, durante unos segundos, dejó de respirar. La inspeccionaba con una clara manifestación de parecerle surrealista que hubiesen ido hasta allí, corriendo peligro, por esa chorrada.

Al cabo de un rato, le indicó a Markku con un ademán:

—Puedes irte.

Este dejó la cadena y, tocándose la insignia, se despidió de su superior. Disimuladamente, le hizo una seña a la joven para que tuviese cuidado.

Cuando se quedó a solas con su tío, en medio de un terrible silencio, el espacio que había entre los dos se convirtió de pronto en una evocación que hizo salir a flote su rabia e impotencia.

Fue como volver a la celda en la que él la había tenido presa. Jostein esperando por sus respuestas, Syn negándose a concedérselas. Pretendía intimidarla y apretó los dientes, soportando su aspecto inquisidor, magnánimo y confiado.

De la noche a la mañana, la vida había arrojado a la joven a un profundo desamparo. Perder a su familia, descubrir una verdad a la que todas las personas se abandonaban, con leyes intransigentes y abusivas, la dejaban expuesta y sola frente al mundo, frente a él. Sin embargo, prefería estarlo a depositar su confianza en demostraciones de afecto superfluas o sumirse en esa existencia engañosa que habitaban.

Porque el mundo real era inhóspito y sombrío. Peor que Tuskay.

La libertad en Midgard era una mentira, un espacio trascendente entre la vida y la falsa armonía, un éxtasis efímero en el viento crispado que se adueñaba de ese mundo maldito, tras culebrones y lunas cubiertas por soletas mal tejidas de mañanas y remendadas de cielos. Pocos eran capaces de percibirla y aún menos se atreverían a soñarla.[1]

Y Syn era una superviviente. Una rebelde que odiaba ese sistema que mentía y había acabado con su familia.

Jostein sentó en el borde de la mesa y cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Qué fuiste hacer allí? —pregunto, insistente.

—Ya lo dijo Markku —repuso, evasiva.

—Soy tu tío, el único tutor que te queda…

—Para mi desgracia —lo interrumpió, en un susurro.

Él la había oído perfectamente; pero lo omitió, y se incorporó frente a ella.

—Me intereso por ti, aunque no lo creas.

—Sí, gracias por preguntarme qué tal estoy —repuso, con sorna, pues ni se había dignado a interesarse por su persona, aunque afirmara lo contrario, y añadió—: Como ves, sigo ilesa, muchas gracias.

—Yo podía haberte acompañado —dijo, apenado—, y no te habría sucedido nada.

—Mi única familia murió en aquel tren —soltó, brusca, parando su diatriba, cansada de aquella abnegada preocupación por su parte. Resopló, y decidió recurrir a la versión que había dado su compañero —: Markku te lo explicó. Como tengo que permanecer en este dichoso lugar, quise ir a casa para recoger alguna de mis pertenencias.

Prefería proseguir con esa versión a inculpar con la verdad a Eira.

Odiaba las mentiras, pero últimamente le eran muy prácticas y necesarias.

El director exhaló, como si se estuviera armando de paciencia.

—¿No te has dado cuenta de que estás en peligro?

Debido a la búsqueda de pistas con las que encontrar a los culpables del atentado, se había olvidado por completo de su integridad. Syn era un cabo suelto que tendrían que solucionar. Las dos explosiones de las que escapara se lo demostraban, y había pasado por alto la gravedad del asunto al centrarse en buscar a los responsables.

Pero, la pregunta realmente importante era: ¿quién querría matarla?

Su tío se tocó el pecho, como si padeciera algún tipo de dolencia, y Syn se fijó en él. Algo ocultaba, pues su colonia y el azul de la menta que lo embargaba, dominó con su frescura la sala, pero no atisbó a reconocer qué.

Entonces se atrevió a preguntar:

—¿No era aquí, en esta realidad, donde estaría a salvo?

Él unió las manos tras la espalda.

—Ignoramos quién está detrás del atentado —dijo, y retomó la caminata—, pero los thralls estarán pendientes de ti.

—¿Por qué? ¿Quiénes son ellos?

Ella quería pruebas, no hipotéticas sospechas que generaban desconfianza.

Él se sentó en la silla del escritorio.

—Grupos radicales que pretenden romper con la doctrina que

impera en nuestros días —contestó. Cogió un pisapapeles y jugó con él un rato, antes de colocarlo en su sitio—. Eran personas que, o vivían en Midgard, o en Niflheim; los primeros descubrieron este lado de la realidad, este umbral, y se niegan a seguir bajo el sistema, y los segundos no están de acuerdo ni con las normas ni con las formas. Bajo el lema de la libertad, atentan contra ella por un ideal.

Se quedó pensativa. Esa respuesta le había generado incertidumbre, pero presentía que su tío no iba a responder a ninguna de sus preguntas.

—¿Y por qué querrían mi cabeza? —planteó, con fingida inocencia.

—Eres la hija de Corey y Liv Einar, dos de los mejores guerreros de La Central, superviviente de uno de los mayores atentados cometidos contra Niflheim. La gente te persigue, para bien o para mal. —Y añadió con desprecio—: Ellos son unos terroristas, unos fanáticos. Los que tengan relación con la facción de los observadores o de los guardianes son claros objetivos que sacar de en medio.

Qué paradójico, pensó Syn, rumiando lo que había dicho su tío. La realidad actual, construida con millones de teorías revolucionarias, asfixiaba, con deducciones y pensamientos simplistas, al verdadero disidente. Quien actuase fuera del grupo se veía, al parecer, reprimido por las simplezas de las nuevas normas. Incluso acusados, sin pruebas, de actos delictivos.

—¿Y el reloj? —se acordó, de repente.

—¿Qué pasa con él? —Su tío se encogió de hombros—. Simplemente estaba allí, en el túnel, porque los observadores fueron antes para asegurarse de que nosotros acudiríamos y cumpliríamos con nuestro deber. Por desgracia, no fue así y no salvamos a los pasajeros.

Le pareció extraña esa afirmación pues, según Eira, los observadores avisan a los guardianes para tal fin. Además, ¿por qué los observadores no habían hecho nada, estando allí, para evitarlo?

—¿Puedo irme ya? —solicitó, reservando sus reflexiones para alguien dispuesto a contestarle.

Jostein se apretó el puente de la nariz, antes de asentir.

Respiró tranquila y corrió a por la puerta. Con la mano en el picaporte, escuchó:

—Recuerda que soy tu tío y que estoy aquí para lo que necesites.

Sus nudillos se pusieron blancos sobre el picaporte. ¿Le hablaba en serio o con condescendencia?

El verde y la menta se hicieron hueco entre la piedra húmeda y la madera, apoderándose del oxígeno, asaltando sus pulmones, parecido a si masticase hierba. El olor de Jostein fue tan dominante que le dio asco.

Algo bueno tenía el padecer sinestesia, sonrió con amargura, y era que había aprendido a distinguir cuando algo, o alguien, era honesto o no.

Bufó, ocultando una carcajada. Su tío, a través de la compasión y del victimismo, pretendía acercársele para ganar su confianza.

¡Qué ironía! Jostein era el resultado moldeable de las reglas impuestas por ese tal Relojero y sus secuaces, ciudadanos de Niflheim que se consideraban libres porque creían haber triturado las viejas reglas sin advertir que ellos mismos eran la nueva, repitiendo comportamientos que fueron convertidos en norma social por el bien común, pero sin ser buenos para nadie. La misma hipocresía. La misma falsedad. La misma parafernalia. Distinto traje.

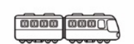
Porque no hay engaño sin confianza.

Y no hay mentira creíble sin que una parte del relato sea verdadero.

Por eso, ella no iba a ser parte de ese embuste.

¿Quería hacer trampas? ¡Perfecto! Estaba preparada.

Y, maquillando una expresión dulce, asintió y salió del despacho.



#14: El memorial

Syn entró corriendo en el cuarto y cerró con llave para asegue de que detrás de ella no pasara nadie.

Cuando se duchó y se cambió de ropa, extrajo del bolsillo interior del abrigo el cuaderno de su madre y, sentándose sobre la cama, se dispuso a ojearlo.

De tapas doradas y símbolos en relieve como los que había visto en alguno de los libros del estudio de La Central, el memorial tenía un cierre que lo mantenía a salvo de ojos indiscretos y del peligro de que alguien curioseara.

Se preguntó qué secretos escondía en su interior. Le dio la vuelta, buscó con qué abrirlo e, impaciente, lo agitó en el aire.

Por supuesto, no tuvo éxito. Forzó el cierre, deseosa de que cediese; incluso lo mordisqueó, desesperada. Pero nada. Fue imposible y, exasperada, resopló.

Se le había ocurrido probar con unas tijeras que había en el primer cajón de la mesilla, cuando unos golpes en la puerta la sobresaltaron y, rápidamente, las guardó y escondió el memorial debajo de la almohada.

Se acercó y, con el oído pegado, intentó adivinar quién estaba del otro lado.

—¿Quién es? —preguntó, al cabo de un rato.

Le siguió un silencio. Después de unos segundos, alguien contestó.

—Eira.

La dejó pasar. Tras inspeccionar el pasillo, asegurándose de que no venía nadie, volvió a cerrar con pestillo.

—¿Por qué has echado el cerrojo? —se sorprendió esta.

—No quiero que nadie entre de improviso y vea lo que estamos haciendo —confesó, impaciente. Y, para asegurarse, de que lo había hecho bien, comprobó de nuevo la cerradura—. Ahora te cuento.

La tomó de la mano y la llevó hasta el camastro.

Syn necesitaba abrirse a alguien. Se sentía sola y abandonada en un mundo al que no pertenecía ni quería pertenecer, y en el que la mayoría de las personas o bien la engañaban o estaban tan confundidas como ella.

Eira, que la había echado una mano para escapar de La Central para ir hasta su casa, poniéndose en riesgo, le había demostrado que podía depositar su confianza en ella.

—Quiero darte las gracias por ayudarme a escapar —dijo cuando se acomodaron.

—¡Bah! No fue nada —dijo esta, restándole importancia, pero mostrándose contenta—. ¿Qué tal te fue?

—¿Sabes que Markku me siguió?

—No se habla de otra cosa en La Central. ¿Cómo se enteró?

—Al parecer, nos vio yendo a la enfermería.

—¡Qué casualidad! —replicó la pelirroja, y añadió compungida —. Siento que tu casa acabara destruida.

Eira la agarró y la acarició con cariño. El escalofrío que le recorrió la columna, profundizó la impresión de abandono que la asaltó. Era una idea tonta, pero lamentaba haber perdido su hogar, aunque solo fuera algo material, porque, de algún modo, la ataba a su familia y le producía una enorme tristeza pensar que, si algún día quisiera marcharse de Niflheim y rehacer su vida, ya no tenía adónde ir.

Se fijó en las manos entrelazadas. Su piel clara contrastaba con la tostada de la sanadora; le agradaba cómo se mezclaban en un olor rico que le recordaba a una tarde fría pero apetecible bajo la manta, en el sofá, deleitándose con una taza de cacao. Era demasiado reconfortante, y cuando Eira retiró la suya, sintió un hueco en su interior que no supo llenar con nada.

—Da igual —farfulló, quitándole hierro al asunto.

—¿Al menos pudiste recoger tus cosas? —preguntó esta.

La muchacha, dejando de lado aquella maraña emocional, rebuscó debajo de la almohada y le mostró el objeto que había escondido antes de que ella apareciese.

—¡Mejor! —Levantó el cuaderno para moverlo frente a ella.

Eira intentó atraparlo, pero Syn, con una risa, la esquivó y lo colocó entre las dos, sobre la cama.

—¿Qué es? —le preguntó, acariciando las solapas de la libreta con fascinación.

El lomo dorado con relieve en azul cobalto la hizo imaginar el amor de Liv, con olor a cobre y estaño, a bronce.

—El memorial de mi madre —expuso, emocionada.

—¿Sabía dibujar? —Eira la miró de una forma que el chocolate

se fundió, poco a poco, con la mermelada y el cobre, de manera curiosa y encantadora.

Tragó, disimuladamente.

—Sí —El bronce cobró intensidad, transportándola al pasado, haciéndole recordar las emociones que sentía cuando estaba en presencia de su madre, en su compañía, y su voz se quebró debido a la añoranza. Hizo un esfuerzo de contención para proseguir—. Lo hacía genial; de hecho, nos enseñó a mi hermano y a mí.

—¿En serio? —El brillo en el marrón de los ojos de la sanadora le hizo un nudo en el estómago.

—Pero yo no lo hago muy bien —dijo, e inspiró con fuerza para que la admiración que se vislumbraba en ellos, no la detuviera—. Por cierto —hizo una pausa para atreverle a confesar—, Markku me ha besado.

Lo había dicho de una manera atropellada, dejando entrever que el suceso la había traspuesto.

Eira se quedó paralizada y, a continuación, se removió, inquieta, toqueteando y estrujando con el dedo índice y el pulgar, el cobertor de la cama.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

No supo qué contestarle, la verdad. No se había esperado esa inquietud por su parte. Pensó en el asunto. Lo había deseado, de la misma manera en que un náufrago anhela llegar a la costa y se aferra al salvavidas que le han lanzado al mar. Y había bebido ese mar, había tragado, sedienta, de esa vainilla, precisamente por temor a morir seca y deshidratada.

—Ha sido raro… —confesó—. No podría decirte…

—Eso se sabe. —Eira pasó una mano por encima de la tapa del memorial. La observó de refilón—. O te gusta o no.

Revivió la sensación que había experimentado cuando el jefe guardián le había rozado sus labios, y se los tocó instintivamente cuando ese ardor volvió a ella.

—Me ha gustado —admitió, e hizo un aspaviento—, aunque me aturde. Es que todavía no acabo de fiarme de él, pero parece que la gravedad me impulsa irremediablemente a sus brazos.

—Se llama deseo, Syn —le indicó, ladeando la cabeza—. Puedes sentirlo por él y también por otras personas. —Se apartó los mechones que le habían caído sobre la frente—. No es un mal compañero. Tiene mala leche, sí, pero es honesto. Se portó bien no delatándonos frente a tu tío. —Alzó el cuaderno y cambió radicalmente de tema—. ¿Has tratado de abrirlo?

—¡Claro! —dijo, desilusionada—. Pero no lo he conseguido.

—Mmm… —La vio examinar las solapas, las esquinas; las tapas y el color bronce del lacado. Señaló el lateral—. Tiene un agujero.

Syn se lo arrebató de las manos.

—¿Dónde? —Lo pegó a su nariz para echar un vistazo a la cerradura.

—Aquí. —Se lo alejó un poco y se lo mostró. Era pequeño, octogonal, no más ancho que su dedo meñique—. ¿En alguna ocasión presenciaste cómo lo abría tu madre?

—No. Solo la vi garabatear en él —comentó, haciendo memoria—. Yo tenía curiosidad, por supuesto, pero ella me había dicho que ya me lo mostraría.

—Sus razones tendría —expresó la sanadora, como si los hubiera conocido y se fiara del criterio de su progenitora—. A lo mejor intentaba protegeros.

—¿De qué?

Fue el turno de Eira para encogerse con desconcierto.

—De Niflheim, de los thralls —enumeró, como si resultara obvio—, de nosotros…

Y dejó esa suposición flotando entre ellas dos.

Su amiga examinó el cuaderno, la habitación. Recorrió con los ojos la estancia, la mesilla, la cama, el tocador… Hasta que se detuvo en ella y, nerviosa, señaló su cuello.

—¿Qué pasa? —Se toqueteó, alarmada, el pescuezo.

—¿Has probado con el cristal? —Con un arranque impetuoso, intentó sacárselo por la cabeza.

No lo consiguió, y fue la misma joven quien, alejándose de sus manazas, se quitó la cadena. La sostuvo en la mano derecha y, en la izquierda, el memorial. Se fijó en el agujero y, siguiendo la intuición de su compañera, probó a introducirlo en la cerradura.

¡Encajó a la perfección! Pero seguía sin abrirse. Lo movió a un lado, forzando e introduciéndolo profundamente en la abertura.

—Hazlo en el sentido contrario a las agujas del reloj —dedujo Eira.

Con dedos temblorosos, le hizo caso y giró ciento ochenta grados hacia la izquierda. Se oyó un clic y, el cuaderno, como por obra de magia, se abrió, quedando expuesto ante ellas.

Su madre, a diferencia de Syn y tal como había expresado, había sido muy buena dibujante y las ilustraciones que adornaban las hojas, dejaron asombrada a la pelirroja, tanto por su técnica como por su belleza.

—¿Es ella? —Le preguntó, cuando vieron una imagen en la que aparecía Liv con su pelo lacio, blanquecino y brillante, de rasgos finos y elegantes—. ¡Parece que vas a heredar su cabello!

Reaccionó al comentario tocándose la cabeza. Con el paso de los días y después de trasquilarse, los mechones que habían sobrevivido y los que empezaban a nacerle de nuevo habían adquirido esa tonalidad.

Su madre había sido guapa y la viñeta la retrataba así, haciéndola parecer tan real que su olor regresó y creyó que le sonreía a ella.

—Este es mi padre —explicó con voz ronca, al comprobar quién la acompañaba a su lado—. Pero aquí son jóvenes —se dio cuenta—. Esto es de antes de que yo naciera. ¿Por qué querría plasmar este día?

—Pues parece que todas pertenecen a su juventud. —Eira pasó las hojas y se paró en otra distinta en la que los dos estaban sentados en las escaleras de la entrada de la Central—. ¡Aquí están vestidos de guardianes!

Era cierto, estaban con el uniforme negro y la insignia en ocre de la fraternidad.

—Qué extraño que quisiera almacenar estos recuerdos —se preguntó, asombrada con esa faceta profesional de sus progenitores—. ¿Por qué eran importantes para ella?

—A lo mejor solo quería rememorarlos —dedujo la otra, haciendo cábalas.

No lo creyó. Liv no se había caracterizado por ser una persona romántica ni melancólica. A diferencia de su padre, había sido pragmática y seria. Continuó con otra viñeta. Y otra. Y otra hasta llegar al final. Había una hoja cubierta de símbolos como los que había visto en alguno de los libros del despacho de su tío. Como ni ella ni Eira la entendían, empezó de nuevo y avanzó hasta la mitad.

Se detuvo en una pintada a carboncillo. El trazo de esta imagen era gordo y poco cuidado. Parecía incluso que lo había hecho corriendo. Pasó la yema de los dedos por encima, intentando sentir lo que había instado a su madre a realizarlo, y la embargó una nueva sensación. Se le contrajo el estómago, le faltó el aliento. Vértigo, niebla, conmoción. Las líneas rascaron bajo su tacto y cientos de aromas familiares explotaron en su nariz, ahogándola con sensaciones.

—¡¿Qué coñ…?! —Retiró la mano, asustada.

—¿Qué pasa? —Eira acudió en su ayuda.

—N-no sé… —tartamudeó—. Ha sido muy raro.

—Te has puesto pálida. —Le advirtió, preocupada.

—Es como… ha sido como… —No encontraba la forma de explicárselo— como un relámpago, como si notara algo.

—¿Un olor?, ¿una sensación?

—Fue como un *flash*, creo —confesó, intentando encontrar las palabras exactas que lo describiesen—. Como si a través de la viñeta hubiese percibido el momento, *ese* momento... —Aspiró por la nariz—. Incluso parecía que se iban a revelar y a mostrarse ante mí…

Era irracional e inverosímil, pero así lo había sentido.

Eira se mantuvo callada, observándola fijamente, con detalle.

—¿Qué? —Syn se exasperó por su examen.

—¿Te había pasado antes? —preguntó la de rizos, torciendo la cabeza.

Pensó sobre el asunto.

—Sí, pero nunca se materializaba. —Entornó los ojos, haciendo memoria—. Me refiero a que las imágenes nunca llegaron a ser tan claras.

Las cejas de su amiga se levantaron en una expresión de fascinación y sorpresa.

—¡Syn! —La agarró por los hombros y la zarandeó—. ¿Te das cuenta?

La joven se soltó de su amarre, pues tras esa sensación y su meneo, se encontraba mareada.

—¿De qué? —Hizo una pantomima, despreocupada—. Esto es algo normal, Eira, es parte de mi sinestesia.

La sanadora, sorprendida, sacudió la cabeza.

—¡Que un olor, una imagen te evoque un suceso del pasado, no es sinestesia!

Syn pestañeó, escéptica con su réplica.

—No te comprendo —reconoció, todavía encogida—. Me pasa desde pequeña, aunque ignoro por qué ni tampoco pretendo entenderla. Ya tengo bastante con las migrañas que, en ocasiones, me produce el padecerla.

Eira, con los ojos totalmente abiertos y un dedo en alto, se aproximó a ella, quedando a escasos milímetros de su nariz.

—Sinestesia —le expuso con profesionalidad— es una sensación secundaria o asociada que se produce en una parte de tu cuerpo a consecuencia de un estímulo aplicado en otra. Experimentas de forma automática la activación de una vía sensorial o cognitiva adicional en respuesta a esos otros estímulos.

—Ya lo sé —murmuró, como si le estuviera explicando lo evidente y acabara de sumirse en la locura.

—Pero lo tuyo no es una mera asociación o que te parezca ver, oír o saborear algo —se sobreexcitó Eira—. ¡Tú la unes a la emoción y logras descubrir cosas a través de ella!

Fue Syn quien ahora retrocedió un poco para observarla de reojo.

—¿Qué quieres decir? —Porque no entendía nada.

Su amiga se levantó y empezó a deambular por la habitación, exaltada.

—Si de verdad lo sientes y lo percibes… —analizó, dando grandes zancadas—, ¡puedes relacionar las imágenes con un olor y con un sabor!

—¿Y? —Se estaba impacientando, necesitaba que le explicara su diagnóstico.

—¡Tu sinestesia va más allá! —Se detuvo con los brazos extendidos, como si abarcara una gran verdad—. ¡Es capaz de hacerte recordar el pasado, sucesos que te han ocurrido a ti o a otros! —Bajó el tono, como para decirse a sí misma—. A lo mejor por eso pudiste divisar Niflheim incluso con la barrera que lo protege…

—Tampoco es para tanto —indicó, considerando aquello una suposición que carecía de fundamento—. ¡Ni que yo fuera una Matemática!

O no se consideraba como tal. De hecho, tampoco le veía nada positivo al asunto; con frecuencia, eran la causa de múltiples padecimientos.

—En su día, estudié que habían existido algunos casos —Eira retomó la marcha—, pero no se había conseguido en ninguno explotar la habilidad de visualizar el pasado. ¡Eran simples reminiscencias vagas!

—Es una chorrada. —Syn seguía sin verle el lado positivo. Su trastorno siempre había sido un problema para ella.

—¿Que es una chorrada? —repitió Eira, sentándose a su lado. Tomó el cuaderno y se lo colocó en el regazo—. ¿Y si te dijera que, gracias a este don, a lo mejor podrías recuperar las vivencias de tu madre y descubrir qué les ha pasado?

Fue el turno de Syn para quedarse paralizada y contemplar, tanto al cuaderno como a su amiga, desencajada.

—A lo mejor Liv quería dejaros un mensaje —prosiguió Eira, exponiendo su teoría—. Y, con tu don, ¡conseguirás descifrarlo!

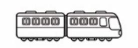
La joven, que no salía de su estupefacción, cogió el memorial para pasar los bocetos, uno a uno, aturdida. Acarició las hojas, las examinó con calma, viéndolas de otra manera completamente distinta, ilusionándose de pronto con la posibilidad de entenderlas.

—¿A que ahora… —Eira levantó la comisura de los labios en una pícara sonrisa— ya no te parece tan insignificante? —replicó con retintín.

No, no se lo parecía.

Y deseó con todas sus fuerzas que eso fuera posible.


GENESIS



#15: Rompecabezas

Al menos, el adiestramiento le servía para desahogarse y no pensar, se dijo mientras la derribaban al suelo por décimo quinta vez.

Llevaba semanas invirtiendo su tiempo en la Central en clases teóricas, de entrenamiento físico y de armas.

Por suerte, el cuerpo recordaba y, aunque, al principio, en las sesiones de ejercicio la habían sacudido bien, pronto recuperó la técnica y se lo puso complicado a sus compañeros.

Entre clases y adaptación, Eira la entretenía con sus pesquisas sobre la sinestesia, evadiéndola de esa pena incipiente que derribaba su espíritu y la sumía en un ensimismamiento de rencor. Gracias a las teorías rocambolescas de su amiga y a sus múltiples diagnósticos, cada cierto tiempo se olvidaba de quién era y qué hacía allí.

—¿Y si visualizas las imágenes que te despiertan las distintas sensaciones, como *reproducciones* o partes de una película que te recuerden vivencias e historias pasadas? —le comentó un día, al salir de las duchas, de camino a la decimoquinta clase de Historia y Tradición.

Eira les había puesto ese nombre a los destellos o reminiscencias borrosas que soportaba la joven porque, según ella, eran como fotogramas que pasaba a gran velocidad ante sus ojos, y que todavía no había podido componer o descifrar.

—Nunca logro apreciar un suceso con semejante definición —manifestó, abatida—. Desaparecen casi antes de empezar, pero me dejan una estela de emociones contradictorias.

—Porque nunca te has parado a hacer el esfuerzo de interpretarlas —dijo la de rizos, con suficiente motivación por las dos—. Yo tuve que prepararme para aprender las técnicas de curación.

Así es como los guardianes entrenamos nuestras habilidades. ¡Y tú podrías hacerlo!

—¿Los guardianes tenéis destrezas? —preguntó con auténtico interés—. ¿Y cómo las desarrolláis?

La sanadora la tomó del brazo para ir al mismo paso.

—Cada uno de nosotros posee un don para realizar una tarea o profesión. Unos lo consiguen, otros no y se quedan en buenos soldados. Yo, por ejemplo, poseo el de apreciar cuándo alguien está mal y la capacidad de trasmitirle calma. ¡Nada que ver con la tuya!

—A mí me parece más importante que la mía.

—Cada una tiene su valor, pero tu sinestesia es peculiar y hay que descubrir cómo potenciarla —anunció, como si ese fuera su siguiente objetivo en la vida—. A lo mejor tienes que contemplar las *reproducciones* como un rompecabezas —se le ocurrió, mientras accedían a la clase—, como piezas que, aunque en un principio te parezcan inconexas, encajarán con coherencia.

—¿Y de qué forma hago eso? —Estaba deslumbrada con sus ocurrencias y su amiga parecía tener respuesta para cualquier interrogante.

—Piensa que, ahora mismo, percibes ráfagas y que, para ti, están descontextualizadas —fueron hacia los pupitres de la primera fila. Le dejó la primera silla y se sentó ella en la de al lado—, si preparases tu cerebro y aprendieras a desenmarañar y a limpiar el recuerdo, permitiendo que tu don respondiera al estímulo que los provoca, seguramente, con el tiempo, los conectarías y los verías nítidamente.

Detrás, llegaron el resto de los compañeros, entre ellos, Markku, que, tras lanzar un vistazo a las dos chicas, avanzó hasta el final del aula.

—¿Como si la emoción fuese el pegamento que une las piezas? —Ella obvió, a propósito, al guardián.

—¡Ajá, exacto! —respondió Eira, sin enterarse de nada. Y, si lo había hecho, pasó del tema—. Debes superar el bloqueo mental y abrirte a la posibilidad de interpretarlos.

—Suena fácil —dijo, sorprendida de su capacidad intuitiva—, pero creo que no lo es en absoluto.

—No te preocupes, descubriremos cómo hacerlo. —Eira se apartó el pelo caoba hacia atrás en una actitud graciosa. A continuación, bajó la voz, para que nadie las escuchara—. Si, al final, tu madre no esconde ningún mensaje en el memorial y mi deducción es errónea, al menos descubriremos por qué tus padres se fueron de aquí.

—¡Eso espero! —exclamó, deseando que se diera esa posibilidad. Ella necesitaba respuestas y dar con los autores del atentado.

En ese momento, Balder Bishop hizo su aparición y los alumnos

se acomodaron correctamente en sus asientos.

—Iremos viendo. —Eira dio la conversación por terminada cuando el profesor abría unos de aquellos cuadernos antiguos. Eran de forma similar a los que había visto en la estantería del despacho el día que llegó a La Central y, se acordó, estaban llenos de garabatos.

—¿Qué son esos objetos? —Se los señaló disimuladamente, para que su amiga supiera a qué se refería.

—Son libros.

—¿*Lib-ros*? —balbuceó, pronunciando no muy bien la sílaba «bros».

—Eran muy comunes antes de la Guerra, o de Las Nieves, como tú la llamas—le informó—. Son volúmenes formados por un conjunto de hojas con un código que contenían obras, historias o textos científicos.

—¿Como un código? ¿De qué? ¿Para qué? —Aquello le sonó a fantasía.

—Se escribían y contaban historias, reales o ficticias —explicó para que lo entendiera—. A través de símbolos se comunicaban con los demás en el pasado. Al parecer, eran muy apreciados en otra época.

Como estaban delante, junto a la mesa de Bishop, cuando este ojeó uno, el olor del papel antiguo llegó hasta ella y creyó distinguir alguno que también había visto en el cuaderno de su madre. ¿Sería posible? ¿Liv había aprendido aquel código?

El mentor se quitó las gafas y, mientras sujetaba el libro abierto, contó con la mirada a los alumnos presentes.

—Bienvenidos a la clase de Historia y Tradición de hoy —los saludó, cortés—, a los que os hayáis atrevido a venir.

La joven rio con la broma. Siempre decía lo mismo, y cada vez había menos personas. En cambio, a ella le encantaban sus clases. La hacían pensar.

—*No es tiempo de héroes* —dijo, deambulando por el aula, de forma pausada, entre los pupitres—. Era el título del artículo de un reputado autor cuyo nombre desconocemos y que vivió antes de la guerra.

Levantó la mano de manera automática y él se detuvo a su altura.

—¿Sí?

—¿Qué guerra? —preguntó, ansiosa de que alguien le contase los detalles de ese pasado oculto. Tampoco comprendía el significado de la palabra «artículo», pero como autores eran los que diseñaban las viñetas de los panfletos y periódicos en Midgard, supuso que sería algún tipo de reportaje que aparecía en aquellos cuadernos con códigos y símbolos extraños.

Bishop sonrió de forma enigmática.

—Los ciudadanos de Midgard desconocéis lo que aconteció hace unos cien años.

¿Y por fin se lo iban a desvelar?, pensó, exasperada. Se inclinó, atenta, esperando que así fuera.

—Después de la muerte del 72 % de la población mundial —empezó a relatar él, para placer de Syn, calmando su curiosidad—, debido a la Rebelión que hubo contra el sistema por la disconformidad de las políticas económicas y sanitarias que se estaban llevando a cabo contra el virus que asoló el planeta, se decidió llegar a un consenso, obviar el pasado y empezar de nuevo con los supervivientes.

Aquella maraña de información la dejó tan sorprendida como mareada.

—¿Por qué ignoramos esto los que vivimos en Midgard? —No estaba enterada de que hubiera existido un virus que afectara de manera tan letal y masiva; y que la población se hubiera rebelado, descontenta, contra el sistema, le parecía, en esos días, completamente inverosímil—. ¿Qué bien hay en ocultar la verdad, por dolorosa que sea?

Markku intervino para aportar otros datos.

—El líder decidió que era lo mejor para que no se repitiera el mismo desastre —destacó, desde su asiento, reparando en ella con un brillo peculiar en sus ojos que inundó el aula de una vainilla golosa—. Para que a nadie se le ocurriera repetir una insurrección tan grave y dolorosa.

—¿Qué líder? —insistió.

—El Relojero —añadió él.

—¿Cuál es la función concreta del Relojero? —sonó impaciente.

—Es el que manda. —Silver se entrometió sin delicadeza ninguna—. El que ha construido este sistema, el que lo dirige, el que hizo que superáramos aquel infierno y la miseria.

El Relojero, el responsable de aquel enredo, esa figura oculta en la que confiaban ciegamente, del que había escuchado hablar, pero al que nadie le ponía cara. ¿Por qué querría borrar ese pasado de la mente de los ciudadanos? ¿Qué beneficio obtenía con ello? Y lo primordial, ¿habría formado parte del equipo que activó la bomba en el tren?

—¿Se debe olvidar lo que ha pasado o precisamente hay que estudiarlo para que no vuelva a suceder? —reflexionó, compartiendo en voz alta sus divagaciones sobre el tapiz que dividía las dos realidades y el ocultamiento que imperaba en la suya.

Nadie le respondió, pero Bishop, entretenido, expuso otra pregunta a los alumnos.

—¿Cuál es el precio de esa inconsciencia? —dijo, deteniéndose

entre la cuarta y la quinta fila—. ¿Es positivo o negativo vivir en la ignorancia y dejarnos llevar por la comodidad del régimen disciplinario y aparentemente bien ordenado que nos dirige, a cambio del apaciguar el miedo de que vuelva a suceder? ¿Es justificable este acatamiento? ¿Es la única manera de mantener la convivencia y el bienestar del que se presume?

—A usted se le va la olla —se mofó Silver y el resto del grupo se rio con la broma—. Siempre nos taladra el cerebro. —Y se dejó caer con un resoplido, sobre el pupitre.

Bishop prefirió omitir su burla y, regresando hasta su mesa, continuó con el planteamiento.

—Este autor, hace varios siglos, escribía… —Sujetó las páginas del libro para interpretar y decir—: «¿Cuán peligroso es el intento de convertir una ciudad, un pueblo… —se puso las gafas y retomó la lección—… un aula —los observó por encima de la montura—… en laboratorios de ingeniería social a disposición de cualquier profesor —se señaló, como si él pecara de ello—, de cualquier gobierno que tenga poder?».

Syn se quedó pensativa, mientras él proseguía.

Balder le recordaba a su madre, a cómo esta, junto con su padre, a ella y a Eivor, en los debates que se habían desarrollado en casa, les habían hecho reflexionar, desde distintos puntos de vista, parlamentando con criterio.

—¿A cambio de qué entregamos nuestro silencio? ¿A cambio de un bienestar? ¿De cuál? Y, de ser así, ¿estáis de acuerdo?

—A cambio de nuestra sumisión —Había dejado salir la frase en un susurro tímido, pero que escucharon.

—¿A qué te refieres? —pidió Markku que le explicara.

Ella se mordisqueó el labio, antes de hacerlo.

—Se ha forjado una imagen de un estilo de vida muy atractivo, sin miedo al peligro, pero que es muy artificial, controlador y materialista, provocado cambios en nuestro modelo social, —divagó en voz alta—. Es fácil, ligero, infantil. Entretenimiento estéril y del mínimo esfuerzo. Esa misma ignorancia, nos condiciona y hace imposible que escapemos de él porque el conocimiento enriquecedor escasea y anula nuestro pensamiento crítico.

Se produjo un silencio, había dejado a todos confundidos.

—Esa sería una paradoja, ¿no creéis? —reanudó Bishop el discurso, divertido con la situación—. El sistema actual, construido con las cenizas de los anteriores revolucionarios, estaría ahogando, con sus miedos y previsiones, al nuevo disidente, logrando que nunca se rebele en serio.

—Pero cada uno puede creer lo que quiera —alegó el líder guardián.

—Eso dicen, pero quien discute la ley que se ha transformado en norma universal y que de algún modo apoya la mayoría —Bishop se quitó las gafas y se palpó los labios con una de las patillas—, ¿no acaba siendo un disidente acribillado por la crítica?

Markku se cayó, entonces, dubitativo.

Syn sintió una sacudida, como si la estimularan mentalmente a que abriera su óptica y visualizara otra perspectiva.

Y Bishop los impelió, con fuerza, al abismo.

—Nuestro sistema siempre nos da razones para creer que sus actos son justificados, aunque carezcamos de cierta información o entendimiento que anula de manera indirecta nuestra potestad de movimiento y crítica, pero… ¿y si están equivocados? O peor, ¿y si son conscientes de que lo están y actúan con nuestro acatamiento, con silencioso beneplácito? —planteó con una sonrisa a los presentes.

La joven permaneció quieta, sujetando el borde de la silla, mientras nacía en su cabeza con un pitido sordo que la obligó a contener la respiración.

De pronto, Midgard le pareció una falacia y, en cierto modo, irreal. Se sintió raptada, como una cobaya, apartada de una vida cuya existencia había estado marcada por mentiras de quienes la rodeaban tras un panel de cristal. Sí, había sido feliz en esa jaula, ¡oh, dioses!, lo había sido y mucho. Pero cuando las paredes se resquebrajaron en aquel fatídico atentado, accidente o como quisieran llamarlo, despojándola de lo que realmente amaba, de los que quería, la habían recluido en una celda falsa y peligrosa. Una que sabía la verdad y no hacía nada, que se dejaba llevar por aquella trampa, haciéndoles creer que eran partícipes de la acción y no meros peones del mecanismo que los distraía.

¿Cuál era la finalidad de aquello? ¿Qué intención se escondía detrás? Y lo verdaderamente importante, ¿por parte de quién?

Tomó aire. Le costó retenerlo en sus pulmones. Su mente, sus pensamientos, iban a gran velocidad.

—¿El sistema debe vigilarnos? —Balder interrumpió su hilo de sus pensamientos y la devolvió a la realidad.

—Tú mismo, profesor, hablas de estos temas con total tranquilidad —objetó Silver, escéptico.

—Yo simplemente expongo hechos y os pregunto a vosotros qué aspectos del mecanismo mejoraríais. —La excusa del mentor resultó algo graciosa—. Os lo replantearé de otra manera: ¿cuándo fue la última vez que recelasteis de una decisión, de vuestros superiores, o que se os pasó por la cabeza que podría ser un error o iba en contra de vuestro criterio profesional o moral?

El aroma avainillado resurgió de forma tímida y confusa.

—¿No es responsabilidad del sistema educarnos para ser mejores

ciudadanos? —repuso el guardián, compungido, como si padeciese un gran debate interno—. Debe protegernos para que nada nos pase.

Syn se dio la vuelta en la silla para verlo.

—Sí, pero, ¿estamos condicionados o no? —dijo, sin poder contenerse.

Como si lo hubiera sorprendido su interrupción, Markku fijó su vista en ella, y a la muchacha le dio la impresión de que se había acercado, aunque él no se había ni levantado de la silla. Había despertado su curiosidad.

El profesor se apoyó en el borde de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando a uno y a otro, escondiendo una risa.

—Explícanos qué intentas decir, Syn —le pidió, en una postura abierta, receptiva, captando el interés del grupo—. ¿Acaso no eres libre?

—No —afirmó, categórica, y se levantó un barullo en el aula.

Hubo gritos. Eira, a su lado, la pellizcó en la pierna por debajo del pupitre, asombrada de su atrevimiento. El profesor se masajeó la barba, expectante. El guardián ni se inmutó.

—Puede que ahora te retengamos aquí —indicó él, haciendo equilibrios sobre las patas traseras de su silla, mientras su olor la inundaba con un toque agrio—, pero hasta hoy, ¿no caminabas por donde querías, escuchabas y veías lo que te apetecía, y disfrutabas de los estudios que te ofertaban en un centro de formación cualquiera?, ¿qué vigilancia ejercíamos sobre ti?

Se paró a pensar, para ver qué decir y cómo. Quería explicarse bien y, en ocasiones, las palabras se le trababan y debía organizarlas mentalmente, tal como le habían enseñado sus padres.

—Desde el momento en el que las ideas o el conocimiento limitan mi astucia y sentido común, y me obligan a repetir comportamientos y modelos de vida correctos, ideales, impuestos, me están convirtiendo en una esclava de mis pensamientos. Por tanto, no, no soy libre.

Él detuvo el balanceo y la observó de un modo que la revolvió por dentro, su corazón le dio un vuelco en el pecho.

—¿Y si esos comportamientos son los adecuados? —especuló él— ¿Y si son los que funcionan para la sociedad en la que te desenvuelves?

—¿Qué es lo «perfecto»? ¿Qué es lo que funciona? —dijo, recordando los debates con sus progenitores en los que se cuestionaban todo—. Estamos sometidos a un constante flujo de opiniones en los boletines, diarios, televisión… y de estímulos que moldean nuestra vida y las de los que habitan Midgard. —Se fijó en la pared del aula y pensó en cómo había cambiado su existencia, en lo

que había descubierto. En lo que había perdido y en cómo se cubrían los hechos—. ¿Quién está detrás de esos influjos y qué objetivos persigue?

Sus inquietudes se hicieron palpables. Cada vez eran mayores y ella, cada vez, más desconfiada.

—La mayoría de las noticias que salen en los boletines son ciertas —se quejó Sheila, que estaba en el grupo del jefe guardián, escuchándola con desagrado.

—Sí, pero no dejan de tener una opinión subjetiva y muchos de ellos se atreven a dar lecciones de moralidad y prejuzgan en su disertación —comentó, recordando la inspección que realizara, con ellos, en el túnel—. Aunque seamos…, yo —matizó, parándose un segundo—, consciente de ello o escépticos, estamos sujetos, de un modo u otro, a estas influencias externas que consiguen el aplanamiento mental y la normalización del silencio.

El aula se quedó pensativa. Estaba molestando, lo percibía con total claridad, pero no iba a permanecer impasible cuando le habían dado la oportunidad de explayarse.

—Os voy a ser sincera. —Se rascó en el entrecejo, y se fijó, inevitablemente, en Markku—: Me niego a obedecer o a amoldarme a esta realidad que maneja los hilos tras bambalinas. —Se generó cierto revuelo y alzó un poco la voz para proseguir—. No la quiero; no me deja pensar de manera distinta y mi capacidad se ve limitada, carezco de la autonomía para decidir por mí misma.

Habló con una fe segura, vibrante, que no admitía vacilaciones o dudas. Y, los guardianes, que nunca hubieran caído en la posibilidad que les planteaba, como siempre habían aceptado su cometido, creyéndolo justo, se levantaron como una jauría en su contra.

—Por eso me disgusta permanecer aquí —dijo, finalmente, en un arrebato desesperado, alzando la voz—. Porque esta realidad impuesta es un espejismo. Nos tienen obnubilados gracias a la creencia de que es por nuestro bien y para que no se vuelvan a repetir los errores. Pero nos manejan a través de las emociones y del miedo.

Sus palabras habían sonado a indignación y le ardían, cada una de ellas, en la garganta, en el pecho, en el fondo del alma.

Notó la atención del guardián en su nuca, centrada en ella, perforándola con ese cobre que sabía a helado y que la hizo estremecer.

—¿Te resulta tan difícil asumir que tu familia ha muerto y que ahora este es tu lugar?

Su pregunta la sumió en un desierto, haciendo crecer no una distancia, sino quilómetros de arena entre ellos dos.

No se lo había dicho de manera cruel, sino con compasión. Pero le sentó igualmente como si él le hubiese propinado una patada en el

estómago.

Cuando se volvió en su dirección, lo hizo furiosa, y cuando su olor la acometió con crudeza, por primera vez, quiso chillarle.

Si hubiese sido otro, no le habría importado; pero había sido él, Markku, delante de los compañeros, y fue como la peor de las afrentas.

—¿Es así como defiendes tus argumentos, jefe? —declaró su amiga con crítica, arropando a la joven.

—Parece que no sabe disertar con inteligencia —replicó ella, con amargura y, con grata sorpresa, notó su sonrojo a pesar de que el guardián trató de disimularlo.

—Profesor, ¿a qué viene esta… —Sheila hizo un aspaviento, dirigiéndose a Bishop— …teoría barata?

Syn resopló, con disgusto y el mentor dijo:

—En tiempos oscuros o de incertidumbre, siempre ha habido disidentes que han acercado la luz y el progreso, y otros que han tratado de evitarlo. —Levantó un dedo—. ¿Vosotros en qué bando estáis?

Hubo otro murmullo general de protesta.

—¡En el adecuado, por supuesto! —aseveró una de las compañeras sentada al final del aula.

—Espero que en el mejor. —Eira fue humilde en su juicio.

—Nosotros pertenecemos a la facción que protege al indefenso, profesor —dijo, convencido, el jefe guardián, todavía colorado, en nombre de los suyos—. Nuestro trabajo es mantener el orden y la equidad.

—¡Qué creído os lo tenéis! —Cuando Syn habló de nuevo, los compañeros casi se abalanzaron sobre ella. Balder pidió calma—. Un pueblo educado en la mentira, en el desconocimiento veraz de su historia, ¡nunca será libre!

—¡Pues hasta hoy nos ha ido bien, no ha habido más guerras! —prorrumpió Sheila.

—¿Cómo puedes afirmar eso con semejante vehemencia? —dijo la voz templada de Markku, haciéndose hueco entre la verborrea punzante de su colega.

—Porque no hay debate moral sobre el sistema que nos gobierna —respondió ella, alterada. Le indignaba que no fueran capaces de analizar la idea en la que los habían formado—. No se nos permite discernir o estar en desacuerdo. Y si lo estás, te envían a los guardianes para que las cosas continúen igual y nadie altere el transcurso de los sucesos. ¿Cómo podéis llamar a eso libertad y a vosotros, «protectores»?

Si las miradas quemasen, Syn ya estaría ardiendo.

La vainilla de Markku le cruzó el pecho y la hizo carraspear por

lo bajo. Aguardó, impaciente, su réplica. Porque él era de los que les daba muchas vueltas a las cosas, estaba convencida.

—Aunque esa premisa sea cierta —él habló de forma pausada, parándose a elegir cada frase, cada palabra, como pidiéndole disculpas por el comentario anterior—, nosotros defendemos el honor y la verdad.

Siempre con distinciones, pensó la muchacha. Ella solo era consciente de que había un puente entre los mundos, pero nadie lo cruzaba. Unos no lo hacían por desconocimiento, los otros porque consideraban que protegían a los del otro lado. ¿Y el puente? ¿Quién lo había construido y por qué? ¿Quién lo vigilaba?

—¿Hay rebeldes? —osó preguntar, cuando una idea se le pasó por la cabeza.

—Sí, los thralls —le respondió. Parecía que ellos dos lideraban el debate.

—¿Habéis escuchado sus opiniones? —insistió, cansada de su majestuosidad.

Él levantó una ceja, escéptico ante semejante propuesta.

—Fueron los que mataron a tu familia —soltó a bocajarro, muy convencido.

Syn chirrió los dientes y apretó los puños bajo la rejilla del pupitre.

—¿Estás seguro de eso? ¿Tienes pruebas?

—Es el grupo revolucionario que intenta cambiar el mundo en el que vivías. —Su tono cambió tras el agravio y se mostró tierno, incluso demasiado suave para ser él—. No están de acuerdo en cómo se lidera Midgard ni Niflheim. Cuando hay una muerte, son ellos los culpables.

—¿Por qué unos disidentes iban a querer acabar con unos desertores como ellos? Mis padres, hasta donde soy consciente, habían escapado de esta realidad y se habían borrado de vuestro mapa. Los querrían como aliados, no como rivales. —Lo taladró con la mirada—. Debemos tener en cuenta que vuestra información puede estar manipulada porque hemos encontrado un reloj de observador en el túnel…

El grupo se quedó callado, como si una navaja oscilara entre ellos y hubiese cruzado el espacio, rasgado el cielo gris.

A lo mejor, los guardianes no habían oído antes una crítica tan dura sobre su oficio y Syn había sido la primera en exponerles, a excepción del profesor y de forma tan fehaciente, su falta de criterio. Aunque su padre siempre le había dicho que nunca es tarde para convertir a la razón y la reflexión en armas con las que enfrentarse a la ignorancia.

Markku se quedó pensativo, y Syn quiso acercarse para

continuar con el debate. Le había hecho replantearse las cosas, se daba cuenta, habían abierto esa compuerta, quería cerrar la charla haciéndole comprender su criterio.

Pero el timbre sonó, anunciando el final de la clase, y el guardián, recogiendo sus cosas, se marchó escopeteado del aula.



#16: Las Matemáticas

Los pasillos eran tan oscuros como una cueva húmeda o el fondo de un pozo negro; le llenaban la garganta de hulla, ocupándole los pulmones con una especie de residuo pestilente que le atoraba la garganta.

Iba a encontrarse con las Matemáticas.

Jostein había ido a por ella con otros tres mentores al comedor. Como un animal que accede estridentemente a una cristalería, sus zapatos negros pisaron la estancia con grandes y ruidosas zancadas, plantándose frente a la mesa donde comía con Eira.

—Espabílate —indicó de mal humor, siendo poco amable e incluso maleducado, ordenándole que se levantara—. Hoy, te presentarás ante las Matemáticas.

Fue como si una bola enorme chocara contra ella y la estampara contra la pared. La misma impresión. Y, sujetándose a la silla, se irguió, preparándose para seguirle.

—¡Voy con ella! —reaccionó su amiga, levantándose en el acto.

Su tío protestó, pero Syn lo encaró, atajando el asunto.

—Si Eira no va, yo tampoco.

Molesto, comenzó a caminar, esperando a que lo siguieran.

Corrieron para alcanzarlo, sin soltarse de la mano, bajo la atenta mirada de Markku y los suyos.

—¿Tú las conoces? —preguntó a la sanadora mientras las metían en un coche negro.

—No —negó esta, disimuladamente, recelosa por cómo se estaba desarrollando la cita—, para vosotros son una leyenda y, aunque nosotros sí somos conscientes de su existencia, pocos las han visto personalmente. —Se calló cuando Jostein las oteó por el retrovisor. Al volver su atención a la carretera, Eira añadió—: Por eso esto es muy extraño.

Tardaron unos veinte minutos en llegar al rascacielos ubicado en

el centro de la ciudad. El edificio Omega se levantaba imponente entre el resto de bloques con el nombre en un rótulo en la fachada. Cruzaron la portería; tras un mostrador había tres observadores que se le quedaron mirando y anduvieron hasta el ascensor. Una vez allí, ascendieron hasta el Nivel 16 y, cuando las puertas de acero se abrieron, el olor a tizón las envolvió, atravesándolas hasta las entrañas.

—¡Qué peste! —Eira se tapó la nariz.

—Es solo aquí —informó su tío, y tenía razón. Al dejar el recibidor atrás, esa pestilencia empezó a ir a menos hasta desaparecer.

Fueron entre varios despachos y salas en las que estaban hombres y mujeres con trajes de rayas, del mismo tipo que Syn había visto que vestían los Observadores.

Sentados frente a pantallas de ordenador de última generación, se fijaron en ellas cuando pasaban por su lado, pero la joven no se sintió intimidada. Mantuvo la cabeza bien alta, orgullosa, detrás de su tío, entre las mesas, deseando encontrarse con los tres que habían explotado el tren, pero ¡malditos fueran!, todos parecían iguales. Y con sus ruidosos relojes en el bolsillo; casi la volvían loca con ese sonido y con el putrefacto olor.

Al cabo de un rato, llegaron a un descansillo con vegetación y un riachuelo.

Ese espacio natural las descolocó y, en esa ocasión, aspiraron el aroma de los cítricos que colgaban de pequeños árboles frutales que decoraban el paseo por el regato y que a Syn le hizo probar las naranjas.

A la joven se le encogió el corazón cuando se detuvieron ante un portón gris. De madera gruesa, Jostein tuvo que tirar con todas sus fuerzas para abrir. Cuando lo consiguió, con una seña, les indicó que aguardasen y se metió dentro.

La espera les pareció interminable. Eira entrelazó sus dedos e intentó calmarla.

—Irá bien, ya lo verás.

—Ojalá… —Ella no estaba tan segura.

—A lo mejor te dicen algo sobre tus padres. —La tocó con afecto, suavizando el trance—. Recuerda que son visionarias del pasado y del futuro; poseen el don de la adivinación.

Eso ansió y rezó, esperanzada.

El director de la Central salió entonces de la cámara de audiencia.

—Ya puedes pasar. —Le dejó el portón entreabierto para que accediera al interior. La joven, fue sin soltar a Eira, pero su tío la detuvo agarrándola de la manga—. Sola.

El suelo se abrió bajo sus pies. ¿Sola? ¿Por qué?

Dudó. No supo qué hacer.

La sanadora tomó la iniciativa. Abrazándola, depositó un beso con cacao en su mejilla.

—Ve. —La convenció con una sonrisa.

Sintió frío, regresaron el vértigo y el miedo; se arañó la palma de la mano, las cutículas e, inspirando hondo, entró.

—¿A quién nos traen? —preguntó una voz.

—¡Yo sé quién es! —exclamó otra, con una risilla.

—Porque tú percibes lo que vendrá, Skuld —comentó una tercera.

—Yo lo sabré luego —dijo la primera, con pesar.

—Porque tú lo visualizas todo después, Urd —añadió la que aclaraba las dudas, la de en medio—. Yo la percibo en este momento.

—Porque contemplas lo que ocurre ahora, Verdandi —indicó la triste, la que no advertía nada—. Ves el presente.

Hubo susurros en la inmensidad; una luz en la oscuridad. Fue clara al principio; a continuación, penetrante; cayó sobre un altar en el que se dibujaban las tres deidades.

Abrumada, se quedó quieta. Las féminas tenían blancos y largos cabellos, finos como hilos bordados, que brotaban de sus cabezas, enredándolas, unas con las otras, y enraizándolas al suelo.

No se podía afirmar que fueran jóvenes, tampoco viejas, pero por su aspecto, a través de esa reservada y curiosa faceta, se podían distinguir rasgos de experiencia y adversidad.

Jugaban con los mechones brillantes entre los dedos, peinándolos, pasándolos de la de la derecha a la de la izquierda y por la de en medio, escogiendo cada cerda nívea con una confianza ciega. Literalmente, pues no veían, pero se inclinaban, dirigiendo el oído a donde creían que venía el sonido de sus compañeras.

Las tres Nornir, antiguas semidiosas; hoy, mujeres que estudiaban las variables del Destino y su porqué, y a las que en Niflheim llamaban *Matemáticas*.

Presagiaban el rumbo de los ciudadanos a través de los hilos que manipulaban y avisaban a los observadores, con el fin de mantener el orden que estos les exigían, de cualquier alteración inesperada. Eran, en definitiva, las que predecían la actuación ajena y sus posibles variables. Las que atisbaban las distintas decisiones o voluntades humanas.

Caminó y se detuvo donde comenzaba el halo de luz.

—Es la insurgente…

No supo cuál de ellas había hablado, pero la última palabra rebotó en las negras paredes y la hizo enmudecer. Se escuchó otro murmullo.

—La que protegimos en aquel tren…

Un escalofrío le recorrió la piel.

¡Ellas habían sido! Ellas habían evitado que pereciera en ese accidente junto con su familia. Abrumada, se encogió, abrazándose a sí misma.

—¡No es la única!

El aliento, como una débil brisilla, voló por la sala y azuzó su pecho.

—¡Shhh! —Había sido la derecha quién había mandado callar a su compañera, o eso supuso la joven, pues no movían los labios—. Eso no puedes decirlo, Skuld. *Ellos* no pueden enterarse...

El eco volvió a retumbar en la sala y Syn miró los muros y el techo, nerviosa. Sus voces rebotaban y semejaba que había cientos de Matemáticas. Se obligó a concentrarse en ellas tres.

—¿Vosotras me salvasteis de la explosión? —preguntó en un tartamudeo, cruzando las manos. Temblaban, sus dedos temblaban y no era capaz de apaciguarse.

—¡Shhh! —pronunció otra de las semidiosas—: Tenías que morir. —La frase se repitió en el lúgubre lugar, asaltando a la joven, atormentándola con su alcance y motivo—. Esa era la orden, sí.

—¿De quién? —Quería…, no, necesitaba oírlo.

Se produjo otro silencio que quebró su aliento y mantuvo su alma suspendida en uno de los hilos de las adivinas.

Las respuestas que buscaba, el porqué de su desgracia, se hallaban entre las manos sagradas de aquellas mujeres. Estaba convencida.

—¡Ellos! —dijo la de la izquierda, la que examinaba el pasado, Urd.

«Ellos». Para Syn, solo había un «Ellos» posible, pero hasta que la tríada lo reconociera, nunca estaría segura.

Una de las deidades, entreabrió los labios para pronunciar: —El Relojero y los Observadores...

Sus sospechas se materializaron en una reverberación aterradora que laceró su conciencia, adueñándose de su mente con lágrimas de rabia y dolor, al escuchar, por fin, la verdad.

En el fondo, siempre lo había sabido.

Esos tipos habían sido los culpables de su desdicha desde que se los había encontrado en aquel vagón.

—¡No los nombres! —gritó, alarmada, la de la derecha, la que avistaba el futuro, Skuld—, o los atraerás. Y no pueden enterarse.

—¿Por qué querrían asesinarme? —Enterró los dedos en el pelo, se rascó, con ahínco—. ¿Por qué mi familia murió y vosotras me protegisteis?

No contestaron. Otro vacío ocupó el lugar y el ambiente se tornó frío, pesado, conquistando el oxígeno que respiraba, atrapándola en una espiral de sopor. A pesar del mutismo que rodeaba a las mágicas figuras, un fulgor misterioso la transportó a un olor especial a tierra y mar, haciendo que regresara hasta ella el misticismo de los antiguos y venerados dioses de Midgard, y que le otorgaron, a ese ambiente enigmático, cierta expectación que la mantuvo anclada al suelo, creyente de la tríada y de su sinceridad.

La de en medio detuvo su labor.

—La pérdida y la tristeza son alicientes para luchar y acabar con la injusticia. Tu corazón es rebelde. —La miró fijamente, si se podía decir así, pues estaba ciega—. Eres una disidente.

—¡¡¡Shhh!!! —exclamaron sus hermanas—. No debías decirlo. —La de la derecha le dio un tirón para que no se entretuviera y siguiera con la faena.

La otra prosiguió, sí, también con el discurso.

—Ya lo era su madre —confesó, bajando la voz.

—¿Mi madre? —repitió ella.

—¿Su madre? —insistió la de la izquierda.

—Y su padre —matizó la que estaba sentada en el centro—, y por eso no pudimos salvarlos, esa fue la razón de su final.

Syn se quedó perpleja cuando aquellas palabras le estallaron en la cara. Se le atoró el estómago, sintió que se le contraía el pecho. Esa era la razón del exilio de sus padres. De su muerte.

—¿Por qué yo? —volvió a incidir, sobrepasada.

¿Por qué ella había sido la única sobreviviente? ¿Por qué no su padre, su hermano, o su madre, que había sido una guerrera guardiana y una valiente?

La tríada al completo se detuvo y levantaron, al mismo tiempo, las cabezas en su dirección.

—*Los hijos del exilio regresarán como héroes del mañana*, predijimos en una ocasión. —Verdandi dejó el cabello. Asintió.

—Y nosotras creemos en las profecías —explicó Skuld, señalando a las tres.

—En vuestro futuro. —Suscribió Urd.

—Por eso, nunca os hemos abandonado. —Verdandi sostuvo otro hilo.

—Aunque quisieron eliminaros. —Skuld lo desenredó con los dedos.

—Pero el Destino se teje en nuestras manos. —Urd lo peinó con delicadeza.

—De manera libre…

—Impredecible…

—Por mucho que ellos intenten manipularlo.

La de la izquierda se dobló y sacó medio cuerpo hacia adelante.

—Pero ellos no lo saben —dijo con disimulo—. Creen que lo tienen dominado.

—Pero nosotras, cuando podemos —contó Urd, con una risa traviesa—, que no es siempre...

—Lo dejamos jugar —terminó por ella su hermana, la del centro, cauta—, como antaño.

—¡Sí lo hacemos! —rio Skuld, con pillería—, porque el Destino es un juego en el que los dioses...

—Se divierten... —añadió la primera.

—Y dejan que los humanos, improvisen —completó la segunda.

—Para que este ocurra como decidan...

—Sí.

—¡Cierto!

—Exacto...

Y, al unísono, con una rapidez inaudita, reanudando su labor.

—Porque no debe ser manipulado. —Verdandi aspiró por la nariz.

—No se puede. —Skuld gimió.

—No sería justo ni adecuado. —Urd se frotó la mejilla con el dorso de la mano.

Juntas, mientras cosían, lloraron.

—Antes de ser esclavas, nosotras cuidábamos de él —sollozaron, alguna incluso se secó las lágrimas—, lo protegíamos. Ahora, no nos dejan.

Agachó la cabeza, triste, y Syn se compadeció de ellas.

¿Cuál sería el papel concreto de aquellas mujeres en la obra que se interpretaba a su alrededor? ¿Por qué el destino había querido que ella, precisamente ella, fuera una de sus protagonistas? ¿Qué papel desempeñaba la joven en aquella tragicomedia?

—El mundo debe volver a su origen —dijo Verdandi, como si hubiera escuchado sus pensamientos—. Debe sublevarse y regresar a los inicios.

—Escapar del yugo y el sometimiento. —Skuld corroboró el alegato de su hermana.

—Hay que recordar por qué la ilusión dirige nuestros objetivos. —Urd tocó a la de en medio, para que no se olvidara de ese detalle.

—Y tú, muchacha —Skuld levantó un dedo en su dirección, con la aguja de coser en la mano—, puedes llegar a ser esa disidente, el instrumento que alcance ese sueño.

—La misma providencia te eligió —confesó Verdandi.

—Eso quiso —sentenció Urd.

Esta se rascó la cabeza.

—Algo captó en ti…

—¡Pero ten cuidado! —le advirtió Skuld.

—¡Sí, ojo! —apoyó Verdandi.

Se alarmó ante ese aviso.

—¿Por qué motivo?

—Porque eres el arma. —Otra vez, las voces se entrelazaron—. Eres el eslabón que romperá con la cadena que nos ata.

—Porque ahora no podemos sentirlo.

—Ni verlo con nuestros ojos.

—Ni escucharlo con nuestros oídos.

—Pero sigue siendo real.

—Los dioses regresarán.

—Volverá el pensamiento propio.

—Y el poder residirá en ser dueño de ti mismo.

Lanzaron un grito al unísono.

—¡Ya no diremos más!

De repente, silencio. El lugar quedó envuelto en un mutismo que fue entendido por Syn como prudencia.

Verdani, de una manera extraña, se volvió en el último momento para comentarle algo a la muchacha.

—Para conseguirlo —susurró, como si quisiera revelar un secreto a expensas de sus hermanas—, un héroe deberá ser sacrificado.

Un pitido agudo nació en sus oídos y el corazón se le encogió al ser consciente de lo que significaban esas palabras. Se le doblaron las piernas, le pareció que caía, que se desmayaba. Y cuando la reverberación de la voz de la semidiosa terminó de rebotar contra las negras paredes en un eco lejano, como pudo, tambaleándose, se arrastró, devastada, hasta la entrada de la sala.



#17: Engaño y disimulo

Se derrumbó.

Cuando Eira se acercó para saber qué había pasado, al comprobar su estado, abrió los brazos para recibirla; pero Syn tuvo que sentarse en la baldosa y, con los codos en las rodillas, sosteniéndose la cabeza, se ahogó en llanto.

Su amiga esperó a que se tranquilizara un poco antes de indagar qué pasaba.

Sin fuerzas, Syn le relató lo sucedido.

El semblante de la sanadora pasó de la sorpresa al desconcierto, y de la inocencia a la indignación, como si aquello escapara a su lógica y comprensión.

—¡Dioses de Midgard! —profirió, cuando ella terminó su testimonio, desencajada tras la explicación de las Matemáticas—. ¿Qué diantres significa esto?

No pudo responder. Estaba agotada y tenía la sensación de que el cielo y la tierra querían venirse abajo y tragársela.

Le dolía la cabeza. La pena y la tensión pasaban factura. Y el odio.

Se sentía la protagonista de una narrativa de la que desearía ser excluida del escenario.

No había pedido ser un personaje en aquella historia. No había pretendido ser la heroína de nada.

Solo había convencido a su familia para ir una mañana al cine al centro de la ciudad y el tren había explotado.

La vida, concluyó, era un curioso viaje, una sucesión de imágenes que te llevaban a un destino. Y ella había tenido la desgracia de salir ilesa de un atentado que había acabado con sus padres.

Podría haberse tratado de una pesadilla. Pero el mundo, con la vida y ese continuo viaje, había convertido su suerte en una condena peligrosa para ella. De los restos, de las llamas de las que había

escapado invicta y que la estaban consumiendo, no saldría indemne. Porque Syn cargaría con ese atentado consigo, a donde fuese, como una sentencia de muerte aplazada. Reclamando venganza. Esperando a que esta llegase.

Había caminos y caminos, y cada uno de ellos, distinto a otros. No todos se desmoronaban de la misma manera. Era justo que, en ese instante, ella tuviera el lujo de quebrarse.

—Estoy cansada —reconoció, descendiendo a un pozo profundo.

Eira la agarró de la mano y se la besó; notó un cosquilleo que le erizó la piel.

Frambuesas. Cuando la sanadora se mostraba mimosa con ella, la mermelada se mezclaba con el bombón de forma exquisita en su lengua, intensificando su agrado a frambuesa. A pesar de la tormenta que las rodeaba, de la soga que pendía sobre sus cabezas, en su cuello.

Aspiró por la nariz, se secó las lágrimas.

—Perder a mis padres, a mi hermano... —lloró abrazada a ella —, descubrir esta realidad y sus patrañas.

La sanadora acarició su cabello corto, la besó en la frente, en la sien, en el cuello, tratando de apaciguarla. Ladeó la cabeza y sus rizos se agitaron a su alrededor, como virutas de caoba de madera.

—Es una mentira, Syn. —Cruzó las piernas para acomodarse en el suelo, a su lado, y concederse un momento para asimilarlo—. Todo es una vil mentira.

Vio la frustración y el desengaño en los ojos de su amiga, y su enfado fue el de ella, su decepción fue la de ella, su desilusión fue también la de ella. Porque sabía muy bien a qué se refería. Lo sentía igual, mejor que nadie, pues había perdido muchísimo en esa transición al mundo real. Después, llegó la ira. Y cuando la descubrió en Eira, la joven, apenada, la rodeó, estrechándola con ganas.

Se dejaron envolver, se necesitaron, requiriendo de ese desahogo que, de alguna manera, las hacía anclarse y pertenecerse la una a la otra, y que, al menos, les aportaba algo de seguridad, aunque nada era seguro en torno a ellas.

Eira lanzó una exhalación, se apoyó en la pared y se irguió.

—Vámonos. Busquemos a tu tío y larguémonos de este sótano. —Guiada por el enojo, tomó las riendas de la situación. La ayudó a levantarse—. Este lugar huele a podredumbre —se quejó, asqueada, antes de echarse a andar por el sombrío pasillo.

—Hay que acabar con ella.

Syn sujetó a su amiga para preguntarle a quién pertenecía esa voz.

Eira la interceptó a tiempo de pronunciar la frase y la detuvo con un dedo sobre los labios, indicándole que prestase atención.

—Es un observador —le informó.

Se acercó a la puerta que, en un descuido, habían dejado entreabierta. Apreció el tictac característico de los relojes que siempre acompañaban a aquellos sujetos e, intrigada, se mantuvo alerta. La sanadora, al igual que ella, pegó la oreja.

—Tienes que matar a tu sobrina —repitió el mismo individuo—. Ya se lo predijeron las Matemáticas a su madre: Liv formaría la brecha divergente que acabaría con el mecanismo de Midgard. No podemos permitírselo. El Relojero exige terminar con este asunto.

Si un rayo la hubiese atravesado, Syn seguiría allí paralizada, sin poder mover ni un dedo, pegada al suelo.

Esa era la razón. Ese era el motivo por el que habían asesinado a su familia.

Apretó los dientes y se encogió, con el puño cerrado, deseando estampárselo al Observador. Había la intención de hacerlo, incluso agarró el pomo para ir a encararlos. Pero fue su amiga quien la retuvo, impidiéndole que entrara.

—Lo sé, fui yo quién os avisó de que esos dos trataban con la disidencia —era Jostein y miró a su amiga con los ojos abiertos como platos—. También a mí me conviene que desaparezca. Con el carácter que demuestra, no me interesa que se percate de la verdad y quiera desquitarse.

Fue como si una locomotora atravesara la enorme pared y la arrollase lejos. Empezó a hiperventilar por el cariz horroroso que estaban tomando los acontecimientos y se agarró a Eira para impedir el temblor de su cuerpo que, deseoso de atravesar el despacho como un vendaval, se aguantaba las ganas de presentarse ante ellos.

Pero esa sería su perdición y no debía ceder al impulso. Tenía que comprobar cuál era su alcance, averiguar qué tramaban en su contra y, cuando pudiera, cumplir con la venganza que asustaba a su tío. Porque sí, Jostein había atinado de pleno, se iba a encargar de que obtuvieran su merecido y de que sufrieran lo mismo que su familia.

—Me disgusta ser el responsable de esa mocosa —masculló el director de La Central, con desprecio—. Ya soporté a su padre y a su madre lo suficiente como para tener que encargarme también de ella.

Le hirvió la sangre.

—Pues ya sabes lo que hay que hacer. —El otro debió de recostarse en un sofá, pues se escuchó como si alguien se acomodara en el mullido cuero—. No podemos permitir que, con lo que ha visto, siendo hija de quien es, se convierta en una rebelde. —El observador

chascó la lengua—. Nosotros ya lo intentamos con el tren. Es tu turno.

Quedaba confirmado. Habían sido ellos. Las semidiosas se lo habían dicho, pero las palabras de este corroboraban la información que le habían dado. El rojo de la rabia empezó a apoderarse de la poca cordura que le quedaba.

—¡Lo intenté en su casa, pero la muy desgraciada logró escabullirse! —bufó Jostein—. Ahora hay que descubrir qué le están diciendo Las Matemáticas, no vaya a ser que, en una de sus teorías, le revelen que fui yo el que encontró a la familia, y que os avisé para que los matarais. La tríada está muy despistada.

Fue el colmo. Apretó los dientes, impotente, conteniendo las ganas de pasar y aporrearlos hasta la saciedad. Eira la rodeó por la cintura, mientras se mordía los dedos, acallando un grito que las delataría y pondría fin a sus pesquisas.

—Termina con el trabajo y pon fin a su vida —sentenció el observador—. El Relojero te lo ha ordenado.

Su corazón latía a mil por hora; le nació un nudo en el estómago.

—Dadme un poco de tiempo, hasta que empiece a confiar en mí. Lo fundamental es descubrir qué sino le comunicaron las adivinas. Cuando estemos al corriente del asunto, lo haré. —Jostein arrastró una silla, supusieron que para levantarse—. Voy a buscarla, no vaya a ser que se haya terminado la cita…

Las voces se difuminaron y se perdieron, la conversación dejó de oírse de manera nítida.

—Volvamos a la sala o nos descubrirán —le advirtió la sanadora.

—N-no p-puedo… —pronunció.

Apresándola por la manga, Eira la arrastró hasta una de las estancias contiguas y cerró tras ellas. El rojo fue muy exagerado e intenso, se mostró brillante ante Syn. Le dolió la cabeza, le molestó la poca luz de la habitación.

—N-no puedo volver a la Central —repitió—. ¡Quieren matarme!

En aquel lugar vigilarían cada paso que diera, cada uno de sus movimientos, para aprovechar cualquier oportunidad en la que cumplir con su cometido.

—¿Y adónde quieres ir? —preguntó Eira, suspicaz, recayendo en el asunto.

—No lo sé. —Se liberó de su amarre, no para evitarla, sino para andar un poco, despejarse, decidir qué hacer—. Tengo que huir de aquí.

Había determinación, también miedo en su intención. Pero un impulso desconocido la abocaba y avivaba su sed de revancha. Porque

eso era lo que ambicionaba para ella y para su familia. *Venganza*.

—Debo encontrar la forma de acabar con él. —Sentenció, fijando la vista en la pared; y dijo con un siseo—: ¡De terminar con ellos!

Hubo un momento de suspensión en el que se miraron y ambas se entendieron sin necesidad de palabras. El resplandor que vio en la oscuridad del iris de Eira la atrapó en una comprensión y conexión únicas que le hizo sentir que iría con ella hasta el mismísimo abismo de Helheim.

Cuando bajó la cabeza y sus narices chocaron, Syn ansió su caricia, su afecto, su sabor. No tuvo dudas, solo deseo. Y se preparó para acercarse y recibirla.

Eira se inclinó sobre sus labios, rozándolos sutilmente, y su leve caricia hizo que se estremeciera hasta los pies.

Fue un beso delicioso, que encajó a la perfección con la crueldad y la gravedad de las circunstancias que la rodeaban. Fascinada por el tacto de su lengua, por cómo se movía, por su dulce, cerró los ojos y se apoyó en el cuerpo de la sanadora, pegó su cadera a la de ella, y dejó que la drogara con esa exquisita sensación. Se abandonó a ella por completo.

Segundos después. Eira la mordisqueó en la comisura de su boca, con adulación, antes de apartarse y entrelazar sus dedos.

—Larguémonos de aquí. —Determinó, sin soltarla. Y, sorteando a los Observadores y a Jostein, escaparon de allí.



Helheim continúa en Volumen II…

«A veces crees ver la luz al final del túnel y
resulta que es un tren a punto de arrollarte».
Rodrigo Cortés

Notas

[←1]

Párrafo escrito con ayuda de: @Karmyvel (libertad), @persefone_008 (distancia), @yoselyn6920 (crispado), @anaonzi (viento), @nereaaraujoautora (culebrones), @marcelo_santiag0 (trascender), @franciscokikepineiro (soñar), @kristy_1111 (éxtasis), @lugarlamas (mañana), @noleejackson (luna, armonía), @cmbarbadillo (soleta), @carlosgarridoaval (vida), @alexfisad (efímero), @joseluisms1982 (mentira)

Cuando te atacan,
no te queda más remedio que ir a por tus enemigos.

VOLUMEN 2. TAMBORES DE REVOLUCIÓN

HELHEIM

MAITE MOSCONI

Cuando te atacan,
no te queda más remedio que ir a por tus enemigos.

VOLUMEN 2, TAMBORES DE REVOLUCIÓN

HELHEIM

MAITE MOSCONI

Primera edición: junio 2023

Diseño de la colección: Valen Bailon Corrección morfosintáctica y estilística: Editorial Vanir De la imagen de la cubierta y la contracubierta: Laura Mahía Del diseño de las imágenes interior: Laura Mahía y Maite Mosconi Del texto: Maite Mosconi, 2023
www.editorialvanir.com
De esta edición: Editorial Vanir, 2023

Editorial Vanir
www.editorialvanir.com
valenbailon@editorialvanir.com Barcelona

Gracias a Adif de A Coruña por permitirnos hacer las fotos que han servido de ambientación para la portada

Índice

«Hace falta mucho amor por el intelecto de un hijo, mucha entereza y mucha confianza en su carácter para convertirlo en disidente».
A. P. R.

«El viejo mundo se muere.
El nuevo tarda en aparecer.
Y en ese claroscuro, surgen los monstruos».
A. G.

«Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú.
Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú.
Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú.
Sé tú el que aparta la piedra del camino».
G. M.

Primero, nos dijeron que era por nuestro bien.
Luego, no tuvieron ni que justificarse.
Finalmente, estuvimos en sus manos.

…*y el resultado de nuestras batallas*.



#1: El memorial

(viñeta 13)

—Procedemos a nombrar a los quince de los ciento cincuenta y tres aspirantes que, por su agilidad mental y condición física, han superado las pruebas y pasan a formar parte del cuerpo de élite de La Central —anunció el profesor, custodiado por otros cinco y el director de la institución, frente al numeroso grupo de candidatos que había en el claustro.

El que hablaba era Balder Bishop, y los había evaluado en agilidad mental.

Inspiró despacio, contuvo el aire y permaneció atenta.

—Con el dieciocho —le habían asignado un número a cada participante—, ¡Ania Kent!

Una chica robusta, de cabello castaño y ojos rasgados, se movió en las filas de delante y anduvo hacia el proscenio. Bishop le dio la enhorabuena, al igual que el resto y, por último, el rector la palmeó en la espalda.

La nueva guardiana se colocó junto a este, esperando por el resto de seleccionados.

—Número cincuenta y nueve —siguió el profesor, revisando las gradas—, Mickel Walter.

Un chico, de tez morena y pelo rizado que estaba a su derecha y que hasta ese momento ni había reparado en él, exclamó de felicidad, estrechó efusivamente a un colega que lo acompañaba y que se había presentado a las pruebas, y, dando un brinco, emprendió el paso hasta el púlpito. El equipo docente lo recibió con la misma formalidad que la candidata anterior.

—Con los números trece y catorce —vociferó nuevamente el mentor portavoz, encargado de nombrar a los seleccionados—, Corey y Jostein

Einar.

Hubo un bullicio de personas felicitando a los hermanos, uno alto de cabello tostado, que debía de ser el mayor, y el otro rubio, de melena y nariz afilada, que se fundieron en un caluroso abrazo en la fila de delante, antes de subir las escaleras y saludar al equipo de educadores con una complicidad que la hizo resoplar en silencio.

—Números cuarenta y dos y cuarenta y cinco —continuó el mentor —, Carla Rodríguez y Oliver Silver.

El grito de alegría de la susodicha, que estaba en la otra punta, resonó en toda la sala. Oliver, no menos discreto, prorrumpió en un «¡sí!» con un salto que fue capaz de distinguirlo incluso por encima de las otras cabezas.

—Números tres y sesenta y tres, ¡Luis Parez y Sheila Lee!

Cuando estos empezaron a desfilar ante ella, se apartó el flequillo en un mechón detrás de la oreja e, inquieta, se sujetó las manos tras la espalda, en posición reglamentaria, a la espera. Todavía quedaban plazas, se dijo, manteniendo la esperanza.

—Número ciento veintidós, Pierre Baulfer.

Había invertido mucho trabajo y esfuerzo como para quedarse fuera, y repasó mentalmente las preguntas que le habían realizado en los distintos exámenes con sus respuestas.

—Número setenta y uno, ¡Chia Chou! —escuchó de fondo.

No había errado en ninguna, ¿cierto?, ni siquiera en esa prueba tan difícil de estadística e ingenio, entonces, ¿por qué no la llamaban?

—Número cuarenta y siete, Yurihz Malmer.

Exhaló inquieta, frunció el ceño. ¿Cuántos habían subido ya? Hizo recuento.

—Número dos, Nuno Soyer.

Su mente empezó a ser un cúmulo de sensaciones, que se mezclaron con la tensión del ambiente y de la gente, poniéndola nerviosa.

—Número noventa, Hernar Billar.

El corazón le palpitó con fuerza, la vibración de sus latidos parecía ascenderle hasta la garganta. Se estiró, se removió en su sitio, estrujó los dedos.

—Con el setenta y seis, Lee Vázquez.

¡Por los Dioses de Asgard! No podía perder esta oportunidad. Entregaría su vida, si fuera necesario, con tal de pertenecer a la academia. Se lo había prometido a su abuela.

—Y, por último, —sentenció Balder—, el que de vosotros entrará y se incorporará este año a nuestras filas para formarse como guardián en La Central será…

Se produjo un silencio en el que el profesor los miró por encima del cristal de sus gafas, con una pícara sonrisa.

Dejó de respirar durante un instante, apretó los dientes, no se movió

ni un milímetro.

—Ese aspirante será… —Balder dilató el momento; su sinestesia se volvió loca y, literalmente, dejó de sentir—, ¡el número ochenta y siete, Liv Leith!

El nombre retumbó, difuso, entre neblina blanca, contra sus oídos, en su cabeza.

¿Era el suyo? ¡Claro que era el suyo! ¡La habían aceptado!

Contuvo un grito y, en medio de esa nebulosa, caminó hasta el escenario, intentando no tropezar.

Saludó conmocionada al profesorado, se colocó junto al resto del grupo y, controlando el pitido de ansiedad que se le había originado en el tímpano, dejó que su corazón y sus sentidos volvieran a su sitio, a que su boca y su nariz se estabilizaran.

¡Lo había logrado! ¡Estaba dentro, en la escuela!

Por fin iba a cumplir su promesa.

Por fin iba a descubrir qué les había ocurrido a sus padres.



#2: Las alcantarillas

Corrían como si el mismísimo perro de los infiernos, Garm, o la diosa de la muerte, Hela, las persiguieran y, en cierto modo, así era, porque sus antiguos compañeros, los guardianes, venían pisándoles los talones a lo largo y ancho de la ciudad.

Llegaron a un callejón en la calle Gran Avenida, y, con las manos en las caderas, Eira se paró y esperó por Syn.

—Debemos seguir —dijo, cuando esta, que venía detrás, estuvo a su altura; la dejó descansar un par de minutos, mientras escudriñaba la callejuela.

Llevaban horas metiéndose por zonas poco transitadas para despistar a los de La Central, pero tanto su apuro como sus trajes no pasaban desapercibidos y las delataban.

—Tengo sed —dijo su amiga.

—Y yo —manifestó la sanadora, con la garganta seca. Le ardían los pulmones y sentía punzadas en el vientre por la fatiga.

Estiró el brazo hacia Syn para sostenerle la mano e insuflarle ánimos. Cuando lo hizo, un anhelo de deseo la recorrió desde la muñeca hasta el vientre.

Syn se aproximó tímidamente para abrazarla, agradeciéndole en silencio el haberse expuesto contra Niflheim, y sus antiguos compañeros que, ahora, se habían convertido en sus enemigos. Al poco rato, como era su costumbre, carraspeó y separó rápida.

Eira sonrió disimuladamente. A su amiga le resultaba difícil expresar lo que sentía y, cuando lo hacía (que era en contadas ocasiones), ella solía corresponderle de manera natural para que a esta le fuera fácil aceptarlo. Pero le costaba y, cuando se daba cuenta, reculaba.

En cualquier caso, la sanadora la apreciaba tal como era, con su carácter, y la dejaba proceder a su ritmo.

—¿Qué hacemos? —se exasperó Syn—. No podemos pasarnos la vida huyendo.

Tenía razón, se dijo Eira. Estaba harta de recorrer las calles y, pensando en el asunto, deambuló por la avenida, hasta el fondo de la callejuela, fijándose en la acera.

—¿Qué pasa? —preguntó Syn con curiosidad.

No contestó. Examinó el callejón, las cajas, los edificios; el cielo, de vuelta a los cartones, al suelo. Bordeó una alcantarilla y, con una idea descabellada en la cabeza, se agachó sobre la tapa, agarró el asa y tiró de ella.

Pesaba muchísimo y su amiga, rápidamente, acudió en su auxilio.

Tras unos angustiosos minutos, la arrojaron a un lado. La tapa rodó por el asfalto y, chocando contra una pared, cayó, se tambaleó y quedó quieta.

Se asomaron al hueco del orificio y, para júbilo de la sanadora, apreciaron una pequeña escalinata.

—¿Te atreves? —le propuso, divertida.

La conocía: en el poco tiempo que llevaban tratándose, había captado el espíritu osado y de superación en su amiga.

Syn, con una sonrisa cómplice, se sujetó al borde, metió una y, a continuación, la otra pierna, y bajó por ella.

Cuando desapareció de su vista, Eira hizo lo propio y se introdujo por el agujero.

Los gritos de los guardianes las persiguieron mientras escapaban por los túneles mugrientos de las alcantarillas.

Muertas de agotamiento, sin beber ni probar alimento y con el agua por las rodillas, avanzaban a trompicones por las cloacas de Tuskay.

Resultaba gracioso, pensó Eira, comprobando por encima del hombro que Syn no se perdiera: estaban rodeadas por agua, pero no podían saciar con ella su sed porque no era potable; esos túneles servían para drenar los restos de nieve y evitar inundaciones en la ciudad.

La sanadora se sentía revitalizada, como si tuviese un motivo significativo por el que arriesgarse. Ella era de las que creía que cada una de las personas de este mundo debería poseer sueños que te incitaran a perseguir tus metas.

Sí, esa chica, que había irrumpido en su vida como un tornado,

le había afectado de manera descomunal, se dijo, asiéndola por la muñeca y tirando de ella para que no se quedara atrás. Hay trenes que solo pasan una única vez y Eira no era de la que los dejaba escapar. Sabía cuándo algo valía la pena.

El túnel se ramificó en dos caminos: uno a la derecha y otro a la izquierda.

—¿Cuál escogemos? —Desde hacía rato, Syn padecía calambres en los gemelos y dobló las piernas para aliviar su malestar.

—No sé —dudó, estudiando ambas posibilidades con las manos en la cadera—, desconozco dónde estamos o dónde desembocan.

Dio un par de zancadas —pues el caudal, conforme avanzaban, era más profundo y les llegaba a los muslos— para visualizarlos con perspectiva.

No sirvió de mucho: estaban en penumbra y le fue imposible apreciar nada. Regresó sobre sus pasos y se frotó la frente, apartando su cabello rizado.

Se fijó en su compañera, que respiraba entrecortada. Siempre percibía con nitidez lo que precisaban los demás, y esa impresión, con Syn, era penetrante.

—¿Descansamos un rato? —sugirió, sentándose en uno de los salientes que dividía el pasillo en dos.

Sin pensárselo mucho, Syn se acomodó a su lado. Reposó la espalda contra la pared y levantó las piernas mojadas.

—Gracias por acompañarme en esta locura —le agradeció. Ambas estaban arriesgando sus vidas y habían confraternizado desde hacía relativamente poco.

Cuando le hablaba con esa familiaridad, se le encogía el corazón y, levantando la vista hacia ella, buscó su complicidad.

—Siempre contigo, Chamusquina.

—¿Eh? —expresó Syn con estupor—. ¿Chamusquina?

—Por tu pelo —le explicó, pues nunca antes se había atrevido a llamarla de ese modo—, por el atentado, por tu carácter explosivo…

Ella pestañeó, confundida, antes de desternillarse de risa.

Eira también se rio.

Cuando se calmaron, entrelazó sus dedos con los de la joven.

—Yo estaré contigo mientras haya que pelear para conseguir justicia —dijo, con el cariño envolviendo su voz.

Rozó su muñeca, haciendo vibrar su piel allí donde la agasajaba, y se fijó, de manera irracional e incontrolada, en los labios de la chica.

Se inclinó un poco. Ella hizo lo mismo y se acercaron lentamente. Como dos hambrientas que ansían un trozo de pan, acortaron ese trayecto, haciéndolo pequeño, casi rozándose. Solo les quedaba un último tramo. Iban a besarse de nuevo, ¡cuánto lo deseaba!

Y en el instante en el que se disponía a capturarlos y a apresar sus labios, de repente, Syn se alejó y escudriñó entre la penumbra.

—Alguien viene —le advirtió.

—¿Quién? —Confundida, se irguió, arrastrando a Syn.

No tuvo ni que contestar. Hubo pasos, murmullos en la abertura de la caverna y, antes siquiera de poder reaccionar, un grupo de desconocidos, armados hasta los dientes, las rodearon sin ninguna posibilidad de escapatoria.

Un foco las iluminó directamente a la cara. Alzaron los brazos. Syn maldijo y Eira tragó saliva. Se sintieron igual que las ratas.

—¡Mirad a quién tenemos aquí! —escucharon.

—¿Quiénes sois? —entrecerró los ojos, pues la luz las cegaba.

—Mejor dicho —dijo otra voz, dejándose ver—, ¿quiénes sois vosotras?

Era una mujer alta, de cabello rubio y tez pálida. Saltaba a la vista que su actitud no era muy amigable.

Intentó proteger a Syn, pero esta, lejos de amilanarse, dio un paso para enfrentarla. O eso le había parecido, hasta que la oyó murmurar:

—No puede ser. No es cierto…

—¿Qué ocurre? —preguntó, al notar su estupefacción.

—Ese aroma —musitó, anonadada—, ese jugo dulzón…

Estudió al grupo, los revisó con cuidado y, entonces, otra sombra caminó hacia ellas, con la espalda recta y la cabeza bien alta. Cuando se detuvo frente a las muchachas, sus ojos resplandecieron con una sonrisa y pronunciaron:

—Por fin te encuentro, hermana.





#3: El memorial

(viñeta 7)

—Parece que va a nevar —expresó, fijándose en los nubarrones que se habían formado en el cielo.

Entre sus manos, sostenía el retrato de sus padres que, gracias a su sinestesia, recordaba cada día con perfecta nitidez.

Su abuela, renqueando, se acercó a la ventara y, contemplando el exterior, gruñó.

—Conforme pasen los años, lo hará con frecuencia, hasta que la ciudad quede sepultada bajo el frío —comentó y, tras el vidrio, empezaron a caer los copos, lentamente, como si los dioses confirmasen su vaticinio—. En la tierra de mis antepasados no se ponía el sol. En cambio, en Tuskay, la nieve empieza a ser un paisaje habitual cuyo frío se adentra por tu piel y te cala hasta los huesos.

—¿Cómo era ese mundo antes de las Nieves, abuela? —Ni Liv ni los de su generación lo habían visto brillar.

—No hubo ninguna nevada, estás equivocada —replicó, molesta con el desacierto de la muchacha—: Fue una guerra, una matanza. La casquilla grisácea que cubre ahora la ciudad son las cenizas de los restos de las bombas que arrasaron con el mundo, y en la que se llevaron a tus padres, y a otros.

La anciana dejó la vista perdida, recordando, nostálgica, el pasado.

—Era muy diferente a este —reveló, serenándose—, lleno de luz, con amaneceres infinitos y gente cuya única preocupación era vivir tranquila.

El sol, pensó la joven, el calor. ¿Serían tan espléndidos y apacibles como le relataba? Esas personas, esa gente de la que hablaba, ¿serían conscientes de lo que se les había venido encima?

Una incertidumbre la rondó, como esa niebla espesa y gélida que cubría la capital y que las atravesaba hasta las entrañas, sepultando su espíritu.

—Esas bombas, ¿mataron a mis padres?

Quiso asegurarse de que disponía de la información correcta, de que su abuela no omitía ningún detalle.

—No lo sé —admitió esta, con pena, con la vista fija en el césped de la entrada. El hielo empezaba a recubrirlo con una fina capa blanca—. Si, al menos, tuviera sus cuerpos, podría enterrarlos y rezar por sus almas. Eso, en cierta manera, aliviaría la pena que me aprieta y que acaba con mi fortaleza. —La anciana hizo una pausa en la que hipó—. Aunque una cosa te digo, mi niña: los seguiré buscando hasta el último aliento, hasta que los dioses de Asgard decidan llevarme a su lado.

Esas palabras pesaron sobre Liv, se grabaron a fuego en su conciencia, rodeándola como una capa igual de hiriente que ese mundo inhóspito y frío.

—Te juro, abuela, que descubriré la verdad —le prometió—. Aunque sea lo último que haga.

La mujer se agachó para sostenerla de las manos. Captó su melancolía a madera salpicada de un ligero barniz con melocotón.

—No quiero que te hagan daño, Liv —le habló como si le desvelara una importante confidencia—. Sé precavida. Ten cuidado y no confíes en nadie. Has nacido en un sistema en el que se perpetúa la obediencia. Quieren que seamos disciplinados, que sigamos los valores marcados con una fe que ni siquiera deja espacio para desarrollar tus propias ideas. Y si, pese a eso, consigues tenerla, cualquier opinión o criterio diferente será tachado de radical o de disidencia, como les pasó a tus padres.

El miedo la atravesó como un rayo, pero la joven, tozuda, se mantuvo en su decisión. Ella, al igual que su abuela, deseaba descubrir dónde estaban sus progenitores.

La anciana acarició su mejilla, depositó un beso en su frente, en su, en aquel entonces, oscuro cabello.

—No quiero que tú también desaparezcas —manifestó, estrujándola entre sus brazos.

Se dejó envolver, sin decir nada, para sosegarla; pero bajo el amor y el recuerdo del pasado, rodeada por esa esencia a cobre candente de la nostalgia, la existencia de la muchacha quedó marcada para siempre por la desaparición y la pérdida de sus padres.



#4: Quién es quién

—¡Estás vivo! —Syn se abalanzó sobre él y lo toqueteó, por la espalda, por los brazos, como si se estuviera asegurando de que era cierto.

Se dejó hacer y, cuando su hermana acabó con el exhaustivo examen, sin poder reprimirse, la estrechó bien, con ganas, contra su pecho.

¡Ella también lo estaba! ¡Estaban vivos los dos! Y, mientras las lágrimas se le agolpaban, amenazando con caer, aspiró con fuerza y su olor lo transportó a una época familiar más feliz y agradable, lejos de la fría Midgard y la humedad de las cloacas en las que se encontraban.

En medio de esa nueva existencia ajena en la que permanecía a falta de la que había perdido, encontrarla a ella era como recuperar un poco de la antigua vida, aunque se viera obligado a subsistir a partir de los restos de su pasado.

Hizo una seña a los compañeros de división para que los dejaran a solas y, sujetándola por el codo, la condujo hasta un lado del túnel para que se sentaran.

Syn lo observó de refilón, y él le tendió una botella que aceptó gustosa, abriéndola y bebiendo un trago, calmando su sed.

¡A saber cuánto tiempo llevarían ella y su compañera perdidas por las cloacas de la ciudad, escabulléndose de los guardianes y los observadores! Al principio, esos trajes los confundió. Pero los thralls se habían enterado, gracias a sus fuentes, quienes eran las de la sonada fuga.

Le sonrió, conteniendo un sollozo, expresándole que entendía a la perfección cómo la muerte de sus padres le había afectado lo suficiente como para madurar de improviso y tener que seguir adelante. No necesitaron explicar lo que sentían, eran conscientes de ese sufrimiento, y su melliza le correspondió con un triste gesto. Se consolaron, llorando en silencio, por lo que habían perdido y

superado.

Palmeó su mano y dijo:

—Estoy aquí, Syn. Estoy aquí.

La besó en la frente. Ella se dejó, y él estuvo feliz de, al menos, haberla recuperado.

—¿Cómo conseguiste sobrevivir? —preguntó su hermana.

—Me salvó el grupo de los rebeldes —comentó y, recogiendo un palo pequeño y delgado del suelo, lo lanzó al agua que anegaba el túnel. Se habían resguardado en un lateral, en la parte seca y con gravilla—. Se hacen llamar thralls. Me rescataron y me cuidaron hasta que me recuperé. Aquí, en las alcantarillas.

—¡Estás con ellos! —exclamó Syn.

—¿Los conoces? —Eivor se mostró sorprendido.

—Los guardianes me lo contaron —reconoció, y él levantó una ceja, serio—. Fueron los que me localizaron entre los restos de la explosión.

—¿Sabes de su existencia y de la de los observadores?

—Sí, para mi desgracia. Pensaron que yo había colocado la bomba y me metieron en una celda.

—A ver, a ver. —Retrocedió un poco, con una mano levantada, como si lo hubieran golpeado—. ¿Cómo que te encarcelaron? ¿Por qué?

Y su hermana pasó a relatarle lo que le habían hecho.

Eivor escuchó, atento, y cuando ella le narró lo que había soportado, se levantó y, enfurecido, empezó a andar, de un lado a otro, como un animal enjaulado.

—¡Joder! —masculló, al enterarse de lo de Jostein, el trato que le había dispensado a su igual y su responsabilidad en el atentado—. ¿Tío? ¿Qué tío? ¡Tremendo c…!

Ella lo detuvo, intentó apaciguarlo.

Él apretó los dientes, se rascó la oreja y volvió a pasear, colérico, antes de sentarse de nuevo a su lado.

¿Cuántas penalidades tendrían que pasar para conseguir resarcir la memoria de sus padres? ¿Para vivir tranquilos y en paz?

—Me las va a pagar, Syn —juró, con voz áspera, rasgando el silencio roto por el goteo constante del agua que perdía una de las tuberías—. Voy a acabar con él y con el resto de los que te han maltratado y son los culpables de la muerte de nuestros padres.

Solo ellos entendían esa pérdida y el desengaño. Solo ellos podían concebir la condena que les había producido esa infamia y cómo el dolor punzante los incitaba a reclamar y otorgar un escarmiento a los culpables.

—Lo sé, Eivor —dijo Syn, poniéndose en su piel—. Ya lo sé. Iremos a por ellos.

De nuevo, la rodeó, apretándola contra él, precisando de su cariño.

—Nos lo hicieron pasar muy mal, pero a ti te hirieron con saña. —Ser consciente de lo que había tenido que soportar sin él, sin su apoyo, lo enervó—. ¡Nos las pagarán!

Syn, al borde del desconsuelo, ciñó sus brazos alrededor de su cintura, haciendo que le resultara complicado respirar.

Durante un largo rato, se reconfortaron mutuamente.

—Yo, cuando me enteré de la realidad —le confesó, muy bajito, compungido—, al principio, me sentí traicionado.

Su hermana supo que se refería a sus padres, y dejó que él se desahogara.

—Odiarlos fue más fácil que tratar de olvidarlos —aceptó, apenado, como si el haberlo hecho fuese el peor de los pecados.

—Yo no quiero olvidarlos.

—Yo tampoco. —Eivor apretó la mandíbula y dijo—: A esa conclusión llegué cuando me di cuenta de que, si lo hiciera, si no los recordase, nuestros enemigos habrían ganado.

La vio asentir, de acuerdo con él. No iban a consentir que pisotearan la tumba y la memoria de sus padres.

—¿Qué te dijeron exactamente las Matemáticas? —le preguntó, intrigado.

Su hermana rascó la tela del pantalón, pensativa, supuso que repasando mentalmente la conversación que mantuviera con las semidiosas.

—Me aventuraron que nuestro papel es importante para la revancha.

—¿Y tú qué deseas hacer? —Eivor, al igual que ella, había sido educado en respetar las decisiones del otro, del contrario, aunque no estuviera de acuerdo.

Syn se sentó erguida y movió las piernas que le colgaban, haciendo que sus pies rebotaran en la pared del túnel.

—Lo único que sé seguro es que me vengaré —suspiró, en representación del caos que había dentro de ella.

—Pues yo estoy contigo —reafirmó, antes de inclinarse y revolverle su nuevo pelo—. ¿Te parecería bien que contáramos con Mariê? —la tanteó. Eivor estaba muy agradecido para con sus compañeros de facción, por salvarlo del atentando, por tenerlo con ellos, a resguardo, y, por supuesto, los mantenía al corriente de sus asuntos. Ella frunció el entrecejo, sin saber a quién se refería. Él se lo dijo—. La líder de los thralls.

Syn dobló una pierna y dejó reposar la barbilla, pensativa.

—No sé… —Se fijó en el grupo, que intercambiaban impresiones no muy lejos de allí. La susodicha interrogaba a Eira con actitud

vehemente—. Ya no sé en quién confiar, hermano.

—Comprendo tus reticencias y tu postura. —Bajó la vista y jugó con su rodilla—. Pero, al menos, los thralls luchan por la misma causa.

—¿Estás seguro? —inquirió su hermana, con suspicacia—. ¿Acaso buscan justicia?

Justicia. Qué palabra tan bonita y qué poco peso tenía en ese mundo.

Subyugados por la manipulación social y el miedo, ¿cómo iban a encontrarla?

—Llámalo justicia, revancha, honorabilidad o rencor. —Se rascó la nuca—. Últimamente, me parecen lo mismo.

—Una cosa es nuestra lucha; otra distinta, es inducir a otros a la guerra —dijo ella con reticencias—. Si se suman a nuestra causa, debe ser porque realmente lo desean.

Syn era de las que pensaba que cada uno debía elegir sus batallas. En cambio, él no creía que los que se quedaban al margen pudiesen mantenerse a un lado durante mucho tiempo. Las cosas se estaban poniendo feas, muy feas. No sabía hasta dónde era consciente su hermana, pero los disidentes solo precisaban de la chispa adecuada que les prendiese la llama.

—Debes recuperar el memorial de mamá —comentó, ansioso por tomar decisiones—. Es fundamental que aprendas a descifrarlo. Cualquier detalle o información que nos aporte contra los Observadores será bien recibida y tenida en cuenta.

—Lo sé —contestó, convencida de ello—, pero supone ir de nuevo en La Central.

—Y esa idea te produce escalofríos —comprendió. Pero esperó a que ella asintiera antes de reparar en el grupo que se encontraba a unos metros de distancia—. Hablemos con Mariê y los thralls —repitió, tan preocupado como ella—. Comprobemos si se unirían a nosotros. Si no, siempre nos pueden aconsejar.

Los rebeldes, al menos, por su experiencia, entendían la mente del enemigo y eso los guiaría un poco hacia la resolución correcta.

Syn se lo pensó, le dio vueltas. Soltó el aire, despacio.

—Está bien —aceptó—. Pero expondremos los hechos y, si no están convencidos, que no vengan.

Con esa disposición, se levantaron para reunirse con el resto del grupo.

—Era un mundo feliz o eso era lo que creíamos. —Mariê

vigilaba la hoguera que habían encendido al caer las luces de la ciudad, removiendo las ascuas con un palo—. Al menos, por aquel entonces, la tríada tejía distintas sendas que elegíamos según nos convenía.

Bajo el resplandor de las llamas, a Syn le pareció de pronto mayor, como si realmente hubiese pertenecido a aquella época que relataba, y no hubieran transcurrido al menos cien años, o eso era lo que había intuido ella al pensar en sus antepasados.

En la ropa, camuflada, los thralls llevaban la insignia distintiva de la facción rebelde, la inicial «T» sobre un círculo que les servía para esbozar la «D» de disidentes. Mariê lo tenía cosido en el cuello, y mientras hablaba, su aroma a vino añejo se hizo hueco entre el de la madera quemada y el del carbón.

—Habíamos descubierto cada rincón de este planeta. —La capitana echó un leño al fuego; este no tardó en prender—. Estaba dividido en territorios, diferentes en clima y en costumbres, pero respetábamos cada una de las maneras de ser, cada cultura, cada persona. La tecnología había evolucionado tanto que disponíamos de los conocimientos a nuestro alcance; y nos dejamos ir. —Se frotó sus manos, melancólica—. En nuestra inocencia, nos convencieron, de que vivíamos bien.

La joven, impaciente por comprobar qué había pasado, aguardó, expectante.

La líder cogió un poco de tierra y la dejó resbalar entre sus dedos.

—Sin percatarnos, fuimos cayendo en una comodidad que otros aprovecharon para entretenernos y distraernos con información e imágenes que distorsionaron nuestro criterio. Manejaron los medios de comunicación; luego, manipularon la opinión pública; por último, redirigieron los acontecimientos. —Se movió, incómoda, como si aquellos días del pasado la metieran en una vorágine de descontrol y pesadumbre—. Dejamos de pensar en cuestiones que tenían un impacto decisivo sobre nuestra existencia y, en nuestra ignorancia o vagancia, alegres, no desconfiamos y entregamos nuestra voluntad a merced de los intereses y necesidades creadas específicamente para nosotros, a cambio de nada.

Hubo expectación, una tensión que rasgó el cielo y que solo se sostuvo gracias al goteo de las tuberías y el chasquido de las llamas.

—Nos transformamos en esclavos complacientes. —Estiró los dedos; los cerró en dos puños—. Sí, en esclavos. Y estas acciones, integradas en el día a día, se agudizaron con la llegada de un virus que asoló el mundo y sumió a la gente en un miedo atroz. Cuando eso sucedió, no supieron qué hacer, dejaron la decisión de sus actos en manos de los líderes que nos gobernaban.

Los hechos que describía le eran totalmente ajenos, y Syn se encorvó, reproduciendo la escena que narraba la líder en su cabeza, y la falsedad, la ambición acudieron a ella en forma de pestilente mugre y pavesa.

—El planeta entró en una pandemia que acabó con dos tercios de la población. La gente se contagiaba a través del aire, de los estornudos, de la saliva. Del contacto. Se decidieron medidas estrictas y duras para paliarla, nos repitieron, por activa y por pasiva que era por nuestro bien, por nuestra salud, y, de tanto escucharlo, terminaron por convencernos de que era lo correcto, aunque, llegado el día, no retrocedieron ni se restituyeron nuestros derechos. —Sonrió, irónica, revisando el grupo—. La falta de determinados detalles facilitó por completo nuestra confusión de lo que sucedía. —Los ojos de la capitana reflejaron las llamas. Se puso seria—. Aturdidos, temerosos y sin saber qué hacer, llegaron ellos.

—¿Quiénes? —pregunto Eira que, al igual que ella, permanecía concentrada en la mujer.

—El Relojero y sus secuaces —repuso la cabecilla de los thralls, y su cabello pareció quemarse con el fulgor de la fogata—. Obviamente, ignoramos los detalles: cómo se constituyeron o de dónde procedían. Aparecieron con la excusa de poner solución al caos existente. Al principio, nos sometieron a un constante flujo de opiniones en los boletines, en los diarios, donde se contrastaban datos con distintas versiones reales, con estímulos exaltados que nublaban nuestro raciocinio, permitiéndoles establecer, sin discusión ni titubeo por nuestra parte, leyes que moldearon la vida en Midgard, introduciendo posturas sobre determinados aspectos individuales y justificar decisiones políticas polémicas, defendiendo y abanderando que era para protegernos. —Lanzó un chasquido de disconformidad o de remordimiento, no supo bien qué—. Se apagaron las voces críticas. Descalificaron a cualquiera con una opinión contraria a la oficial, implantando el miedo.

Se levantó y anduvo alrededor del fuego.

Syn siguió cada uno de sus movimientos.

—Ese miedo a la muerte, a dañar a otros, a cometer errores y perder lo que habíamos conseguido; en nuestra inconsciencia, ese temor nos impidió razonar y se hizo dueño y señor de nuestras acciones. —Caminó otros dos pasos y le dio la espalda a la hoguera—. Fuimos desarmados frente al poder y doblegados a su disposición. —Se rascó el cuello, hipó—. Al lograr que viviéramos con él, resultó sencillo aprovecharse de nosotros.

Una sacudida de frío atravesó a la muchacha. No osó moverse ni un milímetro cuando alcanzó a ese punto culminante de la historia.

—Castigaron a quienes hablaban en contra de sus intereses y los

culpaban del trastorno ocasionado —explicó para su horror—. Al final, cualquiera que osara rebelarse de manera crítica era señalado, culpabilizado de lo que pasaba o de lo que podría ocurrir. Estuvimos de acuerdo en renunciar a nuestra libertad, olvidando lo que nuestros antepasados nos habían inculcado y por lo que tanto habían peleado, a cambio de una seguridad temporal, y acabaron restringiéndonos hasta límites insospechados.

Las llamas se movieron, irascibles, como si recordaran aquellos días fatídicos. Observó su baile y dejó que la atraparan junto con los recuerdos.

—Se aceptó como normal el padecer un ambiente represivo, con acciones inverosímiles y abusivas, y nos sumimos en el sopor a cambio de un acatamiento por la supervivencia —apostilló, con una expresión de enfado—. El miedo trajo el silencio; el silencio, el olvido. El olvido, la esclavitud.

Mariê aspiró por la nariz, antes de proseguir.

—Cuando nos dimos cuenta, era demasiado tarde, estábamos sometidos. —Se detuvo y levantó la mirada hacia ellos. Hacia Syn—. Hubo quienes empezaron a disentir. Personas con pensamiento propio que quisimos liberarnos del yugo imperante, que nos quejamos y gritamos en protesta para que volviera a restituirse lo que nos habían expropiado. —La impotencia de la líder fue la suya, y la joven apretó los dientes con rabia—. Nos persiguieron, intentaron matarnos. No lo consiguieron y, al cabo de unas semanas, en una protesta masiva, la bomba estalló.

El nudo que se había incrustado en la garganta de Syn casi la deja sin aliento. El pitido sordo, que le había nacido tras la explosión, también resonó.

—El mundo, tal como lo era, desapareció. —La capitana tragó saliva para poder continuar—. No nos quedó otro remedio que convertimos en disidentes y escondernos en las alcantarillas. —Se detuvo a escasos metros de ellos, su fragancia avasalló a la joven, al igual que su relato—. El único territorio que quedó en pie fue Midgard, separándola de Niflheim con un velo de ilusión, cubriéndola con una capa de nieve y escombros, hasta hoy.

Los latidos de su corazón aumentaron, martilleándole el cerebro. El olor de la disidente fue igual que la neblina que rodeaba a Tuskay, húmeda, escalofriante, plomiza.

—Acabamos siendo perseguidos, convirtiéndonos en proscritos, relegados al odio y al olvido.

Mariê mantuvo la vista en ella. Sintió que se hundía.

—Pero, algún día, los dioses serán testigos de cómo nos alzaremos contra ellos y los venceremos.

Bajo el grito de guerra de los thralls, se acordó de sus padres, de

lo que ella y su hermano habían superado, y la ira se acrecentó, se hizo aguda, alterada con lo que acababa con lo que se les había ocultado, con lo que habían intentado tapar con nieve blanca y gris, manteniéndolos en una ceguera de ignorancia y traición. Se sujetó la cabeza para mitigar el sonido que ocupaba su mente y, sin poder reprimirse, se irguió, se plantó frente a la líder y el resto de disidentes y pronunció:

—Ese día ha llegado.

—No es tan sencillo —manifestó Mariê, a pesar de ya la había puesto al día de lo que le había acontecido.

—No digo que lo sea —secundó ella.

La capitana la ojeó con reticencia.

—¿Y qué plan sugieres? Nosotros llevamos años, décadas, peleando contra ellos, en las calles.

—Con pequeñas reyertas no obtendremos nada. —Esbozó una leve sonrisa—. Démosles en donde les duela. ¡Asaltemos la Torre Omega!

Hubo un clamor general y, en medio del rebumbio, Mariê exclamó:

—¡Tú estás loca! ¿Sabes dónde te estás metiendo, niña?

Su comentario le sentó como una patada en el estómago.

Sí, era joven e inexperta, y nunca había luchado contra los observadores ni contra nadie. Pero el suyo no había sido, precisamente, un camino de rosas. No sería una cobarde.

—Prefiero intentarlo a no hacer nada —repuso, molesta.

Eira se levantó para interceder y apaciguar los ánimos. Eivor la siguió.

—¡Es una gran idea! —la defendió, posicionándose ante la disidente—. No se hizo nunca y, por eso mismo, puede funcionar.

—¡Es perfecto! —sostuvo su hermano, ilusionándose con la propuesta.

Mariê se alejó de Eira y los miró con soberbia.

—¡Es una locura!

—¡Precisamente por eso hay que hacerlo! —aseveró ella.

—No sabemos cómo es el edificio por dentro.

—Nosotras estuvimos —informó la sanadora.

—Pero no en todas las plantas —especificó la cabecilla thrall.

—En dos, pero el resto se deducen por la estructura —se justificó Eira.

—Ni siquiera has visto al Relojero —dijo la capitana con sorna —. Los observadores son los secuaces, pero él es la cabeza pensante y el que maneja los mandos de la maquinaria.

—Es el que mató a mis padres y voy acabar con él y con el sistema que representa —reaccionó al instante—. ¿Dónde puedo

encontrarlo?

—Ignoramos su aspecto ni en qué parte de la torre está —declaró la rebelde, y se apartó el cabello lacio con un ademán—. Muy pocos han tenido el privilegio de verlo en persona.

Syn se revolvió, impaciente. Siempre le decían lo mismo de ese personaje que gobernaba desde las sombras, en el vértice de la pirámide social, oculto, cuyo ojo omnipotente ve y dirige, cuyo oído percibe y escucha, incluso el mínimo detalle. ¿Acaso nunca daba la cara? O era muy temeroso o muy inteligente y actuaba con sigilo.

Se movió, dando dos pasos, sin alcanzar a permanecer quieta.

—No voy a esperarlo sentada, cruzada de brazos, a que venga y me quite de en medio —respondió, cansada de huir—. Iré y lo enfrentaré.

—¿Me estás escuchando? —La cabecilla la siguió con un aspaviento—. ¿Y qué harías? ¿Eh? Aunque accedieras tú sola a la Torre Omega y averiguaras, de casualidad, en qué planta trabaja y te presentaras ante él, ¿crees que lograrías vencerlo?

Se produjo un silencio en el que el grupo las observó con interés.

La joven cambió su peso de un pie a otro. Desconfiaban de ella y de sus posibilidades, era normal. Syn tampoco terminaba de convencerse de que fuera buena idea. Pero estaba cansada de escapar, de que la persiguieran. De ser una fugitiva esquivando balas que no distinguía ni de dónde venían. Iba plantarse frente a ellos y confrontarlos, y que fuera lo que los dioses quisieran.

Eira se posicionó a su lado.

—Ilustradme, por favor —intervino, con permiso de Syn—. ¿Qué victorias habéis obtenido hasta ahora?

—¿A qué te refieres, guardiana? —replicó Mariê, a la defensiva.

—Sí —insistió su amiga—, ¿qué objetivos habéis alcanzado hasta hoy, aquí, ocultos, durante décadas, moviéndoos en la clandestinidad, con riñas en callejones oscuros y enfrentamientos improvisados?

La cuestión deambuló entre ellos, como una daga que los sobrevolaba, pendiente de que cayese y cortase el hilo que les habían tendido o, peor, lo rompiera y acabara por enfrentarlas a los disidentes.

—En este tiempo, hemos realizado acciones para que la gente espabilase y se uniera a la rebelión —se quejó la capitana, amenazadora—. ¿Acaso osas decir que no han servido para nada?

—¿Y no es así? —alegó la sanadora, tajante, y fue levantando un dedo mientras enumeraba—: Informar de los acontecimientos está bien. Pretender que se unan a vosotros es lo correcto. Las reyertas, para empezar e ir molestando, son aceptables. ¡Pero a estas alturas no es suficiente! —expresó sin titubeos, con una seguridad y un coraje

brutales—. Hay que formarse, actuar con eficacia y contundencia. Nosotras os formulamos una propuesta que denota determinación y que requiere de un compromiso serio. A expensas de no salir ilesas de este enfrentamiento. ¿Vosotros estáis dispuestos a ir tan lejos?

La verdad era apabullante y, por primera vez desde que habían pisado aquel húmedo pasadizo, dejó paso al recelo. Un latir acompasado retumbó en el pecho de Syn, que se colocó en el centro del círculo que habían formado durante el relato de Mariê.

—El valor de alguien reside en exigir justicia por encima de cualquier cosa —dijo, alzando la voz para que la escucharan con claridad. El jugo de la manzana fresca caló su lengua y comprendió que Eivor estaba con ella, alentándola. Él se aproximó y palmeó su espalda—. Vuestro trabajo es admirable, pero no suficiente. Nuestros padres murieron, como seguramente les ocurrió a muchos de los vuestros, a pesar de esconderse de ellos.

No se escuchó ni una voz ni un susurro. Solo el sonido de sus respiraciones y la de las palabras de Syn, que rebotaron en el techo y contra la pared en un eco metálico y silencioso.

—Fueron víctimas y los convirtieron en verdugos. Lucharon por un mundo mejor que este y se vieron forzados a claudicar en su intento. Se mantuvieron al margen y acabaron con ellos. —Contuvo las lágrimas para poder seguir—. Yo no me olvidaré de quiénes fueron. Como tampoco voy a esperar a que vengan a por nosotros y nos maten.

La verdad chocó contra en cada una de los disidentes, asfixiándolos con una franqueza y una evidencia feroces.

—¿Qué proponéis? —preguntó Mariê, en nombre de los thralls —. ¿Cómo pretendes lograrlo?

—Agrupémonos —repuso, y en su rostro se reflejó una ilusión que pretendía contagiar hasta al escéptico—, busquemos a los disidentes que se esconden tras un perfil falso o el anonimato y animémoslos a que se sumen a la causa.

—¿Y si no quieren?

Alguien había lanzado la pregunta, no divisó quién.

Con un porte altivo, Eira dio un paso al frente.

—¡Pues lo haremos nosotros!

Hubo sentimientos encontrados entre los presentes. La tribulación contra el arrojo. La terquedad contra la cobardía. Los miedos contra la audacia y la valentía. Porque las sombras se dirigen al combate, aunque todavía no ha empezado la batalla. Las palabras resonaron en las conciencias, ocupando aquellas alcantarillas, gracias al discurso de Syn que les había evocado la naturaleza e ilusión que los había conducido, antaño, a la rebeldía.

La joven, al distinguir esa tribulación, sin cortarse ni un pelo, los

estudió uno por uno.

—Si voy a morir, al menos que sea con la cabeza alta. ¿Y vosotros?

Fue esa seguridad aplastante, a lo mejor su convicción o su actitud decidida y sin titubeos, por lo que Mariê les tendió la mano para estrechársela. Poco a poco, imitando a la capitana, también se levantaron los demás. Y un albor con sabor a subversión brotó desde las profundidades de ese pozo oscuro de la ciudad nevada de Tuskay.





#5: El memorial

(viñetas 18 y 23)

El director de La Central levantó una ceja, suspicaz.

—¿Acaso Bishop te habló mal o te dijo algo inapropiado? —le preguntó.

—¡No! —exclamó Liv, perpleja.

Él hizo una pausa reflexiva.

—¿Te ha infligido algún agravio, consciente o inconscientemente?

—¡Por supuesto que no! —comentó, indignada con la sugerencia.

—Entonces, ¿por qué presentas esto? —Mostró el casete que tenía en la mano y que ella le había entregado antes.

Liv había grabado en él una petición para renunciar al tutor legal.

—No quiero a ningún supervisor en la institución, no lo necesito.

El director, un antiguo guardián en el ocaso de la vida, la estudió con detenimiento, con su colonia a cuero viejo y a anís.

—Tú puedes no quererlo —con el dedo índice, se frotó el bigote, gruñendo por lo bajo—, pero si pretendes seguir en la academia, aceptarás tener uno como el resto de tus compañeros.

—Sé cuidarme sola.

No podía arriesgarse a que alguien la custodiara, pues su perfil de estudiante era una tapadera para investigar el paradero de sus padres.

El director la revisó de arriba abajo.

—Si te pasara algo…

—¿Qué puede sucederme? —expuso, cabezona, como si esa fuera una idea descabellada.

—Pero si te pasara —matizó él, con paciencia, a pesar de su interrupción—, deben responder por ti y ampararte.

Pestañeó, confusa, y cambió el memorial de mano.

—Mi abuela murió y no tengo otros familiares. He estado sola desde entonces. No preciso de nadie.

El director la escrutó, reparando en ella con compasión.

—Con razón, debes disponer de alguien que te proteja.

—No quiero un tutor legal, sé cui…

—No se trata de lo que quieras —la detuvo, levantando una mano —, es lo que la norma del centro exige y, si tu deseo es permanecer en esta institución, deberás obedecer o tendrás que marcharte.

Resopló, claudicando. El sistema, como siempre, la obligaba a escoger una de dos alternativas, vendiéndole una de ellas como la menos mala, sin servir como válida cualquier otra posibilidad.

Arqueándose en una reverencia de respeto, se despidió con una genuflexión.

—Ya me parecía… —escuchó tras ella, y el golpe seco del casete contra la papelera la hizo salir enfurecida del despacho.

—¿Cómo se originó la guerra?

La pregunta de Bishop, puso en jaque a la clase y se produjo cierto revuelo.

—Por la pandemia —exclamó Lee, a su lado.

—Por el descontento general —dijo otro compañero.

—Por culpa de los disidentes —comentó Jostein, hijo de una reputada familia de guardianes de honor, cuyo abuelo, Daniel Einar, había sido condecorado y asesinado en servicio.

—¿Por esos factores y por nada en concreto? —se atrevió a cuestionar Corey, desde el otro lado de la bancada, y recibió un codazo de su hermano para que se mantuviera callado.

Bishop apaciguó al gallinero. Se paseó entre las filas, con un libro en la mano, haciendo aspavientos.

—¿Nuestro destino debería escogerse o debería seguir siendo definido por los líderes? —les planteó—. Cada uno de nosotros desempeña una tarea: elegimos entre las opciones que nos esbozan los Observadores, el Relojero, las Matemáticas, y ese es nuestro fin hasta nuestra muerte. ¿La humanidad tiene que aceptar, a expensas de lo que pudiera ocurrir, el devenir de los acontecimientos? ¿Y los guardianes deberíamos participar, o bien mantenernos en la imparcialidad?

Los compañeros gritaron, indignados, discutiendo entre ellos, con el profesor. Algunos incluso lo acusaron de desarrollar ideas demasiado revolucionarias en clase.

A Liv, en cambio, le encantaban esos debates y, aunque en un principio se había negado a que el profesor fuera su tutor legal en la institución, lo cierto era que estaba empezando a apreciar sus exposiciones, pues la hacía visualizar distintos enfoques, analizando lo que los rodeaba.

Seguramente sus padres se habían cuestionado como ese mundo, y él era el único dentro de la academia que los instaba a hacer preguntas y a recelar de las leyes que se elaboraban.

Entonces, Corey Einar, levantó la mano.

—Profesor, ¿y si las Matemáticas se equivocan en su predicción o los observadores yerran en su interpretación?

Se giró hacia Corey. ¿Había escuchado bien? ¿Él, precisamente él, se había atrevido a formular esa pregunta, poniendo en entredicho el sistema que los regía? ¿Acaso desconfiaba o pretendía lucirse con el profesor?

Se produjo un pequeño alboroto. Su hermano le propinó un empujón y le gritó un: «¿A qué viene esa pregunta?». Algún otro se le encaró, en protesta.

—¡Manteneos en vuestros sitios, por favor! —Los abucheos eran tales que Bishop tuvo que intervenir.

Armándose de valor, con la mente en plena ebullición y las palabras quemándola en la punta de la lengua, Liv levantó la mano y dijo:

—Si hubiésemos estado en la Guerra, ¿nos habríamos posicionado a favor de la ley o de los insurrectos? ¿Habríamos podido elegir o, como ordenaron los Observadores, nos habríamos visto obligados a atacar a la población?

Su cuestión había nacido desde un sentimiento puro, exponiendo, sin ser consciente y de forma velada, la situación a la que se habían enfrentado sus progenitores. Aguardó, expectante, por la reacción de sus compañeros. Pero el grupo se mantuvo taciturno, ensimismado, como si, no supiesen qué decir.

También percibió su mirada, en su persona, con su dulce tan potente como si se bañase en él y se volvió para verlo.

Ahí estaba, Corey la observaba fijamente, como si nunca hubiese reparado en ella.

Los guardianes empezaron a murmurar, pero el ruido fue igual de escandaloso que el anterior.

—¡Orden, por favor! —insistió Balder—. Es un tema espinoso, pero hay que respetar el turno de palabra.

Corey, de pronto, se hizo oír en medio de la algarabía.

—¿Habríamos matado a los ciudadanos? ¿Habríamos lanzado aquella bomba?

Su pregunta quedó suspendida en el aire, azuzándoles la conciencia, su moralidad, su sentido del deber y de la justicia.

La estaba apoyando. Él quería seguir con la conversación, que meditaran sobre el asunto, y le había tendido una mano. Liv podía percibir

su curiosidad con un toque a cacao entre la arena de los otros guardianes que rasgaban su lengua con sal. Eso le produjo una especie de placidez arropada.

—Es una exposición muy interesante, muchachos —dijo Bishop, cuando calmó a las masas. Se rascó la barbilla—. ¡Ya sé! Liv y Corey, ¿por qué no hacéis un pequeño trabajo de investigación sobre la Guerra y los observadores?

Ambos saltaron en sus asientos.

—Pero, ¡profesooor! —protestó él.

—¿¡Cómo!? —exclamó ella.

—¡Está decidido! —dictaminó el profesor, y ambos se miraron con disgusto—. A partir de ahora, os sentareis juntos en mi clase y realizaréis una tesis sobre el origen de la Guerra o, como comúnmente se llama, las Nieves o Gran Nevada, y sobre las estrategias geopolíticas que se llevaron a cabo en ella.

Quiso protestar, quejarse con el ejercicio. ¡Eso iba a ser una pérdida de tiempo! Entonces el timbre sonó y, recogiendo el abrigo, Bishop salió apurado del aula, omitiendo sus súplicas y sus quejas.



#6: Por qué seguir viva

—¿A qué huelo, Chamusquina?

A Eira le parecía fascinante y le intrigaba profesionalmente la habilidad de su amiga, por eso quería comprender todas y cada una de sus facetas.

Syn, sorprendiéndose de su consulta, se pasó las manos por el pescuezo y chascó la lengua con fastidio.

—Sé que la consideras como una virtud, pero, para mí, es una auténtica maldición —le manifestó, hastiada—. Ojalá careciese de este don.

—¿Por qué? —Esa peculiaridad suya, a su manera de ver, era lo que la hacía única y maravillosa.

Syn se revolvió, inquieta, bajo la manta que las cubría.

—Porque me habría encantado no tener un caos sensitivo con cada cosa, con cada persona, a cada etapa —le indicó, con pesar—. Habría entregado un tercio de mi corta vida por no padecerlo, por no apreciar ni oler las experiencias, lo que me provocan cada una de ellas y borrar las marcas que dejan en mí.

La sanadora, recostada, a su lado, en un camastro improvisado que les había proporcionado Eivor, comprendió la magnitud de su habilidad y la contempló con fascinación.

—¿Qué daño te causa? —insistió, buscando el porqué de su inquietud.

—Se graban en mi psique y no desaparecen. Se quedan ahí, en mi memoria. Por eso me resulta tan complicado perdonar u olvidar. —Su amiga se detuvo, se quedó un rato ensimismada, fijándose en algo que había tras de ella. Añadió en voz baja—. Me pregunto cómo es la gente normal, cómo sienten.

Syn recogió un guijarro del suelo, lo lanzó lejos.

—¿Tanto malestar te provoca? —Con una mano, intentó deshacer el nudo que se le había formado a Syn en el entrecejo,

debido a la frustración.

Ella se rascó la nariz y, con rabia, golpeó el colchón.

—Es como una combinación extrasensorial de los sentidos llevada al extremo más absurdo. Como un chute de fármacos en el organismo. Un cúmulo de estímulos intensos que explotan y me producen visiones en el cerebro. Puedo oler sonidos, ver a alguien y saborearlo, percibirlo. Un maldito dolor de cabeza continuo. —Se sulfuró y empezó a mover uno de sus pies—. Cada suceso se imprime en mí con increíble detalle, como fotogramas que nunca desaparecen. Los visualizo, varias veces, a pesar del paso del tiempo. Y siempre que los evoco, siguen doliendo.

—Pero también puedes recuperar los agradables, —dijo, encontrándole el lado positivo al asunto, ella que era huérfana y nunca había tenido seres queridos—. Seguro que tienes otros muchos recuerdos felices junto a tu familia.

Syn se quedó quieta, asimilando sus palabras. Observó el infinito y se rascó la frente. Ella retomó la lisonja y le rozó la mejilla con delicadeza, la nariz, y vuelta a empezar, con parsimonia.

—No me has contestado —subrayó, curiosa, prosiguiendo con las cosquillas, alcanzando su clavícula, rozándola con cuidado hasta el cuello—, ¿a qué huelo?

Su amiga disfrutó de esa caricia, y la sanadora trazó un surco por su mejilla, su nariz, con una devoción que encendió su piel y con la que Eira pasó de la calma a sentir un intenso deseo.

Se fijó en los iris de ella, en su sonrisa, en su cuello; mostró una intención velada, el ansia de proseguir en su halago. Pero se contuvo, ella debía responderle antes, y depositó un suave beso, justo en un hueco escondido de su cuello.

La luz del candil que Eivor había dejado cerca de su catre las molestó, y Eira las cubrió, tapó sus cabezas, guareciéndolas bajo la manta, con apenas un hilo de claridad que se colaba entre la almohada y el cobertor. Ese rincón, ese lugar oculto, en un espacio donde la gente que dormía plácidamente a su alrededor, sin tener la menor idea de lo que sucedía entre ellas, las envolvió, despertando su avidez.

Regresando a Syn, le levantó la parte de arriba de su uniforme y deslizó la yema de los dedos, levemente, por su vientre, ascendiendo por la cintura hasta su espalda.

Su compañera dejó escapar una débil queja de agrado y un escalofrío de satisfacción la recorrió. Ese silencio y esa paciencia, el anhelo y la anticipación la sobreexcitaron. Era ahora o nunca, decidió. Y cuando se acercó para capturarle los labios, fue Syn quien se colocó encima y respondió a su reclamo moviendo su lengua, con pasión, atrapando su boca con fiereza, y Eira se supo perdida.

La había deseado desde ese día en la enfermería, en que sus ojos se habían posado en ella con gentileza y gratitud por haberla atendido tras el castigo. Y a la sanadora le encantaba entregarle afecto siempre que ella lo requería.

Pero el sentido común se hizo sitio, entre la emoción y la razón, pues Syn, de pronto, se separó con brusquedad y la miró fijamente.

—No soy de las que se enamoran de una sola persona —expresó, dejando las cosas claras entre ellas—. No me gustan las ataduras de ningún tipo. Mi único objetivo en la vida es vengar a mis padres.

La contempló con una media sonrisa, tranquila.

Desde que habían congeniado, ya se había dado cuenta de que Syn era un corazón libre, en el sentido amplio de la palabra; sin imposiciones físicas ni morales. Se centraba en una meta, en lo correcto y moral. En encontrar la justica. Eso sí, por los suyos, con su gente, afectivamente, iba a muerte. Por eso, era consciente de que no podría tenerla solo para ella. Y lo aceptaba, tal como se mostraba, siendo quien era.

—No te he pedido nada, Chamusquina —replicó, temiendo que se detuviera y se alejara. De nuevo, le introdujo la lengua y un latigazo sensual la recorrió por la columna hasta el vientre.

—No sé si es buena idea —jadeó Syn, contradiciéndose con el tono sensual de su voz—, pretenden matarme y no pararán hasta conseguirlo. Al estar conmigo, te expones a ese peligro.

No le importaba. Ella había decidido continuar con Syn porque era lo justo, porque creía en su causa. No se apartaría de su lado. Aunque su preocupación la enterneció hasta el punto de adorarla.

Se rozó contra ella en respuesta. Sus pechos contra los de Syn, las caderas chocaron y, a pesar de que se interponía la tela de sus ropas, se sintió arder.

—Te deseo —musitó, metiendo, en esta ocasión, la mano por delante, bajo la tela de su camiseta, atrapando su cintura y dejando su huella allí—. Aquí y ahora. Aceptaré lo que me entregues porque no pienso exigirte nada.

La quería, y le daba igual en qué condiciones, de qué manera o las reglas que se pactaran.

Su sinceridad debió desarmar a su amiga por completo porque, dejando los recelos a un lado, agarró su jersey y se lo sacó por la cabeza, sin dejar de besarla.

Eira la ansió con locura y quería perderse en ese abrazo, en esa pasión, en ese anhelo que le contraía el estómago y la hacía estremecerse, demandando su afecto, con esas manos que ansiaban que la moldeara por cada rincón y recoveco de su cuerpo.

—¿Cómo es mi sabor? —insistió, y, con la punta de la nariz, le rozó la mejilla.

Su curiosidad la desconcertó y la joven la agarró del pantalón y empezó a desabrochárselo. Ella también quería verla desnuda, pero la detuvo para que le contestara antes.

Syn levantó los ojos hacia ella, fijándose en ellos. La vio tragar saliva.

—A tarta de chocolate con frambuesa —manifestó, dibujando una enorme sonrisa que fascinó a la sanadora—: Es un postre que me encanta.

Embriagada por su naturalidad, asaltó y atrapó su boca con una arrebatadora y amorosa caricia.

No tardaron mucho en hacer desaparecer la poca ropa que les quedaba, y el frío de aquel cochambroso lugar se evaporó bajo el calor de dos fugitivas que se pertenecieron.



#7: Reencuentros

Olía a pólvora y a vainilla con un leve toque a limón. Esa alarmante y poderosa combinación rasgó su paladar, su lengua, y despertó en ella una impresión de peligro que la desperezó.

El silencio reinaba a su alrededor. Pero era uno muy tenso y abrumador.

Con cuidado, apartó el brazo de Eira, que reposaba sobre su cintura, y se vistió con sigilo bajo el amparo de la penumbra y del sueño profundo de los thralls.

Algo no iba bien y, en el ambiente que los envolvía, apreció una sombra que se movía sinuosamente y que la vigilaba.

La vainilla se mezcló con la canela, disminuyendo lo agrio. Ese contraste, entre azucarado y amargo, la atrajo de un modo que se vio yendo hasta él mientras explosionaba en su garganta.

Lo había percibido antes. Sabía de quién era. Pero no estaba solo.

Con las botas sin anudar, se metió en uno de los pasadizos y fue hacia el final del túnel.

Al cruzar el umbral, escuchó un chasquido y se mantuvo a la espera, quieta.

Notó un escalofrío, se le erizó el vello de la nuca y, dispuesta a gritar, alguien cubrió su boca, obligándola a permanecer quieta.

Le apuntaban con el cañón de un arma.

Indefensa, levantó los brazos con acatamiento.

—Aquí estás. —La voz de su antiguo compañero de La Central se perfiló entre el silencio y el goteo de las tuberías. Había otros dos compañeros, apreció, detrás de él, en la retaguardia. Markku sonrió con frialdad—. Te he encontrado.

Se revolvió para liberarse y hablar. Esto último, se lo permitieron.

—Pues te ha costado trabajo. —Hizo una seña hacia los dos que

habían venido con él—. ¿Acaso no te atrevías a venir solo?

El enfado que obtuvo como respuesta del jefe guardián le provocó un mayor grado de acidez.

—Supongo que es normal que recurras a la rebeldía y a la desobediencia —mascullá Markku, sarcástico—. ¿Qué se puede esperar de una traidora?

Cada una de las palabras de su excompañero goteaba veneno, y Syn rechinó los dientes. Que la llamara desobediente se la sudaba, pero lo de traidora podría metérselo por dónde le cupiera.

—Qué fatalidad la tuya —rio, desilusionada—. Es una pena que seas tan fiel a tus antiguos principios y que no cedas a otras visiones. Igual de cuadriculado que como lo eras en clase.

Un destello de rabia cruzó el iris del líder guardián, como si, de alguna manera, recordarle esos debates dialécticos lo enfureciese.

—Si no hubieras escapado, habría estado dispuesto a reclamar tu redención —le confesó, defraudado, con reproche—. Pero ¿qué esperar de una rea que prefiere fugarse a demostrar su inocencia? ¡Eso te convierte en culpable!

Dio un paso hacia él, aferrándose a ese delgado y fino cordel del que pendía su confianza, que en ocasiones los separaba, pero que también los unía de forma misteriosa e irremediable.

—¿No sientes curiosidad por las razones que me animaron a escapar? —Notó un regustillo azucarado que provino de él, y rezó para que su famoso don no le fallara y que, bajo su capa de rabia, aceptara escucharla, como alguna ocasión antes lo había hecho en el aula. Él mantuvo la pistola frente a su cabeza; ella no perdió la esperanza—. O, mejor dicho, pregúntate por qué culpan a una niñata insignificante como yo, con ínfulas de heroína, de un delito tan grave.

Levantó las cejas con sorpresa, y Syn aprovechó ese instante para, con un movimiento rápido, sujetar el cañón, pasar la pistola a su otra mano y, sin que él se lo esperase, empuñarla contra su frente.

Los otros dos guardianes la rodearon, pero ella ni se inmutó.

—Te lo voy a poner fácil, Markku —dijo, mientras la amenazaban con sus armas—. O te animas a escuchar mi versión, o no titubees y que estos dos me disparen.

La observó, consternado ante su osadía, sin saber qué decidir o cómo actuar.

Los segundos se alargaron bajo su vacilación y resonaron, acompasados con el goteo que caía de la tubería cercana y la respiración de él.

Lo vio apretar la mandíbula, los puños, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. La lucha de la dulcificada vainilla con el amargo ácido del limón y la razón que lo frenaba. Y, cuando a la cuerda, tensa, tirante, le faltaba poco para ceder y romperse, un escuadrón,

dirigido por Mariê y su hermano, acudió en su rescate.

Eivor apresó al guardián, que intentó defenderse, pero su hermano lo inmovilizó con las manos en el costado, derribándolo contra la gravilla.

Este gritó en protesta, pero tanto él como sus compañeros fueron amordazados sin posibilidad de escapatoria.

Syn se agachó frente a él.

—Parece que, al final, sí vas escucharme. —Depositando un beso en su mejilla, se levantó y, en recuerdo de su primer encuentro, con la bota todavía desatada, lo pateó en la nuca.

Se frotó allí donde Syn le había asestado la patada para apaciguar el dolor.

Le habían permitido que hablaran a solas y Markku se fijó en ella con detalle.

Aunque sus encuentros con la chica del atentado acababan a la gresca, en el fondo, siempre le había agradado el tira y afloja que existía entre ambos. Porque las discrepancias y las discusiones los unían, los hacían crecer y aprendían a aceptar las diferencias, aumentando esa afinidad irracional por el otro. Porque sí, increíble y asombrosamente, ella lo desquiciaba con sus comentarios y actitudes altaneras, pero era la única persona capaz de ponerlo contra las cuerdas y hacerlo replantear ciertos aspectos de sus competencias. Eso era algo único e inverosímil en el mundo que vivía, y lo intrigaba y lo atraía por igual.

—¿Por qué escapaste?

Fue consciente, cuando Syn se irguió y parpadeó, de que su pregunta, que parecía sencilla, podía erigir un muro enorme entre los dos.

Habían pasado tantas cosas que le resultaba increíble estar allí, con ella, en las alcantarillas, preparándose para hablarle de desobediencia y de rebeldía. Él, que siempre había seguido la norma y acatado la ley.

Ella se aproximó y, con la misma bondad que el guardián había tenido en su día en la celda en la que había estado presa, le liberó las manos.

Markku se frotó las muñecas, esperando por su respuesta.

—Porque querían matarme —declaró Syn, sin preliminares ni florituras.

Levantó la cabeza hacia ella, incrédulo.

—Una cosa es que quieran vigilarte mientras descubren a los culpables del atentado. Otra muy distinta, que tu tío pretenda asesinarte.

La vio acuclillarse frente a su posición, jugando con la cuerda rota, haciendo y deshaciendo nudos pequeños como los que antes lo sujetaban a él.

—Fue quien dispuso, junto al Relojero y a los observadores, el atentado que mató a mis padres.

Quiso decir algo, replicar, pero ella alzó una mano, deteniéndolo.

—Las Matemáticas me lo dijeron en mi visita a la Torre Omega. Y la conversación que escuché a escondidas entre Jostein con uno de ellos, me lo confirmó. Eira ha sido testigo.

—¡No puede ser!

A continuación, Syn pasó a contarle lo sucedido y, mientras lo ponía al corriente, Markku se arañó el cuero cabelludo, la frente, precisando de ese dolor para digerir y asimilar los hechos.

—¿Cómo es posible? —No daba crédito. Eso había pasado y él sin enterarse—. ¿Por qué?

Syn deshizo los nudos para atarlos de nuevo. Repitió la acción mientras hablaba.

—No es fácil percibir aquello que se oculta tras un tapiz de nieve plomiza —susurró, fijándose en algún punto lejano—. Tengo la impresión de que la información, o la falta de ella, añadiría yo, a la que tenemos acceso, hace que cada uno acabe viendo lo que le parece y haciéndose insensible.

—Explícate —dijo, interesado.

—Yo no estudié el pasado como tú. —Levantó la cabeza, sin dejar de enredar con la cuerda—. En Midgard nos fue vetado. La percepción que tenemos de la realidad está condicionada por los boletines que financia el poder, y padecemos un filtro que produce no solo hastío, sino también un sopor anestésico frente a las normas que se van implantando y que fuimos aceptando por temor a que ocurriera algo peor. —Se mordisqueó y él se fijó, hipnótico, en ese movimiento —. Pero de ahí a no sentir curiosidad alguna por averiguar qué pasa, a no tener la iniciativa de cuestionarse nada…

Dejó la frase colgada entre ellos dos y él sonrió con pena. Daba la impresión de que aquello era una película con una trama surrealista, como las cintas antiguas que guardaban en el desván de La Central. ¿Cómo habían acabado en ese punto?

—Han matado a mis padres y a la gente que iba con nosotros en el tren, —prosiguió Syn, con la voz rasgada por el dolor—. ¿A cuántos les habrá pasado antes? ¿Cuántos habrán desaparecido sin que nadie supiera la causa? —Hizo una pausa, y la dureza de su verdad le

perforó las entrañas—. Es indigno, repulsivo, y quiero que reciban su merecido. ¡Que paguen por lo que han hecho! Pero no lo conseguiremos si son ellos los que manipulan el sistema. No habrá justicia hasta que nos enfrentemos y acabemos con ellos.

—Creía que hacía el bien, que obraba correctamente, que mi trabajo era honrado y decente… —dijo, confundido, con evidente malestar—. Ahora, no sé qué pensar.

La muchacha se levantó y, con la punta del pie, removió la gravilla que cubría el suelo de la gruta.

—No es tu culpa ni la de nadie —quiso tranquilizarlo, apaciguar su decepción—. Supongo que somos como esos animales encerrados que, tras permanecer durante centenares de años en una jaula de cristal, dándonos cada cosa masticada, hemos perdido la facultad y el espíritu de crítica. —Se mordió la uña. Esa era una costumbre suya que a él lo ponía nervioso y, por lo que comprobó, a ella tampoco le agradaba pues, cuando se dio cuenta, dejó de hacerlo y bajó el brazo, incómoda—. Estamos condicionados por lo que nos dicen, por los temores que nos infunden.

La rabia y el enfado surgieron en él al adivinar la magnitud de la situación y comprenderse engañado. Apretó los puños, iracundo, enfurecido con sus líderes, con sus falsedades, con sus engaños. Por cómo él, que siempre había buscado la rectitud y la nobleza, había sido manipulado o, peor, se había dejado manipular sin conciencia. Fue como contemplar la realidad bajo un prisma que la distorsionaba. Lo que lo rodeaba pasó a ser una representación falsa y carente de veracidad. Niflheim fue una lupa y Midgard ese espejismo que se tergiversaba en sus cabezas, pero que, cuando escarbabas en la nieve, te dabas cuenta de la esclavitud que la soterraba.

Y, ahora, esa joven irrumpía en su vida de forma impactante y le abrían los ojos, instándolo a replantearse las cosas.

La admiró. Porque ella lo deslumbraba. Por su vehemencia, por su manera de pensar, por la fortaleza con la que se había enfrentado al peligro. Desde el día que la conoció, lo había desconcertado y le había atraído su forma de ser. Pero en ese momento, lo fascinaba su valentía.

Una ola de cólera se apoderó de él y dijo con la cabeza baja:

—Nosotros, como guardianes, estamos para defender la libertad del ciudadano, para mantener y velar por su bienestar. Protegemos el libre ejercicio de los derechos, para garantizar la seguridad de las personas. —Quiso contener el enojo. No lo consiguió y dijo con resquemor—: Si algo falla o se malogra, pienso cumplir con mi cometido.

Los envolvió una tristeza que los lastimó como si les echaran ponzoña en una herida abierta.

—Tu indignación es la mía y la de otros. No estamos solos, Markku. Ante esa realidad, existe otra —Syn movió la cabeza en dirección a los thralls—, gente que se ha organizado para enfrentarse al mecanismo, al igual que mis padres lo hicieron en su día, por iniciativa propia y dando sentido a la palabra «revolución».

—¿Tú crees que valdrá de algo? —alegó, pesimista—. ¿Crees que rebelarse servirá para algo?

—¿Por qué no? ¿Acaso es mejor seguir igual y no hacer nada? —No esperó a que él contestara—. Las personas deberíamos tener la capacidad de superarnos y la obligación de luchar para cambiar y mejorar las cosas, ¿no es cierto? ¿Cuándo hemos perdido ese espíritu? ¿Por qué?

Se fijó en la joven, en cómo encogía y estiraba la cuerda entre sus manos.

—No sé cuánto va a durar esta guerra, pero, sea corta o larga, espero que, cuando termine, al menos, sepan que ya no nos conformamos. Porque tanto el Relojero como los observadores se merecen pagar por sus delitos y no descansaré hasta que lo hagan.

Se refería a sus padres, pero, de algún modo, le sonó a indignación y a revancha.

—Estás muy segura de ti misma —dijo, atónito con su arranque e impresionado con su entereza—. Nadie hasta hoy ha destapado o destruido esta red de embustes.

Si lo contemplaban estadísticamente, había muy pocas probabilidades de ganar. Deberían admitir que su lucha era una causa perdida. Pero Syn, fue consciente cuando la vio levantarse y colocarse en posición altiva, había tragado con demasiado dolor: había padecido un atentado que se había cobrado la muerte de su familia, había superado un encarcelamiento por unos cargos que no había cometido y el Relojero quería matarla precisamente porque era una evidencia, una prueba fehaciente de sus faltas, que no aceptaba a Niflheim ni lo pretendía. Y había sobrevivido. A todo. Por eso, tanto su responsabilidad y el amor hacia sus progenitores, exigían justicia. Y esa fiereza, esa fidelidad, era algo que él aplaudía de ella.

—No tengo nada que perder —dijo Syn, al cabo de un rato, rodeando el índice con la cuerda, que era enorme en comparación con su dedo, y volviéndola a desenroscar.

—¿Ni siquiera a Eivor? —Señaló con la cabeza en dirección a su hermano. Se lo había presentado antes, como prueba de lo que iba a explicarle. Este le había contado su experiencia; el guardián se había quedado pasmado al verlo, como si hubiera estado ante un fantasma que había cruzado Jötunhein y había regresado de entre los muertos para cumplir venganza.

—Él lucha por el mismo motivo. —La joven repitió la acción con

el cordel, en el anular, en el corazón y, por último, en el meñique. La lanzó a un lado, se cruzó de brazos y se concentró en Markku—. Peleamos por lo que hemos afrontado, por nuestros padres. Para ser dueño de sí mismo y vivir fuera de este engranaje sin ambiciones, fuera de su maquinaria. No como los guardianes.

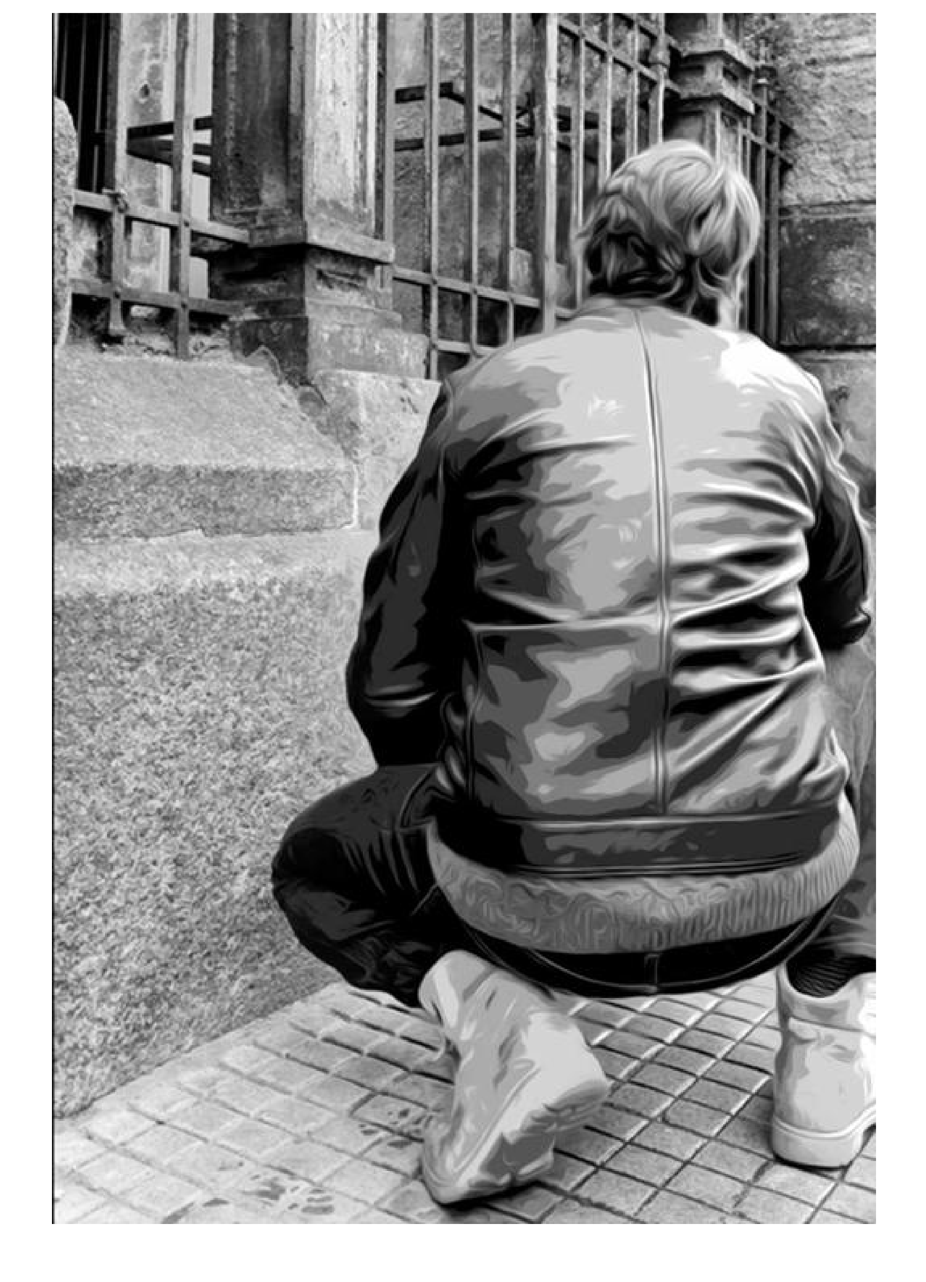
No soportó su distanciamiento, tampoco su desencanto por él y, levantando una mano, la asió de la muñeca para atraerla y suplicarle en silencio un poco de benevolencia.

—Si, en un supuesto, vencieras —con la yema del dedo, la rozó allí, por donde la tenía sujeta y en donde latía su pulso. Al sentir cómo a Syn se le erizaba la piel, una sacudida lo atenazó—, ¿qué harías después? ¿Qué cambiarías y para qué? ¿Por qué debería combatir a tu lado?

Siempre conseguía desafiarlo y sus comentarios eran de los pocos a los que no contestaba sin meditarlos detenidamente. Pero precisaba detalles, concreción, comprender las consecuencias.

—Yo no soy una líder, Markku —repuso ella, respondiendo a su lisonja, rozando sus nudillos, antes de soltarlo y permanecer bajo su escrutinio. Intentó mantenerse impasible con esa caricia que despertó y volvió locos sus sentidos—, soy quien rompe las cadenas. La gente, de manera libre, dispondrá lo que quiera. Como si desea seguir igual. Como si decide no hacer nada y dejarse llevar. Pero tú, ahora que estás enterado de los hechos, analizando lo que escuchaste, tendrás que decidir si luchas con nosotros, o bien prefieres seguir viviendo en la mentira y en la ignorancia. A riesgo de que tú y los tuyos salgáis o no indemnes.

Tras esas palabras lapidarias, se enderezó y, con su enmarañada y desolada conciencia, lo dejó a solas en medio del mugroso túnel.





#8: El memorial

(Viñeta 29)

Parecía un día cualquiera, pero se torció en cuanto El boletín del pueblo se repartió por cada rincón de la ciudad de Tuskay.

Liv se levantó y, como cada mañana, se aseó, desayunó y recogió su memorial para encaminarse al aula. Tenía clase con Balder Bishop, de Cultura general y antigua, y a mediodía, de Entrenamiento físico y de Matemáticas.

Al llegar, Sheila la interceptó y, sin siquiera saludarla, le puso entre sus manos el noticiero.

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

Sheila dio dos golpecitos en la hoja; la estiró para que la viera mejor.

—Aquí.

Cambió el memorial de mano para revisar detenidamente el ejemplar.

¡No podía ser! ¡Era imposible que su tutor se hubiese atrevido a eso! Lo examinó atónita. ¡La viñeta era un claro panfleto en contra de los nuevos sistemas de videovigilancia de Midgard!

Cayó en que los guardianes cuchicheaban y esperaban, ansiosos, la entrada del profesor. Liv, junto con su compañera, se sentó, rápida, en el sitio que normalmente ocupaban. Hoy el aula estaba a rebosar.

Al cabo de un rato, él hizo su aparición y Sheila le arrebató el boletín para ocultarlo bajo el pupitre.

—¡Muy buenos días! —dijo, sin inmutarse ante el repentino aumento de asistentes, y mientras explicaba la materia como si nada, Sheila le murmuró al oído que, al parecer, la ilustración estaba originado

escepticismo y revuelo, cierta suspicacia contra la norma que, supuestamente, era para la protección del ciudadano.

Se removió en el asiento, inquieta por las posibles consecuencias a las que tendría que enfrentarse el docente. ¿Acaso no temía a las represalias?

Cierto que Bishop era bastante peculiar, reflexionó, desconcertada, con él moviéndose por el aula con esa actitud despreocupada. Desde que lo habían designado como su tutor, nunca la había llamado para hablar a solas. Tampoco le había otorgado ninguna autoridad ni impuesto alguna norma, y seguro que se había enterado de su queja.

Liv, bien era cierto, era como un animal al que habían lastimado tanto que cualquier ayuda desinteresada la sentía como una velada afrenta. Pero él se había limitado a dejarla estar, sin molestar, sin importunar su rutina, sin ningún tipo de amago por tender lazos con ella. Eso era algo admirable de su parte.

De repente, se escuchó un ruido, varias voces y gritos. Procedía del pasillo, y se levantaron para comprobar qué pasaba.

—¡Sentaos en vuestro pupitre! —El profesor intentó apaciguar los ánimos, pero no lo consiguió.

La puerta se abrió de golpe y un grupo de Observadores, interrumpiendo el transcurso de la oratoria, accedió al interior.

—Balder Bishop —lo llamaron, como si fueran los dueños de la sala.

—¿Sí? —dijo, recolocándose las gafas.

Para estupefacción de los alumnos, dos de los Observadores rodearon su mesa y lo atraparon, apresándolo por las manos.

—Queda arrestado por incumplimiento de la Ley 38/2481, por la que se regula el uso y contenido de viñetas, audios, medios visuales y noticias sobre el respeto al sistema y su divulgación.

No lo trataron con amabilidad, pero él tampoco dijo nada.

Los guardianes, temerosos de que su apoyo resultase un castigo para ellos, no intercedieron por él, y el equipo de seguridad del Relojero lo sacó en volandas, frente a sus aprendices, sin concederle tiempo a alegar o a defenderse, mientras Bishop asumía la culpa de sus actos con valor y responsabilidad.

Entonces, sus ojos, se posaron en ella. En Liv. Y se produjo un silencio a su alrededor. El dulce de leche se intensificó, invadió sus pulmones, su paladar, le contrajo el vientre. Esa esencia acaramelada la envolvió de tal manera que estalló dentro de ella y quiso desbordarse en un torrente de ira y rabia. Y, sin precisar de intercambiar ninguna palabra con él, comprendió quién era su tutor.

Su silencio era el de ella. Su soledad era la de ella y su lucha era la misma que la suya, y los ahorcaba a los dos con la misma cuerda que los mantenía atados.

Sin pensar, corrió detrás, abordándolos en el pasillo.

—¡He sido yo! —gritó, justo cuando lo paseaban atado frente a la academia.

Los Observadores se detuvieron.

—¡No es cierto! —reaccionó él, negándose a que ella cargara con su culpa.

Pero Liv no iba a dejarlo. Porque, a pesar de las advertencias de su abuela, a pesar de sus consejos, a pesar de sus propios recelos, decidió encomendarse a una persona, a Bishop, ante una situación límite; segura, gracias a sus sensaciones, de que nunca la defraudaría, y convencida, gracias a ese nuevo sentimiento que le otorgó coraje, agallas y fe, de que él la protegería.

Porque la soledad era un vacío que atormentaba el alma sin contemplación ni lástima.

Porque un amigo era aquella persona que te sigue al abismo profundo, aunque tú no se lo pidas.

Y eso hizo, tirarse al vacío, confiar en su tutor, entregar su fidelidad a quién la había cuidado desde la distancia, sin avasallarla, respetándola. Sin nada a cambio.

—Fui yo —repitió, con convicción y sin que le temblara la voz—, puse su nombre, el de mi tutor, confiando en que me libraría del castigo.

Lo soltaron en el acto. Entre un viejo y reputado profesor que llevaba años al servicio de La Central, o una jovencita que acababa de llegar y que tenía la costumbre de dibujar críticas sediciosas en un memorial, ¿a quién de los dos acusarían de ser el culpable? Liv lo tuvo claro.

Lo dejaron libre y fueron a por ella para apresarla frente a la academia como testigo.

—¡No! —Bishop trató de evitarlo—. ¡Yo soy el autor!

Le fue imposible defenderla.

Acabó cayendo al suelo mientras que ella era trasladada a una de las celdas en los sótanos de La Central.



#9: Decisiones

—Debo volver a la academia —informó, para sorpresa de todos.

Incluso Markku, que los había seguido para apaciguar los ánimos de los suyos, sin mucho éxito, la miró de reojo.

—¿Para qué? —comentó la disidente, metiendo a los dos guardianes en uno de los cubículos de los túneles y encerrándolos—. Regresar allí es exponerse al peligro de manera innecesaria. Lo primordial es avisar a los otros grupos rebeldes de nuestro asalto, para que se sumen a la incursión.

—Lo sé —manifestó, con un escalofrío al cerrarse el portón, trayéndole recuerdos demoledores—. Pero tengo que ir a por el memorial.

—¿Qué memorial? —inquirió la disidente, con la mano en el pomo.

—El de nuestra madre —explicó su hermano, acercándose a ellas en compañía de la Sanadora para asegurar el portalón con llave.

—Podría encontrar respuestas a algunos de nuestros interrogantes —expuso Syn, con la ansiedad agolpándosele en la sien —. Quiero comprobar cómo ellos le hicieron frente a este mundo.

—No me parece bien —la reprobó Mariê—. Es peligroso que pises ese lugar.

Markku, que se había quedado a un lado, intervino en la conversación.

—Yo la acompañaré —propuso.

—¡No! —gritó la sanadora, metiéndose en medio—. Tú, no.

—¿Ya no te fías de mí, Eira? —Lejos de amilanarse, la encaró con una pose altiva. Las señaló, a ella y a Syn—. Vosotras estáis en busca y captura. Yo soy un suboficial de los Guardianes, puedo pasar desapercibido. Si nos descubren, alegaría, por ejemplo, que la arresté. ¿Tú qué podrías hacer en esa tesitura?

A Markku no le faltaba razón y su amiga apretó los puños, con

frustración, sin convencerle el plan.

El combate silencioso se prolongó durante un rato; Syn, finalmente, se interpuso para poner distancia entre ellos.

—Si llegan a descubrirnos, con él la tapadera resultará convincente —razonó.

Eira sopesó la situación y Markku se mantuvo a la espera. Al cabo de un rato, esta claudicó y se plantó frente a él con un dedo levantado.

—Como le suceda algo —lo amenazó sin titubeos—, te mato.

Sin darle opción a réplica, se alejó de allí, dejando un rastro a fresa ácida detrás.

Syn sintió un poco de tristeza. Resopló, molesta, junto al jefe guardián.

—No me defraudes, Markku —le advirtió y, dando por zanjada la conversación, regresó al área de reunión, en compañía de Eivor.

Hay caminos que te llevan a la destrucción y al desastre, pensó Syn, ingresando a La Central por la entrada que en su momento le había servido para escaparse e ir a su casa. Porque, aunque por suerte no se habían topado con nadie, no podía evitar presentir que la muerte pendía sobre sus cabezas.

Aguardaba que el Asgard estuviera al final de aquella aventura y, tras un fallecimiento heroico, se reencontrara con sus padres en el limbo de los dioses y la hicieran olvidar esta terrible pesadilla.

La ausencia es una presencia constante que te rodea y te reta día a día, mide tu fortaleza y lucha contra tu espíritu mientras hostiga y te arrincona hasta el agotamiento. Su madre se lo había explicado cuando, en el pasado, la joven le había preguntado por sus abuelos y dónde se encontraban. Liv no había querido contestarle y evadió la respuesta hablándole de esa falta y cómo, por mucho que lo intentase, no desaparecía, pues su presencia perduraba de alguna manera en el recuerdo de su voz, de su aroma, en la evocación que te embarga y que se resiste al olvido, y como no hay nada ni nadie que pueda reemplazarla. Únicamente cuando duermes y sueñas con ellos, eres capaz de levantarte y hacerle frente al mañana.

Caminar por la antigua academia, hacia su habitación, le acarreaba este tipo de reminiscencias que la acometían con verdadera saña.

—¿Estás bien? —se preocupó Markku al percibir su evasión, con la espalda pegada a la pared, atento a cualquier ruido.

Asintió, a pesar de advertir cierto hastío por su misión y esa idea de revancha. De repente, tuvo náuseas ante la sed rencorosa y maliciosa de acabar con los asesinos de sus padres y, a cambio, surgió en ella la imperiosa necesidad de saber el porqué, la razón por la que era justificable acabar con dos vidas aparentemente insignificantes que solo habían intentado salir adelante contra todo pronóstico, por no estar de acuerdo con el sistema ni con lo que les habían impuesto como mandato.

La venganza, que hasta ahora la había animado a seguir adelante, quedó relegada y fue sustituida por el deseo de ecuanimidad y ese sentimiento de lucha contra lo abusivo e inmoral le estrujó el corazón. A lo mejor se estaba aventurando en una misión imposible, en un afán inalcanzable e irreparable. Pero, aun a riesgo de poner su vida en peligro, reclamaría ese derecho sobre cualquier infortunio, pues nadie debería poder otorgar un dictamen a costa de los demás, imponiendo la norma para su propio beneficio.

—Para subir hasta tu habitación —Markku se detuvo y, con él, sus pensamientos—, tenemos tres caminos. El ascensor, mejor descartarlo.

El guardián tenía razón, esa era la vía rápida, aunque también la obvia y demandada, por lo que los descubrirían en cuestión de segundos.

—Las escaleras —indicó él como otra opción—, que, si de algo sirve mi opinión, tampoco debemos usarlas. Y las de emergencia, que se requieren para circunstancias de gravedad.

—De acuerdo —aceptó, sin rechistar, eligiendo la tercera. Cuanto antes recogiera el memorial y se largaran de allí, mejor.

Sin demora, se deslizaron por la penumbra como dos felinos sagaces.

Para poder abrir la puerta de emergencia y acceder a sus escaleras, había que marcar un código en un panel numérico que había a la derecha.

Markku introdujo la clave sin titubear —3130, advirtió Syn— y, tras el débil clic de desbloqueo con el que se abrió, sigilosos, la atravesaron corriendo y subieron escaleras arriba, hasta la segunda planta.

Se dirigieron a la derecha y, de puntillas, se encaminaron hasta la habitación.

Llegaron antes de lo que pensaban y ella se abalanzó sobre la puerta de su antiguo dormitorio, decidida a entrar, cuando Markku la retuvo por el codo.

—Me habías dicho que era tuyo —comentó él, con reproche.

No supo de qué *helgafell* hablaba.

—¿A qué te refieres?

—Al memorial —explicó el guardián, como si le hubiese fallado —. Me dijiste que era tuyo, no de tu madre.

Estaba haciendo referencia a cuando había encontrado el diario de Liv en su casa, y Syn enarcó las cejas, cayendo en el detalle.

—No te mentí, respondí evasiva a tu pregunta y tú te imaginaste lo que te dio la gana —se excusó, sin tapujos—. Por aquel entonces, no me fiaba de ti.

Vio su aflicción. Lo percibió a la perfección y tuvo ganas de consolarlo, pero se contuvo.

Algo que Syn no contaba abiertamente, incluso siendo uno de sus helados favoritos —y para otros muchos no—, era que le encantaba la vainilla. Porque no solía priorizarla pues, de hacerlo, se empacharía con ella hasta hartarse, ya que la satisfacía en dosis altas de glotonería. Eso sí, en fechas señaladas, cuando le apetecía, se metía un verdadero atracón.

Por eso percibía a Markku y sus cambios racionales y emocionales con precisión. Porque él la atraía y la desesperaba por igual. Y, cuando notó el daño que le había causado su sinceridad en el aroma y en el agrado que le provocaba el guardián, a pesar de que había intentado ocultarlo, intuyó que su acusación le había sentado como una patada en la entrepierna, pues el ácido que lo rodeaba cuando algo lo molestaba regresó y, con él, el escozor que le producía en la lengua.

—¿Y ahora? —preguntó él, con franqueza.

—Ahora, ¿qué?

—¿Confías en mí?

¿Lo hacía? Frunció el ceño y comentó con una pequeña sonrisa:

—Ahora, estás a prueba.

Él no dijo nada, pero asintió, conforme. Aunque, con Markku, nunca se estaba cien por cien segura.

—Mientras estás en tu habitación, yo me acercaré hasta la mía —le informó, bajito—. Si vamos a asaltar la Torre Omega, necesito mis armas.

Mariê, tras ponerlo al tanto y él aceptar participar, le había prestado una pistola, pero no parecía muy cómodo con ella.

Se toqueteó la muñeca, como si tuviera un reloj.

—Nos vemos aquí en diez minutos.

Esperó a que ella asintiera, conforme, antes de escabullirse, prudente, sin hacer apenas ruido.

Cuando su figura desapareció en la negrura del pasillo, tomó aire y, sujetando el pomo, se dispuso a entrar.

Al percibir la esencia a madera y a piedra, se detuvo en el umbral mientras las imágenes del encarcelamiento, del juicio, se reproducían con nitidez y tormento en su memoria.

En ocasiones, la mente era una trampa engañosa en la que los minutos podían llegar a ser horas y los acontecimientos, lánguidos recuerdos que atormentan hasta la saciedad. Las semanas que había pasado entre esas paredes, bajo vigilancia, eran una clara evidencia de eso.

Cerró y miró a su alrededor, como si esperase encontrarse algo, o a alguien. Tuvo la corazonada de que no estaba sola y se sintió observada, como si no le quitaran ojo.

Esa impresión se agravó y se le humedecieron las manos; el corazón le latió acelerado y hasta ella llegó una esencia a caramelo y a nata.

Caminó a tientas, en busca de la lámpara para encenderla, ansiando quitarse esa incomodidad de encima.

Escuchó un ruido y se encogió contra la pared, alarmada. Cuando sus dedos rozaron la pequeña mesilla para alcanzar el interruptor, una figura apareció y fue a por ella.



#10: El miedo

Le cubrieron la boca y la arrastraron hasta la cama.

Pateó, forcejeó con los brazos y dio puñetazos al aire, ansiando escabullirse, pero sus intentos fueron en balde, la retenían con dureza y la obligaron a sentarse.

Perdida la esperanza, terminó por claudicar y, al encenderse la luz, se quedó boquiabierta.

—Syn, ¿qué haces aquí? —El profesor arqueó las cejas en una curva enorme y espesa—. ¿Acaso quieres que te encierren de nuevo?

La soltó y, recomponiéndose del susto como pudo, se acomodó la ropa y el pelo.

—¿Tú qué haces en mi cuarto? —dijo ella, desviando el tema a otros derroteros. Se fijó en que la estancia estaba revuelta. Seguramente la habrían registrado, intentando encontrar alguna pista sobre su escondite.

Bishop se frotó la barbilla y se recolocó las gafas.

—Averiguar algo de ti, por supuesto —expresó, como si fuera obvio—. Estaba muy preocupado.

Syn abrió los brazos para que la viera bien.

—Pues estoy perfectamente.

Hizo el amago de devolverle la sonrisa. No fue capaz, quedó a medio camino entre la alegría de verla y la preocupación.

—Vale, menos mal, —le dio dos palmadas en la pierna—. No puedo perderte a ti también…

Sus palabras, su gemido, rasgaron el espacio que los separaban y oprimieron a Syn, haciéndolo cercano, familiar y más viejo.

Él se quedó pensativo un rato antes de esbozar una melancólica sonrisa, cruzando los dedos, contenido.

Como si los fantasmas lo rondasen, atormentándolo con siluetas siniestras, mientras pensaba en otra época, en otro tiempo, de antaño, dijo:

—¿Te has preguntado, en alguna ocasión, qué pasa cuando alguien desaparece? —expuso, como si esperase una respuesta de su parte que sabía que no llegaría, pero que lo transportó a algún punto del pasado—. Estoy convencido de que sí, porque has sufrido la pérdida de un familiar a quién amas.

No osó contestar, y se dejó transportar por el sonido de su voz, escuchándolo detenidamente, como solía hacer en sus clases.

—Es una mezcla de sensaciones encontradas. Como un vacío enorme. Flotas sobre su recuerdo, te asfixias en el abandono. —Hizo una seña, rodeando con cuidado su cuello—. Pero hay cierta paz porque todavía los sientes, siguen ahí y te sostienen, están dispuestos a acogerte. —Lo vio sonreír con tristeza, como si la muerte lo marcase y significase para él algo que no se había imaginado y no pudiese describirlo—. Tú quieres dejarte ir, abandonarte a ellos para que los problemas desaparezcan. En cambio, hay algo en ti que se resiste y lucha por sobrevivir contra esa locura.

Se dejaron abrazar por la añoranza que se hizo presente y los arrolló con imágenes, aromas y deleites que la inundaron de recuerdos familiares que nunca volverían a tener lugar. Se le contrajo el estómago cuando la culpa la embistió, golpeándola como una bofetada, dejándola sin respiración.

—Es increíble —contempló él, fijándose en algún punto de la pared—, podrías pasarte la vida sin enfrentarte a una elección como esa, viviendo sin pena ni gloria, hasta que alguien aparece y te demuestra que merece tu consideración, tu cariño, y la vida te enfrenta a la tesitura y al riesgo de perderla, haciéndote nadar hacia la superficie, a por ella.

Él tragó saliva y bajó la cabeza con pesar.

Ella reparó en sus manos entrelazadas, en el caramelo derritiéndose contra la piedra del terrazo de la habitación.

—Eso fue Liv para mí —pronunció con un susurro—. Alguien inesperado, en un momento inesperado, a la que quise muchísimo.

Conmovida con esa confesión, lo miró de reojo. ¿Qué había significado su progenitora para él? ¿Por qué la echaba tanto de menos?

Con las palmas sobre la cama, se inclinó para observarla por encima de la montura de las gafas.

—¿Sabes que yo fui el tutor de tu madre mientras estuvo en La Central?

—¿En serio? —dijo, sorprendida.

—Sí —reafirmó, con la voz cargada de emoción—. Su abuela, que era quien la cuidó de pequeña, había muerto recientemente y necesitaba de un adulto que se hiciera cargo de ella, y la institución me designó a mí.

—¿Cómo era? —preguntó, ansiosa por averiguar cómo era Liv de joven.

—Muy especial, lo supe en cuanto reparé en ella en clase —dijo con nostalgia—. También era desconfiada, precavida, eso sí, al contrario que tú, que eres impulsiva. Pero ambas tenéis la misma valentía. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Llegué a quererla como a una hija…

El profesor lo había dicho con tanto amor que, de pronto, Syn se notó física y mentalmente desfallecida. Le entraron unas ganas horribles de llorar. Por lo acontecido, por lo perdido, por el rumbo trágico del destino y lo que había representado para ellos dos. El agotamiento era tal que no le permitió siquiera derramar ni una sola lágrima, pero, de algún modo, se sintió derrotada, y el mero hecho de luchar por seguir viva se le antojó un trabajo laborioso y arduo complicado, cuando este era algo que tenía sentido cuando se disfrutaba. Pero no era su caso. Ya no.

—Profesor, estoy cansada de ser fuerte —manifestó, rota de dolor.

Él le dio unos toquecitos en la espalda. Syn se dejó vencer y, reposando la cabeza en su hombro, se permitió el lujo de que la arrasara el abatimiento.

—Que no te venzan, Syn. No les regales tu fortaleza. —Él dejó caer la barbilla sobre su frente—. Es lo único que, aunque lo pretendan, no deben robarte.

¿Y eso serviría de algo? ¿Mantener ese espíritu le valdría para algo? A sus padres, desde luego, no. No habían conseguido mucho con eso. Pero había sido educada por ellos de ese modo y no podía cambiar su naturaleza. Por eso demandaba, exigía que los culpables de aquella matanza recibiesen su castigo. Para que nadie más sufriera algo como lo que le había pasado a su hermano y a ella.

—Me he unido a los thralls —admitió, sin tapujos. El profesor levantó la cabeza, intentando asimilar la información, pero ella prosiguió antes de que le reprochara nada—. ¿Crees que es el final? ¿Sospechas, al igual que yo, que este está cerca?

Bishop se detuvo unos segundos antes de responder al asunto.

—¿Por qué me lo preguntas? —Parecía desconcertado por sus miedos.

—Porque presiento que el mío no va a tardar en llegar. —Movió la pierna, alterada—. Y creo que no va a ser muy bueno. Puede que no regrese con vida, que acabe en el infierno.

Él pestañeó, quiso decir algo, ella lo interrumpió.

—Esto es una pesadilla. —Sintió un nudo en el estómago. Había destapado la caja y ya no podía cerrarla—. Las voces de mis padres resuenan cada noche en mis sueños y no me dejan descansar. Necesito

vengarme.

Se encogió sobre sí misma y, desvalida, se cubrió el rostro.

—Pero me asusta la idea de ese final y sospecho que no estoy preparada para ello.

—No, el miedo significa que entiendes los riesgos. —Él le frotó los brazos, intentando apaciguarla—. Nunca se puede asegurar cuándo tendrá lugar, pero incluso frente a la muerte, uno puede rediseñar su deceso.

—Ah, ¿sí? —repuso, con una risotada.

—¡Sí! —aseveró, sentándose cerca de ella, pero dándole su espacio—, aunque la muerte penda sobre ti, siempre puedes decidir si permanecer de rodillas o levantarte y enfrentarla como a un igual.

—¿De qué manera? —se atrevió a preguntar. Seguramente, Markku ya estaría afuera, esperándola, pero no le importó.

Su flaqueza compadeció al profesor que asió sus manos para estrechárselas con afecto.

—Respetándola cuando te encuentres con ella —afirmó él con convicción. A lo mejor le hablaba desde la experiencia—. Syn, el verdadero cambio se origina primero dentro de uno, antes que en los demás. Tienes que obtener el valor con el que ser dueña de tu destino.

Bishop la soltó y ella se rascó las cutículas, quitándose los pellejos.

Había sido un esfuerzo titánico adaptarse y aceptar su realidad. Una que la arrastraba hasta un acantilado muy alto y la lanzaba al despeñadero y cuya caída se convertía en una curva peligrosa e infinita de la que no se adivinaba ningún final bueno. Al menos, seguía en la lucha, soportando balas y cañonazos, sí, tormentas e inclemencias. Pero sobreviviendo, que no era poco, dadas sus circunstancias.

—Ojalá… —deseó que así fuera.

—¿A qué has venido? —Bishop la sacó de su ensimismamiento —. ¿Por qué te expones?

Syn introdujo la mano en la funda de la almohada y extrajo de ella el cuaderno. Se lo enseñó, con la luz rebotando en la cubierta ocre, dibujando líneas doradas sobre la superficie.

—¡Oh! —exclamó él—. ¡El memorial de tu madre!

—¿Lo has visto antes?

—¡Por supuesto! —Con su permiso, lo sostuvo para apreciarlo—. Liv siempre andaba con él encima. ¿Tienes el colgante?

Asintió, se lo quitó y se lo tendió.

El profesor lo cogió, lo encajó en la cerradura y este se abrió.

—Liv decía que tú y tu hermano debíais conocer la historia de su familia. Por eso, mientras estuvo embarazada, puso mucho empeño en dibujarlo.

—¿Sabes interpretar lo que pone? —demandó, deseosa de descifrarlo.

—¿Tú no fuiste capaz? —inquirió él. Ella confirmó sus sospechas con una negación—. ¡Pero si es fácil con tu don!

—¿Qué? —¡Al final, Eira iba a tener razón!—. ¿Cómo? ¿De qué manera?

—Cuando dibujaba, —pasó los dedos por los garabatos, como si estuviera acariciando una de las viñetas—, retrataba con su trazo los recuerdos, y los dejaba impregnados en las hojas. Tú, que captas también las sensaciones a través de lo que ves, de lo que escuchas, de lo que hueles, puedes comprenderlos de ese modo.

—¡Si yo tengo sinestesia! —especificó, sin intuir a qué se refería ni cómo llevarlo a cabo.

—¡Exacto! —alegó, extasiado—. Por medio del tacto, del trazo, de las representaciones que aparecen, puedes captar matices que notarás en el paladar, en la nariz, con las que percibirás imágenes que te trasladarán a los pensamientos y reminiscencias de tu madre.

Lo escuchaba y, al igual que le había ocurrido con Eira, le parecía inverosímil lo que estaba contando. Imposible. ¿Cómo conseguía hacer «eso»?

Con su silencio, debió interpretar su confusión porque Bishop le dio dos toquecitos en la sien.

—Anulando las tuyas y concentrándote en el mensaje que te transmiten —le explicó, sonriendo—, o, al menos, es lo que hacía ella.

—¿Podía visualizar el pasado de esa forma? —dudó, no muy convencida.

—Sí, claro, y tú también lo harás. —Le aseguró, cerrando el memorial; y se lo dejó, junto con el colgante, sobre su regazo—. Solo necesitas el estímulo adecuado.

Sostuvo el cuaderno con manos temblorosas; se colgó el collar al cuello. Bishop tuvo que ayudarla.

—Yo no poseo tu capacidad ni la de tu madre —dijo, mientras se lo abrochaba—, pero, si la manejas bien, es una gran virtud. Te permitirá descifrar las inquietudes y debilidades de tus enemigos. No infravalores su potencial.

Se detuvo, confusa, sin acabar de entender su consejo. Pero era tarde y debía irse.

Levantándose, le tendió la mano.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó, apesadumbrada, a la espera de que se la estrechara.

—¡Antes de lo que te imaginas! —Él lo hizo, con una sonrisa que a la joven le supo a promesa—. No te preocupes, te encontraré.

Bishop levantó el jersey y, desenganchó un puñal que portaba en una funda de cuero, colgado del cinturón.

—Llévate esto —dijo, con el arma hacia ella.

—No, profesor.

—¡Hazlo! —Le cogió la mano y lo depositó en ella, con el estuche incluido, para que no rechistara—. Vas a necesitarla.

La contempló. En la empuñadura tenía una gema parecida al cristal del colgante de Liv, y se maravilló con lo precioso que era.

—Ahora, vete. —La empujó hasta la puerta—. Debes largarte cuanto antes, pequeña.

Entre la preocupación y la turbación que le había producido el regalo, guardó el puñal y el memorial en el bolsillo de dentro del abrigo, dispuesta a obedecerlo.

A medio camino, se detuvo. A lo mejor, no volvían a coincidir, por mucho que se lo jurara, y, en dos zancadas, cruzó el cuarto y se abalanzó sobre él para abrazarlo.

Sorprendido con su repentina muestra de cariño, no pudo reaccionar. Syn aprovechó su estupefacción para soltarlo y, sin concederle explicación alguna, marcharse sin mirar atrás.





#11: El memorial

(viñeta 34)

Le cayeron veinte días de celda sin pan y a Bishop le ordenaron supervisarla en cuanto quedara libre. Cuando fue a por ella al correccional, su estado era lamentable.

Malherida y hambrienta, mientras la cuidaba, se había sincerado con él y le había reconocido su cometido dentro de la academia.

¡Benditas las Matemáticas por ponerlo en su destino!, se dijo mientas revisaba las estanterías en busca de algún volumen que le sirviera como bibliografía para el trabajo, acordándose de como él había adoptado la misión de Liv como suya, fiel y comprensivo. Se había sentido verdaderamente afortunada.

Todavía contaba con decenas de moratones y rasguños. Uno bastante feo quedó al descubierto en la muñeca y se bajó la manga de su camiseta para que Corey no lo viese.

Habían reanudado la tesis, y se encontraban en el despacho del director de La Central recabando información. Le habían pedido permiso, con autorización de Bishop, y este había aceptado sin problema, creyendo que el encargo encarrilaría a Liv por la senda de la formalidad y el deber.

Corey no había sacado el tema de su aislamiento, ella tampoco pensaba hacerlo.

Su encierro, no exento de polémica, había generado furor en Niflheim, pero para Midgard, que era lo que interesaba, ella fue la solución fácil y la hicieron parecer culpable, mostrándola como una cría inmadura.

Como siempre, el resto fue historia y se tergiversó la realidad. Los hechos se ocultaron y se impusieron ideas de conmoción frente a las de la razón. Su delito sirvió para demostrar que, con la nueva ley de vigilancia,

se mantenía a raya a los insurgentes locos que rompían el sistema común de bienestar, cuando esa era, precisamente, una norma que afectaba y vulneraba la libertad individual.

La mentira entretuvo.

La manipulación condicionó las mentes.

Lo que los atemorizó traicionó a la razón.

De esa manera nadie se interesó por la verdad.

—¿Qué cuernos vamos a encontrar aquí? —prorrumpió Corey con una queja. Tras semanas de infinita paciencia, al parecer había perdido la fe en sus pesquisas—. ¿Y si nos inventamos el trabajo y le contamos a Balder que nos entrevistamos con los Observadores y que nos han garantizado que el Relojero es un ente imaginario?

Fue escuchar el nombre de los inspectores y sentir un hedor a podrido que le dio asco.

En su lugar, exhaló con una risa contenida.

—Sí, claro. Eso es más creíble que encontrar un manual sobre la guerra —musitó, irónica.

Borró la expresión divertida e inmediatamente interpretó el papel distante de siempre.

Empezaba a sentir aprecio por su compañero y eso era una faena. Entre búsqueda y revisión de informes, se estaba comunicando y abriéndose a la conversación con él, algo que días pasados le había parecido un imposible, estaba dando lugar a una camaradería curiosa y llamativa. Y no podía fiarse de nadie que no fuera Bishop. Ni de otro guardián ni del director de La Central y menos de Corey, que había sido educado en creer a ciegas en el cuerpo guardián, los Observadores y el Relojero.

—Aquí puede haber algún artículo —le sugirió, señalando unos libros.

«Y espero que algún otro sobre mis padres», pensó para sus adentros.

Deambuló por la sala. Pocos volúmenes se habían salvado de la Ley de Corrección y Bienestar Cultural que no pertenecían a temática científica, médica o tecnológica. La mayoría habían sido destruidos y solo unos cientos permanecían intactos, hoy guardados en las estanterías del despacho del director de La Central. Entre los ejemplares de esa biblioteca privada había ciertos manuales de código confidencial, en los que nadie había reparado desde hacía varias décadas.

Por eso, esa era la oportunidad perfecta para meter las narices entre la documentación del pasado y encontrar algún medio o fuente que le aportase información sobre su familia, y pensaba aprovecharla.

Aunque algunos estaban escritos, en lugar de incluir ilustraciones…

Después de la Guerra, el sistema había logrado que los ciudadanos no necesitaran comunicarse a través de códigos (ni secretos ni públicos) y a la gente se le informaba con imágenes cuya apariencia retocaban por

medio de un control operativo.

¡Qué suerte para Liv que su abuela sí le hubiera enseñado de pequeña a leer! Eso iba a facilitar su trabajo de investigación, pues algunos de aquellos volúmenes, logró apreciar, contenían notas escritas relacionadas con la Rebelión que, en su día, precisaron tener a su disposición para controlar y mantener a raya a las voces y variantes discordantes.

Pero Corey no sabía interpretar esos caracteres; seleccionó uno cuyo título era el año en el que supuestamente había tenido lugar el bombardeo.

—Échale un vistazo a este. —Se lo tendió. En la portada, bajo el año de la obra, aparecía el subtítulo «Análisis de datos y resultados», por lo que seguramente no aparecería texto, solo figuras, símbolos y cifras numéricas que él podría analizar fácilmente—. A lo mejor hallas algo que nos sirva.

Corey se rascó la oreja, con esa vacilación que revelaba que algo no le terminaba de cuajar, antes de recogerlo y sentarse en la butaca del director con un resoplido que levantó su flequillo, para hincar los codos y enfrascarse en la tarea.

Su pose la enterneció y, cuando reapareció ese ágape delicioso que empezaba a atraerle de él, sacudió la cabeza y se concentró en la biblioteca, abandonando esas emociones y dejándolas de lado.

Se dedicó a revisar una por una las obras, buscando alguna que le interesara.

Los títulos de los libros estaban grabados en el lomo, y los leía con la esperanza de que alguno despertara su interés. Excluyó a los que hacían referencia al sistema de gobierno, a la figura de los Observadores o al origen de los guardianes, y se concentró en los que hablaban exclusivamente de la guerra.

La batalla del puente de Koscai, El levantamiento del Relojero, La nueva ley...

Estos los descartó inmediatamente.

Entonces, se detuvo.

En la cuarta estantería, frente a sus narices, había uno con aroma a ceniza y nieve, que le provocó un picor que la forzó a rascarse porque no aguantaba la comezón: Causa y fundamentación de la disidencia: lista de presos.

Una vorágine de alegría, terror y miedo la invadió al ver aquel ejemplar. ¿Estarían sus padres en esa lista? ¿Los encontraría entre los miles y miles de nombres y anotaciones? Lo cogió y, corriendo al escritorio, lo abrió, pasando las páginas en vilo.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Corey.

No contestó. Se concentró en los cientos de personas desaparecidas que, como los suyos, habían sido borrados del mapa y de la existencia.

Se le acercó y la asió por el brazo. Ella se soltó con brusquedad y prosiguió con su indagación.

En la mitad del libro, a la altura de los «Apéndices», aparecieron entonces unas cuatrocientas hojas de presos políticos con rebeldes que habían iniciado la sublevación.

La lista era enorme. Había cabecillas de la guerrilla, insurgentes disconformes con la situación, que habían protestado a las calles. Anotados por orden alfabético, su dedo fue bajando, bajando y bajando, repasando cada columna, rastreando sus nombres.

En la página 331, columnas 25 y 76, leyó:

Rebelde n.° 3013: Tanya Leith,

(apresada por Daniel Einar en levantamiento. Encarcelada y ejecutado por la Corte de Observadores y el líder Relojero).

Rebelde n.° 3014: Dievo Sel,

(apresado por Daniel Einar en levantamiento. Encarcelado y ejecutado por la Corte de Observadores y el líder Relojero).

Pestañeó, se aturulló, lo revisó varias veces, comprobando, deseando que no se hubieran cumplido sus peores pesadillas.

No podía ser cierto, se dijo mientras el dolor la atravesaba. No era verdad. Eso no estaba pasando. Pero lo era, estaban allí escritos, no cabía ninguna duda.

Tembló de forma incontrolable.

Releyó. Dos veces. Tres. Hasta cuatro. Y, cuando en medio del horror, se fijó con detalle en el informe, creyó que se desplomaría allí mismo.

«Apresados por Daniel Einar». «Daniel Einar». «Da-niel Ei-nar».

Liv fue incapaz de reaccionar. El rencor, lacerante, atravesó su cuerpo, avivó su odio y partió su alma en pedazos. Casi se desmayó.

Quiso hacerlo. La tentó la idea de gritar y dejarse caer, hasta que la locura borrara de su memoria esa horripilante huella.

Corey, que aclamaba por ella, se aproximó, alarmado y, al notar su estado de ánimo, le arrebató el libro y pasó la vista por las hojas sin comprender ni una palabra.

El pomo se movió de pronto, la puerta cedió para que alguien pasara al interior.

Se quedó paralizada. Fue él quien, recogiendo el manual y ocultándolo debajo de su chaqueta, la apresó por la muñeca y los sacó por el otro acceso, en el momento justo en el que entraba el director de la academia.



#12: El plan

—¿Con quién hablabas?

Ella se sobresaltó al notar su aliento cerca, junto al oído.

Llevaba un buen rato esperando fuera, y se había puesto de los nervios al comprobar que tardaba.

—Con nadie. —Syn se toqueteó el colgante, inquieta. Sin que se lo esperara, sacó un cuchillo del bolsillo y lo levantó frente a él. Se fijó la daga y, a continuación, la revisó de arriba abajo. Ella dijo—: Si tú vas armado, yo también.

¿De dónde había sacado eso?

Un ligero rubor cubrió las mejillas de la joven.

Ahí estaba, otra media verdad. Empezaba a saber cuándo Syn omitía cierta información para no tener que mentir y tampoco revelar nada, ya fuera por no faltar a su palabra o por proteger a alguien. ¿O seguía sospechando de él?

Quiso creer que por su actitud, pues le dolería que, tras la conversación que habían mantenido, estuviera poniendo a prueba su confianza.

—Odio las mentiras —la asió por el codo y anduvo con ella a las escaleras—, pero empiezo a constatar cuándo dices una, incluso si es por alguna causa mayor.

Syn intentó soltarse, sin éxito. Él la apremió para que se animara a descender.

—Pero has tardado demasiado y debemos apurarnos. —Miró hacia un lado y hacia el otro. Se fijó en los escalones, con la intención de proceder. Cuando iba a bajar, se detuvo y apuntó abajo—. Tienes el cordón desatado.

Siguiendo su indicación, ella dirigió la vista a la bota.

Los cordones de la de su izquierda estaban sueltos y, antes siquiera de que Syn realizara la acción de agacharse y anudarlo, con una genuflexión, él se dispuso a hacerlo en su lugar.

Con lo escandalosa que era a veces, prefería desempeñar él la tarea. Aunque si los pillaban en ese instante, la situación sería bastante ridícula y bochornosa.

Al terminar, dejó la mano sobre su pie y la observó desde abajo.

—¿Cogiste el memorial? —le preguntó, bajito.

Desde esa posición, tenía una perspectiva perfecta y entera de su cuerpo. Sin apartar la mirada, ascendió muy pegado a Syn —detrás de él quedaban las escaleras—, apreciando cada recoveco de su escultural figura, entreteniéndose en el ascenso. Dejó caer el brazo que, con la excusa de la maniobra, se sujetó como pudo a su muslo. Ella dio un brinco, estremeciéndose con su contacto.

Llegó a su altura y se quedó quieto. En el iris de Syn, había una vivacidad que le provocó que se le erizara la piel.

Sus ojos, los de Syn, eran de un azul claro con tonalidades verdes que, a pesar de lo mucho que lo había evitado, lo doblegaban, irracionalmente, con adoración y recreo, con una pasión desmedida que lo atraía y le daba ganas de recorrer cada rincón de su mente y de su cuerpo.

De manera suave, irguió una mano y rozó el brazo de Syn, para, asiéndola de la cintura, terminar atrayéndola hacia él, eliminando la distancia que los separaba.

Quedaron pegados, y sus labios demandaron con urgencia que la besara.

Siempre igual. Aunque intentara mantener la distancia, no era capaz de parar ese instinto que le nacía desde dentro y que lo llevaba en dirección a Syn. ¿Por qué provocaba en él semejante magnetismo?

Inspiró, contuvo el aire y lo soltó, despacio. Pero fue lo bastante evidente como para que ella lo advirtiera y no dejara de seguir su respuesta.

Su boca casi tocaba la de ella, y su deseo se tornó poderoso.

¿Por qué era tan condenadamente interesante? ¿Por qué su carácter y su manera de ser eran tan apetecibles?

Rozó, con las yemas de los dedos, en una agradable lisonja, su espalda, y ese lugar, de pronto, adquirió un cariz único y especial.

Los labios sensuales de Syn se separaron un poco a causa de su caricia y se convirtieron en un antojo caprichoso, en una demanda cuyo propósito era sosegar su ansia, el calor que lo recorría, la pasión desmedida que inundaba su corazón, al igual que el latigazo ávido, anhelante, de ferviente deseo que solo ella podría sosegar.

Gruñó, con un ronroneo primitivo y gutural que era entre demanda y frustración. Ese sonido fue, por desgracia, lo que los devolvió a la realidad y, aunque tentado a ceder y dejarse vencer por él, se obligó a entrar en razón y a ser consciente de dónde se encontraban y qué misión llevaban a cabo.

—Será mejor que nos vayamos —manifestó, apartándose, dejando el beso suspendido entre los dos.

La vio tragar saliva, contener las ganas; asentir, no muy convencida, antes de separarse y emprender la marcha.

De manera inconsciente, o pueda que simulando que así era, pero haciéndolo igual, él entrelazó sus dedos con los de la joven para bajar juntos.

Syn se sobresaltó con su trato y, nerviosa, trastabilló. Intentó recomponerse, pero, como él tiraba para que no se quedara atrás, animándola a no parar, tropezó en el escalón y perdió pie.

Resbaló, patinó y, para evitar la caída, se sujetó a la casaca del guardián, con tan mala suerte que él eligió ese preciso instante para girarse y, sin nada a lo que aferrarse, se precipitó al vacío.

Creyendo que se vendría abajo, los dos contuvieron un grito cuando Markku logró estabilizarla, apretándola contra él para impedir que se desplomara.

Syn respiró con agitación, concediéndose un rato para volver a su estado normal, antes de alzar el rostro y verlo con ese brillo que lo hipnotizaba.

Fue imposible no acercársele de nuevo, inevitable no probarse y hasta insoportable no concederse la licencia y el derecho de conquistar de sus labios. Porque sí, eran dos polos opuestos, pero ella lo atraía, lo cautivaba con ese carácter explosivo, con preguntas y diálogos en los que lo impelía a reenfocar la moralidad, las creencias e incluso las causas y reglas de lo que, durante su vida, habían sido la naturaleza y régimen de su universo. Aunque, al principio, no le encontrara razón, y de que le hiciera reformularse su entelequia.

Pero su espíritu le gritaba que, cuando se tocaran, cuando por fin la besara, encajarían a la perfección. Y ese grito sordo que brotaba desde la profundidad de su corazón, no era capaz de acallarlo.

No fue tierno, pero tampoco ella le respondió de ese modo. Cuando su lengua se abrió camino y acarició la de Syn, la devoró; no tanteó, poseyó. Con una intensidad y una pasión feroz, ardiendo con el deseo que fluía entre los dos.

Las manos la recorrieron y la deleitó entera. No pareció saciarse de ella ni Syn de él. Cada roce, cada movimiento, desencadenó otro con un descontrol que los hacía querer continuar. Ya no fue trascendental si estaba bien o si debía resistirse para no complicarse la existencia, no le hizo caso a eso. Lo único que le interesaba era que ella estaba entre sus brazos y que él la precisaba con el mismo fervor y la misma fuerza.

Finalmente, y a regañadientes, tuvo que separarse.

—¿Vas a empujarme de nuevo por mi atrevimiento? —bromeó y, con el pulgar, el guardián rozó su mejilla.

Syn se echó a reír y negó con la cabeza.

—No; hoy, no —jugó, traviesa—. Pero no vuelvas a abordarme en las escaleras. Al ser la tercera vez, sería poco creativo de tu parte.

Sonrió con ganas y, depositando un casto beso en la comisura, le cogió la mano.

Sin soltarla, bajaron con precaución las escaleras, pegados a la pared, deteniéndose si escuchaban pisadas o algún tipo de ruido.

Llegaron a la planta baja y el guardián respiró, tranquilo, al visualizar al fondo del pasillo la puerta por la que habían accedido al edificio. Apuraron el paso, ansiosos por estar en el exterior. Incluso fue con el brazo estirado para largarse cuanto antes.

A pocos metros de alcanzarla, algo ocurrió. Hubo un chasquido, las luces de emergencia se encendieron, y, en el edificio, resonó la alarma.

¡Malditos fueran! ¡Casi lo habían logrado!

Una silueta se perfiló en la oscuridad, acercándose a ellos sobre el fondo de muros de piedra.

Él sacó su arma; Syn, precavida, también.

Silver venía solo, pero su pistola disponía de diecisiete cartuchos en el cargador que no dudaría en usar de ser preciso.

—Tú, hermano —en la voz de su colega de facción vibró con un matiz resentido—, ¿por qué nos traicionas?

Pasó de justificarse o exponer motivos que este no se creería. Apartó a Syn del punto de mira de su antiguo camarada, interponiéndose entre ambos.

—Sabía que, tarde o temprano, nos darías problemas —Silver le habló a la joven, al comprobar que él la protegía—. No me equivocaba.

Decidió dejarlo hablar, para que soltara presión.

—Cruzar las líneas es peligroso, Markku —le dijo, indignado con su superior.

—Estoy pidiendo la verdad —declaró con mucha sangre fría, modulando su tono—. Concédeme, al menos, el derecho de reclamarla.

Silver se encogió como si le fuera indiferente el tema.

—Yo soy un soldado —manifestó el guardián, objetivo, sin apartar el dedo del gatillo—. No me inmiscuyo en tu legitimidad; únicamente sigo órdenes.

—Por favor, déjanos ir. —Levantó una mano y apartó el cañón para dirigirse a él. Pero este ni se inmutó—. Tú me conoces. No formaría parte de este bando si no hubiera una razón de peso. Tienes que confiar en mí.

Los ojos de Silver fueron cálidos y sinceros cuando dijo:

—Confiaba en ti, daba mi vida por ti, e incluso iba apostar por

ella —la señaló, antes de regresar rápido a su anterior posición—, pero ya no sé si hacerlo…

—Yo nunca os traicionaría. Como te he dicho, quiero la verdad —juró, y permaneció un tiempo inmóvil, callado, intentando no volverse loco de la impaciencia. El ambiente estaba cargado y la tensión se palpaba a través de la contención del que fuera su compañero—. Si no me crees —dio un paso, bajó el arma, despacio, tendió las muñecas hacia él—, aprésanos.

Aguardó por su sentencia.

La asfixiante tirantez vibró y la incertidumbre se volvió inquietante.

Silver se debatía en una lucha interna, y la presión de tener que responder o ignorar una orden de la que no estaba convencido, pendía sobre su moral, sobre su rectitud, y la amistad, sobre su cabeza.

El sudor bañó la frente del soldado, que se la secó con el antebrazo para no apartar la atención de ellos dos. Sus manos temblaron, la pistola bailó de frustración, por el horror, enfadándose con la decisión, fuera cual fuese. Pero, ante el desastre, a un guerrero solo le queda aferrarse a lo que ama para enfrentarse al recelo y vencer.

Siguió un breve silencio que resultó penetrante, peligroso, y, tras unos segundos tensos, Silver apartó el ojo de la mirilla.

—Buena suerte, chicos —Se mostró pesaroso, con una actitud de total contradicción—. La próxima ocasión que nos encontremos, no seré tan clemente.

Markku cogió aire con alivio, le susurró un sincero «gracias».

Luego, agarró a Syn y los sacó de allí.



#13: El memorial

(viñetas 46 y 47)

Matar parecía sencillo, pensó Syn, aunque nunca lo había hecho en su corta vida. El acto en sí de clavar una daga en el vientre de alguien, o de meterle una bala entre ceja y ceja, no debía de ser difícil.

Lo que sí le resultaba espinoso era hacerlo bien y olvidarlo. Volver a ser la misma tras el asesinato. Veía imposible regresar a lo que era antes, porque esa muerte debía transformarte y cambiarte por completo.

Sí, matar a un ser humano no debía de ser difícil, pero hacerlo de forma adecuada, profesional e impecable, era algo muy complicado.

Ella todavía no había matado a nadie, pero sí había sentido la muerte. Cuando el tren había estallado en llamas, cuando la explosión se la precipitó a la vorágine, terminando con su familia, la había conocido de cerca, y la había cambiado, convirtiéndola en otra persona.

—¿En qué parte del edificio está el Relojero? —Le había estado dando vueltas a la cuestión en su cabeza durante la conversación mantenida con Mariê sobre el ataque. Desde su regreso de La Central, se habían puesto con el tema.

Quería hacerse a la idea de cómo acabar con el Relojero.

—Por lo que hemos averiguado, suponemos que en la azotea, para vigilar la ciudad. —La capitana se agazapó bajo el abrigo y la observó de refilón—. ¿Estás preparada para enfrentarte a él?

Caviló la respuesta con cuidado.

Ella, en su inocencia, opinaba que para alcanzar esa justicia que anhelaba, debía ponerles fin al Relojero y a los Observadores. Pero, para eso, era necesario matarlo. Si quería alcanzar dicha meta, debía

tener paciencia. Mucha paciencia. Y no creía tenerla, aunque trataba de buscarla. Y fortaleza. Pero la de Syn, en ciertas ocasiones, renqueaba.

Debía reconocerle al Relojero el mérito de permanecer agazapado dentro de un edificio durante siglos, como era el caso de su enemigo, manejando, engrasando el mecanismo de la existencia de otros. Eso requería de tranquilidad y sapiencia.

Sin embargo, matar por improvisación o por arrebato, por mucha justicia que abanderaras, o por mucha razón que tuvieras no te certificaba la victoria ni te aseguraba salir indemne. Para salir ilesa de un enfrentamiento contra una personalidad como aquella, se precisaban, indudablemente, una alta dosis de confianza, una poderosa voluntad, frialdad de juicio y cierta destreza.

¿Ella disponía de esas cualidades?

—¿Cuándo se está? —dijo, con el estómago encogido y la tensión agarrotando su cuerpo.

Mariê se frotó la nuca.

—Nunca del todo.

—¿Hay otros rebeldes en Midgard, además de los que habitáis en las alcantarillas?

La capitana asintió, confirmándole sus sospechas.

—¿Y? —insistió, a la espera de comprobar la disposición de los otros thralls.

—Calle 13, Plaza George Orwell y Libertarios se han sumado a nosotros —enumeró la líder con alegría—. Son los tres grupos mayoritarios y mejor armados de la ciudad. Vía 8 no ha respondido y los de la Nacional no han dado señales de vida.

—O no les interesa hacerlo —comentó, con resquemor.

—No importa —dijo su aliada—, lo destacable es que la mayoría nos hemos unido para ir juntos a la batalla.

Era extraño, reflexionó la joven que no llevaba de disidente ni quince días, pero le encantaría que la gente espabilase de su estado de letargo y se aventurara a decidir. ¿Qué actitud adquirirían al comprobar del control que ejercían sobre sus vidas?

Se pasó una mano por su corto y blanquecino cabello, soltó un suspiro profundo, de esos que salen del fondo de la garganta, para vaciar los pulmones.

—¿Hemos avisado a la población?

—Vamos a intentarlo —Se cuadró frente a ella, con las manos en la cadera—, pero los medios y noticieros están controlados por los Observadores.

La esencia a incienso brotó con ganas y, con ella, los golpes de tambor y el calor, el fuego que ardía tras el color gris de la disidente y que era el mismo que recorría las venas de Syn y la impulsaba a no

decaer y a luchar por su objetivo.

—Vale —concluyó—. Pues que sea lo que los dioses quieran.

La capitana desenfundó una de las dos pistolas que llevaba a la cintura y se la entregó.

—No vayas desprotegida a su encuentro.

Observó el arma como si su suerte dependiera de cogerla o de dejarla tirada en aquel túnel subterráneo. Mariê esperó a que la sostuviera y, cuando lo hizo, dio media vuelta y se fue, dejándola sumida en la congoja.

El pitido en la sien regresó, de modo acusado, y le temblaron las manos. Seguía prefiriendo un arma blanca, como la que le había regalado Bishop, pero, dadas las circunstancias y a lo que se enfrentaban, esta otra no le vendría mal.

Inquieta, dejó ambas, el puñal y la pistola, encima de la roca en la que estaba sentada, a su lado, y rebuscó en el bolsillo del abrigo.

Sacó el memorial y lo colocó sobre su regazo. Acarició la cubierta con ternura, apaciguando un poco sus nervios y, con la intención de encontrar un refugio entre las memorias de su madre, se desenganchó el colgante y lo introdujo en la ranura lateral, en el cierre. Se abrió con un clic y, con una ligera sonrisa, pasó las hojas, deslumbrada con los bocetos.

Una repentina alegría inundó su corazón y alivió, en cierta manera, su espíritu y le hizo un poquito más llevadera su ausencia.

Las figuras de sus padres aparecieron representadas en escenas cotidianas, despertando aquel sentimiento infinito e incondicional de amor, y tuvo que inspirar para que no la afligiese la pena. Había imágenes de ellos, de Syn y su hermano, de pequeños; en otras, incluso, de La Central, Bishop y Jostein.

Hubo una que captó su atención y la entretuvo. Estaba Liv, de joven, con una anciana de pelo canoso, en el salón de una casa vieja. Encima de la mesa había una fotografía de una mujer rubia y un hombre con gafas. Se preguntó quiénes serían y, con la yema de los dedos, recorrió los surcos del carbón, enterneciéndose con la viñeta.

¡Ansiaba tanto interpretar el cuaderno! Y, con delicadeza, repasó la ilustración como si estuviera cerca de Liv.

Aquel cúmulo de evocaciones y percepciones la mareó. El recuerdo de sus progenitores, el cariño, esas reminiscencias levantaron en su nariz y en su cerebro una ola de aromas muy identificables para ella que la encogieron por dentro. Se tocó la frente, intentando mitigar el vértigo que nacía dentro de ella. Fue inútil, el perfume de su madre, a metal, a bronce, atravesó sus fosas nasales y, con un estallido, reverberó en su cabeza y la remolcó, de un modo insólito, a un túnel de luz tenue y clara que la trasladaba, como en un sueño, dentro de una nube blanca, limpia y pura, pero que la sofocaba sobremanera. Se

sintió intranquila, fue como si alguien la transportara de aquel subterráneo, negro y ceniciento, a otro lugar. Se puso frenética, se fijó en el suelo, en sus dedos, que hormigueaban por miles de pinchazos, por los músculos, en su cabeza. En medio de la marea de olores y de espejismos extraños, tras un chirrido, se detuvo y, desubicada, oteó a su alrededor.

¡No dio crédito! Para su sorpresa, ¡se hallaba en aquella casa! Su asombro fue mayúsculo cuando, dirigiendo la vista a abajo, ¡vio que sostenía la misma foto de la viñeta!

Asustada, se llevó las manos a la cabeza, soltando la fotografía, que cayó contra el suelo y se partió en mil pedazos. El pitido resurgió con intensidad. La hizo tambalearse, apretó los dientes, se tapó los oídos.

Entró en un conducto luminoso que le oprimió el pecho. La presión la lanzó al vacío, comprimiéndole el cerebro, y, deseando fervientemente que esa conmoción la abandonase, cerró los puños y contuvo el aire.

Al cabo de un rato, o minutos, la presión desapareció, el efecto cesó, y, temerosa, estudió el lugar. Se encontraba sola, de nuevo en el túnel, con el cuaderno entre sus rodillas y la respiración agitada. El frío le recorría la espalda y la camiseta se le pegó a la piel.

¡¿Qué diantres había ocurrido?!

Observó la libreta, maravillada con lo sucedido.

«A lo mejor tienes que contemplar las reproducciones como un rompecabezas —las palabras de Eira resonaron dentro de ella—, como piezas que, aunque en un principio te parezcan inconexas, encajarán con coherencia».

¿Sería posible? ¿A través de los dibujos, Liv quería despertar en ella el destello de una experiencia que la deslizaría al pasado?

El sudor volvió y pasó las hojas con desesperación. Buscó ese hilo que desenmarañara la memoria de su progenitora, alguna imagen que la sumergiera en aquella espiral de reminiscencias.

Con esa corazonada, repasó las viñetas con cuidado. Ya no le temblaban únicamente las manos, tiritaba entera y, casi al final del memorial, hubo una que la detuvo.

Estaban Liv y Corey en una habitación de La Central, no muy contentos. Pasó la palma de la mano por encima y, cerrando los ojos, se concentró. Percibió el dulce de leche; también el bronce y el metal. Esa mezcla la impactó. Salivó y tragó. Su mente saltó, se vio arrastrada a ese pasaje de niebla blanquecina que, con un efecto de aturdimiento, apremio y mareo, la sumergió en cientos de sensaciones que la obligaron a ir al túnel del pasado y su recuerdo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando la puerta se abrió y me giré para ver quién acababa de entrar en mi cuarto sin permiso.

Corey no contestó. En su lugar, levantó el jersey, tomó el libro que habíamos robado en el despacho del director y me lo lanzó sobre la cama.

Me quedé pasmada; en su espalda y su vientre, logré apreciar cicatrices de antiguas heridas que lo habían dejado marcado de por vida.

—¿Quién eres? —Me cogió de los codos y me zarandeó—. ¡¿Quién eres?!

No pude articular palabra. No por miedo, pues estaba segurísima de que no me haría daño, sino por el temor a su reacción (y a la mía) en cuanto le relatara y fuera consciente de nuestra verdad.

Cobarde, retrocedí y tropecé con la cama.

Él se acercó y volvió a sacudirme.

—¡Respóndeme!

Su caramelo surgió entre nosotros y traspasó mi piel, quebrantó mi fortaleza. Pretendí esquivarlo y escaparme de él, de su fragancia que me pinchaba y me removía tantas cosas. Del pasado familiar que nos crucificaba con su presencia.

—Es mejor que te alejes de mí. —Me di la vuelta para irme, para no verle.

Me sujetó y me retuvo. Nuestras narices chocaron.

—¿Por qué dices eso? —Su mirada, cristalina y furiosa, me escoció, pero aun así, me impresionó con su dulce esencia. Se exasperó—. ¿Por qué haces esto?

Las palabras me quemaron la garganta. Intenté soltarme, apartarlo, pero él ni se inmutó y, sintiéndome acorralada, furiosa por la situación, levanté el brazo y lo empujé.

Vi su dolor, su lástima, cómo lo había defraudado. Eso me lastimó muchísimo. Pero es que descubrir que había sido su antepasado quién dirigió al equipo de guardianes, responsables del aprisionamiento de mis padres, acto que, aunque sin pretenderlo, los había conducido hasta la muerte, fue lo más horroroso que me había podido imaginar.

Después de mi arrebato, en lugar de marcharse, en lugar de dejarme allí, atormentada con el pasado, abandonada y sola como siempre había estado, en lugar de eso, repitió:

—¿Quién eres?

Abatida, me senté en la cama e, impotente, me eché a llorar.

—Yo no encajo contigo —en cuanto pronuncié esa frase, me vine abajo—. ¡No te convengo!

—¿Y yo sí? —exclamó, crispado—. ¿¡Sabes si yo sí!?

Levanté la cabeza, lo miré fijamente.

—Si te lo cuento, dejaremos de tratarnos —le advertí, echándome a

reír, al borde de la desesperación—. Tus valores, tu educación, tu familia… ¡no te van a permitir estar conmigo!

—Tú no tienes ni idea de la relación que mantengo con mi familia. —Fue tan frío y carente de aprecio que me dejó paralizada. ¿Qué habría pretendido decir?—. Me encuentro solo, Liv —dijo, partiéndome el corazón en dos—. Tú, en cambio, me dabas ilusión.

Negué con la cabeza, sin acabar de fiarme de lo que oía, de lo que percibía. Pero su olor me vencía por completo.

—Está tu hermano, Jostein —le recordé, intentando aguantar y no ceder—. Tus padres.

Se separó como si le hubiera dado un puñetazo en la cara.

—¿Es que no lo entiendes? —vociferó, crispado—: ¡No puedo estar con quién me hace daño!

Alcanzando mi mano, me agarró por la muñeca, levantó su camisa y la introdujo debajo.

Mis dedos rozaron su costado, sus heridas, y, con una ola de licor de miel, cubrió mis sentidos.

Lo vi tragar, atrapar mi mano y dejarla sobre su corazón. Sus latidos turbaron los míos y los convirtieron, con su aroma, en un huracán de sensaciones inauditas.

La confianza es un sentimiento que se abraza ciegamente, incluso antes de probar que sea cierta. Nos pone de espaldas contra la pared y nos conduce, de forma vulnerable, hacia la otra persona, arriesgándonos con rotunda franqueza.

Empecé a recorrer su cuello y acaricié su mejilla. Su mirada se despejó de forma tan luminosa como seguramente se despejaría el cielo plomizo de Tuskay cuando mi abuela era pequeña, con un sol brillante, resplandeciente y tan apacible que me resultó inviable rechazarlo. Me atraparon. Me vi envuelta en ese rico olor.

Dejando a un lado mi prudencia y precaución, mi rabia, incluso mi cordura, me aproximé a él y lo besé. Lo besé porque esa sería la única ocasión que tendría. Estaba convencida de eso.

Cuando mis labios rozaron los suyos, supe que no sería capaz de repetirle que me abandonase. Porque cuando probé sus labios, mis murallas, mis reticencias, si quedaba alguna, se vinieron abajo y los pedazos fueron encajando en su lugar. Sencillo, simple y natural. Como dos fragmentos cuyos huecos se complementaban en un baile excitante que me desbordó de pasión. Lo había ansiado y, hasta ese día, no había sabido cuánto.

Pero entonces, tocaron a la puerta y, con un baño de realidad, nos separamos.

—¿Corey? ¿Estás ahí? —era Jostein. ¡Nos había visto entrar!

La razón se impuso sobre el corazón y, obligándome a abandonarlo, recogí el libro, abrí la puerta y, con un Jostein desconcertado, eché a

correr.

«Si coges las imágenes que habitan en los rincones de tu memoria y les atribuyes una sensación —ya sea un olor, un sabor o un sonido—, conseguirás unir fragmentos emocionales que recomponen los trozos desmenuzados y dispersos que conforman el pasado y que dan sentido al alma».

Esas evocaciones la exaltaron. La exaltación dio paso a una inmersión, y la inmersión trajo el despertar. Las piezas inconexas se unieron y formaron un todo, y una visión asaltó su memoria. La siguió para ver adónde la encaminaba. Y, cuando al fin Syn fue capaz de reunificar los recuerdos de sus padres a través de los aromas, gustos y armonías con los que Liv había dibujado las viñetas, con lo que le había inquietado, con lo que había entregado, y con lo que, de algún modo, la había marcado, todo cobró una relevancia inaudita.

Sí, la suya no era una sinestesia normal, se lo habían dicho Bishop y Eira; era una peculiaridad desarrollada que, al interpretar el memorial de su progenitora, le permitía atisbar el daño, las desventuras e intentos frente a la vida de su progenitora, con una evidencia abrumadora y desgarradora, del espíritu de su madre, entendiéndola casi por entero.

La historia se repetía. El mismo sistema los conducía al abismo; a ella, a su hermano, a Markku, a Eira. A Bishop y a Marîe. A cualquiera. Al igual que lo había hecho en el pasado con sus padres. Ahora, en el presente, con ellos.

Y empezó de nuevo. Pasó las hojas del cuaderno, en esa ocasión, en orden, deteniéndose en cada una de ellas, con una visión periférica e imaginativa, con un ángulo amplio y detallado.

Y no fue capaz de detenerse…

La venganza era un sabor que llevaba su nombre, pensó Liv mientras robaba dos armas, cartuchos y alguna granada de la sala de entrenamiento de La Central, con el objetivo de atentar contra la Torre Omega.

Salió equipada de la academia, releyendo el cuaderno y lo que había escrito en él: la confirmación de la muerte de sus padres y quienes eran sus verdugos.

De camino, empezó a llover, y sus lágrimas se mezclaron con el agua

que caía del plomizo cielo, cubierto por un vacío de color carbón.

Temiendo que las letras acuñadas en la hoja se borraran, la cubrió bajo la solapa del abrigo y, frente al edificio, se dejó caer de rodillas y gritó. Muy fuerte. Con la potencia que le permitieron sus pulmones. Por la lucha interna que tenían su razón y su corazón, queriendo mitigar esa zozobra que la rasgaba y la abría en canal.

Así la encontró Corey, que había ido detrás de ella, en su busca, la levantó por los codos y la abrazó para apaciguar sus alaridos, y la arrastró para ponerla a cubierto bajo los soportales del otro lado de la carretera.

Liv, colérica, no se tranquilizó y clavó los dientes en el abrigo del guardián; las uñas, en su brazo.

Él le permitió aliviar su cólera, aunque no la entendiese ni supiese su procedencia. Poco a poco, se fue sosegando y se dejó mecer, aplacando su tristeza.

Si había justicia, si las Matemáticas tejían los hilos del futuro y de la vida, la fortuna le permitiría acabar con el Relojero y los Observadores por haberlos hostigado a ese funesto destino.

—¿Qué pasa? —Le preguntó al cabo de un rato—. ¿Qué hay en ese libro que te ha alterado tanto?

Con la garganta rasgada por el llanto, lo sacó y lo abrió por la hoja indicada.

—Aquí. —Pasó el índice por encima de las líneas en las que aparecían sus padres.

Él estudió el libro sin comprender nada.

—¿Qué hay en esa lista?

La joven recordó que a los reclutas no se les enseñaba ni a leer ni a escribir y, fuera de sí, la golpeó.

—¡Es un registro de presos de guerra! —se exaltó, mientras el dolor reaparecía con una desagradable evocación a sangre—, de una serie de asesinatos que el sistema efectuó contra los
re-rebeldes...

Se atragantó, realizó una pausa para deglutir la saliva.

Él asintió, a la espera de que continuara.

Eso hizo.

—En esta sección —subrayó, indicándole; él no sabía leer, pero sí aprendiera los números—, con el nº 3014, está mi padre; y en el nº 3013, mi madre.

Corey dejó de abrazarla. Bajó los brazos y, con el ceño fruncido, observó las líneas.

Ella añadió:

—Tu abuelo fue quien los capturó.

Un rayo rasgó el cielo, sus corazones, y el vacío se instaló como una enorme losa entre ellos dos.

Él tampoco que se había imaginado las dimensiones del asunto, y su

expresión de auténtica consternación.

A expensas de que él pudiera ir hasta La Central y descubrirla, Liv se armó de valor y prosiguió.

—Mi abuela y yo pasamos años buscándolos. Habían desaparecido tras la explosión de las bombas —comentó, relatando los acontecimientos que habían marcado su vida—. Estaban en una manifestación en contra de las normas que coartaban la libertad de los ciudadanos. En aquellos días, no estaba mal protestar en público contra una ley orgánica. Pero los tildaron de disidentes y de agentes cuya acción era una exaltación de la violencia.

Le escocía hablar de ello y, sujetando el libro de forma enérgica, apretó los dedos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Ellos no cometieron ningún delito. No habían robado ni habían insultado a nadie. ¡No habían atentado contra de nadie! —dijo, despacio, para evitar que el rencor se apoderara de sus palabras—. ¡No merecían morir!

Lo vio quedarse callado, realizándose mil preguntas, aturdido por lo que se había encontrado tras esa dura verdad. No pronunció ni una palabra, pero la tribulación se hizo palpable en su cara. Ese caos, ese desconcierto. Su olor representó esa disyuntiva y su confianza se vio colgando de un hilo muy fino y que, o bien los afianzaría, o bien los distanciaría para siempre.

Cualquiera de las dos opciones le hacía daño. Porque no quería esa congoja para él, ese riesgo, y la aterraba verse sola, aceptando aquello, privada de su compañía.

El silencio se prolongó durante lo que le pareció un momento interminable. No hubo nada que hacer, definitivamente, no volverían a verse.

Fue entonces cuando Corey tomó aire, profundamente, y, haciendo gala de su juicio ecuánime e inquebrantable, musitó:

—Ahora sí tienes que contarme los detalles, pequeña.

Y Liv se abandonó a él entre sus brazos.





#14: La venganza

Hay ciertos momentos a los que querríamos regresar, que es mejor verlos desde delante hacia atrás. Pedazos de metralla emocional que redirigen tu vida y de los que eres incapaz de huir. Te quedas en ellos, en esa pérdida y tratas de arreglarlo como sea. Son fragmentos que te mantienen atrapada en el pasado. La soledad los envuelve, tu mente rebobina continuamente hasta esa experiencia trágica y te impide ser feliz si no hay resarcimiento.

Los llamaban insurrectos. Disidentes. Pero al visualizar el pasado de sus padres, a Syn le parecieron inspiradores. Y más que nunca, le pareció injusta su muerte.

Ojalá no se le hubiese ocurrido aquella mañana ir a Tuskay. Ojalá Liv y Corey no hubiesen aceptado su propuesta y ojalá la familia entera no hubiese cogido aquel tren. Si ella no se lo hubiese sugerido, si ella no hubiese abierto la boca ni les hubiera pedido ir ese día al cine, con lo que le fascinaba aquel director a su madre, quizás seguirían vivos. A lo mejor habrían llegado a viejos. Mientras repasaba las viñetas del memorial, se los imaginó en su vejez, visitándolos, ofreciéndoles tarta de chocolate con té, queriendo charlar. Y la tristeza la embistió de lleno. Su pérdida la lastimó como una daga clavada en su corazón eternamente.

Con extrema melancolía, pasó las hojas, una tras otra, ahogándose en la memoria de su madre mientras lo que esta había vivido, hecho y visto se reproducía en su cabeza, con una nitidez aplastante, sumiéndola en llanto, al mismo tiempo que la asaltaba el día que evitaba recordar, pero que era incapaz de revertir y que era el motivo por el que continuaba peleando y le permitía vivir, reapareciendo con una mezcla a sangre y a polvo, con un dolor inmenso que aceleró su sed de venganza.

—¿Syn?

Sacando la cabeza del cuaderno, su sorpresa fue mayúscula al distinguir a Balder Bishop delante de ella.

—¡Profesor! —exclamó. Notó las mejillas húmedas y, como había llorado, borró el rastro de un manotazo—, ¿qué haces aquí? ¿Me has seguido?

La postura de Balder semejaba hundida y le hizo un hueco para que se sentara a su lado.

Agradecido, se acomodó junto a ella.

Después, cruzó las manos con aires de preocupación.

—¿Sabías que en la antigüedad la gente sabía leer y escribir, y dibujaba por capricho? —dijo, observando el cuaderno de reojo.

—Sí —Se lo había explicado Eira cuando lo había visto a él con sus libros.

No entendía adónde quería llegar con esa exposición de los hechos a modo de saludo, pero lo escuchó.

—Cuando uno escribe o dibuja a mano —hizo un baile con los dedos, como si estuviera realizando la acción—, provoca una codificación de determinadas zonas del cerebro desde las que vas curando las heridas. El hecho de escribir o de dibujar el pensamiento, lo que se siente, estimula una parte del cerebro que marca y memoriza mejor las experiencias, facilitando e invitando a la reflexión. Por eso los diarios, a lo largo de la historia, han significado tanto y han sido catárticos, y se han convertido en grandes relatos de la literatura. —Se ajustó las gafas, resopló con resignación—. Cuando eliminaron esa vía de comunicación, sustituyéndola por imágenes diseñadas a máquina, convirtieron la transmisión o exposición de ideas en la mayor y más poderosa de las armas.

Nunca había llegado a esa conclusión, y se quedó boquiabierta con lo que le estaba contando el mentor de La Central.

Bishop cruzó las piernas, con cierta nostalgia.

—A lo largo de mi vida, he peleado con uñas y dientes, desde un plano secundario, por la liberación de Midgard. Siempre quise que sus habitantes espabilasen y percibiese el dominio mental que Niflheim ejercía sobre ellos. —Se agachó, recogió un guijarro y jugó con él—. Creía fervientemente que debían ser conscientes de las mentiras y barbaridades que sugestionaban su criterio y, libres, decidir si querían seguir o no siendo pusilánimes y esclavos de su ignorancia.

Se rascó con la pequeña piedra, sin provocarse ninguna herida ni hacerse daño, marcando levemente su piel.

—La última no fue solo una guerra de metralletas o bombas nucleares, Syn —dijo, pronunciando cada palabra con esmero—. Fue una lucha de intereses en la que se participó con manipulación ideológica, persiguiendo el control de pensamiento, influyendo en la opinión y reflexión humanas, plantando falsos testimonios que

sembraron la duda, trampeando los mensajes y falsificando imágenes y noticias, rediseñándolos según sus necesidades.

Sus ojos caramelo deslumbraron en el oscuro túnel. Sonrió con sarcasmo.

—No supimos qué creer ni en quién confiar. —Se toqueteó los botones del chaleco de cuadros mientras sostenía el guijarro en la otra mano—. Cuando un sistema se basa en el ilusionismo, las mentes de las personas se confunden y se olvidan de por qué luchan, pierden la capacidad de reflexión, la fe y, al final, dejas de ser disidente. Uno siempre debería luchar por lo que es correcto. Pero si te meten en una bañera de agua caliente y van aumentando gradualmente su temperatura, dejas de ser consciente de que, poco a poco, te irán matando.

—¿La gente no notó que la estaban manipulando?

—No sabes lo que haces cuando lo vas haciendo lentamente. —Él la miró tras gafas, con tristeza—. Si, además, quitas el estudio de la historia y sustituyes los espacios de deliberación por valores morales que el líder de turno considera oportunos, tienes la mitad del camino ganado.

Ese era el contexto con el que habían tenido que lidiar a lo largo de esos años. El error nefasto. El mayor pecado. El de dejar de pensar por nosotros mismos. El no reflexionar sobre lo que veíamos, lo que escuchábamos o lo que sentíamos, dejándonos guiar por las modas que otros marcaban. No aprender a diferenciar lo sustancial de lo banal. A despejar la niebla de la superficialidad que nos invadía a diario. A desdibujar, reescribir e interpretar entre líneas, intuyendo qué había detrás de las noticias, a ser críticos sin caer en la sugestión de prestidigitadores líderes que pretendían hipnotizarlos.

¿Cuándo se olvidó la gente de ser fuerte? ¿Cuándo empezó a dejar de protestar y a dejarse ir por con las medias verdades? ¿Cuándo dejaron de nutrirse de las diversas fuentes y entregaron su voluntad curiosa y discrepante, renegando a la libertad que tanto les había costado?

Engatusaban sus mentes con trucos de magia que ellos mismos estaban predispuestos a aceptar, ignorando el hecho de que había que pelear por conseguir la verdad, pues esta era un camino que no resultaba agradable. Lo peor era que lo hacían cómodamente, sin rechistar, y esa indiferencia le produjo náuseas.

—La resignación es un suicidio cotidiano —prosiguió el profesor—. Eso dijo un filósofo en el pasado y cuánta razón tenía. Lo triste de esto es que, al final, yo acabé ocultándome y dejándome ir, representando un papel de inocente por falta de valor para enfrentarlos.

—Lo intentó —destacó ella, refiriéndose a la viñeta—. A su

modo, lo intentó.

—¿Y de qué sirvió? —Negó con la cabeza—. Mientras el tímido reflexiona, el valiente va, triunfa y vuelve. No puedes permanecer en la retaguardia cuando tú eres quién habla de luchar por el cambio.

La joven se agachó, apoyó los codos en las rodillas, la barbilla en la cuenca de sus manos.

—¿Vas a unirte a nosotros?

No hizo falta que le respondiera nada. La ilusión traspasó su semblante y Syn se abalanzó sobre su cuello para rodearlo.

—Me alegra que estés aquí, profesor.

Él le devolvió el abrazo con verdadero aprecio.

—Quiero decirte algo, Syn —pronunció en un siseo, atormentándola con el color marrón de su dulce de leche.—. Un aprendizaje importante que me ha dado la vida ha sido que uno debe actuar por justicia, no por venganza.

Se quedó paralizada. No se había esperado que él sacase el tema de sus padres ni el motivo personal que la había incitado a rebelarse contra el Relojero y sus secuaces. Porque, aunque no lo aceptara abiertamente, tenía miedo de fallar, de acobardarse y de no ser capaz de enfrentarse a él y ganarle.

El profesor agarró su mano y se la sostuvo entre las suyas.

—La justicia te da paz. En cambio, la venganza te consume y acaba con lo bueno que hay en ti.

Quiso protestar, rebatirlo, pero sus palabras se adentraron en ella y fue como si alguien la sacudiera, obligándola a analizar la situación.

Escudriñó en su interior, intentando encontrar razones que justificaran su rabia, ese sentimiento de rencor que había nacido con la muerte de sus padres y que, hasta ese día, la había hecho seguir adelante. Ella había perseguido la revancha desde entonces. Ese odio le había otorgado energía y la había guiado a la búsqueda de la verdad y de sus enemigos. Pero él había removido su conciencia; había rescatado la humildad que había habido en ella y se sintió mal. Porque, lamentablemente, había algo cierto en el mensaje de Bishop, y era que el resarcimiento que anhelaba, esas ganas de *vendetta*, la estaban destruyendo.

—Si obras con rectitud y honestidad, ganarás siempre —le dijo.

La voz de Balder le arañó la conciencia, el suelo se abrió bajo sus pies. Sí, eso era cierto, y se entristeció al pensar que, inconscientemente, se estaba dejando llevar por una resolución que estaba mal, que no era la correcta, que debería apreciar los hechos y valorarlos desde una perspectiva menos exaltada, más real y objetiva.

Pero era muy tarde, ya no había regreso posible para ella.

—¿Debo cruzarme de brazos? —replicó, molesta.

—No —la sosegó, sin perder la sonrisa—. Tienes que reclamar justicia, pero sin caer en la crueldad del desagravio.

Confundida, alterada y, en cierta manera, esquiva, durante su discurso, se había soltado de sus manos. Él volvió a agarrárselas para acariciar sus nudillos fríos.

—Liv fue como una hija para mí —dijo Bishop con la ternura retratada en su voz—. Pase lo que pase, decidas lo que decidas, no voy a dejar que cruces sola el abismo.

Parecía tan apesadumbrado que hizo un ejercicio de contención para no acabar la conversación en llanto.

Quizá ella no olvidara nunca la muerte de su familia, pero él, aunque pasaran los años, tampoco superaría la ausencia de Liv.

Syn había sobrevivido con el objetivo de cambiar el mundo y que los asesinos de sus padres obtuvieran su merecido. Balder Bishop le acababa de hacer ver que no es posible solo con ideas, que necesitamos convicción en nuestros corazones.

Ya le había comentado en su momento que no debía perder la fe porque la desesperanza era enemiga de la justicia. En cambio, la ilusión nos permitía seguir en pie cuando nos obligaban a sentarse y obedecer. A hablar, cuando nos decían que nos calláramos y permaneciéramos en silencio.

Su familia la había educado en esa convicción y no desfallecería.

Y por ese motivo, por sus padres, por la gente que había muerto en el tren, por Midgard, a pesar de las buenas intenciones de su mentor, destruiría el mecanismo que los regía y que los había condenado a una existencia esclava.

Escucharon unos pasos y se recompuso rápidamente cuando Mariê vino junto con su hermano.

—¡Profesor! —lo saludó la líder.

—¿Os conocéis?

—¡Claro que sí! —contestó la disidente—. Desde hace años trabaja clandestinamente para nosotros, pasándonos información de los Observadores.

¡Por eso, cuando había ido a por el memorial y coincidieron en la habitación, él le había asegurado que se encontrarían!

Bishop arrugó las cejas y observó a Eivor. Lo estudió tras sus pequeñas gafas y, cuando se dio cuenta del parecido con Syn, gesticuló, agitado.

—¿E-es t-tu...? —tartamudeó el anciano.

—Sí —confirmó ella, riéndose—, él es mi hermano.



#15: El mensaje

¡Buenas noches, Midgard!

Soy Mariê Martín, la rebelde que creíais muerta o pudriéndose en una celda por oponerme, hace algunos años, al último decreto sanitario al cuidado del ciudadano de Tuskay.

Eso os han dicho, sí. Una mentira. Como tantas otras que os cuentan desde hace muchos años.

Sé que disfrutáis de la comodidad de la monotonía, del confort de la rutina y la ignorancia, de la tranquilidad de la inercia y de la costumbre. Pero he pensado que hoy podíamos charlar; tomarnos un minuto y hablar.

Por supuesto, habrá quien esté en desacuerdo con que lo hagamos. Supongo que, incluso, en este preciso instante, estarán rastreando este canal para generar imágenes y noticias falsas con las que desprestigiar y manipular este mensaje en medios de comunicación y redes sociales. A lo mejor, no sobreviviré a él.

Nos sacan del escenario.

Nos excluyen de la narrativa.

Anulan la crítica y la discusión.

¿Por qué? Porque mientras nos sigan ilusionando con falsas realidades y convenciéndonos o confundiéndonos con ellas, nos quitan tiempo para lo que realmente sí importa: hacer cosas notables que construyan nuestras vidas.

Sin embargo, las palabras contienen fuerza, significado. Si no las manipulan, muestran la verdad. Nuestra verdad.

Lo cierto es que en este mundo algo va mal. ¿No lo percibís?

Temor, imposición, injusticia, opresión. Nos entretienen con una corrección política de valores programados, que otorga exclusión e intolerancia, mentira y control.

Nada de lo que vemos es 100 % auténtico ni verídico. El mayor problema es que carecemos de la capacidad para diferenciar realidad

de ilusión.

¿Cómo ha podido ocurrir? ¿De quién es la culpa? Es de todos y cada uno de nosotros, por lo que, tarde o temprano, tendremos que rendir cuentas.

Sé por qué habéis llegado hasta aquí. Enfermedades, temor, confusión, pandemia. Una guerra. Había un montón de problemas que enturbiaban nuestra mente y anulaban nuestro sentido común. El miedo pudo con nuestra voluntad y confiamos en ese Relojero, que nos prometió soluciones, nos juró paz. Nos dio fantasías con las que no ver la realidad. Finalmente, caímos en un silencioso y obediente acatamiento.

Hoy, voy a intentar poner fin a este silencio.

¿Os acordáis del tren que explotó, hace unos meses, llevándose por delante la vida de unas cien personas? Pues no fue un accidente como os han hecho creer. Otra mentira. Otra de tantas.

¿Adivináis quiénes han sido los culpables? Siento ser yo quien os lo cuente. Siento ser yo quien os diga la cruda verdad, aunque, en el fondo, reconocedlo, algo presentíais, algo no os cuadraba.

Se hacen llamar el Relojero y los Observadores. Llevan años tejiendo una red de mentiras y de engaños.

Los thralls vamos a levantarnos contra este ocultamiento. Los rebeldes queremos recordarle a Midgard lo que ha olvidado, lo que hace siglos tenía y le han arrebatado. Vamos a recordarle al mundo que la justicia, la libertad y la verdad son más que una mera ilusión y podemos alcanzarlas.

Nos alzaremos frente a la sede del Relojero y sus vasallos para reclamar el debido castigo. Si no quieres participar, estás en tu derecho; pero, si no lo haces, tampoco te quejes ahí sentado. Nosotros no seguiremos durmiendo.

Abre los ojos.

¡Despierta!

Tu vida está a punto de cambiar.

Iban a asaltar el edificio de mayor control que había existido nunca.

Pero no estaban solos. El discurso de Mariê había surtido efecto y cientos de personas se apelotonaban frente a la sede, con carteles, palos, lanzando piedras contra la fachada, demandando entrar.

La capitana de los thralls, conmovida, había alzado la cabeza hacia la imponente Torre Omega, de muros grises y ventanales opacos,

esbozando una sonrisa de esperanza.

Gracias a esa distracción, accedieron por la parte de atrás. Los distintos mapas que había en la galería y en las estaciones de metro los guiaron por los pasadizos que transcurrían bajo la ciudad y, por las ramificaciones de los corredores, hasta las alcantarillas que daban al edificio.

La muchedumbre entretenía a los Observadores al otro lado. Un vigilante, compañero de confianza de la facción, apagó las cámaras y les dio paso al interior a través de los almacenes anexos al edificio principal. Les pidió silencio mientras, con precaución, cruzaban las salas de aparcamiento bajo los abucheos.

A Syn el corazón iba a salírsele del pecho, y sintió la presión latir en los oídos, en la cabeza, cuando un pinchazo agudo nació en su nuca. Torcieron a la izquierda y el de seguridad abrió una portezuela por la subieron por unas escaleras y, cuando el escuadrón llegó a otra, Mariê los observó. Era la hora.

Se habían dividido en dos grupos de ataque: el conducido por Markku y la capitana, que iría hasta el recibidor con el objetivo de ocupar la entrada principal. Bishop también estaba en este y Syn los acompañaría para encontrar al Relojero. Y el de su hermano, junto a Eira y un número mayor de rebeldes, que revisaría cada planta para apresar a los observadores.

Eivor la rodeó y la sostuvo entre sus brazos.

—No hagas que tenga que llorar por ti de nuevo —le dijo, al oído y, antes siquiera de que pudiera reaccionar, depositó un casto beso a un lado de su cabeza.

Quiso decirle muchas cosas mientras él subía el último tramo de escaleras, pero solo balbuceó:

—No te librarás de mí.

Compungido, él asintió antes de que el vigilante le abriera la puerta y echara a correr hacia el interior.

Pasaron varios soldados detrás de él, con las pistolas preparadas.

Le tocó el turno a su amiga.

Eira, a pesar de las circunstancias, no abandonaba su achocolatada sonrisa y, en un acto impulsivo, depositó un beso en su mejilla.

—Cuídate, Chamusquina —se despidió, antes de abandonarla e ir a la batalla.

Suspiró, turbada. La guerra ya les había arrebatado a sus padres, y por nada del mundo quería que le sucediera lo mismo ni a su hermano ni a sus amigos.

Fue el antiguo jefe de La Central quién carraspeó, devolviéndola a la realidad y, empuñando el arma, asintió, preparada. Él le respondió del mismo modo y fueron detrás, junto con el último

escuadrón.

—¿Cuándo esto acabe… —escuchó que pronunciaba Markku, a su lado—… vivirás con la sanadora, en pareja, en una casa blanca con tejas rojas?

Syn alzó una ceja. Iban pegados a la pared, con Bishop, Mariê y los thralls delante de ellos, abriendo paso. Sonrió, al comprender que hacía referencia al beso compartido, y del que había sido testigo, entre ella y su amiga.

—Yo no estoy hecha para esa clase de amoríos, guardián —dijo, sincera.

—¿Entonces para qué? —insistió él, pegándose a ella, mirándola desde arriba de un modo voraz—. ¿Y yo para qué estoy hecho?

Su pregunta le provocó una descarga avainillada de deseo. Se detuvo, se inclinó con sensualidad contra él. Hasta en las peores circunstancias, Markku era capaz de acelerarle el pulso.

No era el momento, pero no pudo evitar rozar levemente sus narices, casi tocando sus labios, lasciva.

—Estoy convencida de que tú tampoco estás destinado a una existencia monótona, sino a algo importante y fundamental. —Clavó un dedo en su barriga. Hizo como si lo olfatease—. Me hueles a legislador o magistrado, por lo menos. Espero que sigas acordándote de mí cuando eso suceda.

Se iba a alejar, pero se le ocurrió algo.

—¿Y por qué no vivimos juntos, los tres, en esa casa? —pronunció, sonriéndole de lado y, al imaginarse el trío explosivo que harían, se agudizó el dulce, se volvió penetrante, y el aroma conquistó su nariz, provocándole un cosquilleo de placer en el vientre y en la nuca.

Él le devolvió una minia y contenida sonrisa de confidencialidad, pero que valía un universo en ese preciso instante. Su magnetismo, su fragancia, recorrió cada centímetro de ella, envolviéndola de un modo salvaje.

Tenían que romperlo, detener esa conversación ahí y proseguir.

Fue él quien tomó la iniciativa, pero, antes, en un arranque eróticamente brutal e inesperado, la apresó de la cintura y le plantó un lengüetazo en sus labios. A continuación, le regaló un beso y se separó, siguiendo a los otros, bajo la estupefacción y agrado de la joven.

Dejando atrás las escaleras que daban acceso al resto de las plantas del edificio y por las que subieron Eire y Eivor, esperaron, inmóviles, en silencio. No se oyeron ni una voz ni un susurro. Pero el discurrir de unas sombras pareció sobrevenirse sobre ellos.

Un pitido sordo resonó contra sus tímpanos, apareció bajo el silencio reinante y apestó a putrefacción.

Ahí estaba, el aroma y la pestilencia del horror.

Dulce contra amargo; luz contra oscuridad.

Hubo un disparo, alguien atacó desde bastante cerca y Syn se agachó.

Y dio comienzo la batalla.

Las balas sobrevolaron sus cabezas y, con un movimiento rápido, Markku la apartó y disparó al vacío.

Una ametralladora, desde la derecha, lanzó ráfagas cortas y el guardián, virando con el cuerpo y el arma preparados para, con dos disparos, acribillar al primero en la cabeza, y al otro observador en el pescuezo, que ya se echaban sobre ellos.

Al verlos caer, el sudor le bañó las cejas y le temblaron las manos. Una cosa era la sala de tiro y otra bien distinta hacerlo contra otra persona.

Markku, al comprobar su estado, se acercó y la sostuvo.

—No pienses, actúa. Eres tú o ellos.

Esa frase la espabiló. Cualquiera podía coger un arma, pero la cuestión estaba en que no todos sabían cómo usarla. Y sí. Era su vida o la del enemigo, por lo que no iba a ponérselo fácil.

Se irguió, con el arma preparada, todavía temblando y, cuando en la penumbra se vislumbraron uno o dos bultos, apuntó. La luz se encendió y otros cuatro observadores fueron a su encuentro, dispuestos a volarles los sesos.

Markku se enfrentó a uno, clavándole el puño en el estómago y la culata del arma en la coronilla. Este chocó contra la baldosa en una aparatosa caída y el guardián, por si acaso, le propinó una patada antes de dispararle a bocajarro. Finalmente, el observador paró de retorcerse, y sin esperar a que llegara otro rival, corrió a por el siguiente.

Ella lo admiró en silencio. Era un soldado profesional muy rápido y actuaba con diligencia.

Las manos de Syn seguían agitándose, y el olor de la pólvora cruzó el espacio con una brisa de horror. Diez, doce agentes acudieron a su encuentro, con voces a gritos. Desenfundó el cuchillo y, cogiendo por el filo, lo lanzó con una cabriola para atravesarle la frente a un observador.

Cuando su enemigo cayó, se agachó para arrancárselo del cráneo.

La alarma sonó desde algún lado y se desató el tumulto.

Sobresaltada, fue a por el segundo para molerlo a trompazos. No tuvo contemplaciones y, con un codazo en el estómago, otro en el cuello y una puñalada en la sien, este se derrumbó, abatido, mientras que Markku, Bishop, Mariê y los rebeldes remataban a los otros, disparándoles en el pecho o en la cabeza.

Lo miró: el guardián estaba impregnado de sangre. Seguramente ella también lo estaría y comprobó que sí. Cuando vio la sustancia líquida y rojiza en sus manos, cató la amarga venganza, presa de la conmoción.

Desde el final del corredor, se escuchó algo metálico, como si amartillaran las armas o encajaran las balas en el cargador. Era justo al principio del pasillo que daba a la planta principal y, a través de las ventanas, se encontraba la gente enfurecida ante la sede.

Se iba a desatar una batalla campal. Mariê la espoleó, animándola a ir, antes de echar a correr hasta allí, seguida de los rebeldes.

Bishop, que se había mantenido en la retaguardia, aguardó por ellos.

—¡Vámonos! —la apremió el guardián, para ir detrás de los disidentes que ya se encontraban luchando contra los observadores.

Pero ella no se movió.

—No puedo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, creyendo que precisaba su ayuda.

La joven señaló el ascensor.

—Yo continúo por otro camino.

Él y el profesor contemplaron las puertas verdes del montacargas y, dándose cuenta de cuáles eran sus intenciones, el guardián bajó la guardia.

Era la despedida y, contemplándola, con tantas cosas por decir, pero sin tiempo para expresarlas, plantó un beso en su frente y, con un nuevo asentimiento, se giró para marcharse, aceptando su elección sin rechistar.

Así era Markku: se expresaba por gestos y no por palabras.

Bajo el cuidado del profesor, pulsó el botón y llamó al elevador.

Cuando este se abrió, entró mientras la figura de Markku se difuminaba, corriendo hasta la galería de la entrada, detrás de Mariê, zurrándole a quien se le pusiera delante.

Era un guerrero increíble y lo contempló, de nuevo, desde la distancia.

—Ten cuidado, Syn —se despidió Bishop, con afabilidad, partiéndole el alma.

Parpadeó para sonreírle sin derramar ni una sola lágrima, y se fijó en el panel de teclas con los números de los pisos del edificio. Había 52, y veintitrés por debajo de la planta 0 y se preguntó dónde estaría el Relojero. Mariê, la líder de los disidentes, le había sugerido que posiblemente estaría en lo alto, en un nivel superior. Pero ¿y si se había equivocado? Un dirigente que manipulaba las mentes de la gente desde la sombra, ¿se haría visible? ¿Presumiría de autoridad y de fuerza? ¿O, por el contrario, preferiría mantenerse alejado de la

multitud, pero fijándose con detalle en sus subordinados?

Levantando el brazo, pulsó sin pensar el número -23.

Desconocía por qué había hecho eso, el dedo se había movido solo y el corazón le latía rápido bajo los gritos del combate y la presión en la sien.

Las puertas obedecieron su orden, ajenas a sus tribulaciones, y a escasos centímetros de cerrarse, un hombro se interpuso y Bishop apareció, colándose entre ellas.

—¡Profesor! —prorrumpió, mientras él se adentraba, posicionándose a su lado, secándose el sudor de la frente—. ¿Qué haces?

Él se acomodó el chaleco y las gafas.

—Ya te lo dije. —La observó por encima de la montura—: No voy a permitir que la hija de Liv atraviese sola el abismo.

No supo qué decir y, cuando empezaron a descender, Syn esbozó una pequeña sonrisa.





#16: El memorial

(viñeta 56)

Bishop entró como un huracán en la estancia de Liv. Su tutor jadeaba, parecía haber corrido una maratón.

—¿Estáis colaborando con los thrall? —les preguntó sin rodeos.

Liv se levantó con dificultad de la butaca. Su barriga lucía enorme, al estar en el noveno mes de gestación.

—¿Cómo te has enterado? —Asustada, revisó que cerrara bien—. Utilizamos seudónimos para que no nos identificaran.

—Pues lo saben —jadeó este—, se lo han chivado a los de la Torre Omega y os están investigando.

Corey entrelazó sus dedos con los de Liv mientras ella notaba a los mellizos moverse dentro de su vientre.

Corrían un gran riesgo. Ella por ser hija de rebeldes. Él, porque desde hacía un par de años, había renunciado a su familia y sus responsabilidades, y porque ambos actuaban con la disidencia, en contra del sistema, perteneciendo al cuerpo guardián.

Con las pruebas encima de la mesa, Liv aún recordaba el día en el que decidieron elegir lo que los mantenía unidos y estar juntos, y no decantarse por el rencor de lo que habían hecho sus antepasados. Había sido un gran esfuerzo de comprensión y madurez, de entendimiento. Desde entonces, luchaban juntos contra la injusticia para que el pasado no se repitiese y que el futuro fuese un mundo mejor.

—¿Quién pudo habernos delatado? —se preguntó, en voz alta.

Balder la miró a ella, a continuación, a Corey, de nuevo a ella.

—No lo sé…

Destellos del día de la habitación, de las clases, con menta fuerte,

acudieron a la mente y al paladar de Liv, y se asustó. ¿Acaso era posible?

Se tambaleó, tuvo que recostarse, Corey la ayudó a sentarse de nuevo.

—Ahora, eso ya no importa —dijo el profesor, yendo a su encuentro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Corey. Corrían el riesgo de que los asesinaran.

Su tutor se adelantó y tomó la palabra.

—¿Y si fingimos vuestra muerte?

—¡¿Cómo?! —exclamó ella.

—¿Qué? —Corey quedó no daba crédito con la propuesta—. Hay cámaras y dispositivos en Midgard que registran al ciudadano y detecta irregularidades en el sistema.

No era fácil fingir tu defunción ni borrar tu huella del mapa.

—Tengo un contacto en la Torre Omega que me debe un favor —indicó el profesor, con esperanza—. Gracias a él me enteré de la noticia de vuestra revisión de expediente. Si os declaramos muertos, tendrá que eliminar cualquier rastro vuestro de imagen y lo sustituirá por otro perfil…

—Van a advertir algún desajuste —desconfió ella, con la mano sobre la barriga.

Bishop, con un dedo, se subió las gafas por el puente de la nariz.

—No nos queda otro remedio que intentarlo —manifestó, yendo hacia la puerta—. Rezad para que haya suerte y podáis salir de la academia con vida —dijo, cerrando detrás de él con un portazo.



#17: El Relojero

Lo que la mayoría de la gente desconoce es que la muerte tiene clases y que cada una de ellas viene acompañada de un olor y de un sabor característicos.

Está el hedor de la decrepitud que todos han percibido alguna vez, con esencia a madera carcomida, que se va deshaciendo, al igual que el cuerpo, en un rastro de marginalidad. Representa el desenlace de nuestra historia y el tiempo finito de la existencia. Pues, de igual modo que la vidente de Völuspá predijo el inminente final de los valientes dioses, los mortales disponen de un término y así debe aceptarse.

Las personas sienten tristeza cuando esto ocurre, pero a Syn, ese tipo de muerte le otorgaba paz.

Luego, está el desagradable hedor de la inmundicia que te da señales de la desventura que se avecina. Suele tener lugar tras un largo sufrimiento y viene acompañado de un regustillo a sangre y ceniza que se hace notar cuando te falta el aliento, por ejemplo, o cuando has estado muy enfermo y no hay salvación posible. Es cierto que puede acaecer de manera imprevista, cuando menos te lo esperas, como les sucedió a sus padres; pero el desenlace es siempre el mismo.

Syn reconocía esa miasma: a incienso, a escoria; a pavesa del fuego que lo quema y lo arruina todo, e incluso odiando esa clase de muerte, era mejor padecerla y que ocurriera cuanto antes a que te mantuviera agonizando, aguardando por ella. Si Hela se presenta ante ti, que acabe contigo sin demora. Que pase lo que tenga que pasar, pero que sea rápida en su tarea. O eso creía ella.

Por último, y el que más asco y desagrado le producía, era la pestilencia de la destrucción y la decadencia. Esta se manifestaba en compañía de ciertos seres que, como aves de carroña, sobrevuelan la presencia de sus dueños de alma corrompida, con la que dañan,

consciente o inconscientemente, a quienes los rodean. Nace de la maldad, del ansia de poder, de la ruindad de los que lo poseen. No solo acaban con ellos mismos, también con los demás. Se van consumiendo, lentamente, contaminando al resto, anclándose a una ansiedad perpetua que nunca sacian con nada. Te amarga, te tortura y te consume. Su olor es el de una herida profunda, abierta, mezcla de sangre, sudor y carne rancia. Era horrorosa, la peor de las pestilencias, y a Syn le producía náuseas.

Ese tufo fue el que notó mientras cruzaban lo que parecía una sala llena de trastos viejos, de objetos mecánicos y oxidados, abandonados en aquel lugar seguramente desde antes de que ella o el profesor nacieran. Esa distintiva fetidez inmunda se incrustó por sus fosas nasales, descendió por su gaznate, rascándole, y le entraron ganas de vomitar. Contrariada, tuvo que frenar a Bishop y toser.

—¿Estás bien? —le preguntó, al notar su palidez.

—Sí —dijo, entre uno y otro ataque de tos—, es esta peste. Se me mete hasta los pulmones y me produce arcadas.

—Yo lo percibo, pero no tan acusado como tú —la sujetó para que cogiera aliento—, mi sinestesia no es tan potente.

Soltándola, sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo blanco que sacudió, lo estiró y, doblándolo con cuidado en un triángulo, se lo colocó sobre la nariz y se lo ató detrás de la cabeza. Contenía una fragancia deliciosa a jazmín y, de algún modo, ese perfume disimuló el olor repulsivo del otro.

—Gracias. —A través del pañuelo, inspiró con fuerza. El hedor ya no era intenso.

—Me recuerdas a las fotografías que vi de la gente antes de la Guerra —comentó Bishop con una sonrisa—, cuando, para sobrevivir a la pandemia, recurrieron al uso de mascarillas.

Syn no había vivido esa época, y escuchar que algo así había pasado le pareció muy sacrificado, pues solo llevaba un rato con ella y ya se le dificultaba respirar; no podía ni imaginar el soportarla durante horas.

Miró a su alrededor.

Al principio, le había parecido que estaban en un almacén con piezas de chatarra caóticamente amontonadas ni sentido. Pero, en ese momento, a pesar del caos, le dio la impresión de que cada objeto ocupaba un lugar concreto. Había destornilladores de precisión, martillos y punzones de distintos tamaños, colgados de mayor a menor por la pared; navajas que se ubicaban en una esquina; fuelles y aceiteras en una mesa metálica con compartimentos. En la mitad, distinguieron pinzas, lentes y cristales de diferentes diámetros, organizados por funciones y tamaño.

Ante ellos, apareció una ventana de colores que formaba un

enorme reloj antiguo de arena. Era un trabajo verdaderamente hermoso de vidriería; se quedaron anonadados con las vestales que se representaban a cada lado de la esfera y que, en cierta manera, le evocaron a las Matemáticas.

Bishop tiró de su manga, reclamando su interés.

—Allí —le comunicó, y siguieron por una senda que transcurría entre los escombros del lateral de la enorme estancia.

Fueron despacio; en ciertos tramos había piezas y tuercas esparcidas y, cuando, al poco rato, llegaron al final, tras una mesa enorme de caoba, divisaron a un hombre.

Con gafas y una lupa encima de ellas, semejaba una persona de mediana edad. De pelo oscuro con alguna que otra cana, camisa azul remangada hasta los codos, en la muñeca derecha llevaba tres relojes y, en la izquierda, otros dos.

Permanecía encorvado, desempeñando un trabajo al que se dedicaba con afán y tesón; cuando notó su presencia, dejó los utensilios y levantó la cabeza hacia ellos.

—¡Pasad, pasad! —les dijo, sacándose la montura y dejándola sobre la mesa—, os estaba esperando.

Ese comentario los dejó trastocados. ¿Cómo que los esperaba?

Bishop, precavido, le pidió la pistola con una seña. La joven se la desenganchó de la cintura y el profesor la recogió para apuntar directamente a la figura del mecánico, que respondió con sorpresa.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso me tenéis miedo?

Sin bajar el arma, se posicionaron en frente a él, conteniendo la reacción a su presencia.

El Relojero se acomodó contra en el respaldo de la silla, impasible.

—Balder Bishop y Syn Einar.

—¡Nos conoces! —exclamó la joven, bajando el pañuelo, pues había dejado de apestar.

—A cada sujeto de Midgard y Niflheim, sí —Él señaló algo detrás de ellos. Bajo el ventanal, en una parte poco iluminada de la pared, había una serie de encerados con garabatos en tiza blanca—. Cada día, cada mañana, os veo.

Bishop le susurró al oído.

—Son nuestros nombres.

—Exactamente —aseguró él, colocando los codos sobre la mesa. A su lado, había un reloj de péndulo dentro de una caja de cristal. Syn apreció su oscilación—. ¡Fijaos! —Levantó un dedo hacia las pizarras.

De pronto, un brazo extensible de metal se separó del marco y, con una tiza, tachó uno de los renglones de la pizarra.

—¡Ese de ahí acaba de morir! Era uno de los vuestros.

Los casquillos que saltaban de la recámara, el estallido de la pólvora y la quemazón de las balas al perforar la carne cruzaban el techo, desde el vestíbulo de la Torre Omega hasta la planta -23, donde se estaba desarrollando la peor de las batallas.

Markku había dejado a Syn en el ascensor y, mientras, Eira y Eivor hacían un barrido al edificio, él, junto con Mariê, hizo frente a sus adversarios en el vestíbulo.

Los Observadores los recibieron armados hasta los dientes y con una lluvia incesante de disparos.

Se abrieron paso, agachados, sin apenas visibilidad, respondiendo a ciegas contra un escuadrón bastante numeroso que se resguardaba, a cobijo, tras el mostrador.

—¡Mariê! —gritó, esperando que lo escuchara, en medio del alboroto—, separémonos para dividir su ataque.

Eran conscientes de que los otros estaban atrincherados, así que su intención era que se disgregaran y tuvieran que atender a distintos flancos.

Ella asintió, adivinando sus planes, y, con la mitad del equipo, cruzó aquella tormenta de casquillos y pólvora hasta posicionarse en el pasillo que daba a las escaleras, evitando el acceso de sus contrincantes a la planta superior. Una vez allí, dio instrucciones a los suyos y regresó, junto al guardián.

Ambos, con el resto del grupo, corrieron a la puerta principal, tropezando con escombros, objetos y cadáveres. Markku agachaba la cabeza siempre que un estampido sonaba cerca o el zumbar de las balas perdidas pasaba sobre él. Le ardieron los pulmones por el esfuerzo y lo ensordeció el batir de la sangre en los tímpanos y la propia respiración agitada. La capitana y otros compañeros marcharon como él, con el afán de alcanzarla. Detrás de esta, la marabunta de civiles se apostaba tras el cristal y, temeroso de que un proyectil se desviara y quebrara el vidrio, cogió una mesa, la tumbó y, tras frotarse la frente sudorosa, se dejó caer al otro lado del improvisado parapeto.

—¡Joder! —exclamó mientras se arrastraba un buen trecho para recoger una escopeta de uno de los disidentes que habían abatido; los otros lo imitaron, derribaron otras dos consolas y se resguardaron.

Cuando le pareció que el tiroteo había decrecido, se incorporó, jadeante, para ver a la capitana y tomar aire. Los pulmones le quemaban como si tuviera brasas dentro y le costó respirar. Preparó el arma, apuntó y comenzó a disparar.

Parecía que hubiese habido una estampida y, contrariados, Eira y Eivor, junto con el resto de thralls, inspeccionaron las instalaciones. Pero no había nadie: era como si los hubieran avisado y hubiesen escapado antes de su llegada.

—¿Dónde se han metido? —comentó la sanadora, sin dejar de inspeccionar los despachos, por si acaso—. No creo que la facción entera esté abajo.

—Tinar, Morel —llamó Eivor a dos de los compañeros—, id a los otros pisos y revisad cada rincón.

Estos asintieron y, con otro grupo pequeño, fueron escaleras arriba.

Volvieron a revisar las salas, una por una, sin éxito y, cuando la tropa de expedición volvió con el mismo resultado, se miraron, desconcertados.

Se disponían a regresar a la entrada principal, cuando la luz del ascensor se encendió y la campanilla sonó.

Eira le dio un codazo a Einar, y ambos apuntaron en aquella dirección. Los otros los copiaron y, cuando las compuertas se abrieron, se quedaron atónitos.

Era Jostein, custodiado por el cuerpo de élite de los guardianes.

La sanadora pestañeó, confundida. Una cosa era pelear contra los observadores, otra muy diferente era hacerlo contra sus antiguos colegas con los que había convivido y con los que había compartido batallas.

—Como bien se suele decir —comentó Jostein, con su revólver en la mano—, siempre hay desertores y traidores en la guerra.

La pelirroja apretó los dientes y quiso replicar, pero fue Eivor quién lo hizo.

—Sí, eso es cierto —manifestó, irónico, deduciendo quién por lo bien acompañado que estaba—. Incluso en las mejores familias.

El director de La Central lo escudriñó de arriba abajo con hastío.

—¿Y tú quién eres?

Fue el momento de Eivor para esbozar una sonrisa.

—Eivor Einar, tu sobrino.

Syn, enganchada del brazo de su mentor, examinó al Relojero con detalle. Se había imaginado aquel encuentro de muchas maneras, incluso había fantaseado con lo que habría dicho, pero en ese momento no supo cómo reaccionar.

El desasosiego se entremezclaba con lo que apreciaba y percibía, en un ciclón de sensaciones que colisionó en su cerebro.

Desconcertada, se concedió un rato para para raspar unos centímetros de resquemor y ser capaz de mantenerse en pie, frente a él, el asesino de sus padres, y aplacar las ganas de matarlo mientras este la hacía partícipe, sin ningún tipo de pudor, de la opinión con la que gobernaba el mundo.

—¿Qué te parece, Syn? —El Relojero volvió a la posición anterior, reclinado en la butaca, con las manos en los reposabrazos—. Habla, estoy deseando escuchar qué piensas.

Su voz era cautivadora y halagaba los oídos con palabras que revitalizaban el espíritu. Era como si la tuviera en cuenta, a ella particularmente, en un tema trascendental. Lo cercaba una composición de tonos y esencias agradables que se le entremezclaban en la lengua, en la nariz, que la hacían estar cómoda, pero que, a la par, camuflaban otros que pululaban bajo esa capa inicial. Eso la hizo desconfiar.

—¿Quién eres? —preguntó y, captando su respuesta al vuelo, prosiguió—: No tu nombre. Qué eres en realidad.

Buscaba detalles, datos de su origen. No lo que la gente sabía.

Él se limitó a ladear la cabeza y a revisarla.

—Soy el creador de Midgard. —Levantó el índice, moviéndolo en círculos—. El que trajo la esperanza y la quietud a millones de personas, supervivientes de la pandemia y de la guerra, como las que hay arriba.

Bishop dio un paso, sin bajar la guardia y, Syn, cauta, desenfundó su cuchillo.

Él los estudió, divertido.

—¿Y quién soy yo? —insistió, pidiendo una explicación o motivo al por qué seguía viva y no desintegrada en partículas de polvo minúsculas, como su familia.

—¡Tú eres la protagonista! —contestó, entusiasmado—. La heroína.

—¿De qué? —replicó, pues no se creía nada. Se veía como una pobre desgraciada.

—De esta historia, por lo visto. —Miró detrás de ellos, como si intuyese que alguien los estaba observando y, con un ademán a modo de saludo, le habló a un supuesto público. A continuación, se centró en la joven—. ¿Tú quién quieres ser?

Le pareció que se burlaba de ella. Era un personaje curioso y particular. Aun encontrándose en desventaja y bajo amenaza, demostraba cuajo y valor.

—¿Hay algo de real en todo esto?

—Tú y los que habitáis Midgard y Niflheim sois reales —declaró

él, convencido—, por eso valió la pena salvaros.

—¡Dijo el hombre que mueve los hilos a su conveniencia! —farfulló Bishop, sin demostrar flaqueza, con su abrupta intervención—. Tu dominio de la oratoria es brillante y tienes respuesta para cualquier planteamiento o consulta, Relojero, igual de fatuo y presuntuoso que los antiguos políticos.

—Igual que la tuya para la filosofía barata, docente —contraatacó el otro, con poderío y soberbia—. Yo, al menos, soy realista y trabajo con datos, con estadísticas. Los tuyos son únicamente sueños.

—¿La libertad es un sueño? —se defendió Balder.

El mecánico inspiró, despacio, como si le molestara el discurso de un viejo fantasioso que no atendía a razones, antes de lanzar una profunda exhalación.

—Escúchame, Syn —la nombró, concediéndole relevancia por encima de su mentor—. ¿Cómo crees que era antaño la Tierra? Antes de la guerra, ahí fuera no había otra verdad que la que yo he construido para vosotros.

La muchacha arrugó el entrecejo, sin entenderlo.

—Lo que quiero decir —explicó él, al advertir su escepticismo—, es que ya existían las mismas mentiras, los mismos engaños. Pero, en el mundo de ahora, ni tú ni nadie tenéis nada que temer.

Su disertación le revolvió el estómago. ¿Estaba sugiriendo que era mejor vivir en un mundo ficticio, en una simulación, antes que en una realidad empírica, por horrorosa que fuera?

—Os conozco mejor de lo que pensáis. —El Relojero se apoyó en la mesa con actitud apacible—. Mejor que tú misma. Sé cada detalle de vosotros. Lo que necesitáis...

—¡Jamás has estado en mi cabeza! —chilló ella, indignada.

—Tienes miedo y te comprendo —se compadeció con una mano en alto, como si tratara de calmarla. Apuntó el encerado—. Es cierto que, al principio, no te consideré porque no te detectó el algoritmo, pero escuché tu nombre y, mientras eras pequeña, te vi dando tus primeros pasos. Cuando descubrí tu perfil real, estuve observándote con detalle, sobre todo, en esa explosión en la que perdiste a tus padres.

—¡Y que tú propiciaste! —Lo acusó.

Él se tomó su tiempo, inalterable, antes de concederle una contestación.

—¿Te das cuenta de que han obtenido lo que se merecían? —se excusó sin ningún tipo de reparo.

—Ah, ¿sí? —contestó con ironía, conteniéndose, reprimiendo las ganas de escupirle—. ¿Y cuál ha sido la razón?

Su pregunta había sido capciosa, hecha a propósito para que

percibiera su cinismo.

—Sus ideas abrían una brecha que había que erradicar. Eran dañinas —expuso él, categórico, como si cualquier crítica en contra de su trabajo fuese una falta grave e imperdonable hacia el funcionamiento de Tuskay y el resto de la humanidad—. Sus líneas de pensamiento creaban incomodidad, malestar general y voces enfermizas. Tú misma estarías de acuerdo conmigo si te pararas a pensar un poco en lo peligroso que es ese tipo de críticas. Había que frenarlas.

—Es decir, que no te arrepientes. —No era una pregunta, y Syn se rio sin ninguna pizca de humor, incrédula.

—En absoluto —reafirmó él.

—Y, de ser el caso, volverías a hacerlo.

El Relojero enarcó las cejas con sorpresa.

—Por supuesto que lo haría. Sin dudar.

Sus palabras la partieron como si un rayo la alcanzara y le perforara las entrañas. Rechinó los dientes, contuvo un grito y, más que nunca, sintió que sería incapaz de perdonarlo. Cerró los dedos con fuerza alrededor de la empuñadura mientras la rabia se adueñaba de ella. La idea de venganza se materializó de nuevo y cobró forma en su cabeza porque no podía dejar ir al asesino de sus padres, porque no tenían disculpa, porque no había perdón para una persona que no se arrepentía del mal que les había hecho a los demás. Porque, si lo dejaba estar, se lo haría a otros.

—En todo caso —el Relojero cogió un muelle y enredó con él—, si les hubieras dicho que fueran el domingo al cine, en lugar del sábado, a lo mejor nada de esto habría pasado…

Su voz quedó suspendida, colgando entre ellos dos, hiriente, no solo clavándole ese mensaje perverso en el corazón, sino también retorciéndoselo con saña. La culpa regresó y la invadió como un tsunami, sumergiéndola en la pena. Su mente vibró con hipersensibilidad, y cientos, miles de olores y sabores la encharcaron con recuerdos que la atormentaron. Dejó que una lágrima escapara por sus mejillas, harta, por el sobresfuerzo, por lo que había pasado, por la falta. Pero, entonces, en medio de ese huracán sensitivo, una reflexión nació desde lo profundo de su ser y la hizo recaer algo: ella no había hecho nada. Y que la acusara de eso era ruin, vil y una auténtica patraña.

—Yo no puse la bomba —alegó, borrando las lágrimas de un manotazo.

Él hizo un aspaviento, restándole importancia a ese detalle.

—Las reglas y los acontecimientos son los que son y el tablero es ese —recalcó, apuntando a la vidriera.

Él había sido el causante de sus desgracias, ¿y se excusaba tan

abiertamente, sin ningún tipo de remordimiento o cargo de conciencia?

Contuvo las ganas de saltar a por él para rodearle el cuello y estrangularlo con sus propias manos.

—Por eso no puedes acabar conmigo, Syn —le advirtió, como si no hubiera escapatoria posible de ese mundo, de esa realidad. Quizá no la hubiese, para su desdicha—. Y tampoco puedes romper la rueda que genera el movimiento mecánico de la vida de Midgard.

—¡A eso hemos venido! —se desesperó, en un arrebato violento.

Él enarcó una ceja, abrumado con su explosión emocional.

—Ah, ¿sí? —Abrió un cajón, rebuscó en él y depositó una caja pequeña encima de la mesa. Era un dispositivo con dos botones ocres; pulsó el que estaba desgastado.

De pronto, la vidriera de colores de las vestales se abrió, dejándolos ver el interior de la nave.

Se quedaron petrificados. Dentro estaba el engranaje que manejaba las almas y el destino de la gente de Midgard. Cientos y cientos de observadores trabajaban en ese centro de supervisión y cobertura total, de forma autómata y eficaz, con cámaras e imágenes que registraban el movimiento y perfil de cada individuo, y algoritmos que impulsaban el funcionamiento de las piezas del mecanismo.

Syn se quedó paralizada, sin poder moverse del sitio, bajo el hedor pringoso a aceite y metal.

El profesor, estupefacto con la demostración, murmuró:

—Increíble, es impresionante.

Lo era. Solo una mente privilegiada podría haber construido una máquina de precisión tan exacta.

—Y vosotros queréis destruirlo —musitó el mecánico, apreciando su desconcierto.

Syn se giró para encararlo.

—Lo que queremos es quitarle la silla a quién lo maneja y, si para acabar con su dueño hay que desmontar el artilugio, lo haremos.

—Te lo pondré fácil. —Arrastró la silla para erguirse, deslizó la cajita hacia ella—. Es este botón. Hazlo.

Estaban en un aprieto.

Agazapados detrás de la mesa, con apenas munición, se palpaba, con precipitado nerviosismo, el aire que cortaba el aliento.

Se mantenían en pie Mariê, Markku y un guerrillero. Los otros habían perecido y el antiguo guardián se puso en tensión cuando, al

tomarse un pequeño descanso, contempló el cementerio en el que se había convertido el rellano.

La sangre de uno de los cuerpos llegó hasta su suela y salpicó sus botas, golpeó su cabeza contra la tabla, para maldecir en voz baja por haber metido a los thralls en aquel atolladero.

Mariê revisó el cargador. Contaba con quince balas en el arcaico Ak-47, y había tres observadores, tras el mostrador, acribillándolos.

—Esto no tiene buena pinta, muchacho.

No, no la tenía, y la risilla cómplice se le congeló cuando el otro thrall cayó de espaldas con el cuello perforado.

La guerrillera corrió de rodillas a por él y presionó su herida, intentando detener la hemorragia.

No lo consiguió; el muchacho se sacudió y, tras un último espasmo, se desangró sobre la baldosa.

El azote de la muerte les cortó con un efecto frío semejante al filo de una navaja o un bisturí, pendiendo sobre ellos, sin tiempo para el cálculo o la serenidad, pues les quedaba luchar para no morir en aquella ratonera.

La capitana, inclinada todavía sobre el cuerpo de su compañero, aguantó las ganas enfurecidas de gritar.

Algo cambió en ella. Markku lo percibió por cómo se contrajo su rostro con una rabia que se fue apoderando poco a poco de ella hasta explotar.

Antes de ser consciente de lo que iba a hacer y detenerla, la vio agacharse, besar la frente de su amigo y, sujetando el arma de este, volverse hacia Markku y decirle:

—Haz que esto valga la pena, chaval.

Sin esperar réplica alguna de su parte, se levantó majestuosamente, salió de detrás del parapeto y, alzando las armas (la suya y la de su colega), disparó.

Su berrido colérico y enloquecido dio paso a una lluvia de balas que lanzó sobre los observadores y que fue abatiendo, a sus enemigos, en un acto de bravura, sí, pero de inmolación y renuncia. Acabó con cada uno de ellos, que se desplomaron sin contemplación como muñecos. Pero no fue a cambio de nada. La capitana estaba entregando su vida para que, al menos, el guardián saliera ileso. Y mientras cumplía con la proeza, los observadores le dieron dos, cuatro y hasta siete veces, justo en el centro del tórax.

Aquella escena lo conmovió y lo maravilló a la par; por lo que permaneció atento, sobrecogido de su arrojo y coraje.

Finalmente, cuando el último casquillo rebotó contra el suelo y el observador que subsistía, quedó abatido, Mariê, con un sollozo, tiró las armas y, tambaleándose, perdió el equilibrio y cayó de rodillas.

Markku, que había presenciado con detalle la escena, la apresó

justo cuando se desvanecía. Al agacharse para intentar incorporarla, miró su pecho. Semejaba un colador.

Pese a todo, levantó la vista y le sonrió, antes de desmayarse y entregar su alma a los dioses de Asgard.

Jostein casi logró esquivarlo; hizo una maniobra para salir airoso de su gancho, pero no le sirvió y el puño acabó estampándose contra su pómulo.

El director se dobló y, con las manos en las rodillas, escupió antes de aspirar por la nariz y expectorar.

—¿Así recibes a la familia? —preguntó, con sarcasmo.

—Tú ya no perteneces a ella —respondió Eivor, furioso, antes de arremeter de nuevo contra él.

Y se desató la pelea.

Eira se aventuró contra uno de los guardianes que, confundido, reaccionó tarde al violento envite. Ella no quería hacer uso de la pistola en contra de sus antiguos compañeros, y lo mejor que le pareció para defenderse fue atacar cuerpo a cuerpo.

De alguna manera, Eivor y ella debieron remover las conciencias, pues thralls y guardianes abandonaron las armas para liarse a tortas. Los observadores, confundidos con el rumbo de los acontecimientos, esperaron para comprobar qué acontecía.

Eivor se agachó, le metió el codo en las costillas de su tío y le dio en la frente, lo que le abrió una brecha.

—Esto, va por mis padres —dijo, con satisfacción.

Jostein retrocedió, se examinó y, al comprobar la golpiza, se echó a reír, como si disfrutara del dolor.

—Tus padres eran unos rebeldes —expresó, antes de abalanzarse sobre su sobrino. Lo pescó de la cintura y lo arrastró contra una estantería—. ¡Eran unos traidores que, en vez de cambiarlo desde dentro, prefirieron enfrentarse al sistema, en contra de nosotros!

Le cruzó la cara y lo hizo caer al suelo.

Eivor se irguió como pudo, corrió encorvado a por su tío, lo apresó por las piernas y lo arrojó contra el otro lado de la habitación.

—¡¿Eso es tu excusa con la que justificas el que los delataras?! —gritó, reincorporándose, con verdadero odio.

Jostein se recompuso, hizo un gesto con la cabeza y resopló.

—Lo que no era excusa fue que nos expusiera, al resto de su familia, a la condena y al descalabro. —Se inclinó contra la pared; varias perlas de sudor le resbalaron por la frente, por la mejilla—. Mi hermano nos traicionó. Nos comprometió al resto a ser encerrados de por vida. Yo tomé medidas.

Fue a por él. Le tiró del pelo, le arañó la piel y su sobrino logró

escapar de sus garras.

Eivor, en un embate, lo atrapó y le estampó el puño con fuerza.

Su tío cayó con un berrido, avanzó gateando, no sin dificultad; caminó un poco y, arrojándose al suelo, se arrastró.

—¿Vas a matarme, chico? —pronunció entre dientes.

La pregunta rasgó sus pensamientos. ¿Debía hacerlo? ¿Debía hacerle pagar por lo que les había hecho? Lo alcanzó en tres zancadas.

—Te meteré en un calabozo —Lo agarró del cuello, lo estampó contra un escritorio cercano—, ¡sufrirás lo mismo que mi hermana y mis padres!

Jostein perdió el equilibrio y, con el labio reventado y la nariz rota, escaló por la mesa hasta quedar de pie, inclinado, mirándolo con una sonrisa malévola torciéndole la boca.

—Si no lo haces —amenazó en un susurro gutural—, te mataré yo. A ti y a tu hermana.

Eivor, fuera de sí, levantó el brazo para asestarle otro trompazo para rematarlo. Dispuesto a acabar con él, se preparó para hacerlo cuando una voz se alzó entre el barullo, provocando que se pararan.

Markku se había presentado allí, mientras estaba teniendo lugar una lucha de manos y piernas, trompazos y patadas, uñas y dientes, gritos, sudor y sangre, que lo hizo detenerse para analizar la escena. No había belleza poética ni épica en una guerra en la que compartes miedos y desesperanzas con los que matan. Mientras, los verdaderos asesinos contemplaban el suceso con diversión, desde la retaguardia. Eso fue lo que lo enfureció. Descubrir a los observadores, disfrutando sin pena ni gloria del combate, desde las gradas.

—¡Silver!

El que había sido su amigo y que estaba entre los guerreros, miró en su dirección. Con él, los demás, Eivor, Eira y el director de La Central.

Markku caminó hasta posicionarse ante su antiguo hermano de fraternidad.

—No lo hagas.

Las distintas facciones murmuraron entre ellos.

—¿Vienes a suplicar clemencia? —intervino Jostein, malherido, en el diálogo entre él y sus camaradas.

—Por favor —pidió, omitiendo la figura de su superior—, no sigáis.

—¡No me pidas eso! —Silver tenía un moretón en el mentón y le costaba respirar. Apuntó al director y farfulló—. Yo cumplo sus órdenes.

—Lo sé —dijo, consciente de lo complicado que era ir en contra de los principios que habían regido tu vida y que habías creído como adecuados—. Pero no seas su vasallo.

Abriéndose paso entre los grupos, Jostein llegó a su altura.

—¡Prendedlos y encerradlos en una celda!

En esta ocasión, los guardianes no reaccionaron, removiéndose inquietos, sin saber qué hacer.

—Silver, solo pretendemos que el Relojero y los observadores no abusen de su estatus y paguen por sus delitos —intervino Markku, refriéndose a él, a los disidentes, a sus amigos.

Se levantó de nuevo un alboroto y departieron entre ellos.

—No sé de qué hablas —comentó este, receptivo, a pesar de sus reticencias.

—A que El Relojero y sus secuaces mataron a mi familia —la revelación de Eivor trajo un cuchicheo de sorpresa—, fueron los que pusieron la bomba en ese tren.

—¡Eso es imposible! —exclamó Silver, y entre su facción se originaron comentarios de consternación—. Ellos no pueden entremeterse en el devenir de los acontecimientos, y menos mandarnos a nosotros con ese propósito.

—Sí lo hacen —declaró el hermano de Syn, con el arma preparada, por si acaso—. De hecho, os utilizan como instrumentos para cumplir con sus fines y propósitos.

—¡No es cierto! —intervino Sheila—. El Relojero actúa como mecánico de Midgard. Verificando la máquina, su engranaje. No intervendría en su funcionamiento.

—Lo hace, manteniendo a las Matemáticas cautivas para recabar información y datos con los que obtener nuestra sumisión —formuló Eivor, hablando con una sinceridad aplastante que les rompió los esquemas—. Y si alguien pone en duda las normas que lo constituyen, se lo castiga con la muerte, como hicieron con mis padres.

—O peor, se lo tortura —matizó Eira, haciendo alusión a Syn.

La incertidumbre se alargó y se convirtió en uno vacío desolador. La sospecha y el temor convergieron en las sombras que moldeaban las figuras e ideas nunca antes imaginadas.

Eivor fue y se encaró con los Observadores.

—Niégamelo si te atreves —acorraló a uno de ellos que parecía el capataz. Este se mantuvo firme y el hermano de Syn lo retó, forzándolo a una respuesta—, si eres un cobarde, niégalo y dime que no asesinasteis a mis padres.

Rompiendo con su elegante imagen, el Observador dobló el cuello, agrandó los ojos en una mueca horrible y pronunció:

—Eran una anomalía.

Parecía que le había costado una barbaridad concederles esa confesión, pero nada comparado con lo que le produjo a Eivor escuchar esa verdad tan esperada y lastimosa.

—¿Cómo dices? —Lo sujetó del brazo, exigiendo que se lo

repitiese.

—Eran una anomalía —reiteró este, sin alarmarse por el alcance que podría tener esa declaración. Pero esos no habían temido nunca nada—. Eran piezas que no aceptaban ni encajaban dentro del mecanismo de Midgard y se rebelaron. Cada uno, dentro de la realidad, de cada umbral, tiene una tarea para que el anclaje funcione. Liv y Corey Einar estaban en desacuerdo y pretendían romperlo.

—Y si se da una discrepancia —Eivor apretó los labios, al obtener, al fin, las respuestas que tanto había ansiado—, se elimina de la estadística.

El silencio que siguió perforó, milímetro a milímetro, cada mente y sentido de los guardianes.

—Exacto —alegó el Observador, como si eso fuera algo obvio—. Eran un fragmento dañado que podía desequilibrar el engranaje. Procedían de una fuente importante como son los guardianes. Era intolerable su comportamiento.

—Por eso hay acabar con cualquier tipo de disidencia —expresó él, con un chasquido de decepción fingido—, para que nada altere Midgard.

—Exacto —corroboró este, como si ponerlo en cuestión fuera muy grave.

—Mientras las Matemáticas visionan el futuro para vosotros y generan probabilidades —expuso Eira, que había visitado a las semidiosas con su amiga—, a nosotros, a los guardianes, nos tenéis como agentes, para que no se cometan esas anomalías y, de haberlas, acabar con ellas.

—Sois soldados —advirtió el Observador, como si se sorprendiera de que le preguntaran sobre esa evidencia, para consternación del grupo—, conocéis las dos realidades y cumplís con nuestros dictámenes para que nadie escinda el patrón mecánico.

—No me lo puedo creer… —Silver retrocedió, frotándose la frente, con el rostro desencajado.

La decepción se apoderó del corazón de los guardianes que, ignorantes, al comprobar para qué estaba siendo empleada su labor, se conmocionaron por el porrazo de aquellas palabras, mientras, poquito a poco y de modo vibrante, la indignación iba haciendo mella en ellos, con una explosión de violento odio y arrebato.

—Hijo de… —Eivor se abalanzó a por él, pero Markku se interpuso a tiempo para que no le asestara el puñetazo.

No los habían preparado para asumir aquello, aunque a la fuerza se acababa aprendiendo, por supuesto. Pero sí tenían la capacidad para reaccionar cuando la situación se tornaba, de improviso, adversa.

Markku le hizo una seña sutil a su compañero de facción, y, al llegar a la altura del observador, le puso el cañón de la pistola entre

sus ojos.

Al comprobar la represalia que el guardián hizo a uno de los suyos, los agentes del Relojero levantaron sus armas para matarlos.

Pero fue demasiado tarde. Silver, que había comprendido la indicación de su amigo, junto con el grupo de guardianes, los apuntaron con las suyas y, cuando estos se dieron cuenta, fue demasiado tarde, no tuvieron nada que hacer, estaban rodeados.

Markku, tomando la decisión, dio orden de apresarlos.

Syn se quedó anonadada; no se había esperado esa sugerencia de su parte.

—Estás aquí, más lejos de lo que ha llegado nadie —añadió, tendiendo el dispositivo hacia ella—. El mundo depende de tu elección. Hazlo, yo te lo ofrezco. Te lo entrego.

La joven observó en el interruptor. Reposaba encima de la mesa, rodeado de tuercas, tornillos y esferas. Sus latidos se sincronizaron con el tic tac del péndulo que había sobre ella y la presión agudizó el pitido sordo, intenso, que reverberó en su oreja.

—Haces tu proposición con tanta naturalidad… —comentó Bishop, suspicaz—, ¿en qué condiciones?

—Si crees que montar el mecanismo es sencillo —le recriminó el Relojero con un tono muy seco—, ¡hazlo tú! —Miró a Syn, solo a ella—. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

Sintió el impulso de hacerlo, de recoger el aparato y de apretar el botón, de acabar con aquello. Deseó arrebatarle ese control a su dueño y honrar la memoria de sus padres, de sus abuelos. Sanar la herida que la lastimaba, que provocaba esa comezón en su corazón.

Pero frente a la posibilidad de cumplir su promesa, hubo algo que la detuvo. Una reflexión que la abordó y la hizo quedarse quieta. Si cedía y aceptaba terminar con el mecanismo de Midgard, se entregaría al poder, acabaría enredada en su magnetismo engañoso y se convertiría en alguien igual a quien lo había creado.

La atracción de ejercer tal dominio y justicia que merecían ella y su familia, por su mano, era intensa. Pero, si lo hacía, pertenecería a esa autoridad corrompida que había odiado. Si lo destruía, actuaría vengativamente y no habría rastro de la justicia que había esperado.

La idea de acabar siendo como el Relojero le revolvió las entrañas y le hizo sentir asco. Porque, ahí plantada, casi al final de tantas desgracias y tragedias, tuvo la impresión de que estaba en el mismo punto que al principio. Tendría que conformarse. Rendirse

para no caer y ser alguien que se corrompiera bajo la influencia y el magnetismo del poder imperioso y autoritario. Y esa sensación fue tan horrorosa, tan frustrante que sintió rechazo de sí misma, del desenlace y del empeño, del sudor y las lágrimas que había derramado para llegar allí e intentar cambiarlo, y no lograrlo.

No se podía ganar siempre, era consciente de ello; pero, al menos, cuando perdías, te habías enfrentado a tu enemigo y, derrotada, te levantabas y seguías adelante. Pero cuando ni vencías ni perdías, ¿qué te quedaba?

Gimió, frustrada. Se encontraba ante una disyuntiva moral dolorosa.

Había estado tan cerca...

Habría sido tan fácil apretar aquel botón...

¿Qué le decían sus sentidos, su don? Liv, por medio del memorial, le había enseñado a desarrollar su sinestesia. Eira y Bishop, también. Si se concentraba en el Relojero, ¿qué alteración le causaría?

Inspiró hondo; se obligó a dejar su mente vacía, receptiva a lo que había a su alrededor. Al principio, notó esa esencia que el mecánico exponía ante ellos y que resultaba agradable, pero la omitió para visualizar la sala en su totalidad, el espacio, lo que le transmitía. Las ondas se presentaron y se perfilaron sobre la penumbra de su psique, con colores y matices esenciales, transportándola a un *collage* de iconografías, de evocaciones olfativas y gustativas que mostraron otras completamente diferentes. Se obligó a verlas mejor, le costó trabajo, pero escarbó en ellas para descubrir que, detrás de esa capa inicial, ¡eureka!, había otra que le encogió el estómago y no le encantó nada en absoluto. Fue el hedor de la podredumbre, de la destrucción y la decadencia. La que contagiaba de una pestilencia inmunda lo que tocaba.

Como bien le había dicho Bishop en su día, redescubriendo su auténtica naturaleza, la venganza era un sentimiento que te devoraba por dentro y te consumía, suprimiendo lo bueno que habitaba en ti. Y no le devolvería a su familia, ni tampoco les concedería el indulto ni demostraría su inocencia. Pero acabaría convirtiéndola en un ser inmundo como el que tenía delante. Y Syn quería justicia.

Consciente de ello, las lágrimas se agolparon y contuvo un grito.

—No —pronunció. Un color verde y gris, en forma de niebla repulsiva, cercó a la figura del Relojero. ¡Había dado en el blanco! Y, convencida, dijo—: No vas a manipularme para transformarme en alguien como tú. Yo decido siempre.

Lo vio enmudecer, quedarse anonadado con su respuesta, y cómo trató de ocultarlo con una sonrisa de complacencia.

—¡Qué lástima! —Recogió el dispositivo con una aceptación fingida y, pulsando el otro botón para cerrar la vidriera, lo guardó en

el cajón—. Al final, no eras tan osada como pensaba.

Sintió que ganaba. A pesar de su decisión, de sus sentidos y de no acabar convertida en él, el Relojero, continuaba ejerciendo el control sobre Midgard y este hecho le produjo repugnancia.

Su risa le taladró el tímpano. El sonido de los relojes la exasperó y le atronó en el oído; las agujas, su movimiento, casi la volvieron loca. El pitido sordo la envolvió, entorpeciendo su pensamiento, haciéndola cubrirse las orejas.

Cuando la carcajada del Relojero resonó por cada rincón del maldito lugar, cogió el cuchillo, lo sujetó por el mango y, haciendo un arco sobre su cabeza, se impulsó para lanzárselo.

Fue Bishop quien la contuvo en el último instante, inmovilizándola por el brazo antes de que la daga cruzara el espacio entre ellos dos.

Se quedó perpleja. Habían ido hasta allí para poner fin al Relojero, ¿y él la detenía?

—No lo hagas —le dijo, con un cariño infinito.

—Ella sí tiene agallas, profesor —aplaudió el mecánico.

Enfurecida, hizo otro intento.

El educador de La Central insistió, agarrándola por la muñeca.

—No lo hagas.

—¡Tiene que pagar! —protestó, fuera de sí.

Bishop no la soltó, a pesar de su arrebato.

—No tienes que hacerlo pagar como lo haría él. Tú ya has recibido suficiente —Le bajó el brazo, con Syn resistiéndose. Después, observó al Relojero—. No voy a permitir que acabes con su inocencia.

Él rompió a reír, y su burla les sentó como un mazazo en toda regla y, en medio de ese ruido ensordecedor de carcajadas, relojes, mecanismo, de tensión y de ira, algo ocurrió.

Un nuevo silencio. Fue breve, aunque dilatado y angustioso en su percepción. Después, hubo un sonido seco y metálico; nerviosa, observó a Bishop.

Este, en un repentino y esporádico arranque, se había acercado a la mesa con la pistola apuntando a la cabeza del Relojero.

—¡No! —Syn le suplicó para que no cayera en su provocación—. Tú mismo me has dicho que no vale la pena.

Pero Balder no le hizo ni caso.

—No voy a consentir que destruyas su humildad, su inocencia —le habló al mecánico, sin dejar de apuntarle con el cañón—. No te lo permitiré.

—Es más atrevida que tú —dijo el otro, sin acobardarse ni un ápice por su amenaza—, aunque se arrepintió.

—Exacto —respondió el viejo—. Precisamente por eso no voy a dejar que la destruyas con tu toxicidad. Déjanos marchar tranquilos.

El Relojero se encorvó y, para sorpresa de los dos, con un movimiento rápido, levantó el brazo hacia él. En sus manos, también había un arma.

Syn lanzó un chillido. ¿De dónde la había sacado? Seguramente, estaba en el cajón donde guardaba el dispositivo. Ella alzó su cuchillo, a sabiendas de que no haría nada si llegaban a meterle una bala entre ceja y ceja.

—Piensa bien qué vas hacer, viejo —le advirtió el Relojero mientras desprendía un mal olor bajo la fragancia suave—. A lo mejor no sales de aquí con vida.

La escena había cobrado una magnitud y un descalabro fuera de su alcance. La joven fue junto al profesor para que bajase el arma, se lo pidió con una súplica silenciosa, temiendo que no escaparan de allí.

Pero Bishop, sin perder ni un ápice de estoicismo ni de compostura, la miró con una endulzada sonrisa, antes de volver la vista a su objetivo.

—Por ti, por mi Liv —murmuró, al borde del llanto—. Para que siempre seas libre de decidir y nunca pienses con miedo.

Y sin concederle tiempo para responder, apretó el gatillo.

Se escucharon varios disparos, la pólvora inundó la estancia. Una bruma acaeció sobre la vidriera y la hizo estallar. El velo de los dos mundos se abatió sobre ellos.

Ahí estaba. La muerte, con su indicio de la desdicha que se avecinaba. Acompañado de la sangre y la pavesa. Haciéndose notar con la falta de aliento. Lo captó a la perfección, en su carencia de espíritu, cuando, en la mirada vacía de Bishop, sus ojos se abrieron de par en par, acallando un grito de horror y desvanecimiento.

Su cuerpo se desplomó frente a ella, entre sus brazos, al intentar sujetarlo y evitar su derrumbe, como un caballo desfogado al que no sostienen sus piernas.

Se hundió con él, le cayó encima, lo cubrió como para protegerlo y rompió a llorar al comprobar que, de nuevo, no había podido evitar el desastre.

Se sintió como si hubiese vuelto a la celda tras el atentado que había acabado con la vida de sus padres. El mismo desgarro y dolor. La brecha que se abría en su pecho y le partía en pedazos, la misma rabia e impotencia de haber fracasado, de haber fallado, y el deseo de haber sido ella quien ocupara su lugar.

—Fue tu culpa, Syn —escuchó que decía el Relojero, bajando el arma, con las mejillas rojas y la frente sudorosa, contemplándola desde el otro lado de la mesa. Había recibido un disparo en el hombro

e hiperventilaba—. La mujer afligida que hay en ti, la que permanece anclada en el pasado, es la que nos hizo acabar así, a tiros.

Sus dientes castañearon y sus manos entrujaron el chaleco del profesor mientras las lágrimas resbalaban incontrolables por sus mejillas.

—Fuiste tú la que quiso subirse al tren aquella mañana, Syn. La que trajo al mentor hasta aquí.

Algo volvió a rompérsele dentro. Algo que, en su ingenuidad, creyó que ya no existía tras la muerte de sus progenitores, pero que había vuelto a nacer, y que destruía su alma, de forma tan dolorosa que fue incapaz de reconciliarse consigo misma.

Lloró, se desahogó sin contención, esforzándose por vencerlo y dejarlo ir.

Le resultó imposible.

—¡¿Quién soy para ti?! —gritó con la voz desgarrada, encorvándose sobre el cuerpo de Bishop. Sollozó—. ¿Qué pretendes de mí?

Él se secó la frente y se frotó el mentón, esforzándose por aparentar sosiego.

—Eres el reto que esperé por años, durante siglos. El intercambio de verdades al que aspiraba.

Oír sus explicaciones le hacía enfurecerse. Era como un juego para él, un desafío con el que estudiar el esfuerzo extraordinario al que el ser humano era capaz de llegar.

—¡Eres un monstruo!

Él se rio y su actitud le revolvió las tripas.

—¡Mírate! —Se reclinó sobre la mesa y dejó caer la pistola, malherido, estudiándola desde arriba—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que, precisamente, soy el fruto de la rebeldía? De gente que, como tú, en el pasado, luchó por una fantasía. —Dibujando un arco con la mano, soltó una carcajada—. ¡Mírate!

Lo hizo. Syn, arrodillada ante el cadáver de Bishop, atormentada con los pedazos de metralla emocional que la arrastraban al abatimiento, recompuso los hechos y se detuvo para divisar con perspectiva el pasado, para darse cuenta del abuso y las mentiras en las que vivía, en lo injusta que había sido la muerte de sus padres, de su mentor y de las otras víctimas. En lo abusiva que era la situación, la tropelía que se había cometido contra su familia y, como a pesar de lo habían padecido, no encontraría resarcimiento ni lograría honrar el nombre y las personas de Liv y Corey.

Si el derecho era el arte de lo bueno y de lo equitativo, si la justicia era la constante y perpetua voluntad de concederle a cada uno lo suyo, ni las víctimas de aquel atentado ni su profesor ni sus progenitores obtendrían compensación alguna en ese sentido. Porque

¿qué esperar cuando el encargado de restituir el daño es justamente quien lo ejercita?

Esa misma ola de furia fue la que se adueñó de ella, la que la hizo recoger colérica la pistola de Bishop. Fue la que, con las pocas fuerzas que le quedaban, la hizo levantar el arma y apuntarle a la cara con ella.

—No puedes —la retó, cínico—. No vas a ser capaz.

Fue la gota que colmó el vaso. Se sintió ninguneada, como si se burlara de ella, de su familia, de los que había asesinado y que vivían engañados bajo su mando. Fuera de sí, tiritando entera, con ese pitido ensordecedor taladrándole los tímpanos, apretó el gatillo y disparó.

No tuvo tiempo ni a reaccionar. Él había perdido su pistola con la herida e, indefenso, recibió el impacto. Su risa se apagó, el tic tac del reloj, su aliento se desvaneció. Cuando el charco de sangre bajo la mesa y el sudor llegaron hasta ella, desvanecida, dejó que el arma resbalara de entre sus dedos.

Sí, las Matemáticas habían acertado en sus predicciones al augurar que un héroe debería morir para alcanzar la libertad.

Agotada, se dejó ir, se sentó junto al profesor y, con los ojos cerrados, esperó a que vinieran a por ella.





Epílogo

Cuando la claridad se abrió paso entre las níveas nubes, Syn dejó que los rayos de sol arrullaran su cara.

Habían pasado tres años desde la Revolución de los thralls y del derrocamiento del Relojero y los observadores; pero todavía existían vestigios de un cielo plomizo que, poco a poco, se iba desvaneciendo para dejarle espacio a la luz clara, a los días radiantes y en los que aprender a ver amanecer.

Las imágenes del pasado rozaron sutilmente su mente y le escocieron. Era inevitable. Había heridas que tardaban en cicatrizar o no lo hacían nunca, y se rascó el cuello para mitigar la comezón.

Su médica le había dicho que el sol sanaba y, siempre que era posible, disfrutaba de ese placer, tan escaso en otro tiempo, con un paseo.

No había sido fácil llegar hasta allí y disfrutar de esos pequeños placeres. Su agonía había durado una existencia amarga, un atentado y dos años y medio de cárcel por asesinato.

Caminó hasta la Avenida Hierro con la calle Prieto y, en el estanco de la esquina, se detuvo y aguardó.

Al cabo de unos minutos, un camión aparcó en la acera, frente a ella, y se bajó de él un chico con gorra azul. Levantó la lona de la parte trasera del remolque y, agarrando un fajo de enorme tamaño, lo lanzó hacia la puerta del quiosco, antes de subirse a la camioneta y arrancar.

Cuando desapareció de su vista, Syn se aproximó al paquete de ejemplares comprimidos y doblados, amarrados con dos cintas de embalaje en cruz, y cortó una de ellas con una navaja que llevaba en el bolsillo; cogió el que estaba arriba, que tenía algún desperfecto y, en su lugar, dejó bajo el cordel que aún sujetaba el fardo, un billete de cinco gigans.

Se irguió y desdobló el periódico. El olor a papel impreso y tinta inundó su nariz.

Tras años y años de analfabetismo, se había intentado recuperar algunas viejas costumbres, como la escritura y los canales impresos por los que se difundía su mensaje, por lo que la población estaba aprendiendo a leer y a escribir.

Ojeó la página y dibujó una enorme sonrisa.

¡Allí estaba! En primera plana, con letras enormes. La crudeza de lo ocurrido y que le había causado numerosas noches de desvelo y remordimiento.

«El héroe detrás de la leyenda», rezaba el titular, y la noticia se desarrollaba del siguiente modo: «No fue Syn Einar, sino Balder Bishop, antiguo profesor de La Central, sí, pero que en su día publicó en este diario la viñeta de protesta contra los sistemas de vigilancia y seguridad, quien disparó antes al Relojero y sacrificó su vida para que la joven acabara con este a cambio de nuestra libertad. El presidente de la Federación de Tuskay, Markku Kalar, y el jefe del cuerpo de Guardianes, Eivor Einar, nos lo han confirmado en primicia a última hora de ayer.

¡A continuación, os contamos los detalles!».

Un transeúnte, tres, ¡hasta cinco!, recogieron su ejemplar del montón dejando, a cambio de un billete.

Syn, con el suyo bajo brazo, emprendió el paseo, satisfecha, dejándolos atrás.

Al cabo de un rato, en el lugar en el habían quedado en encontrarse, divisó a una de sus dos citas frente al parque Skill.

Su cabello, de ondas carmesí, relucía bajo el sol y empezó a percibir el olor a tarta de chocolate con frambuesa. Ese perfume le seguía aportando paz, al igual que el día que se conocieron y, cuando la alcanzó, se saludaron con un sonoro beso.

—¿Te lo han publicado?

Quiso hacerse la interesante, poner una cara de fastidio. No lo logró.

—¡Me lo han publicado! —exclamó, sin poder contener la alegría.

Ambas sujetaron el ejemplar para releerlo.

La estrechó con fuerza, entre sus brazos y volvió a besarla, en esa ocasión, deteniéndose en la caricia.

—Recuérdame que se lo compense como se merece. —Le guiñó un ojo, mientras le asestaba un leve codazo con complicidad—. Se lo ha ganado.

Las dos mantenían un acuerdo de relación abierta con el dirigente de Midgard, Markku, que era el que se había encargado de pasarle el artículo al editor del periódico sin desvelar ni la autora ni la

fuente.

—Aunque no escribieron bien tu seudónimo. —Eira golpeó la hoja con reprobación.

Se encogió de hombros, con indiferencia. Era «Lis», en vez de «Liv», pero no le importaba mucho; con ese, el nombre significaba «vida, luz, resurrección», y era perfecto para lo que simbolizaba la noticia. Quizá, incluso, conociendo al presidente como lo hacía, lo habría puesto mal para que pasara desapercibida y mantenerla apartada del foco mediático.

—Ya se lo reclamarás en persona —respondió con una sonrisa disimulada.

Y, entrelazando los dedos, se adentraron entre el gentío, caminando juntas, por las calles de Tuskay para reunirse con él.

Queridos Eivor y Syn: La libertad se gana.

No con palabrería y sentados desde una silla o un sofá, quejándose de la vida. Hay que pelearla. Con uñas y dientes, pues es de lo único de lo que somos completamente dueños y debemos preservarla.

A un dirigente le interesa sembrar ideas preestablecidas en nuestra mente. Son dados a inducir el pánico para que no caigamos "en el error", en una desobediencia o en la rebelión. Es como nos dominan para que seamos lo que quieren.

Pero es que, a través de la confrontación, de las equivocaciones, es como una sociedad se construye. Si no tropiezas, no caes; si no caes, no luchas, y, si no luchas, no avanzas. El ser humano necesita fallar y ver qué es mejorable. E intentarlo. Está en su naturaleza. Porque cuando uno sufre, se da cuenta de lo que quiere. Eso deja rastros en todos los sentidos, recordando lo que vio, lo que escuchó, lo que sintió, dónde, cómo y cuándo. En cambio, si una sociedad facilita los aprendizajes, la memoria los borra de forma automática sin dejar la misma cicatriz.

No hay mejor manera de manipular a un pueblo que aterrorizándolo con miedos infundados y que estos se lo crean sin titubear. No os abandonéis a la desidia y pelead por esa capacidad de fortaleza y de reflexión que nos han robado con quimeras y teatro.

Nosotros os educamos en la disidencia para que os cuestionarais las noticias, los porqués, los mensajes populares, las pequeñas tribus que se forman alrededor de falsas desgracias y apariencias. Por eso, tanto yo como vuestro padre os mostramos lo que era el respeto a la verdad, a los otros, y os planteamos lo que es la desconfianza, contradiciendo, desde nuestro amor incondicional, vuestras opiniones, poniendo en común otras que ni siquiera se os ocurrirían o no habríais imaginado.

Para que pensarais por vosotros mismos.

Para que os cuestionarais la vida.

Para que pelearais por la libertad que nos robaron.

Es cierto que en una guerra no hay vencedores. Cualquier batalla, sea una adversidad o una tragedia, deja una marca profunda en el corazón del combatiente. Pero es mejor perseverar que dejarse vencer. Si vais con esa premisa, no os enredarán y defenderéis vuestro criterio.

Desde el momento en el que alguien os diga, sea para bien o para mal, cómo debéis actuar, ¡dudad!, pues estarán condicionando vuestra manera de pensar. La maniobra nunca os será evidente, se basará en la confianza y se proyectará como un consejo prudente: antes, os mostrarán una propuesta alternativa objetiva; luego, borrarán la idea de reflexión e impondrán una supuestamente correcta; por último, os quitarán la concepción de libertad.

No os dejéis engañar. ¡Recordad! Conservad la pluma afilada, las ideas claras y la mente y el corazón abiertos y preparados para el combate.

Sed vosotros siempre.

Os amo,
Liv

«A veces, el tren equivocado te lleva a la estación correcta».
Proverbio indio

FIN

Agradecimientos

Han sido muchos los autores y autoras que me han inspirado para esta novela. Muchísimos. No cabrían en esta hoja. Algunos se identificarán en frases que he tomado prestadas de sus estudios o reflexiones para contextualizar la historia y que me han ayudado a pensar, a aceptar la realidad tan complicada y distópica que vivimos estos días.

Este libro nació en un tren hace algunos años, como un grito impotente hacia lo que veía, leía y escuchaba, hacia lo que me resultaba difícil de asumir en este mundo tan precioso como mentiroso. Durante la pandemia, tomó forma, le di cuerpo y me evadió del encierro al que fuimos sometidos por nuestro bien. Cuando este terminó, decidí curarme las heridas (y el COVID) a través de Syn, de su valor, de su sensibilidad. De su aceptación. De su rebeldía e inconformismo. Su rabia fue mi indignación; su sinestesia son mis migrañas y mi forma de sentir la realidad. Su lucha es mi manera de decirte que no te conformes y que siempre luchemos por un mundo mejor. Nos equivocaremos, sí. Pero aprenderemos a levantarnos y a ser fuertes.

Quiero agradecerles a los profesores de Filosofía, por enseñarme a pensar y a ser crítica con las noticias y puntos de vista. A las de Historia por mostrarme cómo es el pasado, evitando que me crea la versión que otros manipulan. A mis profesoras de Latín y Griego: sin vosotras, no me habría empapado de mitología. Me habéis enseñado que, siendo consciente de los errores del pasado, la humanidad construye un futuro mejor.

Por supuesto, a mi gente, a mi familia, por apoyarme en cada proyecto que emprendo. A Tania (@violettelight) por aceptar y representar a Syn tan bien en la portada. A Silvia por su profesionalidad; a Dani, a Laura, Violeta y Marc por su lectura crítica. A Adif de A Coruña, por permitirnos hacer las fotos de la portada. A Antonio por ser Eivor, a Helena por ser Eira y a Carlos por ser Markku y por su sinceridad.

Esta historia, así como empezó, terminó en un tren. Espero y deseo que te acompañe también en tu viaje, y que, al igual que a Syn, al igual que a mí, el tren equivocado te lleve a la estación correcta. Y, como les dijo Liv a sus hijos, conservad la pluma afilada, las ideas claras y la mente y el corazón abiertos y preparados para el combate.

¡Gracias por leerme!

Puedes decirme qué te ha parecido esta novela en mis redes sociales: @maitemosconi.